

**Carlos** Tercera Posición,  
**Real** Nacionalismo  
**de** Revolucionario  
**Azúa** y Tercer Mundo

Una teoría de sus supuestos

Apéndice  
con textos de  
Arturo Ardao  
y Aldo Solari



CAMARA DE  
REPRESENTANTES  
REPUBLICA ORIENTAL  
DEL URUGUAY

№ 4288

4217  
REAL  
te  
v.1

**Carlos Real de Azúa**

**TERCERA POSICION,  
NACIONALISMO REVOLUCIONARIO  
Y TERCER MUNDO**

**Una teoría de sus supuestos**

Apéndice con textos de  
**Arturo Ardao y Aldo Solari**

**Volumen I**

**Cámara de Representantes**

---

**República Oriental del Uruguay**

**CAMARA DE REPRESENTANTES  
XLIVª LEGISLATURA  
(1996)**

**Segundo Período Ordinario  
Integración de la Mesa**

<b>Presidente</b>	<b>JORGE MACHIÑENA</b>
<b>1er. Vicepresidente</b>	<b>ALEJO FERNANDEZ CHAVES</b>
<b>2º Vicepresidente</b>	<b>BERNARDINO AYALA</b>
<b>3er. Vicepresidente</b>	<b>CARLOS LAGO</b>
<b>4º Vicepresidente</b>	<b>JORGE ORRICO</b>
<b>Secretario Redactor</b>	<b>Martín García Nin</b>
<b>Secretario Relator</b>	<b>Horacio D. Catalurda</b>
<b>Prosecretaria</b>	<b>Margarita Reyes</b>
<b>Prosecretario</b>	<b>Gerardo Tovagliari</b>

## **ANTECEDENTES**

COMISION ESPECIAL PARA ENTENDER  
EN LAS EDICIONES  
DE LA CAMARA DE REPRESENTANTES  
(1994)

(orden alfabético) HUGO CORES  
ANTONIO GUERRA CARABALLO  
LUIS A. HIERRO LOPEZ  
MARIO MESA  
AGAPO LUIS PALOMEQUE  
RICARDO ROCHA IMAZ

Secretario: Ruben A. Guarnerio

## PROYECTO DE RESOLUCION

Artículo 1º.- Dispónese la edición por la Cámara de Representantes de hasta 2.000 (dos mil) ejemplares de las obras inéditas del Prof. Carlos Real de Azúa en las condiciones habituales.

Artículo 2º.- Las obras objeto de esta publicación serán las siguientes:

- a) *"El problema del Origen de la Conciencia Nacional en el Uruguay"*. 1975 (título con que la identifica *Cuadernos del CLAEH*, N° 42, 1987 a sugerencia del Prof. José P. Barrán).

Se conoce también con el título de: *"El Uruguay como cuestión nacional"* (citada así por los Profs. Blanca Paris y Juan Oddone).

- b) *"Tercera posición, nacionalismo revolucionario y Tercer Mundo"*. 1963.
- c) *"El poder de la cúspide: elites, sectores dirigentes, clase dominante"*. 1970.

Artículo 3º.- Designase una Comisión de tres miembros, la que tendrá a su cargo los detalles de la edición.

Artículo 4º.- Impútase al rubro "Gastos Eventuales o Extraordinarios" del Presupuesto de Secretaría, las erogaciones resultantes del cumplimiento de la presente resolución.

Montevideo, 6 de marzo de 1990.

*Eden Melo Santa Marina*  
Representante por Montevideo

## EXPOSICION DE MOTIVOS

El profesor Carlos Real de Azúa (1916-1977) se cuenta sin duda, y más allá de su polémica personalidad intelectual, entre los grandes pensadores del Uruguay contemporáneo.

Muerto durante los años oscuros de la dictadura, que le había despojado de su cátedra universitaria, Real de Azúa dejó tras de sí una frondosa producción intelectual y —como en el caso de, quizás, su última obra de gran aliento: *“El problema del Origen de la Conciencia Nacional en el Uruguay”*, título con que la identifica Cuadernos del CLAEH N° 42 a sugerencia del Prof. José Pedro Barrán.

Como lo señalan los editores de la referida publicación, que data de 1987, precisamente cuando se cumplían diez años de su muerte, la democracia sin embargo, podría también perder a Real si se quedara en la evocación y no aceptara la honda provocación de cada una de sus páginas, la revisión de los puntos de partida, el cuestionamiento de las verdades más aceptadas, la apertura de nuevos rumbos de reflexión.

Para evitar que ello ocurra —sobre todo en estos tiempos de revisiones y cuestionamientos que conmueven hasta en sus cimientos algunas viejas certidumbres—, es fundamental que el Parlamento concorra al rescate de los principales trabajos inéditos posibilitando así que el Prof. Real de Azúa no quede en el olvido o en la simple evocación.

Desde luego que sería tremendamente importante que en algún momento se ordene y sistematice su vasta producción, y se editen por fin sus obras completas.

Creemos no obstante que la Cámara de Representantes haría un muy importante aporte al conocimiento de Real de Azúa disponiendo la edición de sus más importantes obras inéditas.

En primer término, *“El problema del origen de la conciencia nacional en el Uruguay”* (1975), título utilizado por Cuadernos (N° 42 de 1987) del Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH) por sugerencia del Prof. José P. Barrán. Estudio que se conoce también con el título utilizado ocasionalmente por los profesores Blanca Paris y Juan Oddone: *“El Uruguay como cuestión nacional”*.

Esta obra reviste particular importancia en el campo de las Ciencias Sociales. No sólo porque constituye virtualmente la obra póstuma de Real de Azúa, sino también porque en ella se refleja el análisis mayor de uno de los más duros críticos lúcidos del sistema, que transitó con absoluta independencia intelectual las diversas coyunturas políticas.

Asimismo, el pensamiento global de Real de Azúa no podría entenderse cabalmente si se omite el conocimiento de otras dos obras inéditas escritas en 1963 y 1970. Ellas son, a nuestro juicio:

—*“Tercera posición, nacionalismo revolucionario y Tercer Mundo”*, y fundamentalmente:

—*“El poder de la cúspide: elites, sectores dirigentes, clase dominante”*.

Quizás en una próxima segunda etapa, la Cámara de Representantes, que durante la XLIIª Legislatura se convirtió en el primer editor a nivel nacional, deba preocuparse por reunir y sistematizar la obra completa de Real de Azúa. Pensamos que, en primera instancia, el objetivo propuesto en la resolución que proponemos, hace honor a su condición de caja de resonancia de la opinión nacional pluralista, poniendo en el mercado editorial obras de jerarquía intelectual y política tan diversas como las de Batlle y Ordóñez, Luis A. de Herrera, Carlos Quijano, Vivian Trías, Emilio Frugoni, Washington Beltrán y otros.

Finalmente queremos consignar que el método utilizado en esta propuesta (que obvia el trabajo previo de una Comisión

Especial que seleccione y clasifique según criterios de cierta objetividad), cuando públicamente existen trabajos especializados que desbrozan el camino, se inscribe en el propósito de evitar mecanismos burocráticos paralizantes. Si todos estamos de acuerdo (más allá de las naturales divergencias ideológicas) que Real de Azúa hoy, como otros pensadores de similar jerarquía mañana, deben acceder a los más amplios espacios del conocimiento popular, lo racional es que quienes tienen posibilidades reales de instrumentarlo procedan a ello sin ninguna otra condicionante ni acción burocrática que conduzca a postergar en el tiempo ese objetivo.

Montevideo, 6 de marzo de 1990.  
*Eden Melo Santa Marina*  
 Representante por Montevideo

## CAMARA DE REPRESENTANTES

Martes 15 de octubre de 1991

Comisión Especial para Entender en las Ediciones  
 de la Cámara de Representantes

### INFORME

Señores Representantes:

Esta Comisión Especial ha procedido a analizar las iniciativas de los señores legisladores para la edición por la Cámara de Representantes de diversas obras de relevantes personalidades de nuestra nación, y las propuestas de las respectivas Comisiones Asesoras designadas al efecto y se propuso la elaboración de un plan quinquenal de publicaciones.

Ha procedido asimismo, a la vigilancia y cuidado del decoro de la impresión de las obras cuya publicación ya había sido dispuesta por la Cámara de Representantes. Como consecuencia de ello se ha verificado un mejor nivel de la obra impresa, tanto en el aspecto estético como en lo técnico.

El adjunto proyecto de resolución tiende a hacer efectivo un plan provisorio de publicaciones, teniendo presente el estado actual del erario y las posibilidades que para erogaciones de tal orden ofrece, pero reafirmando el propósito de irradiación cultural, particularmente en vista a sus repercusiones en la juventud, y posterga para instancias ulteriores la estructuración del plan definitivo de ediciones que someterá oportunamente a la consideración del Cuerpo.

Sala de la Comisión, 1º de julio de 1991.

*Hugo Cores*, Miembro Informante; *Daniel Díaz Maynard*, Miembro Informante; *Antonio Guerra Caraballo*, Miembro Informante; *Luis A. Hierro López*, Miembro Informante; *Agapo Luis Palomeque*, Miembro Informante; *Ricardo Rocha Imaz*, Miembro Informante; *Alejandro Zorrilla de San Martín*, Miembro Informante.

### PROYECTO DE RESOLUCION

Refuérzase el rubro Gastos de Secretaría en la cantidad estrictamente necesaria para proceder a la edición de las siguientes obras:

- 1º) Profesor Carlos Real de Azúa. Obras inéditas. (Un volumen).
- 2º) Personalidades que han contribuido a la consolidación de la cultura y de las estructuras educacionales. (Un volumen).
- 3º) Doctor Baltasar Brum. Selección de escritos, artículos

- periodísticos, documentos, publicaciones y actuación gubernamental. (Un volumen).
- 4º) Profesor Juan E. Pivel Devoto. Selección de estudios históricos. (Un volumen).
- 5º) Doctor Julio César Grauert. Selección de escritos, artículos periodísticos, documentos, publicaciones y actuación parlamentaria. (Un volumen).
- 6º) Carlos Roxlo. Selección de su obra literaria y periodística y de su actuación parlamentaria. (Un volumen).
- 7º) José Batlle y Ordóñez. Recopilación de sus obras, artículos, proyectos y discursos. (Un volumen).
- 8º) Alfredo Albornoz. Elecciones Uruguayas 1989. (Un volumen).

Sala de la Comisión, 1º de julio de 1991.

*Hugo Cores*, Miembro Informante; *Daniel Díaz Maynard*, Miembro Informante; *Antonio Guerra Caraballo*, Miembro Informante; *Luis A. Hierro López*, Miembro Informante; *Agapo Luis Palomeque*, Miembro Informante; *Ricardo Rocha Imaz*, Miembro Informante; *Alejandro Zorrilla de San Martín*, Miembro Informante.

—Léase el proyecto de resolución.

VARIOS SEÑORES REPRESENTANTES.- ¡Que se suprima la lectura!

SEÑOR PRESIDENTE (Singer).- Se va a votar.

(Se vota)

—Cuarenta y dos por la afirmativa: **Afirmativa.**

Unanimidad.

En discusión.

Si no se hace uso de la palabra, se va a votar.

(Se vota)

—Cuarenta en cuarenta y uno: **Afirmativa.**

Queda aprobado el proyecto de resolución.

## CRITERIO DE LA EDICION

La base utilizada para la presente edición de “Tercera Posición, Nacionalismo Revolucionario y Tercer Mundo”, consistió en 430 folios mecanografiados, fotoduplicación poco nítida de una segunda o tercera copia al carbónico del original, con zonas en blanco o borrosas, de palabras (y hasta líneas) casi ilegibles. El autor estampó además, sobre la pieza mecanografiada, agregados verticales o interlineados, no siempre indicando el enlace con ella.

Presenta asimismo líneas enteras de esas acotaciones marginales, mutiladas por la guillotina utilizada al encuadernarla.

El señor Ruben Cotelo afrontó la riesgosa tarea de reconstruir el texto hasta donde fue razonablemente posible hacerlo, formulando con asteriscos que remiten a notas al pie, las advertencias correspondientes.

En el único original disponible, la numeración de los párrafos arranca en el capítulo V, con el ordinal 47. Los párrafos de los cuatro capítulos iniciales carecen, entonces, de numeración. Esos cuatro capítulos contienen remisiones entre paréntesis a otros párrafos, con numerales en blanco. Tales remisiones fueron suprimidas, para eliminar riesgos, y porque el autor equivocó la numeración: no son 46 los párrafos de dichos capítulos, sino 40. Por ello se prefirió numerarlos correlativamente y atribuir en forma ficta al último los dígitos 40/46, para

que el resto coincidiera con la voluntad del autor en sus remisiones internas.

Con la debida prudencia, fueron corregidas la ortografía, puntuación y algunas erratas, respetándose en cambio la peculiaridad de su construcción sintáctica, los inusuales adverbios, los sustantivos convertidos en verbos y los verbos transformados en inesperados adjetivos, porque componen el estilo expresivo de Real de Azúa.

No se controlaron las citas, fechas ni muchos datos de hecho, haciéndose fe en el autor.

## CONTENIDO DE LA OBRA

Carlos Real de Azúa: *Tercera posición, nacionalismo revolucionario y Tercer Mundo. Una teoría de sus supuestos.*

### APENDICE:

Aldo Solari: *El tercerismo en el Uruguay*

Polémica entre Arturo Ardao y Carlos Real de Azúa

**PROLOGO**

1— Puede decirse de Carlos Real de Azúa (nacido en Montevideo en 1916 y fallecido en 1977), que nada le fue ajeno, en lo que a la cultura se refiere. A pesar de haberse titulado como abogado a los 30 años, lo principal de su producción bibliográfica no consistió en la profundización en la ciencia jurídica. No obstante, la mayor parte de sus escritos denuncian su cultivo en el Derecho.

Desde los 21 años, edad en la que accedió por concurso a la docencia de Literatura en Educación Secundaria, ya se venía perfilando como un serio investigador de las disciplinas de la cultura. Bien pronto accedió al novel Instituto de Profesores, que le contó entre su primer elenco docente, en la Cátedra de Teoría Literaria. A su vez la Facultad de Ciencias Económicas y de Administración le brindó la oportunidad de ejercer un relevante influjo formativo sobre los jóvenes universitarios con sus reflexiones sobre Ciencia Política. Precisamente en torno a las áreas conexas con aquella disciplina fue que dirigió en forma prevalente su afán escudriñador. Publicaciones periódicas como **Marcha, Tribuna Universitaria, Número, Anales del Instituto Artigas, Escritura**, etc. jerarquizaron sus entregas con trabajos de Carlos Real de Azúa. Conviene precisar sin embargo que su obra de mayor enjundia radicó en investigaciones de más largo aliento, editadas unas en forma de libro, y guardadas otras sin publicar (así, la que contiene el presente volumen), como dejando a la posteridad la estimación de su mérito para darlas o no al público.

La filosofía social, los procesos políticos, las producciones artístico-literarias, la historia de las ideas y de los valores nacionales y también latinoamericanos, fueron objeto privilegiado de sus análisis, nunca exentos de rigor, siempre despojados de lugares comunes, siempre removedores, de sorprendente originalidad y fermentalidad.

Estudió los procesos, las instituciones y los hombres. La bibliografía registrada lo muestra enfocando las figuras de Carlos Roxlo, Luis Alberto de Herrera, José Vasconcelos y J. Boutcher Halloran en su escenario histórico y cultural; examinando la política internacional, las democracias cristianas y la historia de América; radiografiando a nuestra "elite" dirigente, al batllismo en perspectiva histórica y a los orígenes de la nacionalidad, al poder político y a la literatura uruguaya, al patriciado y a los partidos políticos, a la Universidad y a los problemas nacionales en general, de antes y de ahora.

Siempre lúcido y penetrante, siempre riguroso, siempre inquieto por los problemas, siempre independiente, nunca convencional.

Con gran dominio del idioma, sus períodos largos son de trabajosa hermenéutica y exigen una atención cuidadosa del lector (alguien expresó una vez y no sin razón que la lectura de Real de Azúa no era para dispersos ni para distraídos), esfuerzo que resulta hartamente recompensado por la riqueza conceptual que va emergiendo lenta y progresiva, hasta mostrarse en espléndida configuración arquitectural. En definitiva el aproximarse a Real de Azúa nos regala la percepción siempre renovada y el descubrimiento de nuevas facetas de cualquier asunto, encantamiento que sólo lo proporciona un gran pensador.

Hay en Real de Azúa una bibliografía inédita, y no por ser tal, menos importante que la difundida. Quedará en el misterio la motivación que le impulsó a producir obra intelectual y relegarla sin darle difusión, como si alguna evaluación final la

hubiera descalificado, para su óptica (que hoy no podríamos compartir), desde el punto de vista de su valía.

Nunca será ocioso recordar el análogo ejemplo del maestro del pensamiento uruguayo, Carlos Vaz Ferreira. Concentrado todo su interés en *Los problemas de la Libertad y del Determinismo* que publicó como libro en 1907, no advirtió el incuestionable valor de sus producciones para la cátedra, que afortunadamente fueron una y otra vez recogidas en versión taquigráfica, y hoy constituyen piezas fundamentales de la inteligencia nacional, como lo es *Lógica Viva*, recopilación de conferencias pronunciadas en 1910. Tampoco conservó mucho tiempo una ponderación positiva de su primer libro, *Curso Expositivo de Psicología Experimental* de 1897, verdadero clásico de la especialidad, al que el maestro Vaz Ferreira, después de varias ediciones, retiró sistemáticamente de las librerías, adquiriendo todos los ejemplares.

Aún le falta mucho a la Psicología como disciplina, para llegar a comprender los parámetros mentales del genio...

2— Dijo una vez Ortega y Gasset que nosotros y nuestros contemporáneos, somos quizás la estofa de los sueños de nuestros antepasados, queriendo significar con ello cuánto nos liga nuestro presente al pretérito y a la vez qué limitados, finitos e inacabados son los logros que una generación alcanza a consagrar, más allá de lo ambicioso de los objetivos que se haya impuesto.

También así está determinada la sucesividad de los eventos en el orden de la naturaleza: el tiempo de la siembra no se identifica ni se superpone con el de la cosecha.

Tenía razón Bernardo De Chartres cuando expresaba que aquella floreciente pléyade de estudiosos y creadores del siglo XII constituían tan sólo "enanos encaramados en el hombro de gigantes".

Sagazmente había captado el viejo maestro que para su tiempo, gigantes eran los sabios griegos, aquellos que generaron los códigos fundamentales de la cultura científica que sus contemporáneos estaban cultivando.

Todo hombre es en buena medida, se ha dicho, hijo de la cultura en que vive. Quizás sea más certero decir que lo es de la cultura que precedió a la de su itinerario vital. Dewey hacía descansar precisamente el secreto de la supervivencia de las sociedades, más que en la capacidad de irradiación espacial del contenido cultural, en el fenómeno de su particular aptitud para la transmisión en el tiempo, desde una generación a otra, de dicho legado. Y no por obvio deja de ser sorprendente que aquella especie zoológica que más desatada de los determinismos se percibe a sí misma —y en ese desanudarse insiste en radicar su propia esencia— se halle tan religada a los ancestros. Arte, ciencia, literatura, lenguaje, técnica, costumbres, creencias y valores de un cuerpo social son otros tantos legados de los antepasados que deberán aprenderse y asimilarse para recién después ensayar —sobre esa base y sin mayor atrevimiento innovador— los rectificables posibles. Por eso afirma Landmann que el ser humano no sólo es influido por la cultura que lo envuelve al nacer, sino que ésta lo “atraviesa” en todas direcciones.

Los artífices de aquella transmisión son los educadores, tomando el término en su sentido más abarcador. Que no nos deslice la deformación profesional a pensar sólo en las aulas.

Luis Felipe Alarco lo ha definido con mucha claridad: educadores son los docentes pero también las personalidades de la historia, los reformadores sociales, los poetas, los literatos, los sociólogos, los líderes políticos, los conductores religiosos, los filósofos, los pensadores, los comunicadores, y muchos otros que ejercen un magisterio social en tanto que su decir o su hacer, su opinión, su actitud o su ejemplo, graviten significativamente sobre el pensamiento y la acción de sus contemporáneos. A

menudo también, y aun con mayor intensidad, sobre quienes le sucederán como nueva generación que irrumpirá en el escenario de la vida.

Prologuista, recopilador, literato, ensayista, investigador, Carlos Real de Azúa, con su pertinaz postura crítica, con su sagaz observación de los fenómenos de la cultura, con su agudísima dialéctica y con la riqueza de su expresión escrita, puede afirmarse que fue uno de los grandes educadores uruguayos.

Lo fue porque enseñó a descubrir y valorar lo nuestro a través de la profundidad de sus análisis como crítico literario y por la cuidadosa detección de las piezas de valor científico y cultural con que confeccionara sus antologías. Y lo fue también y en mayor medida, porque sus libros contribuyeron a esclarecer la problemática nacional y porque sus categorías conceptuales orientaron a la inteligencia nativa.

Enseñó a pensar.

3— El propio Real de Azúa, en las primeras cinco páginas de su trabajo, que inicialmente denominó “Tercera Posición, Nacionalismo Popular y Tercer Mundo; Una Teoría de sus Supuestos”, sustituyendo luego el vocablo “Popular” por “Revolucionario”, formula un prolijo análisis epistemológico de su obra, como para dar las claves anticipadas sobre el marco de referencia por el que transitarán sus reflexiones y la metodología a que ceñirá sus pasos conceptuales. Tomará a su cargo una labor de esclarecimiento del significado de los términos usados, procurando definirlos en forma precisa, lo que es tan necesario como engorroso, porque respecto de los problemas que enfoca, el vocabulario en boga, afirma, es “*el reino del desencuentro*”.

Aspirará a algo más que a interpretar los diversos discursos lógicos de los teorizadores; quiere sumergirse en los planos más profundos para descubrir los elementos primarios con que se configuran sus elaboraciones conceptuales.

Siguiendo una sagaz enseñanza vazferreirana huirá de los extremos: se propone apartarse de las posturas apriorísticas que exaltan normas y entidades a la categoría de principios de carácter universal y aplicables a todos los lugares y en todos los tiempos; y a la vez nos advierte que su examen no quedará reducido al descriptivismo sociológico, a la mera fotografía de los hechos de la vida colectiva, al puro y aséptico registro factual de los fenómenos.

Buscará por lo tanto, escudriñando en los principios y en los móviles que guían a los hombres en el intento por transformar la realidad a través de los procesos históricos, determinar en qué orden de practicidad y factibilidad se sitúan, dilucidar lo que resulte desechable o vigente, para culminar con la formulación de un juicio de carácter moral sobre aquellas pautas normativas, pero no realizándolo desde la óptica de una estratósfera puramente abstracta y especulativa sino en el plano asible de su rigurosa localización en un aquí y un ahora concretos.

En suma, perfecta conjunción de la generalidad intrínseca del raciocinio con la particularidad propia de la preocupación inmediata, cotidiana y convivencial. Aquel reproche del texto clásico de Diógenes Laercio, formulado por la anciana al sabio Tales, por haber descuidado el pozo por contemplar el firmamento, que más allá de la anécdota situada seis siglos antes de la era cristiana implica un intemporal (y formidable) cuestionamiento al puro pensamiento teorizador, no alcanza, por lo que vemos, a Carlos Real de Azúa.

Se trata, al decir de Ruben Cotelo, de un texto vivo con el que conviene todavía dialogar, porque además, *“pensamiento y escritura fueron exactamente lo mismo en Real de Azúa, una unidad inescindible a la que podría agregarse el coruscante chisporroteo de sus exposiciones orales y hasta coloquiales, enriquecidas por un ligero tartamudeo que utilizaba como astuto recurso (...) Para quien sepa oírlas, la voz y la verba de*

*Real de Azúa se escuchan mudamente en el texto, y hasta se disfrutan”.*

4— Esta Comisión Especial acordó encomendar al señor Ruben Cotelo la tarea de trabajar con el único ejemplar disponible —por él mismo proporcionado—, que está constituido por la fotocopia de un original (hoy desaparecido), en su época mecanografiado sobre hojas de escrito liceal.

Tuvo presente para ello, su notoria versación y su conocimiento exhaustivo de la obra y del autor, al que estaba ligado por una entrañable amistad, circunstancia que le ha permitido realizar un excelente trabajo de hermenéutica y de restauración del texto, sobre lo que se da cuenta por separado.

Cabe agregar que, como bien lo expresa el propio Ruben Cotelo, *“queda mucho por hacer en torno al Carlos Real de Azúa clandestino, secreto, inédito observador de una época”*, y por ello dejará archivados los 430 folios que han servido de base a esta edición, a disposición de los estudiosos que deseen consultarlos.

5— El 6 de marzo de 1990 el diputado Eden Melo Santa Marina presentó a la Cámara de Representantes un proyecto de resolución a fin de que la misma procediera a editar obras inéditas de Carlos Real de Azúa. La Cámara dispuso en la misma fecha el pase de la carpeta respectiva a la “Comisión Especial para Entender en las Ediciones de la Cámara de Representantes” y ésta, previos los asesoramientos de estilo, elevó su informe el 1º de julio de 1991 proponiendo al Plenario un plan provisorio de ocho publicaciones entre las que se incluyó un título del profesor Carlos Real de Azúa. La Cámara aprobó sin modificaciones dicho proyecto, con fecha 15 de octubre de 1991.

En cumplimiento de dicho mandato, la Comisión Especial seleccionó el trabajo “Tercera Posición, Nacionalismo Revolucionario y Tercer Mundo; Una Teoría de sus Supuestos”, redac-

tado por el profesor Carlos Real de Azúa entre el 1º de setiembre de 1961 y el 28 de febrero de 1963, y acordó que fuera publicado con un Anexo que contuviera la polémica planteada en ocasión de publicarse el libro del profesor Aldo Solari *El Tercerismo en el Uruguay* en 1965. En consecuencia, esta edición incluirá, junto al texto principal de Real de Azúa, el trabajo citado de Solari y los artículos que desde **Marcha** escribiera el profesor Arturo Ardao, así como los que en el diario **Epoca** redactara Real de Azúa, constituyendo su conjunto, como se ha afirmado con razón, “una de las grandes confrontaciones de ideas que hubo en el Uruguay contemporáneo”.

A su vez, en la Legislatura anterior, la misma Cámara con fecha 15 de noviembre de 1988, dispuso homenajear en el 15º aniversario de su fallecimiento a Eduardo Víctor Haedo, recopilando y dando a publicidad su actuación parlamentaria. Sus pronunciamientos en el Senado del 21 de noviembre de 1940, del 13 de junio de 1944 y del 21 de febrero de 1945, que se refieren a la misma temática y según la afirmación del propio Real de Azúa, constituyen los momentos más intensos y elocuentes de su carrera, se publicarán también en el presente año.

De ese modo, las jóvenes generaciones de nuestro país tendrán a su alcance valiosísimos elementos de juicio sobre ese gran problema, que aunque es de carácter histórico conserva vigencia y actualidad, y cuyo conocimiento podrán complementar y quizás enriquecer con otras publicaciones de la Cámara de Representantes: los volúmenes III, IV y V de Carlos Quijano: *América Latina. Una Nación de Repúblicas* (que lamentablemente no incluyen los artículos “Proposiciones para fundar una política internacional” de 1941 y “Directivas fundamentales de una política internacional” de 1944, ambos editoriales de **Marcha**), y los distintos trabajos con que, a partir de su célebre carta desde Washington al Ministro de RR. EE. oriental, de fecha 15

de diciembre de 1902, estructurara su doctrina sobre política internacional Luis Alberto de Herrera.<sup>1</sup>

Esta Comisión Especial se complace en dar cumplimiento a la voluntad de la Cámara de Representantes y contribuir así a la forja e irradiación de la cultura.

*Prof. Agapo Luis Palomeque*  
Representante Nacional

1 Vé. Luis A. de Herrera, “El Uruguay Internacional”. Ed. C. de RR., agosto de 1988, Apéndice “Labor Diplomática en Norteamérica”.

**ESTUDIO PRELIMINAR**

## **Carlos Real de Azúa, fresco y eterno adolescente de la historia**

Hacia junio de 1987, Carlos Real de Azúa estaba “más muerto que un caballo muerto”.

En diez años, contados desde su muerte en julio de 1977, habían fracasado varios intentos de recordarlo, resucitarlo, reconsiderarlo valorativamente. Se había frustrado, por ejemplo, el proyecto o iniciativa de publicar sus “Obras”, a razón de un modesto par de volúmenes anuales que recogieran su producción édita e inédita, tan copiosa, de una manera ordenada y razonada, de acuerdo con su carácter y los temas que trataran, literarios unos, históricos otros, sociales y políticos los demás. La iniciativa careció de todo propósito de edición crítica y erudita, aunque muchos textos debieran ser restaurados y explicados a través de un prólogo, notas ampliatorias y quizá de algún apéndice que recogiera datos y materiales de los profusos archivos del autor, ya depositados en el Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay (CIESU).

Pese a que podía apostarse a una demanda latente y que una generación de estudiantes y lectores se estaban formando en medio de flagrantes penurias culturales, las dos editoriales consultadas se mostraron renuentes y esquivas. Ellas mismas

habían sido las casas que en vida de Real de Azúa publicaron sus libros, a su muerte agotados. Adujeron que el ensayista y profesor estaba mal visto por los personeros del régimen militar, en lo que buena parte de razón tenían ya que ambas casas editoras padecieron, junto con las librerías, elocuentes expresiones de disgusto, extendidas desde requisas hasta muy claras advertencias verbales. En aquel entonces, fines de los años setenta, los militares no toleraban sutilezas literarias.

Real de Azúa, tímido y díscolo profesor, disidente en cualquier régimen u oficialismo imaginables, ingresaba así a la categoría inesperada de escritor maldito, a la de leyenda clandestina, honor y destino que le habría divertido amargamente, como le sucedió cuando fue destituido de todas las cátedras que ocupaba y tuvo que completar sus cortos ingresos jubilatorios con el oficio de escritor *freelance*.

Corresponde también a los años de plomo de la dictadura el segundo ejemplo. Hacia 1980 ó 1981, el historiador argentino Tulio Halperin Donghi entregó a la editorial Arca de Montevideo una selección de ensayos y artículos de Real de Azúa, antes dispersos en semanarios y revistas de difícil acceso, más algunos fragmentos inéditos, precedido el conjunto por un extenso prólogo. La existencia del volumen, que tardó años en publicarse, fue conocida en el ambiente literario montevideano y así se enriqueció con una nueva pieza la leyenda negra del escritor, que no lograba que le publicaran. Menos que maldito, tenía mala suerte.

Real de Azúa y Halperin Donghi habían sido amigos durante mucho tiempo y se sabe que el uruguayo visitó, en su último viaje a Europa (a su costo siempre, nada de becas) a su colega argentino cuando éste enseñaba en una universidad de Inglaterra. La admiración era mutua entre los profesores y se daban por afines en varios temas del pasado rioplatense, tanto que alguien con más tiempo y paciencia podrá eventualmente señalar influencias cruzadas, acuerdos y cordiales discrepan-

cias entre ambos. Un aspecto a tratar sería, dicho sea por vía incidental, la documentadas ironías que el profesor argentino deslizó en sus estudios contra el revisionismo histórico, que el uruguayo, siempre disponible para aceptar el ajuste que matiza y amortigua, meditó e incorporó en sus interpretaciones.

Cuando finalmente Arca publicó el volumen, en 1987, pudo verificarse que la selección y el prólogo formalizaban, por cierto, una obra de simpatía intelectual y personal, de sincera y compartible reivindicación de un escritor que por todas las circunstancias apuntadas atravesaba entonces la zona más peligrosa y oscura para la supervivencia del prestigio que había disfrutado en la vida. De haberse publicado hacia 1982 ó 1983, cuando, después del plebiscito la situación política comenzaba a despejarse, el volumen habría sido consagratorio, sobre todo en el mundo académico internacional, donde Real de Azúa era una figura borrosa y escasamente difundida.

Descubierto en el extranjero y promovido desde el campus de Berkeley, donde enseñaba el colector, Real de Azúa tendría hoy la dimensión que merece y los uruguayos, una vez más, habrían sido sermoneados por desdeñar al mejor ensayista que produjo esta tierra desde la muerte de Rodó. Durante los años en que el trabajo de Halperin Donghi durmió en la casa editora, la fortuna de Real de Azúa emergió de la sombra. Sigue siendo empero un valor local, casi exclusivamente nuestro. Mejor así, quizá.

## PRIMERA ETAPA

El *revival* de Carlos Real de Azúa fue un proceso lento, dubitativo, accidentado, muy similar al período de apertura y liberalización del régimen militar que le sirvió de contexto y que en algún momento pareció ahogarlo y desplazarlo, tantas y más farragosas e importantes eran las cuestiones que se debatían en calles, cenáculos, parque hoteles y clubes navales. Los primeros

intentos de rescate pertenecen a los años 1983 y 1984, permisi-vo el primero, francamente electoral y con libertad de expresión el segundo. Estos intentos tienen nombre y apellido: Lisa Block de Behar y Carlos Filgueira.

La profesora Block había ayudado a Halperin Donghi en la recolección de materiales para su volumen y luego tuvo la iniciativa de organizar una separata del semanario **Jaque** (13 de julio de 1984), por entonces en su mejor época. En esta publicación colaboraron firmas valiosas, con aportes que oscilaron entre el testimonio personal (Rodríguez Monegal, Martínez Moreno, Mercedes Ramírez) y la evaluación sumaria de la obra (la propia Lisa Block, Carlos Filgueira, César Aguiar, Juan Rial y un adelanto del prólogo de Halperin Donghi). Gran mérito: el silencio se había roto.

La separata de **Jaque** se completaba con textos inéditos de Real de Azúa y una bibliografía preparada por documentalistas del CIESU, Martha Sabelli y Ricardo Rodríguez Pereira. Aunque adoleciera de las inevitables omisiones, la bibliografía constituyó una pieza fundamental y básica para la recuperación de Real de Azúa. Con agregados que la amplían y enriquecen, este instrumento de referencia ha sido primero utilizado por los investigadores y luego repetido en varias publicaciones, como reconocimiento tácito de su utilidad.

La reconstrucción bibliográfica fue emprendida por el CIESU, propietario de la biblioteca y depositario entonces de la mayor parte de la papelería inédita de Real de Azúa. El Centro fue una de las últimas fidelidades institucionales del escritor uruguayo, quien para él produjo la investigación titulada *El clivaje mundial eurocentro-periferia*, fechada en 1975, e inédita hasta que el mismo CIESU se apresuró a publicarla en 1983. Un año después el CIESU entregó a las prensas otro título inédito del escritor: *Uruguay, ¿una sociedad amortiguadora?*

Ambos son textos intrincados, a veces angustiosos, en el fondo pesimistas, que corresponden a la última etapa del

pensamiento de Real de Azúa, cuando el escritor, destituido por la dictadura, asediado por la enfermedad e intuyendo la perspectiva de la muerte, elaboraba desesperadamente una suerte de filosofía de la historia (los quinientos años de la modernidad en *El clivaje mundial*) y de resumen de sus interpretaciones del pasado nacional (*Uruguay, ¿una sociedad amortiguadora?*). Ambos son fundamentales y arrojan potente luz sobre dos concepciones centrales de su pensamiento. Toda relectura de este escritor ha de comenzar por sus obras póstumas, que explican el resto.

Ha sido ejemplar, en más de un sentido, la devota dedicación que dispuso el CIESU en el rescate y preservación de la obra de Real de Azúa. Apenas muerto el escritor, en julio de 1977, el sociólogo Carlos Filgueira, director del Centro, se movilizó y obtuvo los fondos necesarios para adquirir la biblioteca y archivo de Real de Azúa, amenazados por la dispersión, el coleccionismo privado, el tráfico de los libreros de segunda mano y hasta la venta al extranjero. Era una de las grandes bibliotecas privadas en el Montevideo de los años setenta y gracias al CIESU quedó aquí.

El simple escrutinio del catálogo de ese repositorio allega mucha comprensión sobre las fuentes, ideas e inquietudes de quien fue su propietario, y hasta las de su época y alrededores. A su vez, el archivo, esos hondos y misteriosos sobres manila que clasificaban borradores, anotaciones y tirillas de papel de escritura casi ilegible, junto con *trivia* y despojos cotidianos de quien se resistía a desprenderse hasta de los más ínfimos pedazos de papel, serán un día la mina inagotable y el dolor de cabeza para el que emprenda la biografía de Real de Azúa, reconstruible hasta el detalle diario de comidas, cuentas, telefonadas, cigarrillos fumados, libros leídos e incluso su sorprendente y desenfadado testamento y última voluntad. La humoresca de Carlitos está allí documentada. Animo, biógrafos.

Real de Azúa, solterón que continuaba arrendando el apartamento de sus padres, estaba amenazado por el desalojo, pesadilla y tristeza de sus últimos años. El, como persona, vivía con la frugalidad de un monje, ¿pero dónde estibar, almacenar y organizar, para que hablaran y le obedecieran, sus libros y papeles? La muerte lo exoneró, por lo menos, de este desgarramiento.

La convergencia de **Jaque** y CIESU fue el primer impulso en el *revival*, pero al poco tiempo operó el freno amortiguador, peculiaridad de la sociedad uruguaya que nuestro autor analizó hasta con morbosa pasión y que, de ser cierta, tiene también un claro sentido autobiográfico, basado en su experiencia personal y no sólo en la historia del país.

Antes y en otro sitio señalé que la revulsiva originalidad de *El clivaje mundial* y de *Uruguay, ¿una sociedad amortiguadora?* ingresaron con desventaja en el farragoso destape bibliográfico promovido por la apertura democrática, que distraía a diarios y semanarios, lectores y electores, en tareas menos complicadas que la de desentrañar el sentido de una filosofía de la historia, universal y nacional. Eran parte de la obra póstuma de un profesor desconocido para la nueva generación y que la anterior comenzaba a olvidar. Para el común, que compró esos dos libros con respeto, Real de Azúa era un escritor abstruso, nada entretenido, a menudo enigmático y desconcertante. Luego del estremecimiento de **Jaque** y CIESU, primera etapa del *revival*, se aplicó el freno que alivia, diluye, atempera, matiza y esquiva; que el difunto profesor se mantuviera quieto en el nicho de los intelectuales incómodos que hacen pensar fuera de los rutinarios carriles. ¿Somos o no somos amortiguadores?

Así transcurrieron dos años de este proceso de ocasos y reapariciones. Parecía que Real de Azúa no había retornado para quedarse, sino para repetir las breves, inesperadas, casi teatrales visitas que prodigaba en su vida de relación con amigos y parientes, la sonrisa alzada, la cabeza inquieta y un

memorable regalito entre las manos, después de las cuales desaparecía por meses o por años. “*Las visitas cortas son las que se agradecen y recuerdan*”, decía como fundamento de sus ocurrencias itinerantes. Un meteoro fugaz, escribía de otros autores o tendencias de moda en el campo de las ideas, quizá pensando en sí mismo y en su destino.

Algunas partes de su obra, en especial la que publicó en periódicos, son deslumbrantes visitas a un tema o a un personaje, clausuradas con bruscos alejamientos y a otra cosa. Eran la equivalencia escrita y algo más razonada de los *impromptus* callejeros que practicaba y que dejaron sin habla ni respuesta a más de un interlocutor desprevenido. Humor, juego dialéctico, chisporroteo incidental, teorías inventadas al paso, como quien recorre el teclado de un piano, se perciben y disfrutan en sus páginas. Mucho le fue reprochada esta veta lúdica de su pensamiento, la que sumada a sus gimnásticos desplazamientos políticos contribuyeron a alimentar su fama de excéntrico, que él cultivaba como táctica de ocultamiento. Sólo se ponía serio y grave cuando rodeaba (nunca entró) el misterio de los orígenes y se acercaba a la causa radicalmente incomprensible que nos ha llevado a la desdicha que somos, que él era.

Por eso, con dictadura o con democracia, hacia junio de 1987 volvió a estar más muerto que un caballo muerto.

## SEGUNDA ETAPA

Era preocupante a esta fecha, porque al mes siguiente se cumpliría el décimo aniversario de su desaparición. El rito recordatorio del decenio y el atractivo de la cifra redonda podrían dar el pretexto, en este pueblo respetuosamente lúgubre, para el nuevo empujón que reanimara el cadáver, que nos revisitara en espíritu.

Frente a la apatía intelectual, tenía que organizarse por lo menos un modesto *show* recordatorio que dejara saldos positi-

vos, medibles y contables. Como la Biblioteca Nacional es el repositorio de la memoria del país, el poeta Enrique Fierro, por entonces su director, concibió el espectáculo como un operativo conjunto en el que estuvieran representadas las instituciones a las que Real de Azúa estuvo vinculado, en especial las oficiales, como la Universidad de la República, el Instituto de Profesores Artigas y la Enseñanza Secundaria.

Se exhibieron papeles, manuscritos, originales, borradores, libros, lo poco y lo pobre que todo escritor deja. Se agregó el plato fuerte de cinco jornadas efectuadas en la sala Francisco Acuña de Figueroa, compuestas por un ciclo de mesas redondas en las que participaron sociólogos, politólogos, historiadores, literatos y hasta simples opinantes. Se examinaron todos los aspectos, académicos o no, de esta personalidad tan rica, cambiante y contradictoria, que ha dejado sus huellas en distintos campos de los estudios históricos y literarios, las ciencias sociales y el conjunto de la cultura nacional.

A sala llena en las cinco jornadas, asistieron a ellas los ya legendarios y sexagenarios sobrevivientes de la Generación del 45, se acercaron amigos y parientes, y sobre todo fue mayoritaria, en un par de mesas redondas, la presencia de jóvenes y estudiantes que más bien conocían a Real de Azúa por tradición oral, ya que seguramente pocas oportunidades habían tenido de leerlo directamente y ninguna de escuchar sus clases ni de disfrutar la llaneza igualitaria de su trato. Una sexta jornada, fuera del programa inicial, se realizó en el auditorio del Ministerio de Relaciones Exteriores, a iniciativa del entonces canciller Enrique Iglesias, su amigo, y con una conferencia de Alberto Methol Ferré, buen broche de cierre.

En la evaluación, esta iniciativa de la Biblioteca Nacional removió la modorra provinciana, que era exactamente lo que se buscaba. Tuvo el escritor su media hora previa en el Senado, a cargo de Reinaldo Gargano y otros senadores, y la iniciativa resonó en prensa, radio y televisión, que divulgaron las jorna-

das y las acompañaron con notas, entrevistas, comentarios e incluso audiciones especiales. Varios semanarios dedicaron páginas al acontecimiento y el registro escrito y documentable dejó una secuela bibliográfica muy atendible. Hasta se publicó un libro sobre el profesor, destinado a las jornadas de la Biblioteca Nacional y que analiza los distintos elementos que componen su pensamiento; pero de él no me corresponde hablar.

En definitiva, el grupo o clase de los intelectuales uruguayos demostró que la obra de Real de Azúa conserva interés y vigencia, ya que aporta un conjunto de ideas, orientaciones y sugerencias que conviene repasar, examinar y aprovechar, sea en el acuerdo o en la discrepancia.

Si una confluencia feliz de circunstancias históricas permitiesen que se radicara en este país una tradición cultural propia y hasta cierto punto autónoma, Real de Azúa debería convertirse en un centro de referencia (y de excelencia) para varios especialistas en dos o tres disciplinas estratégicas del futuro intelectual del Uruguay. Al fin de cuentas, su herencia consiste precisamente en ese compacto tejido de enlaces y vínculos que descubrió, señaló e interpretó en el pasado nacional, cuya teoría y método expuso con originalidad y que ejemplificó con barroca abundancia. Por eso, más que una obra redonda y conclusa, dejó un programa de investigaciones.

Las jornadas de la Biblioteca Nacional sugieren incidentalmente que, en el anómico e inorgánico panorama cultural del Uruguay democrático, muy poco puede hacerse a través de esfuerzos aislados, solitarios e individualistas. Se han terminado las grandes personalidades (Real de Azúa era una de ellas) que con un simple artículo de periódico producían conmoción en el público, influían en el trámite de una idea, establecían un valor literario, incorporaban una tendencia, subían y bajaban prestigios, como en aquella Bolsa de valores literarios que imaginaba Horacio Quiroga a fines de los años veinte. Más que

escritores, aquellos eran en realidad empresarios culturales, jefes de equipos y escuelas, caudillos a su modo. Construyeron y deconstruyeron: una época finalizó con ellos.

Cuando el carisma muere, es el momento de la organización; cuando la espontaneidad decae, es la hora de la adhesión orgánica y de la institucionalización en funciones dirigentes que convocan a dispersos y solitarios, a gente que tiene mucho que decir y no lo sabe. El conocimiento y el juicio ya no vienen de caudillos y agitadores, sino de la participación colectiva, así sea modesta y puntual, según corresponde a los años de recopilación y desconcierto que vivimos en este fin de siglo y fin de milenio.

Mientras se forman los próximos caudillos —y los reconocemos por las resistencias que se les opongan— tono y estilo han de cambiar. En el período de sustitución, hay que armar contextos, lograr asentimientos, organizar el esfuerzo colectivo, suscitar adhesiones multidisciplinarias e interinstitucionales, según la cultiparla de moda, que por algo nos invade. Es preciso sobre todo conquistar el apoyo de los medios de difusión. Aunque repugne a los mandarines de la cultura, escasa resonancia habrá si no se recolonizan e infiltran a prensa, radio y televisión. Los guetos literarios son la muerte social.

Esta es una de las enseñanzas, quizá la principal, que se desprende del *revival* de Real de Azúa en 1987 y en torno a las jornadas de la Biblioteca Nacional, cuando se la compara con la efímera, indecisa reaparición durante la primera etapa, años 1983 y 1984. Hijo de su tiempo, aunque a regañadientes y a contrapelo, según suele suceder a las grandes personalidades, Real de Azúa sigue padeciendo los avatares de la historia, frente a la que se rebeló porque intuía oscuramente que también sería su víctima. No hay consuelos en estos vaivenes y descaecimientos de prestigio y fortuna para los muertos, que ya no sienten, sino renovadas perplejidades para los sobrevivientes.

## SECUELA ESCRITA

A las palabras se las lleva el viento y las imágenes son un turbio recuerdo de la memoria: he aquí la servidumbre de la radio, las notas televisivas, las conferencias y las mesas redondas. A lo publicado, en cambio, no lo arranca nadie de la página impresa, que permanece y dura. Palabras e imágenes son útiles en cuanto masivas y superficiales, porque incitan a informarse y la información cuaja en lo escrito formalizado, por más estrecho y elitista que siga siendo en esta época de innovaciones tecnológicas y predomnios audiovisuales. Transitemos por un rato el sendero bibliográfico, menos apacible de lo que parece, que arrancó del segundo semestre de las jornadas de la Biblioteca Nacional.

Para iniciar la recorrida, un texto amable, un prodigio de síntesis e interpretación que refuta la fama de larguero e intrincado que acompañó a Real de Azúa. Escaso medio centenar de páginas, un prólogo de Aníbal Barrios Pintos y una joyita arrancada al archivo del escritor, titulada *Montevideo, el peso de un destino*. Tan leves y simpáticas son sus páginas que no vale la pena ponerse cejijuntos para desentrañar su tesis, que la tiene y es sustanciosa; hay en ellas, ante todo, amor por la ciudad y sus contornos, comprensión por sus transformaciones históricas y una mirada cálida sobre la gente que la hizo, la deshizo y hoy la habita.

Real de Azúa era un montevideano esencial y si en este país hubiera dos dedos de frente pedagógica, los profesores se disputarían el folletico para ilustrar a sus alumnos acerca de ese sentimiento del “montevideanismo” y la existencia ya de un *corpus* literario, entre costumbrista y erudito, que engendra una ciudad que madura y alcanza espesor humano. Para quien tenga sensibilidad, estas páginas ofrecen matices de lirismo historiográfico y leídas hoy dan derecho a considerarlas como una despedida a la ciudad. Incidentalmente, Barrios Pintos

relata en su prólogo una anécdota peripatética de Real de Azúa, base testimonial que apoya el apunte que he trazado antes acerca de las teorías que inventaba al paso.

Docto y profesoral es, en cambio, el *Curso de política internacional*, publicado a fines de 1987 por el Ministerio de Relaciones Exteriores, a iniciativa del canciller, sobre el resumen escrito que figuraba en el archivo del escritor como inédito. Fueron las clases que Real de Azúa dictó entre el 29 de octubre y el 12 de noviembre de 1973 en el Instituto Artigas del Servicio Exterior, aunque bien interpretadas son una suerte de introducción a la ciencia política, con apéndices sobre la política internacional, particularmente la uruguaya. Una vez más, páginas 58/60, Real de Azúa aludió y eludió simultáneamente el tema del origen mediatizado del Uruguay independiente, su condición de Estado tapón o amortiguador (*Buffer State*) y el precedente casi contemporáneo de Bélgica, pero sin mencionar claramente al artífice británico de esta política, padrino y comadrona en el nacimiento de nuestro país. Ya se despacharía torrencialmente en otro libro inédito y sin título, publicado recientemente, 1990, sobre los orígenes de la nacionalidad oriental.

Otra contribución importante del segundo semestre de 1987, el del *revival*, fue la entrega especial (número 42, octubre de 1987) de los **Cuadernos del CLAEH**, casi enteramente dedicada a Real de Azúa y presentada bajo el binomio "Evocación/Provocación", por cierto que cumplido. La revista recogió páginas inéditas y poco conocidas entonces, junto con presentaciones de esos fragmentos y estudios especiales sobre la obra del profesor evocado. Dos de dichos estudios enriquecedores son el de Lisa Block de Behar y el de Gerardo Caetano y José Rilla, el primero en torno a cuestiones de estética y teoría literaria y el segundo acerca de aspectos historiográficos e históricos.

En el destacable aporte de Caetano y Rilla surge al pasar un esbozo polémico sobre la presencia de Marx en la obra de Real

de Azúa. He probado ya, antes y en otro sitio, con citas y análisis de textos, que esta presencia es invisible en su formación; fue quizá una lectura incorporada indirectamente, a través de glosadores, durante los muy contestatarios años sesenta, según se percibe en el libro que dejó inédito sobre el poder en la cumbre, donde la referencia era insoslayable. El libro ya fue publicado, en 1989, es una de las mejores adquisiciones del *revival* y puede ser consultado sobre este detalle de ninguna manera menor.

Alberto Methol Ferré redactó el prólogo del *Curso de política internacional*, que constituye un atendible aporte en el estudio del pensamiento de Real de Azúa. Su comentario tuvo un complemento en una extensa nota publicada en el semanario **La Democracia** del 23 de diciembre de 1987, en uno de cuyos párrafos se agravia de que alguien haya calificado de "antimoderno" el pensamiento de Real de Azúa y también el de Methol, junto con otros. El comentarista no comprende los razonamientos tipológicos y el señalamiento de grupos y tendencias, aunque se encuentren bien asentadas en citas y documentos. El apunte polémico tiene el mérito de replantear el tema, que traté en otro sitio, de Carlos Real de Azúa como crítico de la modernidad, que hoy domina en las reflexiones de filósofos, historiadores y hasta sociólogos de este fin de siglo y de milenio, quizá también el fin de la modernidad como ciclo sustituido por la llamada posmodernidad. Fue una de las preocupaciones más remotas de Real de Azúa, rastreable en sus primeros escritos y que alimentó sus primeros ensayos con el método dialéctico. En éste, al igual que en otros temas, Real de Azúa fue un precursor.

Methol por un lado y Caetano por otro, ideológicamente tan distantes, sugieren campos de trabajo que deberán retomarse en el pensamiento uruguayo. Es tan abundante, variada y contradictoria la obra de Real de Azúa que hasta cierto punto parece inevitable que, a partir de ciertos equívocos, cada uno la

utilice para llevar agua a su propio molino. Pero apropiación y diálogo no son operaciones intelectuales exactamente iguales; sólo la segunda, hija de partero, es enriquecedora. Será difícil esquematizar y domesticar a este pensador díscolo que se conservó joven y deportivo hasta su muerte, a los sesenta y un años.

Por estas y otras consideraciones comienzan ya a ser relevantes las claves biográficas, las que a medida que se acumulen proporcionarán los hilos de su pensamiento laberíntico, más aparente que real. Tulio Halperin Donghi documenta uno de los signos: el batllismo del padre, médico de profesión. No se requiere la mínima dosis de Freud ni de psicoanálisis (mundo totalmente ajeno a Real de Azúa, por lo demás) para advertir allí el germen del visceral antibatllismo de ese carácter esencialmente contradictor, forjado como oposición al padre. Basta recordar los atributos, a veces tan poco históricos, que reprobó en el batllismo para intuir que detrás de ese fantasma se ocultaba la figura arquetípica del padre, incomprensible e incomprendida; fue una construcción psicológica con la que nunca, parecería, se reconcilió. Contra el médico construyó su Jehová, el de la zarza ardiente, y también su doméstico e íntimo *padre padrone*, del mismo modo —y es otra hipótesis a confirmar— que José Antonio Primo de Rivera fue tal vez el sustituto del hermano mayor que deseaba tener.

Su colega Halperin Donghi agrega otra insinuación, muy tenue, velada y oculta entre signos de interrogación, en la página seis de su estudio. Ella es literalmente improbable hasta que no se tenga acceso a los papeles íntimos del escritor, que constituyen otra leyenda en el ambiente literario montevideano, tan pacato y aldeano. El tema es delicado y está verde, documentalente hablando. Dejémoslo así.

En el volumen de *Escritos* se recoge el testimonio de su sobrino Santiago Real de Azúa, especialmente redactado para la ocasión. En siete páginas, Santiago reconstruye la visión

admirada y límpida que de niño y adolescente tuvo de su tío Carlitos. Su sobrino aprovecha la anécdota, nada despreciable, de Real de Azúa aficionado al fútbol e hincha de Peñarol, que lo llevaba al estadio Centenario en inolvidables tardes soleadas. Menciona un rasgo definitorio de su pariente: *“el fútbol le permitía en cierto modo participar en pasiones colectivas y populares que de otra manera le estaban prácticamente vedadas. Durante algunos años, incluso, las tardes de estadios repletos debieron reconfortar su nostalgia político-estética de un nacionalismo popular”*.

Lo esencial está dicho: un *nacionalismo popular*. Se prueba con su vida y su obra. Esta adscripción lo acercaba a él, de ascendencia colorada, a Herrera y Primo de Rivera; lo hacía sentir afinidad por Berro y odio por Venancio Flores (*“el mayor traidor de nuestra historia”*); lo condujo a la Unión Popular en 1962 y al Frente Amplio en 1971. Con Batlle, que era popular y nacionalista sin necesidad de decirlo, padecía sentimientos encontrados, porque su padre era batllista, porque Batlle era antirreligioso, porque Batlle encabezó la modernización, porque Batlle ejerció el poder y él sentía miedo ante los poderosos.

## EL MANANTIAL QUE NO CESA

Después de tantos y valiosos acercamientos durante el *revival* de 1987, sigue irreductible y vigente el misterio del centro unificador, de un elemento personal y biográfico que el ensayista transpuso en clave histórica, junto con el proceso invasor de quinientos años de modernidad. En 1990 se publicó completo su libro sobre *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*. En rebeldía contra Pivel Devoto (otra figura autoritaria, para contradecir), en desacuerdo con la historia oficial, nuestro filósofo de la historia rodea el acto de nacimiento del Estado Oriental, tratado a través de un examen belicoso de las versiones historiográficas que de él se han hecho. Es historia del

acontecimiento, pero simultáneamente algo tal vez de mayor valor: la crítica de la historiografía que consideró el acontecimiento, lo develó y lo encubrió, lo construyó y lo mitificó en la tarea socialmente útil de fundar una nacionalidad.

Llamo la atención sobre una frase de ese libro, la siguiente: "*Han perdido en puridad todo sentido las viejas discusiones – muy habituales todavía en las sobremesas de nuestra infancia – sobre si fue mejor que fuéramos una nación independiente o, de que hubiéramos existido, existiéramos como una parte privilegiada o no, de la Argentina*". Hasta la sintaxis angustiada constituye aquí un documento impremeditado de quien, hacia fines de los años treinta consideraba la posibilidad de constituir un pacto federal del Uruguay con Argentina y se convenía poco después – libro sobre España – que el debate estaba clausurado y la independencia era cosa juzgada. Sobrevive, empero, la constancia de que para el escritor el debate sobre el nacimiento del Uruguay provenía del recuerdo infantil en las sobremesas familiares. Era parte del misterio de los orígenes.

## LA CASA DEL INTELECTO

Textos densos, tumultuosos, que exigen una digestión lenta y pesada (casos de *El poder* y *Los orígenes de la nacionalidad oriental*) integraron entre 1989 y 1990 la cumbre del *revival*, esa curva indecisa que sólo la distancia permite percibir con cierta claridad. Fueron obras de carácter científico pero recorridas por fuertes vetas confesionales y hasta de elementos autobiográficos que resultaron inocultables para el lector atento. Se comprende su escasa repercusión pública y la lentitud de las ventas, en apariencia limitadas al ámbito académico de politólogos e historiadores.

Solitario, desconcertante, mal distribuido comercialmente, en 1992 apareció *La Universidad*, otro inédito largamente esperado, que cayó fuera de contexto, cuando la Universidad de la República, intervenida durante la dictadura, emprendía bajo

la democracia una profunda reorientación de sus políticas y recibió el fuego graneado de las tendencias neoliberales. En apariencia, sólo en apariencia, Real de Azúa se refería en sus páginas a un período lacerante y de memoria incómoda, la Universidad de los años sesenta, virgen todavía de una autocrítica explícita y serena. Del sorprendente conjunto de los inéditos de nuestro autor, es de los pocos que existe constancia testimonial de la causa voluntaria de que no se publicara en su oportunidad. Redactado alrededor de 1975, Real de Azúa decidió hundirlo en la creciente masa de inéditos para no dar armas al enemigo que había intervenido a la Universidad de la República. Han sido demasiados años perdidos en la oscuridad de gavetas y estantes; es posible que pocos admitan reconocerse en estas páginas testimoniales y autocríticas. Sin embargo, con ellas Real de Azúa retorna a su casa, a su alma máter, y como un fantasma recorre sus aulas, sus despachos, sus patios, y se las ingenia para dialogar desde el pasado con sus colegas de antes y los jóvenes de hoy. Porque la Universidad es la casa común de los intelectuales, hay que retornar a ella, para inquietarla y conmoverla, acuciarla y demandarla.

Jacques Barzum, rector de la Universidad de Columbia, estudioso de la obra del filósofo William James y autor de una monumental biografía del músico francés Hector Berlioz (*Berlioz and the Romantic Century*, 1949/1969), escribió también, por los años cincuenta, una diatriba bastante indignada contra ciertos productos deformados de la universidad norteamericana, acompañándola con una defensa de la institución misma. Desconocía por cierto el movimiento reformista de Córdoba y el ensayo de Ortega y Gasset; pero tenía ideas muy firmes y algo anticuadas acerca de la misión de la universidad. Las páginas de su libro han marchitado un tanto, junto con los vicios que intentaba combatir y que seguramente han empeorado, según confiables fuentes de su país. Sin embargo, el título se mantiene, emblemático: *The House of the Intellect*.

La universidad es la casa del intelecto. Como en las crónicas policiales, se sabe el lugar que frecuentan los intelectuales, los hábitos que tienen, cómo se ganan la vida y hasta el halagador papel social que les ha reservado el prospecto de la sociedad posindustrial, según el sociólogo filosofante Daniel Bell. Desde Napoleón Bonaparte, que hizo circular el sustantivo, la bibliografía resulta aplastante. La especie o clase, que ostenta algunos rasgos de mutante social, es bien conocida en el extranjero, aunque mucho menos en el Uruguay, donde lleva una vida monográficamente clandestina o desapercibida. Excepto por algunas observaciones incidentales que Real de Azúa les dedicó esporádicamente en algunos de sus libros y en cuatro jugosas páginas (38/42) de *La Universidad*.

De la misma manera que la ciencia y la cultura constituyeron el corazón de sus argumentos y han sido debidamente apuntadas, también recibió consideración aparte esa especie mutante en constante expansión. Tan constante ha sido su crecimiento que se ha segmentado y subdividido en dos, con un tercero en camino. Real de Azúa partió en su breve inquisición del conocido ensayo del escritor inglés C. P. Snow sobre las dos culturas, la ciencia y la técnica por un lado y las humanidades por otro, que producen dos tipos humanos distintos, casi modélicos. Uno, el dominante en nuestra época, es el hombre de ciencia acompañado con su variante práctica que es el técnico y su exagerado extremo el tecnócrata, seguros de su saber hasta la arrogancia, propulsores de la racionalidad y la eficiencia, especializados y burocráticos.

Frente a él se levanta el intelectual generalista, consciente de la "sustancia" y las metas, de las certidumbres del sentimiento y la sabiduría de las "razones del corazón", conecedor de los monstruos que engendra la razón, dijera Goya. Es el escritor, el filósofo, el sociólogo, el ensayista, el erudito, el historiador. Dos estampas, pues, intensamente coloreadas por Carlos Real de Azúa; dos tipos humanos que lo condujeron a la exageración

tipológica, el juego de pares opuestos que constituyó el fundamento de su dialéctica y que ha sido, en buena parte, la némesis de su pensamiento. El relector de hoy intuye que los dos retratos, los dos tipos corresponden respectivamente a los principios masculino y femenino. Tesis y antítesis han de engendrar un tercero, el *tertium datur*, que aparece en la página 41: la tercera cultura, la científico-histórica o científico-social, el totalizante generalista.

Las tres culturas inciden sobre la enseñanza, cuyos contenidos recogen y compaginan en la educación media y la superior, prorrateando "*un tiempo y un espacio tan angustiosamente estrechos como el que se dispone*".

Es obvio que Real de Azúa no podía identificarse con el mundo científico-técnico, "*inabarcable y esotérico*"; más bien aspiraba a postularse para la tercera cultura, emergente de la síntesis, incipiente en la dialéctica de C. P. Snow. Aspiraba, porque los lectores atentos de su obra saben que no lo logró y no por falta de tiempo sino por las profundas raíces de su carácter y formación. Pertenecía a la primera de la tríada, la del intelectual generalista capaz de escribir un análisis breve e intenso de su alma máter, la Universidad, de la que había egresado y retornado como profesor, de la que fue expulsado y destituido, y a la que retornó, sin rencor pero dolorido, con un libro secreto, en el que le confesó su más entrañable adhesión.

*La Universidad*, que tanto tiene de testimonio personal, que es algo más que un texto de examen científico y objetivo, reserva la sorpresa de un autorretrato, de esos fugaces espejos en que ocasionalmente, a lo largo de su tumultuosa y escondida obra, Real de Azúa se contempló a sí mismo de manera no muy consciente. Detestaba tanto la arrogancia, la afirmación sin matices y los excesos de racionalidad instrumental, que los rechazaba hasta donde no existen, como suele suceder en la ciencia. Contra ese tipo humano, abogó por el intelectual generalista porque posee:

“... el sentido de la densidad del mundo, del espesor de lo real –humano, social, histórico–, de la relatividad inenjugable de todo acercamiento a ellos. También sería quien tiene, entre todos los roles sociales decisivos, más clara conciencia del ingrediente trágico de la existencia humana y de su jaqueo por la finitud y por la muerte, una percepción que lo llevaría a ver como más decisivo el esclarecimiento del hombre consigo mismo que el dominio del mundo material, más valiosa su posible apertura a experiencias de identificación y trascendencia que esos logros de bienestar (que, por otra parte, no desprecia), más deseable la eventual armonía entre la persona humana y el mundo natural que es su dominio y –a la muy corta– su aniquilación por la máquina, la industria, la técnica”.

El intelectual generalista era él mismo y agradeció a la Universidad, no a cualquiera, sino a la nuestra, que lo formó y confirmó así. Era su casa aunque lo hubieran destituido, porque era y es la casa del intelecto, por más inhóspita y cruel que en malos tiempos se conduzca.

### ESA TUMBA INQUIETA

Hacia setiembre de 1992 se divulgaron los resultados de los concursos anuales que promueve la Intendencia Municipal de Montevideo, uno de cuyos premios, el primero de los referidos a Historia, recayó sorpresivamente sobre *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*. Como nada impide en el reglamento de los concursos que se presenten obras póstumas, el editor entregó los tres ejemplares de la obra en la ventanilla de la sección municipal correspondiente. Remitido que fue a los tres jurados, el fallo resultó inevitable por la calidad del contenido, el tratamiento original del tema, la erudición desplegada y hasta por el ardor polémico que todavía desprenden sus páginas.

El fallo quedó en suspenso porque fue recusado por uno de los participantes, alarmado por la presencia inesperada de esa

obra póstuma del gran ensayista. Los antecedentes pasaron al Departamento Jurídico de la Intendencia, que aceptó el recurso y recomendó anular el fallo. En los corrillos que se formaron después del acto de entrega de los premios, jurados, funcionarios, autores premiados y hasta el público, comentaban esta travesura póstuma de Real de Azúa, que desde su inquieta tumba no deja descansar a sus contemporáneos.

No sería su última travesura del año, sin embargo. Casi simultáneamente con el discreto escándalo de la Intendencia, se publicó otro de sus inéditos largamente esperado, el libro sobre la Universidad. El escritor no se limitó a guardarlo en algunos de los roperos de su apartamento de calle Mercedes, puesto que lo hizo circular entre sus amigos en copias mecanográficas o en las imperfectas fotocopias de tres o cuatro lustros atrás. Mucho antes de la dictadura, el escritor había establecido, por razones todavía poco claras y que mucho tienen que ver con su carácter y personalidad, una suerte de mínima, privada y clandestina empresa editorial, similar a las existentes (mimeógrafos, copias a máquina) en los países comunistas antes de la caída del muro de Berlín. Real de Azúa fue el primer escritor de *Samizdat* que tuvo el Uruguay: se inició en la semiclandestinidad en 1943, con su libro, jamás distribuido comercialmente, sobre España y que apenas entregaba avaramente a amigos muy seleccionados.

¿Atesoraba la ineditez, no estaba totalmente seguro de sí mismo, buscaba desde siempre albaceas literarios? Todo esto, quizá; a lo que habría que agregar su obsesión de no quedar fijo, estable, permanente, fechado y fichado, según suele ser el destino de las publicaciones que estereotipan a los autores. En su angustia psicológica y en su método dialéctico, publicar equivaldría al congelamiento y la prisión, al inmovilismo de las ideas y a la parálisis del tiempo.

Cuando escribir se convierte en ensayo y tanteo provisional, por muy fundado que se encuentre en la erudición, los datos, las

fuentes y las pruebas, la escritura misma se hace conflictiva y el autor se cuestiona tácitamente hasta la insatisfacción. Dijo él mismo que su libro sobre la Universidad “no conformará a nadie”; olvidó agregar que tampoco le conformaría al proteico Real de Azúa, el primer inconforme de sus escritos. El conflicto lo habría resuelto como siempre: escribiendo otro libro y dejando inéditos a ambos.

O como hizo con *Tercera posición, nacionalismo revolucionario y Tercer Mundo*, voluminoso inédito que apenas aflora, aquí y allá, en la polémica con Arturo Ardao a propósito del libro de Aldo Solari. El lector tiene ahora en sus manos aquel *Samizdat* de 1961/63 y que básicamente fue una torrencial respuesta al discurso de Fidel Castro en la Universidad de La Habana, diciembre de 1961; dispone de él después de treinta años, junto con el libro de Solari y las piezas completas de la polémica, de modo que podrá colocar su propia perspectiva. El debate de ideas, una llamarada que ocupó meses desde diciembre de 1965 hasta mediados de 1966, no se explica tan solo por la época, el período y la historia; la coyuntura fue también favorable para el enfrentamiento de personalidades y estilos de pensamiento. A la luz que arroja el *Samizdat* que fue *Tercera posición* sobre la participación de Real de Azúa, que se introdujo en el pleito sobre tercerismo aduciendo tercería, se destacan algunos pliegues psicológicos y hasta autobiográficos muy particulares que no cabe desdeñar.

## LE PHILOSOPHE

Todo libro es una confesión pública, se le escapó una vez, mientras redactaba el estudio sobre un viajero inglés, Boutcher Halloran, destinado al santuario custodiado por Pivel Devoto. Este elemento subjetivo, tan personal e intransferible, no expulsa a Real de Azúa del supuestamente neutro mundo de las ciencias sociales e históricas, ni lo remite prisionero y castigado

al de la literatura; más bien subraya su condición de filósofo y ensayista, ambiguo, fronterizo, curioso visitante de varias disciplinas y ávido colonizador de temas, ideas y prospectos. *Un philosophe* se habría dicho en la Francia del siglo XVIII, cuando los tecnicismos germanos y la departamentalización del pensamiento en las universidades no se habían expandido y daban oportunidad para la reflexión libre. Un filósofo social, habrían agregado en el siglo XIX cuando todos estos procesos de organización comenzaron a dominar en la casa del intelecto. Marginal, esquivo, tímido disidente, merodeó esa casa cuando fue expulsado de ella por la intervención. Se sumó entonces a la fantasmal emigración interior que produjo la dictadura.

Nunca dejó de ser un niño preguntón y alegre, un adolescente inquisitivo y angustiado, un joven brillante y seductor, con frecuencia equivocado pero siempre probo. Su desarrollo se detuvo allí no tanto por un hipotético e irresuelto conflicto, sino por el método dialéctico con que lo tradujo y expresó. Por eso el manantial inagotable de su obra póstuma sigue sorprendiendo por la altísima jerarquía intelectual que lo alimentó en vida.

Fue un crítico de la modernidad y un intrincado maestro del ajuste y el matiz; fue también un poquito místico, en dosis que requiere todo filósofo de la historia para unificar diversidades, señalar conjuntos, ordenar ciclos y repeticiones, denunciar quiebras que no se superan y retornan con una espléndida y majestuosa monotonía, como sucede durante el proceso de la modernidad.

En la polémica con Ardao confesó que “*todo tiene que ver con todo*”, enunciando de paso —siempre de paso— el principio de menesterosidad, de heteronomía universal. Recurramos a Ortega y Gasset, quien entre tantas cosas le enseñó a buscar “*estratos de concordia*” en las sociedades amenazadas por la guerra civil o convulsionadas por las luchas de clases, por los procesos de emancipación e independencia, por los traumas de la gestación y nacimiento de mundos nuevos. Ortega advirtió:

*“La idea de que todo influye en todo, de que todo depende de todo, es una vaga ponderación mística que debe repugnar a quien desee resueltamente ver claro”.* Fresco y eterno adolescente de la historia, Real de Azúa se negaba resueltamente a ver claro.

Albacea de sí mismo, eficaz gerente de su destino, nos revisitará periódicamente, siempre que lo aceptemos y no cese el manantial de sus inéditos y papeles póstumos, reserva por ahora suficiente para sostener su fortuna y prestigio. Serán retornos fugaces, preguntones, inquietantes, alegres y algo incómodos para los graves académicos, no muy dispuestos a disfrutar el humor de sus teorías y mucho menos el padecimiento intolerable de la historia. Hay todavía materiales de sobra para sostener el diálogo, al estilo Gramsci/Croce, Marx/Hegel, que lo inviertan y coloquen sobre sus pies. La gestión y el trámite depende de los jóvenes, y tal vez mucho más de los *literatti* que de los llamados científicos sociales, que lo tuvieron en sus filas. Si la cultura uruguaya no es capaz de ese diálogo creador, Carlos Real de Azúa, como Rodó hoy, estará más muerto que un caballo muerto.

*Ruben Cotelo*

Carlos Real de Azúa

**TERCERA POSICION,  
NACIONALISMO REVOLUCIONARIO  
Y TERCER MUNDO**

Una teoría de sus supuestos

## OBJETO Y METODO DE ESTE TRABAJO

El objeto de este "ensayo", que quiere serlo en su más prístino sentido de tentativa de acercamiento informal y asistemático a un tema, de "borrador" si cabe, es bien concreto: analizar los elementos que tienden a integrar la ideología, la doctrina de ese confuso aunque tangible movimiento universal que recibe nombres tan variados como "tercerismo", "nacionalismo popular", política "no comprometida", "tercer mundo", "revolución marginal" u otros análogos. Que esta empresa, con todas sus imposibilidades, su vastedad y hasta su evidente audacia responde a una necesidad de nuestra altura histórica podrían testimoniarlo obras tan alejadas en el tono y el lugar como *El gran viraje* del mexicano Enrique González Pedrero y *Les damnés de la terre* del antillano-argelino Franz Fanon.

Pero una "teoría del tercerismo", digámoslo para abreviar, puede emprenderse desde muy distintos ángulos ideológicos y con muy diferentes finalidades. Expondré sintéticamente cuáles son las segundas ya que de las primeras el resto del trabajo será suficiente y sincero testimonio.

Dijimos "teoría" y marcamos ahora este término. Es decir: más que una construcción coherente, dialéctica, de unos elementos, más que una elaboración de fin incitativo, una "visión", en un mismo plano —espacial, si se quiere—, de todos esos

elementos. Y si esto es el fin es que entendemos que algo así como un "vocabulario", un recto entendimiento de lo que los términos de una doctrina política implican, es sobremanera necesario. Este libro, pues, busca sobre todo un análisis previo de los ingredientes que luego han de engranarse en la dinámica de un programa, de una doctrina. No aspira a "interpretaciones" más o menos novedosas, más o menos brillantes, sino a un saber bien qué componentes están manejando los que tienen el gusto de armarlas. Es un lugar común del pensamiento de nuestra época la observación de que la falta de un lenguaje convenido y fijo hace de las cuestiones políticas y sociales el reino del desencuentro y la sordera. Nos dice, con razón, que los países no son tanto víctimas de los políticos como de una osatura conceptual incapaz de comprender los acontecimientos y dirigirlos. Antes de cualquier argumentación, agreguemos nosotros, tratemos de saber qué es lo que subyace en las argumentaciones, qué significados son los que laten en ellas.

La aspiración a un vocabulario total hace inevitable que esta tarea se haya querido cumplir en el nivel más elemental o, si se prefiere, más convencional. En él debe entenderse esta primera formulación de valores, lo que también implica, como es natural, soslayar cualquier proclividad a un mayor afinamiento o refinamiento de cada concepto.

Nuestro trabajo se centrará así en una serie de definiciones y de deslindes. Tratará de saber qué es cada cosa y dónde están sus límites. Si la vida histórico-social del mundo no es notoriamente un ajedrez jugado con entes abstractos, también es cierto que en denso fluir de todo lo íntimamente imbricado el esfuerzo intelectual puede aislar ciertas "figuras", ciertas nociones que son las que permiten que no sea absolutamente ininteligible. Pero estas definiciones y estos deslindes no podrán tener sentido y, sobre todo, utilidad, si no se las completa con una operación corolaria de discriminaciones, limitaciones, integraciones y opciones. Y esto es así porque una ideología del

"tercerismo", "neutralismo" o "nacionalismo popular" no puede descansar sino en una negación del aparente monolitismo de las ideologías de choque, en una creencia en la posibilidad de desintegración y reintegración de sus elementos en posturas independientes de ellas, en una fe muy viva en la existencia de un núcleo de verdad, de salud que vive en muchas fuerzas pero también en una dialéctica enloquecida que las desquicia, en una convicción muy firme en la capacidad que despliega la historia de integrar, combinar, limitar y recomponerlo todo.

Esto que puede ser el resultado de una tarea de balance y dilucidación de todos los grandes rótulos (primera y segunda posición, sobre todo) puede despertar dos grandes reservas.

Una es de que esta labor de discriminación entre marxismo, democracia, socialismo, nacionalismo y revolución; este apartar y este aceptar puede dar la impresión penosa, pobre, de estar cosiendo una colcha de retazos, de estar edificando un sincretismo sin vida. Esto es, no cabe duda, un peligro real y pasa por cierta la afirmación de que las ideologías no nacieron en el mundo integrando trozos de aquí y allá. La opinión, con todo, puede ser errónea. Y piénsese en algunos casos: puede creerse en la revelación cristiana y ese creer total implica una creencia en su autenticidad, sobrenaturalidad y unicidad. Sin embargo, esta creencia no tiene por qué escamotear que el cristianismo históricamente efectivo resulta de una combinación entre tradición mosaica, elementos orientales, filosofía griega y moldes político-jurídicos romanos. Puede creerse también en el genio de Marx y no dejar de ver en su doctrina todo lo que es una combinación del socialismo francés, la economía política inglesa, la dialéctica de Hegel y el materialismo de Feuerbach. Los dos ejemplos, en suma, apuntarían a que lo esencial no es el carácter compuesto de una doctrina ni su unidad germinal sino la acción histórica que funde sus elementos, la coyuntura que les da vigencia, la energía despiadada, lúcida, generosa, que los sirva.

También podría verse en la tarea que emprendo de discriminar entre corrientes, de intentar un balance de posiciones, un intento de deslindar, de distinguir entre una esencia "pura" de las cosas y sus correspondientes "corrupciones". Esta orgullosa tarea intelectual nada tendrá que ver con la que realizamos. Los sociólogos (pues es frecuente) tienden a rechazarla en el caso de las religiones, pero este rechazo puede también extenderse a otros campos. La discriminación que este trabajo intenta no es la moral entre lo puro y lo corrompido sino la más prosaica y pragmática entre lo útil y lo inconveniente de cada posición. Tal vez valga la pena indicar que este pragmatismo y este utilitarismo sirven los intereses de un grupo mayoritario de pueblos y no los de ningún grupo particular de hombres.

Si el término no estuviera hoy ligeramente desprestigiado, diríamos que esta tentativa se inscribe en la clásicamente llamada "filosofía política" entendida como definición y postulación de ideales, normas y valores. La diferencia que podría marcarse entre nuestra ambición y las formas tradicionales de esta disciplina radica en que aquí no se pretende — bueno estaría el esfuerzo— la formulación de un orden político y social suprahistórico sino, más empíricamente, extraer de una realidad colectiva, de una corriente histórica, los principios que la informan o pueden informarla, distinguirlos de otros, examinar su practicidad y su posible vigencia. También juzgar su valor ético aunque este juicio no se realice en abstracto sino localizándolo, situándolo en la perspectiva de las presentes generaciones mundiales y de sus exigencias morales previsibles.

Precisar así nuestro plan arrastra el proclamar que se ha querido huir siempre de los dos extremos peligrosos que significan el apriorismo y todas sus pretensiones de dictar normas *urbi et orbi*; también del descriptivismo sociológico, del factualismo, del localismo. El autor cree sinceramente que la proclividad actual por hurgar en la entraña viva de los proble-

mas importa el peligro de una crisis de "fines", de imágenes prospectivas que ordenen la acción, sean su teleología. Corremos el riesgo de saber mucho y aun demasiado de la realidad perdiendo de vista los objetivos por los cuales queremos cambiarla o, lo que es peor, teniéndolos tan borrosos que una confusión entre lo esencial y lo secundario, lo renunciabile y lo irrenunciabile siempre esté acechando. La historia de muchas apostasías podría explicarse en esta forma y a llenar este vacío, a evitar este peligro, quiere este ensayo colaborar.

Resulta obvio así que él tratará con "ideas" y no con "realidades", con conceptos y no con magnitudes ni con cifras. Por eso no se busque aquí un examen descriptivo de las políticas mundiales de poder, o de las políticas de desarrollo, o de los procesos revolucionarios del mundo lleno de nombres, de hechos, de corroboraciones, de números... Su plan ya es demasiado ambicioso y exigiría en puridad la intervención conjunta de muchos especialistas más algún "especialista en conexiones" que tratara de armar los distintos aportes en un todo único. Su fin es, precítese de nuevo, dar un panorama ideológico en un plano sincrónico y no una explicación histórica de cómo esos elementos se han ido perfilando, imbricando, chocando, definiendo.

Creemos que los tiempos que están adviniendo van a estar marcados más que ninguno de los que antecedieron por conflictos y tensiones tremendas. Distingámoslas: conflictos y tensiones que se despliegan en el plano ontológico y vital; no simples "contradicciones" de orden lógico: el prestigio del vocabulario marxista y el implícito logicismo de su origen hegeliano tiende a reducir los primeros (conflictos) a la segundas (contradicciones) y esta errónea identificación ayuda a olvidar que el de la historia es el plano de la libertad —concreta, no paradisíaca— donde cada instante despliega una pluralidad o, por lo menos, una dualidad de caminos. Por eso los prospectos de nuestro trabajo no pretenderán nunca ninguna "ineluctabilidad": quie-

ren moverse, por el contrario, en ese margen en que son posibles las opciones y en que ellas se cumplen de acuerdo a los intereses, el temperamento y los valores que cada uno profesa. Pero quiere, eso sí, dibujar bien lo que son esas opciones, lo que llevan implícito, sus consecuencias. Por eso podrá decirse que es planteo problemático y no dogmático y no tengo intención de eludir la crítica. Escribir sobre política no siempre es un medio de "agitación": a veces es un esfuerzo por ver claro y por ayudar a otros a ver. Cuando no se profesa una receta prefabricada para todos los males puede asentirse a las palabras de Nehru cuando confesaba: *"No pretendo tener esa claridad de pensamiento, ni respuesta alguna a esas incógnitas tan importantes (las de la revolución, la libertad, la socialización). Todo lo que puedo decir, con toda humildad, es que pienso continuamente en estas cuestiones. En cierta forma, hasta podría decir que envidia a aquellos que tienen una idea fija y que no se ven en la necesidad de molestarse, por tanto, en observar profundamente los problemas de nuestro tiempo. Ya sea desde el punto de vista de una religión o de una ideología, el hecho es que no experimentan la turbación de los conflictos mentales que acompañan siempre a las épocas de grandes transiciones. Y sin embargo, a pesar de que pueda ser más confortable el poseer ideas fijas y ser complaciente, es cierto que ello no resulta aconsejable, y que sólo puede conducir al estancamiento y a la decadencia"*.

Pero el problematismo no significa forzosamente "vagueza" y puede en cambio ser el signo de un pensar que acepta la "latitud" de todas las cosas y las "alternativas" de una elección entre ellas. Si hay un estilo común a nuestro pensamiento pienso que él es una fe muy profunda en la libertad del hombre y en su capacidad de invención. También, simétricamente, una creencia similar en ciertas "constantes" de la condición humana y una más general en la densidad, el espesor de la vida histórica y social que la hace resistente a toda racionalización esquemática sino a una razón sutil y cautelosa que reconozca sus límites.

Tampoco es la pasión el signo de este esfuerzo sino el más medido de la deliberación intelectual. Ya existe, con el libro de Fannon, un insuperable ejemplo del otro tono y entre ambos no hay otra superioridad ni inferioridad que los frutos que pueden brindar cualquiera de las dos. Si recurro de nuevo al autor de *Terre des hommes* diré que su fin es un "tomar conciencia", que es la "única operación necesaria" ya que "la verdad será creada, no encontrada" (Saint-Exupéry, *Carnets*, pág. 164).

Es tan homogénea la materia que aquí se intenta escudriñar que puede decirse que cada uno de los capítulos será un acometimiento de la cuestión desde un distinto punto de vista. Si a ello se agrega que la misma vastedad de esa materia me impondrá una concisión enunciativa en cada punto, un tono asertórico y hasta apodíctico no distante de la pedantería y muy cercano al del manifiesto, está dicho que faltará en él un buen grado lo deliberativo (sólo las conclusiones) y lo discursivo (a veces una aparente yuxtaposición de asuntos). De citas y corroboraciones, casi nada: lo que no es "ciencia" no las reclama y si se aluden y usan con cierta reiteración dos libros es por algunas razones muy decisivas. Son las obras de Walt W. Rostow, *Las etapas del crecimiento económico* (México, Fondo de Cultura Económica, 1961) y Paul A. Baran, *La economía política del crecimiento* (México, Fondo de Cultura Económica, 1959). Si divido el extenso desarrollo no sólo en capítulos sino también en párrafos es para facilitar las remisiones de un asunto a otro en la identidad básica de un solo tema y como medio de obviar y abreviar lo ya muy dilatado del plan.

Su sesgo, de más está decirlo, es también polémico. No sólo trata de diseñar una actitud y sus supuestos sino también de enfrentar otras dos (y a veces más) que pretenden masivamente usurpar la opinión internacional. Denunciar o, más modestamente, señalar, sus paralogismos, sus simplificaciones, sus reiteradas hipocresías, sus ilegítimas idealizaciones es tarea de

salud pública mental pero también ayuda a precisar qué es lo que se proclama frente a ellas.

El ensayo partirá, como es natural, de un examen del sentido mismo del "tercerismo" y de la misma infortunada ambigüedad terminológica que este término implica. Tratará después tres rasgos comunes a las posiciones llamadas terceristas: el nacionalismo, el antimperialismo y el uso del pensamiento marxista. Examinará después "los cuatro clavajes" que tienden al mismo tiempo a socavarlas y a definir las: el de la democracia y el autoritarismo (y aun el "totalitarismo"); el del capitalismo y la socialización (o la "libre empresa" y la centralización); el de la Revolución como necesidad pero también como peligro y como "costo". Llegado a este punto creo que puede dibujarse el prospecto de un auténtico "tercerismo" y un planteo de sus técnicas, necesidades y problemas. Cuatro cuestiones complementarias cerrarán el desarrollo: la posición religiosa ante los problemas de la Revolución, la del "juicio de los países", la actitud ante el comunismo y, desde nuestro ángulo iberoamericano, la del panamericanismo y sus formas viejas o remozadas.

## CAPÍTULO I

### UN FENÓMENO Y SU EXPRESIÓN: RIQUEZA Y AMBIGÜEDAD DEL TERCERISMO

Partimos de una realidad: un grupo de naciones diseminadas por el mundo soportan una serie común de adjetivos. Geográficamente son periféricas a ese centro que representan Europa y el núcleo noratlántico. Históricamente son marginales: no han estado en sus manos hasta ahora los resortes decisivos de las grandes opciones internacionales. Económicamente —y es el término más empleado— son subdesarrolladas. Socialmente, y es el calificativo más antiguo, son "atrasadas" de acuerdo a las pautas del desenvolvimiento de las naciones maduras y centrales.

Ese grupo de naciones es el centro de la insurrección antimperialista y el escenario del proceso de descolonización. Aprovechando la crisis, al mismo tiempo endógena y exógena, del imperialismo, se niegan a seguir siendo repositorios de "reservas" naturales, productores de materias primas, consumidores de productos manufacturados ajenos, piezas atornilladas al engranaje de las grandes economías europeas o norteamericana. Buscan, al margen de toda "institucionalización" de tipo europeo, democratizar su vida social, integrar en un todo

homogéneo sus sociedades de clases aisladas, irreductibles, rígidamente jerarquizadas. Tratan de lograr el ascenso de sus clases trabajadoras y, muy especialmente, la integración de sus incomunicadas clases campesinas a una sociedad global de que se sientan participantes. Se empeñan en desarraigar los vestigios de feudalismo que sobreviven en su colectividad, de superar las formas patriarcales y todo lo que, genéricamente, es calificable de "precapitalista". Aspiran a promover el desarrollo de burguesías nacionales, capaces de colaborar en la promoción del país y de constituir un sólido séquito para las nuevas posibilidades de emancipación. Consideran que la industrialización representa la única vía posible en el aspirable proceso de maduración hacia una independencia nacional cabal; la van cumpliendo entre dificultades sin nombre, obstáculos, corrupciones, desarmonías de todo género. Si la industrialización, si el desarrollo, si la integración nacional son sus querencias, saben que sólo dotándose de un Estado nacional fuerte es posible cumplir estas tareas, sólo con él enfrentar las acechanzas del imperialismo.

Subdesarrollo, conciencia de enajenación total, estructuras agrarias anticuadas, desequilibrios extremados en la distribución de la renta nacional, forman un cuadro imbricado y terrible que va suscitando, una tras otra, incontenibles protestas nacionales. Dirigidas habitualmente por universitarios de las pequeñas clases medias comprimidas en su desarrollo, por equipos de jóvenes militares, por personalidades caudillescas salidas por lo común de esos núcleos, esas protestas nacionales suelen asumir formas violentas, emocionales, primarias temperamentales e ideológicamente hablando. Al chocar con las clases directoras de sus países, apoyadas económica y socialmente en el imperialismo, inspiradas por él, la colisión es, casi siempre, cruenta y estruendosa.

Aunque la ideología de estos movimientos suele ser en extremo oscilante, en extremo borrosa, algunos rasgos de ella

son plenamente identificables. Se definen, para empezar, como "nacionalistas", económica, histórica, emocionalmente. Se definen como "socialistas" y "antimperialistas" y aunque estos términos tengan también un sentido poco preciso, late debajo de ellos la convicción de que es necesario recurrir a formas autoritarias, compulsivas, planificadas para elevar la tasa de inversión económica nacional, el índice de capitalización imprescindible, la convicción de que si extranjero y capitalista han sido secularmente sinónimos, la simetría recuperadora se impone con igual coherencia. También se definen estos movimientos como "humanistas", como herederos de ese ideal de Occidente que ve en cada hombre un valor absoluto, no mediatizable (totalmente), no sacrificable en un todo a algún Absoluto impersonal. Pronto se encuentran también que en el proceso de las Revoluciones esta convicción tiene que soportar, pragmáticamente, muchos recortes. También se definen, sobre todo en Asia, como "religiosas" y tiene validez para una extensa área la fórmula del indonesio Sukarno caracterizando su movimiento como "nacionalista, socialista y religioso". (Si Asia y Africa poseen religiones socialmente vivas, sobre todo la musulmana, no podrá decirse lo mismo para los países marginales plenamente occidentalizados y sus cristianismos de inmovilización y conformismo social, sino ideológicamente hablando.) Más vaga, menos formulable es la ideología política de estos regímenes: ella podría caracterizarse diciéndose que si por un extremo aceptan los fines de la democracia, rechazan por el otro sus medios como inadecuados a la tarea de emancipación nacional. Archivan las más de las veces las formas de la democracia liberal burguesa europea, instauradas en ocasiones en esos países con raquítica vida; otras veces, más tímidamente, se limitan a desfigurarlas al punto de hacerlas irreconocibles. Buscan otras formas democráticas más acordes con la inmadurez de las masas recién liberadas y con las necesidades de precaver adentro la discordia fomentada desde fuera: "la demo-

cracia dirigida" de Sukarno es una de las ambiguas fórmulas con que quiere darse una atendible y honrada realidad. A veces, también, denuncian la hipocresía que late bajo las fórmulas democráticas occidentales, adoptan el argumento marxista de la democracia como gobierno de clase o se aventuran, mismo, a sugerir el advenimiento de nuevas fórmulas políticas más acordes con la altura de los tiempos. Parece ocioso decir, después de esto, que su definición antimperialista no sólo importa una actitud específica sino que es también como el denominador común de todas las posturas anteriores.

La conducta internacional de estos movimientos es hoy crecientemente sensible a una quemante sensación de desigualdad mundial: saben que pertenecen a naciones cuya población cubre (para hablar con cifras) 67% de la población del mundo y cuyo ingreso es el 15% del total de él (frente a las de alto ingreso, complementese, que disponen del 67% también del ingreso mundial con el 18% de la población). Engranadas en la dualización del mundo que buscan —y reflejan— las superpotencias norteamericana y soviética son asediadas, cortejadas, amenazadas, ayudadas, ilusionadas, sobornadas y engañadas. Aunque a veces optan entre ellas dos, aunque en ocasiones se inclinen pasajeramente a un lado o el otro, esta inclinación y esa opción se imbrican en un constante ensayar políticas exteriores independientes, sincronizándolas en lo posible con el fin de darles mayor peso. En la sustancia, resisten, no siempre con éxito absoluto, a un maniqueísmo que divide el mundo entre buenos y malos, benefactores y corruptores. Prefieren, en cuanto ello es formulable, otra división: la de los pueblos que nada tienen y la de los que todo lo tienen o están en camino de tenerlo. Se niegan, sobre todo, a dos dilemas: al que promueve el capitalismo y la caudalosa propaganda estadounidense que lo sirve de que toda otra alternativa a sí mismo significa comunismo; al que promueve la Unión Soviética y al casi no menos caudaloso material que la prestigia de que toda alternativa del

comunismo y la obediencia a sus dictados implica aceptación del imperialismo y sus secuelas. Se obstinan en rechazar la idea de que sea identificable con un desarrollo libre esa noción de democracia que las clases dirigentes amenazadas esgrimen como última palabra frente a las dictaduras marxistas; saben que no es la última sino la penúltima, saben que la última se llama "fascismo" por más que sea un fascismo bastante diferente a las formas de él vencidas militarmente en 1945. Y si el concepto de "revolución" tiene para ellas un prestigio casi mágico, él encubre una diversidad de estilos políticos que no son inmediatamente fáciles de dilucidar.

### 1. UNA PERSPECTIVA INEVITABLE

Ver qué quieren significar estas actitudes, estas opciones, estas proclamaciones; qué hay de históricamente vivo tras de ellas, qué de impreciso y hasta de ingenuo es el intento, tan desmesurado, de este trabajo.

Los países marginales han logrado cierta coherencia internacional que, desde las conferencias de Bandung, de Belgrado, de El Cairo, es cada vez más notoria. Acordes en muchos puntos es indudable, sin embargo, que no es unívoca la doctrina del "tercerismo", que son demasiado heterogéneas, locales, parciales, las versiones de su actitud.

Cumplir desde Hispanoamérica una tentativa en tal sentido tiene que estar marcada por los numerosos elementos específicos que nos particularizan de cualquier situación africana o asiática. Piénsese en la circunstancia de que Hispanoamérica se halla atornillada —con la excepción clamorosa de Cuba— a la política neocolonialista de defensa de Occidente. Piénsese que en ella sólo las minorías intelectuales, universitarias y obreras (en los sectores no disciplinadamente comunistas) el tercerismo tiene efectiva vigencia (por más que muchos de sus gobernantes se sientan tímidamente tentados por ella, que esgriman el

espantajo de su posible ejercicio...). Las condiciones históricas mismas del continente nos hacen bastante distintos a los otros mundos "marginales" dado que es el más europeizado por las formas occidentales, el que menos, salvo en dos o tres países, ha conservado con cierta vigencia latente el legado preoccidental, el que posee unas clases dirigentes no sólo cultural sino biológicamente europeas en proporción abrumadora. Subrayar estas diferencias es importante y hasta imprescindible puesto que la misma propaganda "democrática" y neocolonialista se encarga de subrayarlas como si ellas destruyeran una solidaridad, una comunidad de destino que yace debajo de tales disimilitudes.

Mucho más aguda se hace esta especificidad de una situación (en puridad tan excéntrica a Europa como al mundo marginal) si se observa que es desde el Uruguay que se realiza el planteo. Toda una serie de rasgos impone que el Uruguay tenga que dejarse de lado, por lo menos como ejemplo, en una teorización del tercerismo. Su situación en una zona de choque interimperialista y las consecuencias de todo orden que esto acarrea, es una. Su combinación de aparente madurez económica y fuerte crecimiento del sector social terciario con subdesarrollo básico y endeblez de su aparato productivo, es otro. La coexistencia de un Estado de bienestar a la europea con un fondo de latifundio ganadero, monocultivo y mentalidad precapitalista, es un tercero. Su débil contextura de "nación", su nacimiento de un proceso claro de balcanización —cuarto rasgo seguro— no es tan específico pero asume este carácter si se le ve en vivo y entrelazado con los restantes. Las circunstancias que permitieron la instauración nacional de una democracia de masas, socializadora, radical burguesa, laicizadora son también sumamente específicas, así como su esclerosamiento defensivo por medio de imposiciones constitucionales y por la vigencia de una clase política amparada e institucionalizada. Participa del mismo carácter la transformación de una mística

democrática en un dogmatismo democrático de formas impositivas latentemente fascistas pero coexistiendo también con una tenaz tradición de respeto a los derechos individuales, totalmente desconocida desde muy cerca de nosotros. Otro rasgo específico —el séptimo en nuestra cuenta— lo constituye la imposición de la transculturación europea moderna hasta las mismas raíces sociales y su correlativa destrucción, también hasta las raíces, de una sociedad tradicional cuyos restos son vivos todavía en países muy próximos al nuestro. Y un último y octavo rasgo sería la vigencia de una política de protección y asistencia sociales totalmente desmesurada en términos comparativos y especialmente en los hechos de no salir del incremento económico y descansar —tan precariamente por cierto— en un laxo tren productivo y en una población activa en constante reducción. Una población, agréguese por fin, racialmente homogénea y con un nivel relativamente alto de educación.

La extrema singularidad de la situación uruguaya, este no formar un pueblo ni maduro ni primitivo, ni viejo ni joven; este no ser Europa y no ser tampoco el rico, tenso, cálido mundo del atraso, impone a una tarea del género de la que asume la doble condición de no poderse participar en ella de otro modo que no sea el prospectivo, el imaginativo, el vicario; de serle hurtada la lucha efectiva por su realización y la posibilidad, al mismo tiempo, de poderla ver con cierta perspectiva, con cierta distancia, con una equidad (si no frialdad) mayor que si se emprendiera desde uno de sus centros ciclónicos, dígame El Cairo, Jakarta, Argel, Damasco, Pernambuco...

## 2. EL TERCERISMO COMO SUSTANTIVO: POBREZA Y EQUIVOCIDAD

En el diálogo de las opiniones de nuestro medio el tercerismo tiene un volumen más crecido que en la dirección concreta de nuestras políticas internacionales (que salvo esporádicos y

breves intentos han seguido y siguen, inflexiblemente, la línea democrática). Es vivo, sin embargo y como ya decía, en los sectores estudiantiles (donde ha solido ser mayoritario), en ciertas capas de la clase media ilustrada, entre los intelectuales y en algunos ámbitos obreros. En el total de Hispanoamérica su importancia ya es otra y díganlo si no actitudes como la de México y la de Brasil en recientes encuentros internacionales. Sacarse de encima el dogal imperialista, recuperar la libertad internacional de movimientos, buscar mercados en los que se pueda vender son móviles más urgentes y hartos más concretos que los que pueden acuciar en nuestro apacible rincón del mundo. En todo el continente, también hasta 1961, y teniendo su ápice en la rebelión húngara de 1956, el tercerismo tuvo en muchos sectores carácter dominante y la lucha por Cuba revolucionaria que identificó las posiciones terceristas y las comunistas hasta fines de 1961 y el famoso discurso de Castro de su primero de diciembre llevó al tercerismo hasta límites de peligrosa indefinición de la que hoy, recién, tal vez, comienza a recuperarse.

Más fácil, sin embargo, es marcar el área de la influencia tercerista que dibujar su extrema variedad ínsita, la heterogeneidad de su fórmulas. Pocos textos orgánicos lo exponen y aun ellos no son coincidentes. Junto a los ya nombrados libros de Fannon y González Pedrero habría que mencionar la labor ensayística de Leopoldo Zea, aunque ésta se mueva habitualmente en el plano cultural. (En el Uruguay sólo merecen citarse algunos textos que hoy tienen un valor más que nada documental: el Manifiesto por la Unión política de la América Latina, firmado por Servando Cuadro, Arturo Ardao y Washington Reyes Abadie (en *Marcha*, del 8 de agosto de 1947), el Manifiesto de la Juventud nacionalista, del herrerismo, de julio de 1952, el ensayo de Roberto Ares Pons, de 1956, publicado en el número 3 de la revista *Nexo*).

Puede decirse, desde el principio, que la palabra "tercerismo" no es un término feliz. Como ordinal, como numérica, está demasiado subordinada a los otros dos ordinales (conmutables, invertibles) que le preceden. Carece de toda aura emocional, de esa aura emocional que ha caldeado históricamente, que caldea aun términos como liberal, cristiano, nacional, socialista, social, antimperialista, democrático... Es, sobre todo, vaga, etimológicamente continental; es susceptible de ser henchida con cualquier esencia, con cualquier contenido. Admite demasiados sinónimos y los admite en una gran diversidad de planos: neutralista, no comprometido en el de la política internacional, nacional-popular en el político-social, "intermediario"... Todo ello hace probable que algún día se vea en el vocablo tercerista la expresión primaria, infantil, borrosa, exasperada de ser otra cosa, de diferenciarse de algún modo entre los trágicos, los mutiladores dualismos de nuestro tiempo.

Pero tratemos, sobre todo ahora, de ver qué variedad de acepciones el tercerismo puede tener; en qué variedad de órdenes, de sentidos, esta heterogeneidad puede manifestarse.

I — Recapitulemos primero un —unos— tercerismos en su sentido de negativa con algunos de estos extremos:

- a) El político de la democracia o las "dictaduras" o "totalitarismos".
- b) El ideológico, representado por sistemas económico-sociales concebidos en cierto plano de abstracción: comunismo, capitalismo, imperialismo, liberalismo, libre empresa, el marxismo y sus variantes.
- c) El ideológico pero más concreto que se acuña en regímenes identificados con Estados determinados: el centralismo soviético (o el stalinismo, o la dictadura de la nueva clase, o el Estado policial); el monopolismo norteamericano...
- d) El nacional, implicado por la identificación de esos regímenes y esos Estados con naciones enteras: los

- Estados Unidos, la Unión Soviética (o sus símbolos: Nueva York, o Washington o Moscú...).
- e) El político-supranacional que deriva de la identificación de Occidente y sus "formas defensivas" con uno de los términos de los literales a), b), c) y d) o de la de Oriente con los correspondientes antagónicos de los mismos.
  - f) El histórico-cultural, representado por una parte por las estructuras tradicionales de la civilización occidental de raíz cristiana y las nuevas estructuras del mundo marxista; sintetizando: entre la tradición y el marxismo.
  - g) El táctico, representado por los impactos exteriores, por las maniobras internacionales, las tentativas de alineación de las dos superpotencias mundiales, los esfuerzos, en el bloque soviético, por seducir con la promisoría posición de una remodelación humana compulsiva como camino hacia la paz y el bienestar; las aspiraciones y técnicas similares en el poder norteamericano por hacer atractiva la "solidaridad democrática" y la posible universalidad del propio camino que la nación recorrió.

Estos son los extremos reales entre los que un tercerismo elemental puede definirse negándose, simplemente, a optar por uno de ellos. Acechan sin embargo, tras sus fórmulas, algunas cuestiones esenciales que una tarea de despeje intelectual no puede dejar, por lo menos, de enunciar.

Primera y fundamental: ¿existe un tercer término entre ellas? ¿Lo hay, por ejemplo, entre "democracia y totalitarismo", entre "capitalismo y socialismo", entre centralismo soviético y monopolismo, entre las alineaciones internacionales promovidas por los Estados Unidos y la U.R.S.S., entre la "civilización occidental" y la remodelación marxista? Como casi todas las que

siguen, estas cuestiones tratarán de ser contestadas en el resto de nuestro desarrollo; el rol presente no quiere ser otra cosa que un catálogo de dudas posibles,

Segunda: ¿en qué plano, en qué sentido esos terceros términos existen? Porque una cosa es que sean enunciados intelectualmente, que tengan existencia lógica posible y otra es que sean encarnables, engranables, realizables en la acción histórica. Nueva remisión a lo que sigue y a lo que sigue (la vida, el mundo, la prueba de los hechos) tras lo que sigue.

Tercera: si existe, supóngase, un tercer término posible entre alguna de las siete antítesis enunciadas, ¿significa esto que exista también entre las otras, que exista en todas? El hecho, por ejemplo, que haya un tercer término entre la democracia tradicional y el totalitarismo, ¿importa suponer que pueda existirlo entre el capitalismo y el comunismo (es un caso)? La interrogación se engrana estrictamente con la cuestión que puede alinearse enseguida, y que es la

Cuarta: ¿el doble orden de caracterizaciones que determinan las siete antítesis mencionadas son esencialmente comunes, son confundibles, inidentificables entre sí? ¿Son confundibles, por ejemplo, el capitalismo, el liberalismo, la democracia, el monopolismo norteamericano, los Estados Unidos, la civilización occidental, la política internacional de Occidente? E igualmente sus contrarios: totalitarismo, comunismo, centralismo soviético, "Oriente", política internacional de la U.R.S.S., el mundo soviético mismo, etc. Como todas las interrogaciones anteriores, el resto de este trabajo está enderezado a despejarlas, pero parecería inicialmente que una pareja de términos es extremadamente difícil de identificar con los otros: es la que representan las naciones carnales, concretas, los pueblos que las habitan, sus modos de vida "intrahistóricos".

Quinta: si los dos órdenes de antítesis no son identificables, ¿no cabe una abstención tercerista entre algunos de ellos en tanto que pueda, igualmente, optarse decididamente en otros?

Hay quien se define como "tercerista político" (en el sentido de rechazar las políticas internacionales de los Estados Unidos y la Unión Soviética) y rechaza la calificación de "tercerista ideológico" (en el sentido de que entre capitalismo y socialismo opta por uno de los términos).

Sexta cuestión que nos plantea directamente el caso anterior: supóngase que esa negación a abstenerse no se realizara entre "capitalismo y socialismo" sino entre "capitalismo y comunismo". ¿Cuáles son los términos que realmente implican la oposición, la oposición radical? ¿Cuáles son superables por la "síntesis tercerista"? Decir que la segunda de las antítesis enumeradas se tiende entre el "comunismo" y la "libre empresa" es bastante distinto a afirmar que se organiza en la contraposición de "capitalismo" y de "socialismo". Toda la propaganda comunista, por ejemplo, está encaminada a negar que existe tercer término entre capitalismo y comunismo, pero ¿despeja esta aseveración que no exista tercer término entre el capitalismo y el centralismo comunista soviético? Como a toda la larga serie de estas cuestiones el trabajo que emprendo tratará de responderla.

### 3. COMPLEJIDAD DE UN TERCERISMO "DINÁMICO"

I— El precedente catálogo de dudas, de interrogaciones, parte de un supuesto demasiado simple: la simple negación intelectual a optar entre posiciones presuntamente estáticas. Pero todos sabemos que ni la primera ni la segunda ni la tercera posición se hallan en esta condición, todos conocemos que están imbricadas dinámicamente en una historia que se mueve torrenciosamente, que está alterando constantemente sus términos, sus prospectos.

II— Se ha comenzado por concebir, al puro efecto de clarificación, un tercerismo de abstención estática. Como se decía, él elude, sin embargo, el hecho de que vivimos en un tiempo político que impone elecciones en el presente, que actúa contra

un horizonte de posibilidades y contingencias, que no se mueve en una situación mundial invariable. Elude, sobre todo, el hecho de que en política no hay decisiones inamovibles, irrevocables sino, por el contrario, estrategias cambiantes, urgencias inesperadas, contingencias, a veces, enigmáticas. Agreguemos así a este "mapa" del tercerismo la distinción de un "tercerismo estático" y un "tercerismo estratégico".

III— La discriminación anterior, probablemente intachable en términos de realismo, trae otra, inevitablemente. Si el tercerismo es inicialmente negación a optar, esa negación no se mueve en un radio espacialmente constreñido sino, por el contrario, bastante amplio. Distingamos entonces:

a) Un "tercerismo de equidistancia" que trata de guardar en todo el trayecto de su actuación probable un alejamiento igual de cada uno y de todos los extremos. En términos estrictos es difícil encontrarle ejemplos; su escaso "realismo" lo hace prontamente abandonable. Tiene en cambio una versión bastante caudalosa en el plano intelectual, aunque su sentido sea casi pura y exclusivamente de protesta. Podría llamársele aquí un tercerismo de "simetría" en la réplica: a cada denuncia que las propagandas masivas de las superpotencias realicen contestará con otra de valor aparentemente igual. Frente a Hungría esgrimirá el ejemplo de Guatemala (o la inversa); frente a la "nueva clase" soviética mencionará a los millonarios norteamericanos (o la inversa); frente a los sufrimientos de los pueblos bálticos recordará a los negros norteamericanos (o la inversa); frente al viejo colonialismo, el nuevo colonialismo (o la inversa). Este tercerismo, bastante peculiar de la "intelligencia" sudamericana tiende entonces a identificar una persecución de clase con una persecución racial, una intervención de los Estados Unidos con una persecución de la U.R.S.S., un régimen tiránico a otro, una dictadura burocrática de clase a un régimen cesáreo hispanoamericano o un gobierno remanentemente "fascista". Aunque estas páginas quieren, más que nada, exponer

variedades de una actitud ideológica dada, señálese al pasar que esta voluntad de equilibrarlo todo, de hacerlo todo simétrico, prescinde de la circunstancia (observada por alguien que no tenía nada de tonto) de que "todo" ocurre en "todas partes" y todo (también) depende de en qué cuantía ocurre y especialmente, con qué valor sintomático: si con índice creciente o índice remanente, o dominante, o precursor, o residual. Prescinde, especialmente, de la circunstancia de que extraída de su contexto ideológico y social cualquier medida concreta puede hacerse inexplicable y hasta inconmensurable. Subrayemos, para concluir, que esta postura es estrictamente imputable al tercerismo "estático" que al principio se recapitulaba.

b) También existe un tercerismo que no teme el acercamiento libre a uno de los términos en lucha aunque sin identificarse totalmente con él —y es lo que le permite mantener su carácter de tal— ni, sobre todo, identificarse estable, permanentemente con uno de los extremos. Este tercerismo rechaza la equidistancia y no vacila en acercarse a uno de los lindes según sean las conveniencias estratégicas que dictan sus intereses o el problema que ocasionalmente importa: responsabilidad por las tensiones mundiales, por ejemplo, centralización económica, libertad cultural y artística, etc. Políticamente está representado por algunas naciones no comprometidas (India, Egipto); ideológicamente por ciertos grupos de izquierda: trotskistas, anarquistas, socialistas democráticos que si se hallan mucho más lejos de los Estados Unidos y el capitalismo que de la experiencia y la potencia soviéticas, también rechazan (por ejemplo, los primeramente nombrados: la burocratización socialista como una traición revolucionaria) una identificación total con las últimas. Obsérvese, sin embargo, que mientras este tipo tercerista se enfrenta en un plano político al tercerismo dinámico, estratégico, particularizado en el ordinal II, en el orden intelectual, por el contrario, privado a menudo de actuación histórica, se suele dar en un plano puramente estático

descrito en el ordinal I, y en todas las antítesis que en él se enumeran. También puede darse en los dos niveles que se tipificarán en el ordinal V.

También plantea problemas más graves que suelen acuciar al pensamiento de izquierda: si este tercerismo de acercamiento es el válido, ¿no puede un tercerismo, una tercera posición, identificarse totalmente con alguna de las otras, presumiblemente con la soviética? ¿No cabe dentro de la posición socialista-oriental una posibilidad de direcciones que permitan a los tercerismos (trotskismo, socialismo, cristianos de izquierda, movimientos nacionales y populares) moverse en su área? ¿Es compatible con el tercerismo forma alguna de anticomunismo, es compatible con él la falta de alguna forma de filocomunismo? Que no creamos en la primera posibilidad, que pensemos que contestar a la segunda cuestión requiere distingos sumamente precisos, no es óbice para que en esta preliminar oportunidad las mencionemos.

Un matiz muy especial de este tercerismo que no teme aproximarse a uno de los dos primeros términos es aquel que se ve movido a ello por el área en que tiene que desenvolverse y las presiones a que esa situación lo somete. En la zona de influencia de lo soviético pondrá cierto énfasis en los aspectos negativos del mundo comunista; en la correspondiente —y mucho más amplia— de los Estados Unidos, podrá subrayar emocionalmente hasta casi confundirse con la prosoviética las influencias retardatarias que la presencia yanqui promueve, la mediatización monopolística que implica. Este tercerismo que suele aparecer a veces como puro antiyanquismo se diferencia sin embargo de ciertas formas fraudulentas que se verán en que no es, si se cala en él, cabalmente comunista. Característico de la tradición intelectual de la "intelligentzia" hispanoamericana (si bien atenuado entre 1932 y 1945) sostiene que el peligro y los males de la acción estadounidense son lo real, lo probado, lo inmediato: ello lo inclina a preferir, casi fatalmente, otro

ingrediente de algo que es también "realidad" y que es, en la unidad del mundo, la repercusión mediata de toda actitud, de toda opción.

Se alega algunas veces que la proximidad a uno de los grandes bloques y a las superpotencias que los dirijan importa inevitablemente un principio de injusticia: del que se halla próximo y nos incluye en su ámbito percibimos, sobre todo, la propaganda masiva, vocinglera, parcial, desembozadamente mentirosa; del que se encuentra más distante es más fácil percibir sus razones a través de una masa de argumentación que es más tenue y por ello menos deformante. Esta —más otras que se mencionarán— puede bien ser la causa de que en Hispanoamérica y en el Occidente entero el tercerismo sea, sobre todo, antiestadounidense y anticapitalista. Y si la confirmación de esta ley es más difícil de demostrar, ello se debe, indudablemente, a que los grupos similares insertos en el área soviética tienen medios de expresión aún menores que los que disponen en la que habitamos sus similares (tampoco, por mucho que se diga, cuantiosos).

IV— Consideremos ahora otra clasificación posible del tercerismo, de la "tercera posición". Es posible decir que se determina por la latitud con que se mueve entre los dos extremos: el repudio frontal y masivo; la discriminación y el deslinde, la integración, la superación. Puede ejercerse entre cualquiera de las antítesis cuyo rol se hizo en el ordinal I y puede también ejercerse, como es lógico, entre todos. Supone generalmente una concepción estática de la actitud y un punto de partida que es la equidistancia (ordinales II y III).

El repudio frontal y masivo puede, decía, ser enderezado contra todas las antítesis. Puede repudiar los sistemas sociales que tipificamos como abstractos: capitalismo, comunismo, socialismo, liberalismo. Prescindiendo de identificar cualquiera de estos extremos con alguno de los grandes contendientes mundiales suele aproximarse, si es que tomamos únicamente

los dos sustantivos inicialmente mencionados, a una posición occidental de tipo socialdemocrática. Pero puede también, inversamente, identificar sistemas y potencias y la identificación de ambas en regímenes: repudiará la democracia burguesa, el capitalismo y los monopolios junto con los Estados Unidos; repudiará el marxismo, el totalitarismo estatal, la centralización y comunicación económica junto con la Unión Soviética; en las dos rechazará sus políticas universales de intención hegemónica y de argumentación dualista. Esta posición, si bien se la observa, arrastra consigo una cierta presunción de tipo historicista, hipostasiante y romántica: cada nación se identifica, antropomórficamente, con una personalidad dada, con un carácter fijo e inmutable a todas las transformaciones históricas. Pero también significa, por otra parte, una implícita concesión al marxismo de una de las dos primeras posiciones: es la infraestructura económica la que le da fisonomía completa a un pueblo, la que marca sus costumbres, su cultura, sus instituciones, su religión, su vida social. Hay también un tercerismo que repudia en un todo no sólo regímenes y naciones sino los mismos pueblos que son su sustento humano concreto, si bien él tenga más de posibilidad lógica que de realidad. El mismo comunismo se cuida muy bien de marcar su respeto y admiración al pueblo de los Estados Unidos y ni ésta ni la antagónica demasía parece tener mucho que ver con ningún tercerismo concreto. Finalmente, también puede existir un tercerismo que limite su repudio a las políticas internacionales, a las influencias mundiales de las superpotencias. Si bien más factible que el mencionado anteriormente, es difícil que con mediana lucidez pueda reducirse un juicio a algo que es tan corolario y efectual como una política que refleja toda la entidad nacional, que está alimentada por tantos factores que admiten —ellos también o más que ninguna otra cosa— el juicio aprobatorio o negativo. Este tercerismo que se ha denominado de repudio frontal marca, ¿por qué negarlo?, uno de los peligros

de la postura: su carácter negativo, puramente destructivo. Pero no es el único, siquiera en este diagramado que el ordinal presente examina.

Existe también un tercerismo de discriminación, de deslinde. Si no estuviera completado con otros elementos, si no se hallara encuadrado en otros móviles, enriquecido con otros señuelos, no sufriría de pura negatividad sino de algo igualmente grave: de frigidez emocional. Como todo el presente ensayo es un enfrentamiento a estas dificultades, como todo él maneja la noción de discriminación y de deslinde. Indíquese, sin embargo, por más someramente que ella se haga, que puede existir un tercerismo que repudie, por ejemplo, el capitalismo y la centralización soviética, que desdeñe la hipocresía pseudodemocrática y busque vallas al totalitarismo revolucionario y profese una actitud de confianza, de abierta simpatía hacia los pueblos soviético y norteamericano; que trate también, en sus sociedades, los elementos negativos y los elementos positivos. En uno de los capítulos finales de este ensayo, "El juicio de los pueblos", se examinarán las dificultades y las añagazas que yacen en cualquier identificación de una sociedad nacional con valores, sistemas sociales e ideologías determinadas (ver párrafo 104).

Tras un tercerismo de repudio frontal y uno de discriminación, parece un corolario inexorable que exista uno de "integración". Una tercera posición que busque la imbricación eficiente, históricamente dinámica de lo aparentemente antagónico, también es uno de los fines capitales de este ensayo y a todo él, por consiguiente, cabe remitirse.

Y, todavía, sería posible hablar, y para nosotros es decisivo, de un tercerismo de "superación", de trascendencia. Un rechazo político y social de cualquiera de las "dos posiciones" puede significar comunidad de valores humanos, de cultura, de concepción de la vida. Una aceptación de las dimensiones político-sociales de la realidad-diversidad insalvable de estas últimas.

Pero lo normal es que sea más popular, más inmediata, más fácil la divergencia en pautas económicas, de organización social y de poder; más escondida, más difícil de trascender la raíz común cultural que tras las apariencias puede unificarlas. Por ello es dable un tercerismo que se haría con esa "segunda posición" que rechace en la Unión Soviética y en los Estados Unidos cierta comunidad de valores originarios de lo que históricamente se llama "modernidad".

Esa tercera posición, hecha segunda, que buscará antagónicamente la promoción de valores distintos en las naciones, en los pueblos "no comprometidos", nos permite penetrar en lo que cabe llamar los distintos calados del tercerismo. Hay un tercerismo que rechaza a los Estados Unidos en base a argumentos puramente "modernos" y económico-sociales. Hay un tercerismo, en cambio, que rechaza equitativamente en los Estados Unidos y en la Unión Soviética una misma civilización basada en determinados elementos: la divinización del Hombre y su crecimiento horizontal; antropocéntrica, inmanentísticamente concebidos; la filosofía del Poder y de la Acción y todos sus menores dioses; la obsesión por el dominio del mundo exterior en detrimento del interno de cada ser; la concepción cuantitativa y puramente naturalista de la Realidad y de la Vida; el culto del bienestar en sus formas más epidémicas y hedonistas; la actitud predatoria ante la Naturaleza; la relativización de todos los valores; la despersonalización del hombre en una noción a la vez masificadora y atomística de lo social. Una concepción entonces que vea como superable estos ingredientes, que postule lo que Franz Fanon llamaba "otra imagen del hombre", verá tanto en la Unión Soviética como en los Estados Unidos dos avatares de una Modernidad ya superada, ya vencida en las raíces en que se nutren secretamente los grandes cambios históricos y en tránsito a nuevas formas de vida personal y comunitaria, en las que el hombre restablezca sus vínculos con el Universo, la

tierra, los demás hombres y una realidad espiritual trascendente a todo lo psicológico. Este tercerismo tenderá así a ver en los dos colosos leviatánicos los últimos [representantes] político-sociales, económicos y culturales de valores históricos ya perimidos. [...] Esto ya se vistan con la deslumbrante eficacia de la técnica, de la centralización omnisciente, de la riqueza creciente; esto aunque se adoren con los rótulos —tal vez sólo aparentemente antagónicos— de democracia, de comunismo, de plano de libre empresa.

V— Lo que precede nos permite otra clasificación del tercerismo (y será la última): la clasificación por niveles. Se han examinado los niveles “políticos”, supongan ellos o no identidad o permanencia de formas de cultura y de vida. Se ha desarrollado después un posible tercerismo en nivel “cultural” o “histórico-cultural”. Es necesario también examinar —y aquí el término se hace aún más insatisfactorio— un tercerismo de política internacional. Pero todavía hay que realizar sobre él algunas distinciones.

En el plano de la política internacional del mundo, el tercerismo puede caracterizarse diversamente: como grupo de naciones lleva con exactitud el colectivo de Tercer Mundo, como ideología puede definirlo el compuesto de “nacionalismo-popular” o “nacionalismo-social” como núcleo de actuación universal unitaria soporta los calificativos de “neutralismo” o de “naciones de curso intermedio”, o de “tercera posición”. Junto también a este tercerismo de coalescencia, puede concebirse otro que, sin esa unidad, se mueva en el tablero internacional del poder discriminando situaciones, aprovechando coyunturas, apoyando o combatiendo posturas de los grupos antagónicos entre los que se niega a optar. Es claro que para no ser, para no significar un mero oportunismo es importante que esté sostenido por una activa, siempre presente conciencia de los intereses (nacionales, ideológicos, políticos) que inviste.

#### 4. LOS MÓVILES DEL TERCERISMO

Al margen de esta ordenación conceptual de los tercerismos posibles (y no siempre efectivos), bajo ellos otra veces, condicionándolos emocionalmente, vive toda una confusa e imprevisible esfera motivacional. Si casi siempre es inconfesa, el hecho de serlo no alcanza en ellos un disimulo que los haga invisibles para la mirada medianamente perspicaz. Y comenzando el recuento de unos pocos ejemplares de esta variedad, márquese:

1) Existe un tercerismo, y es importante saber dónde se halla, que usa el comunismo marxista fraudulentamente para buscar, por su intermedio, contacto con núcleos más anchos y más esquivos que aquellos a los que podría latamente con su verdadera faz. Es un tercerismo que mientras insiste unilateralmente en el repudio a una de las posiciones, cubre su elusión de la otra con perifrasis pudorosas (el “stalinismo”, “la burocracia soviética”, etc.). Denuncia toda voluntad defensiva de las naciones occidentales como “fascismo”; identifica todo imperialismo con el norteamericano como si en muchas regiones del mundo (en la nuestra, por ejemplo) no hubieran sido otros los que más efectivamente pesaron. También los hay, simétricamente pronorteamericanos en algunas zonas de influencia soviética: son en realidad primeras y segundas posiciones que no se atreven a decir su nombre.

2) Hay también un tercerismo de resentimiento y de reclamación mendicante. Es una postura de pariente pobre que trata (cínicamente unas veces, hipócritamente otras) de extraer de las superpotencias lo más posible sin perjuicio, naturalmente, de envidiarlas; sin perjuicio de negar (pero sin llevar más allá esta convicción) la buena intención de cualquiera de sus gestos. En el plano más hondo, está perfilado por una rencorosa sensación de inferioridad ante el éxito, el trabajo, la riqueza, el poder. Proclives a ciertas normas —hasta hoy inéditas— de

prostitución corporativa es el tercerismo de los que sin convicciones definidas, sin creencias ético-sociales que cohonesten su actitud por precariamente que pudieran hacerlo, reclaman que las naciones pobres sean objeto de puja por las ricas (y sus promotores, naturalmente, sean los beneficiarios de ella). Si envidia a los Estados Unidos porque son ricos y presuntamente prósperos, también lo hace con la Unión Soviética porque va camino de serlo. Dispuesto a negociar su adhesión a base de una sustancial ayuda, declina toda responsabilidad en la propia condición que en todo atribuye (cargados males, culpas, rémoras) a la confabulación externa. Pero este chispazo nacional aun suele faltarle: sólo es infalible que todo lo reclame sin contrapartida de obligaciones o deberes. Bien puede aplicársele la expresión de Julián Marías (tan calumniosa en cuanto aspira a valor general) de las "naciones-masa", las naciones-señorito que quieren ser mantenidas por ese derecho divino al desarrollo que la posguerra prestigió.

3) Hay un tercerismo de ojos cerrados que siente o presiente la catástrofe mundial y la destrucción atómica y trata de ponerse al margen de ella; que conoce las reclamaciones del desarrollo, pero desespera de poderlas cumplir y sospecha los riesgos que acarrearán, que aspira a desligarse así de alianzas, solidaridades, cruzadas y dormir hasta el fin el sueño apacible de la marginalidad histórica. Sólo reclama los valores hedónicos de felicidad, facilidad y ocio. La fórmula del "allá ellos" lo define bien.

4) Puntos de contacto con el anterior tiene un tercerismo que pudiera caracterizarse con la grosera expresión del "ahí te pudras". Piensa que si los Estados Unidos y sus aliados abrieron paso a la expansión soviética en Europa desde promedios de la Segunda Guerra Mundial, a ellos les toca enfrentarla, arreglarse. Tiene arraigo en ciertas modalidades del nacionalismo conservador, en núcleos falangistas y filofalangistas de España y América, en sectores de simpatía pro-germana entre 1939 y

1945. Tal vez una de sus mejores formulaciones sea la contenida en el Manifiesto de la Juventud Nacionalista de 1952 (ya mencionado) y que afirma que nuestros pueblos se definen por la raíz hispánica y la concepción cristiana de la vida latentes en sus masas. Sobre esos dos elementos se organizan las comunidades que viven o quieren vivir su "libre vida histórica", traicionadas por las "oligarquías entreguistas" y un meteoro de fenómenos mundiales encarnados en la Unión Soviética y los Estados Unidos: liberalismo, capitalismo, individualismo, materialismo, desesperación, nihilismo.

5) Existe también un tercerismo definido por la desconfianza en el Poder y en sus medios (esa desconfianza que el pensamiento de Lord Acton representa en la tradición política inglesa). Si quiere los fines no se atreve a los medios y sólo a la cultura, a lo social echa sin miedo la vista. La frase del *Macbeth* sobre el gato que desea la sardina pero no mojarse los pies, representa bien esta actitud ambivalente.

## TRES INGREDIENTES Y SUS VARIANTES:

- IMPERIALISMO Y ANTIMPERIALISMO
- NACIONALISMO CLÁSICO Y NACIONALISMO MARGINAL
- MARXISMO LITERAL Y MARXISMO DIFUSO

## CAPÍTULO II

### IMPERIALISMO Y ANTIMPERIALISMO

Pocos conceptos económico-políticos han alcanzado en nuestro tiempo una vigencia tan universal, tan indiscutida como el imperialismo.

Sirve de instrumento explicativo de “toda” la situación de los países marginales no-europeos, de toda su historia, de todo su infradesarrollo. Es el común denominador de los cinco siglos últimos de América, Asia y África. Y tal vigencia ha engendrado la recíproca del “antimperialismo” como signo, también común, de todos los esfuerzos por poner todo ese mundo a la altura de los tiempos, por vencer las rémoras que han trabado secularmente su desenvolvimiento, sus posibilidades.

La anchura con que los dos lemas circulan hoy suele impedir, sin embargo, ver hasta qué punto es novedosa esta aceptación, hasta qué grado puede hablarse, incluso, de una “reversión copernicana” de las nociones que circularon hasta muy avanzada nuestra centuria. Esto hace que resulte razonable (y no sólo por la autoridad remanente que aun tienen en algunos sectores) una recapitulación de cuáles eran los criterios dominantes que explicaban las situaciones de superioridad y depen-

dencia mundial que hoy son tema del imperialismo y su antagonista.

##### 5. LOS CRITERIOS ANTERIORES

Se trataba –ya– de explicar el atraso y la pobreza, el caos, la incultura o la “barbarie” de los países de América, África o Asia. Y se recurría entonces a las nociones de *lastres* y de *culpas*. Unos y otros eran muy variados y hasta podían intercambiarse. Pero dominaban algunas. Se hablaba de lastres raciales, geográficos, climatológicos, demográficos, religiosos, psicológicos, económicos, sociales. Eran, recapitulemos, la pasividad de los pueblos indígenas, el orgullo y la indolencia española, el resentimiento, amoralidad e inarmonía de cruza mestizas o mulatas. O el desierto, la selva, la cordillera, o el trópico debilitante. O la falta de población e inmigración. El fatalismo indígena, el inmovilismo de las religiones orientales o el dogmatismo, el trascendentalismo, el fijismo y el colectivismo católicos. O la falta de hierro y carbón, o de vías de comunicación o de iniciativas para el trabajo o de deseo de mejorar... También *las culpas*: si América Central, por ejemplo, estaba dividida en seis repúblicas, si la Gran Colombia fue un sueño efímero, si la historia de Ecuador o Bolivia o Venezuela formaba una sucesión de revoluciones y de tiranías, si su patrimonio nacional había sido dilapidado, si sus índices de crecimiento eran nulos se debía a que sus clases dirigentes eran venales, anárquicas y ambiciosas. O sus pueblos, sus masas, indiferentes y haraganas, cínicas, sin sentido cívico, también venales y también anárquicas.

Que hubiera naciones “adelantadas” y naciones subdesarrolladas era la consecuencia de un “orden natural” resultante de un desarrollo más temprano o más antiguo (naciones nuevas y viejas), más feliz o más desgraciado (las tres o, inversamente, estímulos), más virtuoso o más vicioso (méritos y culpas). Todo esto se veía, pero lo que no se veía era la posibilidad de una

relación –recíproca– entre tales venturas y tales infortunios, ninguna conexión que hiciera que lo que favorecía la marcha exitosa de unas fuera, justamente, lo que obstaculizaba el crecimiento de las otras.

La inversión extranjera en los países marginales, la explotación de sus riquezas o sus servicios públicos era objetada en sus detalles y en muchas de sus consecuencias. Pero en general no se oponía reparos a la convicción de que esa inversión, esa explotación, tendía a nivelar la situación de los países centrales y los países marginales; nadie sostenía, como no fuera con ánimo paradójico, que ellas pudieran contribuir a acrecentar más aún el grande y original desnivel.

Se discutían, hay que admitirlo, las consecuencias de la participación económica extranjera. Pero la opinión dominante era que ella irrigaba con energía foránea países sin hábitos de trabajo y de empresa, creaba fuentes de labor, promovía la riqueza, importaba la incorporación a la colectividad y a su destino, en comunión total, hombres, negocios y capitales.

Pero, y sobre todo, se veía en la incorporación de ese capital y ese trabajo a una nación atrasada *un acto libre* de decisión, cuando no de beneficencia: a casi nadie se le ocurría pensar que ello pudiera obedecer a *una necesidad* de dar salida a excedentes de lucros, a ensanchar los horizontes de la inversión, a lograr tasas más altas de ganancias.

También era común la distinción tajante entre las dos actitudes representadas por la conquista, la intervención militar o la anexión y la de la inversión económica pacífica. No se veía en ambos temperamentos dos procederes que podían resultar imponentes por la política interna o la situación internacional aunque idénticos en su fin de aprovechamiento y mediatización. Tampoco, naturalmente, que la emancipación política de los sectores imperiales pudiera implicar la conservación de la red del predominio económico o, cuando menos, una actitud *que no renuncia a todo* y trata de mantener, y mantiene,

en formas más refinadas, menos visibles todo lo que es conservable.

Casi nadie pareció tampoco presumir (y aun este ingrediente del antimperialismo se ha abierto menos camino que los otros) que los ideales, los "principios", los sistemas, las ideologías no fueran *universales*. Parecía legítimo, sí, discutir su acierto o su error, la falsedad o la verdad intrínseca de cada una de ellas; parecía legítimo, también, argumentar sobre los males que podía acarrear su trasplante y su curso incondicionado en regiones de la tierra muy alejadas de los medios socioculturales maduros en que nacieron. Las dos operaciones anteriores solían realizarse. Pero, en cambio, no había ejemplo de otras dos posibles. Que eran las de señalar, primero, *la ambigüedad y la equivocidad ínsitas de todos los postulados que se decían universales*. Porque se trata de algo más que de un "desajuste", ya que la referencia es a las consecuencias diametralmente opuestas que la realización de un principio político, social y económico podía, en un ambiente distinto irrogar. Que la realización de la libertad política pudiera ser, por ejemplo, un instrumento de sojuzgamiento de ciertas zonas, que el librecambismo económico hubiera de tener las mismas consecuencias perteneció, durante mucho tiempo, al mundo de lo inverosímil. <sup>(1)</sup>

(1) H. W. Singer en "Economic progress in underdeveloped countries" (en *Social Research*, marzo de 1949) afirma: "trasplántense mejoras médicas aisladamente y se aumentará la población que se está manteniendo a un nivel de vida estacionario, en vez de elevar el nivel de vida per capita. Trasplántese una legislación social avanzada y permanecerá letra muerta o bien resultará perjudicial para el desarrollo económico" (citado por Gustavo Beyhaut: *Tecnología e investigación científica en el mundo subdesarrollado*, Universidad de Buenos Aires, 1961). La encíclica *Mater et Magistra*, de S. S. Juan XXIII, acepta, aunque para otra cuestión, esta misma noción de "ambigüedad". Así, configurando la "socialización" sostiene que una misma cosa puede tener efectos "buenos" y "malos". Los sociólogos, como es el caso de Duverger en su *Methodologie des sciences politiques*, insisten en las fórmulas del "contexto dimensional" y del "contexto cultural" que hay que tener en cuenta para que las instituciones y las ideas puedan ser trasplantadas sin que las mencionadas consecuen-

Pero tampoco se revelaba –y es la segunda posibilidad– lo que puede llamarse *la falsa universalidad* de estos prospectos aparentemente sin límites en el espacio y en el tiempo, su carácter de "racionalización", de "máscara" de una voluntad de poder, de alcance universal de las naciones directoras y de sus clases dirigentes. Racionalización y máscara que, sin conjura consciente de nadie, sin voluntad deliberada de nadie, instrumentalizaba estos propósitos tan alejados aparentemente a su platónica esencia. Ya el marxismo había vulgarizado la idea de que la burguesía utilizó las ideas de libertad, igualdad y fraternidad para llegar al poder, pero ni esta idea circulaba fuera del ámbito revolucionario ni el mismo concepto de "utilizar" importa una negación radical de la universalidad que se postulaba.

Tampoco faltaba curso a lo que Kipling llamó "*the burden of the white man*". El apoderamiento del mundo contenía un designio apostólico de "civilización", de elevación moral e intelectual de todas las gentes. Un concepto unívoco de lo que "civilización" es, un total desconocimiento de la pluralidad de las culturas veía en ciertos desajustes (el exterminio por el contacto físico, el alcohol, las enfermedades venéreas, tan común, por ejemplo, en la occidentalización de Oceanía) un

cias contraproducentes tengan lugar. Juan José Hernández Arregui en *Imperialismo y cultura*, pág. 15, afirma que "*las ideas y las técnicas progresistas reflejo de la gran revolución [...] del capitalismo al ser trasladadas a estas tierras prepararon la ruina y la opresión de las poblaciones nativas*". Menos tajantemente, afirma después que "*nadie niega la deuda de los países atrasados a los adelantados*", pero ese progreso "*fue también factor de atraso*" (estancamiento económico, desarrollo umbilical, opresión cultural). Como se ve la noción de ambigüedad se completa con las dos declaraciones. Destáquese, por fin, cuál es el fondo común de la ambigüedad entre a) los esfuerzos europeos para hacernos servir a sus intereses y b) los esfuerzos americanos para que nos sirviéramos a nosotros mismos. Hay un común denominador que se olvida frecuentemente y se olvida también que podía existir gente a quien este común le interesara: el que tuviéramos un Estado, unas instituciones sociales capaces de hacernos servir *algún* interés.

corolario indeseado e indeseable, pero en lo sustancial la tarea civilizadora era tomada en serio. Desaparición del sacrificio de las viudas en Oceanía, costumbres bárbaras extirpadas, adelantos de la sanidad, unificación administrativa eran especialmente enfatizados.

## 6. DIAGNÓSTICO DEL IMPERIALISMO

No faltará la afirmación de que este cuadro de la "conciencia preimperialista" refleja simplemente las vigencias más vulgares del pensamiento "burgués". Se insistirá paralelamente en el prestigio del análisis de Lenin y del de Bujarin, que tienen cerca de medio siglo; se insistirá también en que es de principios de siglo el estudio de Hobson, *Imperialism*.

Pero una cosa es la circulación de unas ideas a un medio socializado y otras su extensión a prácticamente toda la sociedad. Aquella era el alcance de las ideas sobre el imperialismo; éste es hoy. La misma ambigüedad de la noción ha tendido a retrasar la amplificación de todas las teorías construidas sobre ella: hay quien habla de "imperialismo" desde el simple contacto entre una nación desarrollada y otra marginal hasta quien exige para su configuración la dominación económica y la explotación por un poder extranjero más la total pérdida de la independencia lograda por medios violentos. Y existen también los matices intermedios: la penetración económica consentida y crecido *quantum* de extracción de ganancias sin aparente lesión a la soberanía política; el cuadro anterior más contralor político visible; el empleo de la fuerza para evitar que los Estados nacionales regulen los bienes del país y mantener el estatus imperialista (tal es la artera reducción que maneja el historiador yanqui Flagg Bemis en su conocido libro sobre la diplomacia estadounidense en América Latina).

Pero también puede prescindirse (si bien sea provisionalmente) de esta disputa e intentarse un diagnóstico, una enumeración del fenómeno imperialista en distintos planos: el econó-

mico, el social, el político, el cultural. Con esta sintomática a la vista podrá verse hasta qué punto se engranan los diferentes planos y qué ampliaciones o restricciones son necesarias, son posibles.

## 7. EL IMPERIALISMO ECONÓMICO

Pese a no ser las únicas y pese, sobre todo, a su discutible valor de prospecto más allá del tiempo en que están inscritas, es indudable que las teorizaciones de Lenin en *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (1914) y de Bujarin en *La economía mundial y el imperialismo* (1917) dieron el cuadro general de la fase económica del imperialismo aun para aquellos sectores no-marxistas como suele constituirlo, por ejemplo, el pensamiento nacional de los países marginales. El trazado ha sido completado después y hasta "socializado" a un grado que es difícil distinguir el origen de los distintos aportes y los retoques parciales.

Buscando la síntesis de todo ese material sería posible esta condensación: *económicamente* el imperialismo contemporáneo es el resultado de la expansión del sistema capitalista. Esta expansión no obedece a una voluntad decisoria, libre, sino a intrínsecas necesidades del sistema. La baja de la tasa de ganancia en los países metropolitanos (para los marxistas debida a la creciente mecanización y a que las máquinas no producen plusvalía), la indiscutible progresiva fuerza de la clase obrera para el regateo de salarios, obliga a los grandes monopolios industriales y financieros a buscar mercados donde esta tasa sea más alta. La expansión en los países atrasados apareja la posibilidad de materias primas baratas, trabajo depreciado, mercados de importación altamente rentables. Importa, en suma, altas tasas de ganancias. Los grandes consorcios petroleros, por ejemplo, han logrado utilidades en el exterior de hasta el 26% anual: doscientos millones de dólares

al año les significa el ínfimo principado del Kuwait. Y los ejemplos podrían multiplicarse interminablemente.

Pero hay también una segunda causa que empuja al proceso imperialista del capitalismo. Los grandes provechos que la economía industrial deja libre, necesitan reinvertirse: los países marginales ofrecen oportunidades magníficas que la compresión, la densidad de las economías nacionales de Europa o los Estados Unidos están lejos de ofrecer. El imperialismo es, a través de esta dinámica, una consecuencia de la necesidad de crecimiento implícita en la economía capitalista.

La concentración monopólica del capital, conjugándose con los dos impulsos anteriores, le da magnitud mundial a las grandes empresas: los trusts y los carteles tienden a repartirse el mundo en zonas de influencia, constituyen "superestados" con filiales en todos los países sólidamente umbilicadas al núcleo central. La gran expansión significa además costos decrecientes y, en el país a penetrar, una balanza comercial favorable puede no ser obstáculo a esa expansión: los monopolios siempre están en condición de dar créditos. Igualmente están en condición de presionar sobre el país subdesarrollado y su gobierno para evitar una desvalorización o riesgos políticos de diverso orden. Si tienden a escasear las materias primas puede invertir en el país subdesarrollado para asegurárselas evitando "estropear el mercado" y las luchas devastadoras de precios.

Para los países que constituyen el sujeto pasivo del imperialismo las consecuencias de este proceso son comunes. A primera vista esta penetración económica importa un crecimiento respetable. Como recuerda Paul Baran, suele alegarse que no succionan el excedente económico porque éste no hubiera existido sin la inversión extranjera. Pero como señala el mismo autor, esta falacia escamotea la demostración de que estos países no hubieran podido explotar por sí mismos sus fuentes de riqueza. Y agreguemos: la prisa con que los capitales interna-

cionales se apresuran a hacerlo, con las que realmente importan, no parece dejar nunca un margen para que cada país pueda tentar de hacerlo y apreciar la imposibilidad. Agréguese también que ese crecimiento se realiza a expensas de extender los inequívocos "males" del capitalismo en una escala mucho más grave que en los países metropolitanos puesto que él acarrea en los otros mayores tasas de ganancia, salarios más baratos y por ende mayor explotación obrera y, especialmente, mayor anonimización de la empresa capitalista (los amos no sólo son invisibles sino que están lejos), menos –y en puridad– nula solidaridad de esas superempresas con cada proceso económico nacional: la mala marcha de una sucursal y, ni qué decir, su fracaso se solucionan sin contemplaciones para la economía del país en que residen con su cierre abrupto o su traslado a ambiente más rentable o más seguro.

Pero la sujeción económica del imperialismo –y en esto el análisis argentino que tuvo su centro en Raúl Scalabrini Ortiz es especialmente convincente– implica el desarrollo económico, sí, pero con total mediatización de cada proceso económico nacional a las metrópolis imperialistas. Es un crecimiento "umbilical", un desarrollo "hacia afuera", como suele hoy adjetivárselos. Walt Rostow (que no es ciertamente un crítico antimperialista) apunta el caso de países que importaron grandes sumas de capital a largo plazo sin que se iniciara el impulso hacia la "modernización", como él mismo lo señala en el caso de la Argentina; en que los frutos de la exportación no se emplearon en el desarrollo sino en el atesoramiento o en consumos improductivos. Lo que hubo, por el contrario, fue la transformación de cada una de esas economías en una "complementaria" de la imperial y la compresión y el desánimo de todas las medidas que tienden a emanciparla. Como es lógico, las trabas más fuertes fueron puestas y se ponen al desarrollo de una "industria pesada" que es el artículo número uno de todo desarrollo nacional. Es lo que se ha llamado el "infanticidio industrial",

uno de cuyos instrumentos fue la imposición del librecambio contra la industria incipiente. Como dice Baran, "sin el impulso amplificador de la inversión" (una inversión trae otra y así sucesivamente) un mercado que originalmente fue estrecho permaneció necesariamente igual. Cuando más, se tolera el crecimiento de una industria liviana, atada en su necesidad de máquinas, repuestos y combustibles a la economía metropolitana. Uno de los abogados más coherentes del imperialismo, el argentino Federico Pinedo, decía que el imperialismo inglés no había trabado el crecimiento industrial argentino porque la Argentina no tenía más industria que la liviana. No aclaraba, naturalmente, la razón de esta exclusividad. En general, puede decirse que el impacto de la empresa extranjera fortalece el capitalismo mercantil del país atrasado y reduce, traba o impide su transformación en capitalismo industrial.

Concebido el mundo como una sola área, cuando los tentáculos del capitalismo monopolístico han alcanzado a todas partes se impone como lo más "económico" la división del trabajo en escala universal y cada país debe producir lo que está en mejores condiciones de producir. Cuba lo haría con el azúcar, Venezuela con el petróleo, Brasil y Colombia con el café, Argentina y Uruguay con la carne, la lana y el cuero, Honduras con los plátanos y hasta el sur de los Estados Unidos con el algodón y el tabaco. El resultado de esto que hoy suena horriblemente: el "monocultivo" fue aparentemente excelente: sólo a la larga se vio que él significaba la vulnerabilidad dolorosa de cada una de las naciones a las oscilaciones universales de un solo precio o las variantes de una sola cotización. Pero en esta situación también para todas las otras necesidades se depende de las (o la) metrópolis: ellas son las que proveen (a buen precio, claro está) de todo lo que falte o de lo que se puede comprar. Porque no siempre, y ni siquiera en los términos fríos de la demanda económica "solvente", las dos magnitudes coinciden: son más las épocas de baja que las de alza y como dice Baran —a quien

tanto se puede seguir en estos temas— si nada hay que decir teóricamente de la división internacional del trabajo, ella significa casi siempre que unos se especialicen en recoger riquezas y otros en morir de hambre.

Se crea así un circuito económico único entre la metrópoli y el país colonial en el que los precios, los ciclos y hasta las necesidades los fija la primera: las máquinas, los combustibles, los *gadgets* tienen precio inglés o norteamericano, pero también las materias primas; el café, las bananas o la carne están reguladas por una media internacional cuyo manejo está en manos de los grandes compradores y contra la cual el país dependiente no tiene más remedio que prenderle fuego a lo que cosechó o "apretarse el cinturón" hasta el límite de lo compresible. Es el famoso "deterioro de la relación de intercambio" que desvela hasta a nuestros economistas oligárquicos y de la que sólo se libran los grandes monopolios que tienen muchas veces los dos polos en su mano y contabilizan en el mismo libro lo que compran para sus filiales coloniales y pagan en el país central y lo que exportan a través de las primeras.

Para salvar esto hay que producir físicamente cada vez más y producir una sola cosa. La consecuencia primera de este hecho es el esquileo de la tierra, la dilapidación de recursos naturales irremplazables que ellos implican. Sustancias vitales como minerales y petróleo salen a raudales de los países productores, nada las podrá renovar y si es cierto que el agotamiento mundial de los recursos naturales es un horizonte demasiado alejado, esto no es cierto ni para cada país en particular ni para ciertas sustancias. En la agricultura es la tierra misma la que sufre y si no hay erosión en Japón que se capitalizó por sí misma, las tierras de la India o la China cuentan una historia muy distinta.

La India ilustra otro aspecto particular del imperialismo económico. Si la monoproducción, por ejemplo, puede haber sido el dato original en el Río de la Plata, esto constituye excepción

y no regla general: la miseria india viene también del monopolio pero allí, como en tantas partes, no constituía la situación original sino que fue resultado de la imposición, de la ortopedia feroz del imperialismo.

Podría constituir una atenuación de este cuadro pensar en el capital que va a una zona extraña, que es positivamente aportado. Sin embargo, el panorama muestra que lo más general es que las compañías internacionales se capitalicen en países atrasados con reinversión de sus propias ganancias y con préstamos bancarios del país "agradecido". Acaba de señalarse esta situación en la Argentina. Y agréguese que si no se lleva el capital, tampoco corre muchos riesgos. En el otro vecino, Brasil, se señalaba no hace mucho que el capital foráneo se invierte por lo habitual en las empresas más rutinarias y seguras: las bebidas sin alcohol son uno de los rubros preferidos. Muchas veces se gestiona en el país subdesarrollado barreras aduaneras propicias a la industrialización: es entonces que detrás de ellas son los extranjeros los que fundan empresas usando el *know-how* que facilita tanto las cosas. Tanto en este caso como en los otros las ganancias logradas en el país atrasado son reinvertidas en la nación metropolitana o llevadas a otro sitio.

Si el capital frecuentemente no se lleva y no gusta de correr riesgos, tampoco es regla general que sea honesto. El fraude fiscal, la evasión impositiva, la inflación de los gastos, la falsificación de balances parecen ser una faz inevitable de la moralidad inversora y de su confesa lucha contra "la voracidad estatista" y la burocracia incómoda.

Cuando se trata de préstamos bancarios suele alegarse que los intereses "son bajos". Así lo han subrayado siempre las posturas filoimperialistas. Pero para convertirlos en actos de beneficencia tenía que obviar las suculentas comisiones y los leoninos descuentos (hasta el 80% en ciertos casos en nuestro siglo pasado). Tampoco hay que olvidar el fin de dominación política que con frecuencia los instrumentaliza, las ventajas

brindadas a la industria o el comercio del país prestamista como gracia complementaria. Tenían que olvidar, por fin, que la tasa del interés en los países metropolitanos era todavía más baja.

Estos son los fenómenos decisivos, pero el diagnóstico del imperialismo económico no se agota con ellos. Es una táctica general de la empresa extranjera dejar envilecer y estrangular indefinidamente equipos y servicios, demandando constantemente nuevas ampliaciones de sus beneficios para una puesta al día eficaz de sus prestaciones. Acaba de registrarse con nitidez en Brasil. Es una práctica reiterada el cierre de los altos cargos a los nativos del país en que la empresa trabaja, el descomunal desnivel de salarios entre éstos y los enviados del país empresario sin que una mayor responsabilidad de funciones, una mayor complejidad de labores inicien siquiera una tentativa de justificación. Es común que la extracción de ganancias sea una de las causas más reiteradas del endémico desequilibrio de la balanza de pagos de los países dependientes. En el caso de los empréstitos es casi canónica la obligación de invertir los frutos de él en el país prestamista. Los gastos corrientes que la empresa imperialista realiza en el país dominado suelen ser irrisoriamente pequeños: en Venezuela, por ejemplo, el petróleo cubre el 90% de las exportaciones pero sólo ocupa el 2% del trabajo nacional y sus gastos en moneda local no son superiores al 20% de sus exportaciones. En el Cercano Oriente sólo el 5% de los ingresos del petróleo se gasta en salarios. Pero en este gasto local en salarios u otras compras hay que restar la parte de los empleados extranjeros altamente pagados, ahorrada en buena parte e invertida casi siempre en su país de origen. También hay que tener en cuenta que mucho de lo que compran las compañías son productos de importación extranjera y que mucho también de lo que compran los mal pagados obreros nativos lo hacen en las propias compañías y esto importa así una doble ganancia. Las muy mentadas inversiones "complementarias" que la empresa extranjera provoca: usinas, ferroca-

rriles, por ejemplo, no incrementan por sí el desarrollo y a menudo benefician solamente a las mismas empresas, facilitando sólo la producción adicional de las materias primas que las propias compañías exportan. En general se dejan a cargo de los Estados nacionales las instalaciones no rentables que beneficiarán a las empresas extranjeras.

Puede decirse, en general, que la empresa extranjera nunca forma parte de la economía nacional sino en un sentido geográfico y físico. El mito del "ingreso nacional" que crece por la inversión extranjera en los países atrasados no resiste el análisis de cómo se distribuye: en Venezuela el ingreso por cabeza es tan alto como en Francia pero va en su casi totalidad a las compañías que extraen una sustancia nacional (petróleo, minerales) que no tiene reemplazo. Lo que aumentan de demanda y de ingreso, lo que aportan de capital, en suma, es incomparable con lo que extraen de ganancias capitalizadas, con lo que incrementan los desequilibrios sociales y comprometen el futuro económico de cada comunidad.

Todas las situaciones no son iguales, como dice Baran, a quien hemos vuelto a seguir en esta última parte. Una es la de los países vacíos, con clima similar al europeo y en el que los pueblos nórdicos se instalaron, como en Australia o en Norteamérica. Otra muy distinta la de Asia, Africa y buena parte de Sudamérica. Pareció en un momento que la penetración del capitalismo europeo en estos continentes los iba a llevar por el mismo brillante camino que las zonas antes citadas. Pero se olvidaba la naturaleza insitadamente predatoria del capitalismo. Se olvidaba que por clima y población los europeos no pueden instalarse establemente en ellos y sólo parecían buenos para acumular rápidamente botín y llevarlo después a los países de origen. Multiplicaron también, y es lo esencial, el excedente económico de Europa Occidental y lo concentraron en muy pocas manos. Son contribuciones "exógenas" al incremento del capital que, difícilmente, pueden exagerarse.

## 8. EL IMPERIALISMO POLÍTICO

La prolongación de los monopolios sobre el mundo crea conflictos en un plano igualmente universal: para el análisis leninista fueron los causantes de las dos guerras mundiales y de numerosas guerras coloniales. Puede ser una exageración comunista el que el capitalismo "impuso su dominio a sangre y fuego", pero la sangre y el fuego no están nunca ausentes largo rato en la historia de su expansión en el mundo.

Para los países dominados, el imperialismo arrastra casi siempre la mediatización de los gobiernos a los que halaga, corrompe, compra, domina o destroza. Porque el imperialismo no convive bien con cualquier clase de gobierno y la corrupción de la clase política es sólo un medio para lograr la solidificación de regímenes lo más divorciados posible de toda aspiración nacional al desarrollo y a la autonomía. Su norma es así el fomento y el sostén de gobiernos impopulares y, con preferencia en el justo quicio (no fácil de conseguir), de ser lo suficientemente fuertes para permitir sin trabas el trabajo foráneo y la inversión y brindar generosas "concesiones" y lo bastante desamparados de legitimidad en las masas populares como para depender enteramente de la tutela política y económica extranjera. Es claro que el ideal de gobiernos autoritarios, tranquilizadores y amigos es bastante flexible como para preferir finas formas de legalismo a los poderes de "mano dura" y aun para serle indiferente en último término el Estado pretoriano de un Batista, póngase el caso, o la corrupción civil de un Prío Socarrás (Fidel Castro: Discurso del primero de diciembre de 1961).

En esta política de dominar políticamente las áreas colonizables entra el "dividir para reinar": el pensamiento histórico del Río de la Plata frecuente hoy demasiado la noción de "balcanización" para que sea necesario un énfasis especial en este punto. Los pequeños países son menos fuertes que los grandes, pueden ser levantados unos contra otros y su contralor

es infinitamente más fácil. Para los uruguayos, hijos de la balcanización, es sabido que esta política no inventa, no crea de la nada: se trata, mejor, de convertir cada fricción regional, cada movimiento autonómico local en una "nación" y al estatizar diferencias reales se aparece, hipócritamente, consagrando "la voluntad de los pueblos". Pero nuestro destino no es un caso aislado sino una táctica planetaria; un pensador que estaba lejos de ser un "antimperialista", el racista Conde de Gobineau (en sus cartas a Tocqueville en la sexta década del siglo pasado) pintaba a los pueblos del Medio Oriente en manos de los ingleses: "*divided, supervised, weakened, impoverished*". Cada nación mediatizada forma un guarismo más en la alineación mundial por el poder. Y este fenómeno que Lenin no alcanzó a conocer, marca también la vía de sustitución de los anticuados imperios coloniales por formas más al día; tiene también, sin embargo, consecuencias viejas y previsibles: contribución a las guerras, exposición a sus destrucciones.

También entre las tácticas del imperialismo político entran las formas compulsivas de intervención en el proceso civil de los otros países. El aliento a todas las revoluciones "necesarias", el manejo del no-reconocimiento y del reconocimiento como técnicas interventoras, tienen, también como la balcanización, una larga jurisprudencia hispanoamericana.

Pero aun pueden debilitarse más todas las resistencias nacionales. Puede darse, por ejemplo, formas similares a las metropolitanas a la protesta nacional y social. El proceso de los socialismos y anarquismos sudamericanos (argentinos y uruguayos en sus primeras etapas, por caso) corroboran con vivos ejemplos este aserto: librecambistas, antimilitaristas, antirreligiosos, urbanos, antindustriales, sirvieron de modo inesperado los intereses del imperialismo en todo cuanto al imperialismo le conviene la destrucción de cada "personalidad nacional", el desmantelamiento de los núcleos tradicionales de creencias coligadoras, la inocuización de las instituciones po-

tencialmente defensivas, la instauración de vías inocuas de rebeldía, la consagración de políticas económicas que coinciden providencialmente con las suyas. Si hemos de reconocer deudas no callemos que al núcleo de ensayistas de filiación nacional-trotskista de la Argentina debemos la perspicacia fundamental de este hecho. Como dice uno de ellos, Hernández Arregui, los postulados progresistas pero sin coincidencia con las luchas nacionales de los países dependientes representan los intereses extranjeros disimulados tras las técnicas de sojuzgamiento espiritual. Y hoy podemos ver el aliento que (al amparo de la ignorancia de esta "ambigüedad" de un izquierdismo abstracto) la "gran prensa" brinda a las figuras consulares de ese "socialismo": un Frugoni, un Juan B. Justo, un Nicolás Repetto. De paso le sirve para posar sin peligro de generosa y avanzada; sabe, claro está, a quién elogia.

#### 9. EL IMPERIALISMO SOCIAL

En el ámbito general de una sociedad marginal el imperialismo ha significado siempre fenómenos decisivos. Promueve, para empezar, una clase intermedia de "gerentes" que debe oficiar de nexo entre las masas nacionales y los poderes económicos y políticos exteriores. Está formada por buena parte de las viejas clases dirigentes en sus sectores de menos conciencia nacional, por la inmigración exitosa casi en masa, por técnicos, por especuladores de estilo internacional. Es obediente, sumisa, cómplice de todas las medidas contra la nación y resulta, dentro del país, la principal beneficiaria de las corrientes de inversiones y las suntuosas concesiones. Si esa parte en total no representa en puridad más que migajas de lo que se extrae, es lo suficientemente succulenta para hacer muy atractivos los enchufes y muy enconada la puja por gerencias, comisiones, asesoría, directorios y representaciones. Formada con retazos de una cultura innominada y una "técnica" frecuentemente pedantesca, vive deslumbrada con la riqueza y la "eficiencia" de

los amos extranjeros, siguiéndolos miméticamente, aspirando a confundirse con ellos. Acepta como un fenómeno del orden natural la inferioridad de la propia nación, su irremediable tutelaje; el derecho del extranjero a la preeminencia y a los mayores provechos. Los "planes de desarrollo" suelen darle mucho impulso: todo un mundo ansioso de profesionales se mueve en torno de ellos y corre a fiestas y clubes deportivos caros buscando "contactos" que los pongan en la escalera del éxito.

En las naciones bastante europeizadas y de clima aceptable para el hombre blanco, la corriente inmigratoria se constituyó en un coadyuvante de la explotación imperialista por cuanto ella representa en las primeras etapas una masa sumisa, fundamentalmente apolítica y emocionalmente ajena a la peripetia de la nación en que se asentaba; durante las primeras etapas, igualmente, sus hábitos de trabajo empecinado, sus escasas pretensiones (que compensaba con su formidable capacidad de ahorro) la hizo constituir el "pueblo ideal" que contemplaba el prospecto de las castas dirigentes: desarrollar la nación, elevarla, pero con otra población, con otro sustentáculo humano. Que en etapas anteriores esta masa haya vivido un intenso proceso de integración y una latente rebeldía es innegable; allí no entraba en las previsiones de los primitivos promotores y no destruye por ello el móvil, también inicial, de su fomento.

Otro análisis exigiría (pero no puede hacerse aquí) el otro tipo inmigratorio muy frecuente en las dos posguerras de este siglo: el ávido hombre de negocios sin escrúpulos de Europa Central o de Italia, sobre todo, que algunos países hispanoamericanos han conocido como una peste y que sirvieron de sostén a algunos de los regímenes más ominosos que el imperialismo ha sostenido (Pérez Jiménez, por ejemplo).

El análisis marxista sostiene que el imperialismo promueve el mantenimiento y la supervivencia de las estructuras "feudales". Rastreado debajo de la generosidad con que tal doctrina

aplica el epíteto, ello implica, estrictamente, el mantenimiento de zonas económicas y estratos precapitalistas. Que esto ocurra es concebible si se piensa que al imperialismo no le conviene demasiado el desarrollo de una "burguesía nacional" y menos de un proletariado industrial, menos fácil de corromper aun, ni de ninguno de sus corolarios nacionalistas. Lo que parece cierto, en suma, es que el imperialismo no promueve la modernización y la industrialización global de un país sino sólo la de aquellas zonas y recursos que le interesan: el resto bien puede ser dejado en el barbecho precapitalista, o patriarcal, o semifeudal.

Menos discutible es la frecuente alianza que el imperialismo logra con las oligarquías nativas (las latifundistas especialmente) y las clases militar y política: menos que discutible es obvio que el imperialismo tienda a subrayar más que a atenuar las situaciones de privilegio social.

No sólo tiene significación moral sino también social la corrupción que el imperialismo promueve. El imperialismo, se sabe, reserva el tan pregonado *fair play* de sus naciones para las manifestaciones inocuas del deporte; nada tiene que ver con él su política de empréstitos (que tantas veces han quedado, por descuentos y comisiones, en manos de intermediarios y de los propios prestamistas); nada que ver con él su política de servicios públicos y de inversiones industriales. La historia de los ferrocarriles argentinos y uruguayos es ejemplar en este sentido (ver párrafo subsiguiente) pero las ventajas no pueden conseguirse sin el ablandamiento de la clase política y administrativa nacional, sobre la que soborno y corrupción sin tregua (ideológica, viajes, homenajes, "entrenamientos", intimidación y literal cohecho) se ejercen metódicamente. La obscena figura del gerente yanqui, del agente más o menos disfrazado de diplomático, del propagandista religioso, sólo ejemplifican una compleja fauna en la que se aún curiosamente la candidez y la insolencia, la buena voluntad más desarmada y la astucia más aguda. Pero todos llevan a naciones pobres, antiguas, dignas, la

baratura chillona de sus *gadgets*, la epidérmica fluidez de su *American way of life*, de simplismo, lujo, placeres ordinarios y agitación sin sentido. Todos llevan con sus dólares bienquistos el desquicio a precios de alojamientos, servicios, jerarquías. Hace tres cuartos de siglo se habló en Hispanoamérica de la "época fenicia", con su desquicio de todos los valores morales, su cinismo, su avidez de ganancia, su extinción de todos los escrúpulos. La palabra imperialismo no era mencionada en los diagnósticos reiterados y sólidos: era sin embargo el *deus ex machina* de todos ellos.

#### 10. EL IMPERIALISMO CULTURAL

Es ya un lugar común que el imperialismo implica en los países dominados la promoción de una cultura esencialmente ajena al medio, enajenada, [...] (\*) se hacía referencia, ideas, ideologías, ideales, principios: sistemas son montados para escamotear a los ojos de los hombres la realidad humana nacional y social que los circunda, sus inflexiones, sus exigencias, sus diferenciales matices. Con soluciones universales de recibo, automáticamente trasplantadas, que sirven de alguna manera a los dominadores, la imposición de patrones políticos, jurídicos, económicos, artísticos o filosóficos impide que, desde su circunstancia, su genio propio, su historia y su tradición, los hombres potencialmente creadores de cada sitio de la tierra fecunden lo que es auténticamente "universal" con lo que es propio de su tiempo y de su espacio y sean fecundados por él y hagan nacer una cultura propia, nacida a la medida de las propias necesidades, de su temperamento, de su sentido íntimo de la vida y de los valores tácitos y trascendentes que laten en cada pueblo. Es lógico así que se hable tan a menudo de "escamoteo", "exotismo", "diversionismo", "ocultación", de "su-

(\*) En la fotocopia utilizada falta la última línea de la pág. 13/34. (N. del E.)

perestructuras espirituales" que buscan provocar una "conciencia falsa" de lo propio.

Es una consigna tácita del imperialismo la promoción del desprecio a todo lo que es nacional; su aparecer bajo el rótulo de particularista, cimarrón, localista, bárbaro. También suele fomentar su fruición esa calidad de "pintoresco" o de "típico": es otra faz del mismo desprecio. El ideal es París, o Roma, o Londres, o Nueva York y el predilecto plan de las clases sobornadas, el inacabable resbalar de los viajes sobre la superficie del universo. Si hay en la tradición nacional elementos heterogéneos que reclamen una síntesis, una integración, el imperialismo busca enconar sus pugnas: fue una obra maestra la de los ingleses atizando una contra otra a las religiones de la India. Pero lo más seguro está todavía en la domesticación mental de la propia clase dirigente nacional en cuyas manos está, en último término, la política de educación, el fomento de las artes, el periodismo, la labor intelectual. Hay aquí un inacabable rol de "misiones", becas, donaciones, servicios informativos, agentes pagados. Representa la modernización de los medios clásicos. Pero también obra tras él otro mucho más actual, seguro y contundente. A medida que la alfabetización, los fenómenos de masa, la pérdida del control de las clases tradicionalmente directoras de la sociedad se acentuaron, que se agudizó la destrucción de las bases espirituales comunes que daban coherencia a las naciones "atrasadas", a medida que tomaron dimensiones universales los aparatos de cultura plebeya (la *mass media* de los sociólogos americanos), el control mediato e inmediato de prensa, radio, televisión, revistas, se hizo más seguro y más remunerativo. Esta dominación tiene formas que conocemos bien: el monopolio de la provisión internacional de noticias, el escamoteo de buena parte de ellas, la deformación insidiosa de todo lo que resta. El desalojo de todas las agencias que no sirvan al imperialismo bajo la acusación de ser "antidemocráticas". El fortalecimiento de instituciones como

la S.I.P. que vigilan por esta alineación de toda la prensa al servicio del imperialismo, el Instituto Interamericano de Radiodifusión que cumple igual función en su ámbito, etc.

Todo tiende a desarmar las fuerzas defensivas de la liberación nacional, a promover la enemistad a las raíces históricas en que puede hallarse fuerza o inspiración: a promover una problemática desesperada de "crisis del espíritu" o de la "civilización" que presente toda empresa histórica como baldía.

### 11. UN EJEMPLO DE EXPLOTACIÓN IMPERIALISTA

La historia de los ferrocarriles en el Uruguay y en la Argentina ha sido bastante estudiada —lo han hecho con perspicacia Ricardo Ortiz, Raúl Scalabrini Ortiz y algunos más— como para constituir un ejemplo muy próximo, candente, visible, de las formas que adopta en los países subdesarrollados la etapa clásica de penetración y explotación imperialistas. Si revisamos las obras de los autores citados y buscamos en ellas las "constantes", los fenómenos que se reiteran, vemos que la historia ferrocarrilera en el Río de la Plata ofrece (entre otros) los que siguen:

a) Muchas líneas ferroviarias, y sobre todo las primeras, fueron iniciadas por empresarios nacionales y no constituyen, ni mucho menos, el fruto de la famosa "energía anglosajona"; también es cierto que a poco andar resultaron estranguladas por la falta de capital y por la sistemática hostilidad de los centros (europeos, ingleses) de abastecimiento de técnica, de financiación.

b) Un cuadro complejo de soborno, cohecho a políticos y legisladores; una fiebre de negocios que asumió la fisonomía de una puja por concesiones que, obtenidas, se negociaban después en Londres los capitalistas efectivos y posibles.

c) En estas concesiones eran esenciales grandes mercedes de tierras a lo largo de las vías férreas que, valorizadas más tarde,

eran objeto de venta con ganancias tan sustanciales o mayores (y sin ningún riesgo) que las de la misma vía de transporte construida.

d) Contratos de concesión con términos leoninos para la colectividad en cuanto a libertad de tarifas, concesiones de puertos y depósitos e "intereses garantizados" a cada negocio ferrocarrilero.

e) Esta cláusula del "interés garantizado" (el 6, el 8, el 10 o el 12%) fue el móvil de un fraude económico y fiscal constante: se trataba y se trató siempre de aparentar una cuenta capital desmesuradamente mayor que la real, de modo de hacer constar una ganancia que, en relación a aquel capital, representase un interés lo más bajo posible. Para ello se "aguó" la cuenta capital por todos los medios por los que esto puede hacerse, pero sobre todo, empezó por inflarse desmesuradamente el costo quilómetro de construcción que constituía la base para el cálculo de aquel interés. También se aguó el costo de explotación, también se recurrió casi siempre a un doble juego de libros o se falsificaron éstos descaradamente. Lo que se logró fue disminuir la tasa de ganancia y percibir, a título de compensación, jugosas diferencias.

f) Pero tales tácticas eran sólo un aspecto de la constitución de un grupo de presión económico-política decisivo, no sólo por su poder intrínseco sino por el respaldo de la diplomacia y la fuerza inglesa (y a veces francesa).

g) Se manifestó también, y tempranamente, una tendencia evidente a la concentración y al monopolio que a veces significó luchas despiadadas entre las distintas empresas y a veces utilizó la presión del Estado, ganada por los más variados —pero siempre caros— manipuleos.

h) Este grupo tendió a asociarse con la oligarquía ganadera y a fundirse sólidamente con ella: eran clientes y usufructuarios de una misma estructura económico-social dirigida al desarrollo "externo" o "umbilical".

i) Como medio de afirmar su poder y aumentar sus beneficios logró el capital ferrocarrilero concentrarse en las líneas efectivamente rentables, entregando al Estado, por medio de amaños y presiones, las positivamente deficitarias.

j) También buscó la trustificación de todas las actividades complementarias al ferrocarril: importación y venta de repuestos y maquinarias, importación y venta del carbón, etc.

k) También ejerció prácticas de presión, intimidación y discriminación sobre distintos grupos de productores: las "tarifas diferenciales" fueron un instrumento excelente de ellas; en general, y salvo excepciones, todo el manejo de las tarifas fue libérrimo, a favor, y aun en contra, de las solemnes y minuciosas concesiones.

l) Sustancialmente, y más allá de tácticas y anécdotas, el desarrollo ferrocarrilero inglés significó la lucha con los otros medios de transporte, los fluviales especialmente: nunca la idea de una coordinación, de una "complementación" parece haber aflorado en la cabeza de sus empresarios y sus apologistas.

m) Pero sobre todo significó el ferrocarril una estructura deformante de toda la economía y la sociedad nacionales; todo se mediatizó hacia la convergencia en Buenos Aires o en Montevideo, concebidas infaliblemente como factorías importadoras y exportadoras al servicio de las conveniencias inglesas. El ferrocarril subordinó todas las regiones a Buenos Aires, desintegró las supervivientes economías campesinas, prestó medios adicionales para una explotación más intensa del *hinterland* rural. Pero sobre todo dejaron, pese a las apariencias, intocada la estagnación nacional. Razón tiene Rostow cuando sostenía que los ferrocarriles no significan por sí el impulso hacia el desarrollo y ponía, precisamente, el ejemplo de la Argentina.

## 12. DIAGNÓSTICO Y PRONÓSTICO DE LA INTERPRETACIÓN LENINISTA

Como ya se dijo, mucho le debe a Lenin toda interpretación del fenómeno imperialista y todo cuadro de sus manifestaciones. Pero, elaborada al filo de la Primera Guerra Mundial, esta interpretación contenía una descripción de lo que el imperialismo era y un prospecto, también, de lo que iría siendo. A casi cincuenta años de distancia vale la pena saber si todos sus elementos han sido verificados y si la dialéctica que ella propone se ha ido encarnando en la marcha histórica concreta. La interrogación, con todo, es más amplia. Supongamos que su análisis haya sido certero (y lo fue, qué duda cabe). Supongamos que en lo esencial haya seguido siéndolo. Sin embargo pueden preguntarse: ¿Se dan *todos* sus rasgos, ineluctablemente, en los países dependientes? ¿Esos rasgos *han de seguirse dando*, también inevitablemente, hasta la crisis del sistema imperialista mismo, la Revolución y las guerras interimperialistas destructivas? ¿No hay, sobre todo, *nuevos factores*, nuevos fenómenos que —en los países metropolitanos, en los países subdesarrollados, en el mundo todo— corten esa dialéctica y planteen el problema en nuevos términos?

Alinéemos algunos síntomas más simples y busquemos después la trabazón de los más complejos.

1) El hecho de que "los negocios" operen siempre tras la política de expansión económica y militar no tiende a confirmarse: muchos episodios nos muestran, por el contrario, a los grupos más típicamente capitalistas reticentes a las aventuras del poder externo y, aun, pacifistas. En la guerra hispano-yanqui del 1898, mientras la agresión corre a cargo de una inspiración casi autónoma de los grupos ideológicos y militares, la actitud de los grupos económicos es casi antagónica (Julien: *Les politiques d'expansion imperialiste*, págs. 217-219).

2) No creemos, por ello, que pueda negarse la autonomía con que operan otros intereses que impulsan a la expansión y que

no son económicos sino políticos, ideológicos, militares: de aventura y de prestigio, de compensación a “complejos de derrota” (caso de la resistencia militar francesa en Argelia); de “dinamización espiritual” y de robustecimiento de la “cohesión nacional” (caso de T. Roosevelt en la ya citada guerra de 1898); estratégicas y geopolíticas, como en el caso de la expansión de los Estados Unidos en el Caribe y de su obsesión del canal que asegurara la transfusión de fuerzas entre los océanos Atlántico y Pacífico. Hoy, a estos factores “clásicos” se agregan otros nuevos que promueven la dualización político-social del mundo, y la universalización de las previsiones estratégicas, la pugna por una retaguardia “segura”, el esfuerzo por asegurarse zonas de producción más apartadas que las metrópolis de un ataque frontal atómico; las tentativas de unificación ideológica movidas a la vez por razones de seguridad y por el mesianismo de las “ideologías”. Todo esto, que puede llevar hasta a fomentar una industria pesada en las naciones marginales significan, por lo menos, móviles globales, en los que participa y se compromete toda la comunidad y no sólo los sectores capitalistas dominantes. Un marxista afirmará que así son efectivamente, pero que detrás de ello se mueven las relaciones de producción determinando todas esas superestructuras. Le costará, sin embargo, explicar la acentuada diferencia que presentan con la imagen leninista de los complots monopólicos decidiendo localmente cada acción internacional concreta. Comportan también hacer de la clase militar un simple instrumento del orden capitalista-feudal: si ello ha sido cierto unas veces no lo ha sido en multitud de ocasiones y no hay que olvidar que sobre todo ha sido la clase militar y sus correlatos ideológicos los que han sentido con más intensidad la realidad de “soberanías inherentemente competitivas” (Rostow) que no podían retirarse sin dejar un área colonizable a merced de otra nación y todos los atractivos símbolos de poder, de orgullo, de prestigio, en suma, que subyacían en esas realidades.

3) Dijimos “poder”. La preeminencia, confusión, importancia o nulidad de la idea de “poder” respecto a las del “interés económico” es uno de los puntos polémicos capitales de la cuestión del valor del marxismo y uno en los que éste se defiende —él sabe por qué— con más encarnizamiento.

Sin perjuicio de plantearlo en su punto, aventuremos que puede preguntarse si el económico es *uno de los aspectos* de una voluntad de poder que tiene también sus expresiones políticas, sociales y culturales. Si el aspecto económico es una de las facetas del Poder que movilizan la dinámica imperialista, es fácil admitir que en la etapa liberal-capitalista, socialmente burguesa, en un mundo semivacío y con equilibrio de potencias, el imperialismo económico que describió Lenin asumiera la expresión de esa más genérica “voluntad de poder”, fuera el típico y dominante. Thierry Maulnier sostiene que la lucha por las riquezas económicas no es la “causa” de la rivalidad entre las naciones sino “*su manifestación*”; sin ir a esta inversión copernicana de términos, es posible que la apetencia de poder, de potencia, de prestigio sea el término más amplio y efectivo y el interés económico una zona dentro de él. Se remoja así, en cierta manera, aquella imagen del imperialismo tan cara al pensamiento hispanoamericano del Novecientos (José Vasconcelos y Luis Alberto de Herrera la expusieron) que ve en él la expresión de una vitalidad desbordante, un rebosamiento, un impulso de pueblos que ya no se pueden contener dentro de sí mismos. Claro que hoy somos más cautos y menos proclives a imágenes organicistas o biológicas.

4) Aquí es imprescindible la mención del famoso imperialismo soviético que la propaganda occidental agita tesoneramente. Una concepción economicista del imperialismo como etapa extrema del capitalismo monopólico tenderá, naturalmente, a negarla. Si, en cambio, se acepta un imperialismo de motivación más amplia o más difusa que la económica este imperialismo sería indiscutible por nuevas y originales que fueran las formas

que asuma. Para Djilas, por ejemplo, el imperialismo soviético es la consecuencia de la apetencia de poder de la “nueva clase” que busca como medio la formación de un mercado socialista único con una red de compras a precios inferiores a los del mercado mundial, lo que combina, como es posible ver, la finalidad económica con la más amplia de la potencia. Algunos distinguen también entre el “colonialismo externo”, clásico, con neta diferenciación geográfica de dominantes y dominados y el “colonialismo interno”, ejercido por grupos aparentemente independientes que responden a las órdenes del extranjero (lo que tampoco deja de faltar en el colonialismo “clásico”).

La cuestión, más allá de los intereses que juega, encubre una de las clásicas pugnas libradas en torno a la univocidad o equivocidad del lenguaje económico-político y no puede ser dilucidada ahora. Importa, sin embargo, marcar que no es imperialismo el fenómeno de aproximación de pueblos afines y próximos geográficamente por más que él tenga un núcleo de iniciativa de mayor importancia y poder que los otros. Todo depende, en último término, del signo de la historia, de la voluntad subjetiva de los promotores y de que la espontaneidad de la aproximación y de la unión sea mucho menor (y correlativamente los de compulsión mucho mayores) en los países menos importantes que la espontaneidad y la compulsión ejercidas en el centro que puede considerarse metropolitano. También todo depende de los *quantum* de explotación interna del país “aproximado” y del país “aproximante”. O, para ponerse en nuestro caso concreto: ¿en qué medida podemos decir que se expropia trabajo húngaro, checo o polaco con el precio fijado al trigo, a las maquinarias o al carbón? La cuestión, como es previsible, se complica terriblemente: ¿es esta expropiación mayor que la del propio trabajo soviético? ¿Y en la medida que lo sea es utilizado (para gastos militares, políticos, ideológicos) en igualdad de beneficios para unos y para otros? Que esto pueda no ser así, que todo implique una clara preeminencia y

beneficio de la Unión Soviética a despecho de la buena fe de los unificadores, podrá tener su paralelo en la historia. También las [...] (\*) más horrendas del imperialismo económico monopolista nacieron a pesar de la candorosa creencia liberal del siglo XIX que veía en la expansión de las naciones “adelantadas” las prendas de la unificación y la nivelación progresiva de toda la humanidad.

5) Más allá de las interpretaciones generales puede inquirirse si los fundamentos de la interpretación de Lenin se siguen dando. Dando simétricamente; esto es: en los países metropolitanos primero; en los países subdesarrollados después.

Para comenzar con los primeros, digamos que el móvil de obtener un *quantum* de explotación creciente, o por lo menos invariable, en el exterior como medio de compensar el decrecimiento de la tasa de ganancia en el área metropolitana se hace progresivamente difícil de considerar como una fuerza fundamental. Y si ello es así es por su propio condicionamiento: el decrecimiento de la tasa de ganancia en el interior a causa de la progresiva maquinización (que en el razonamiento marxista angosta la obtención de una plusvalía que se obtiene del trabajo manual) y el congestionamiento del organismo económico por la disminución de las oportunidades de inversión. Si a lo primero atendemos, se puede ver cómo en un discurso tan autorizado como el de Baran (*La economía política del crecimiento*) el razonamiento se centra en la creciente magnitud del “excedente económico” que si bien no es la plusvalía, es, en cambio, una parte menor de ella. Rostow, refiriéndose al descenso de las utilidades por el aumento de la “*composición orgánica del capital*” observa cautamente que “*no podemos ser dogmáticos a plazo muy largo*”, pero observa que hay enormes empresas científicas y técnicas que pueden agotar muy bien las disponibilidades de capital por períodos previsiblemente dilatados. Un

(\*) Ilegible en el original (N. del E.)

apologista del capitalismo, como Peter Drucker, también registra con sensatez que Marx previó la expansión capitalista en nuevos territorios pero no la expansión por productividad aumentada (*Los próximos veinte años*, págs. 87-98). Lo que parece cierto es que el marxismo-leninismo explicó el imperialismo sobre unos patrones técnicos que eran en su época relativamente invariables y que implicaban unas exigencias de inversión que considerará más rígidas y menores de lo que seguramente hoy son en los países desarrollados. Toda la revolución automática y cibernética queda fuera de esta óptica y lo que ellas implican en reclamos de capital posiblemente mayores que todo lo que puede dejar libre las áreas metropolitanas. Y aún en términos más rutinarios parece hoy cercano a la sensatez decir que el auge capitalista de Europa Occidental o Japón ha dependido mucho más del desarrollo del mercado interior que de “desembarcar exportaciones”.

Esto lleva como corolario que la exportación de capital y sus consecuencias pueden tener muchos móviles (evasión de un sistema impositivo demasiado pesado: la “dispersión de los riesgos” entre muchos países, por ejemplo) que no son los de la “ganancia máxima” que según el marxismo es la característica esencial del capitalismo “monopolista” y su diferencia con el de “libre competencia” y su aspiración a la simple ganancia. (Como ocurre en otros puntos, el marxismo elabora con rigor nociones imprecisas: el uso que da a la palabra “monopolio” resulta una de ellas; la “ganancia máxima” es un rasgo probable de todo el capitalismo pero es “máxima” ¿respecto a qué?: toda “ganancia” se mueve entre límites psicológicos, morales, políticos y jurídicos, intenta crecer contra *resistencias* de orden similar que varían y crecen constantemente).

Este, como los puntos que siguen, están mejor situados en una evaluación de la economía marxista. Puede decirse, sin embargo, que tampoco se dieron en el período de 1914-1930 en

que hubo de ser válido el planteo clásico marxista ni la solidaridad internacional creciente en la clase obrera, ni las crisis capitalistas cada vez más graves y rápidas, ni la revolución en el país más maduro y evolucionado (Inglaterra o Alemania), ni la creciente dualización entre burguesía y proletariado. Las cosas han ocurrido en forma más compleja y si hay, es cierto, “proletarización” de ciertos sectores de la clase media, hay una corriente contraria y más nutrida desde las clases inferiores hacia una “nueva” clase media, o mejor intermedia: empleados, técnicos, administradores y aún sectores (sino clases) psicológica y emocionalmente “arbitrales”: burocracia, intelectuales, ejército, “directores” (el mismo comunismo admite hoy la existencia de una “clase directorial”, si bien procura negar su importancia [*Proyecto de Programa del Partido Comunista de la U.R.S.S.*, ed. castellana, pág. 32]). Si los *have* y los *have not* se han dualizado en términos de propiedad (como es casi seguro) no ha ocurrido igual en términos de renta y de nivel de vida, como lo testimonian los núcleos anteriormente nombrados. Por otra parte, si hay concentración de la gestión empresarial en el *big business*, una cierta y efectiva democratización de la propiedad, aunque no transforme sustancialmente las cosas no fue seguramente prevista en los prospectos leninistas. Tampoco hay tal predominio creciente de los bancos y los procesos de autofinanciamiento por parte de las grandes empresas han proseguido a un ritmo tal que Wall Street se ha transformado sobre todo en un símbolo eficaz, pero símbolo al fin, del poder económico. Hoy suele hablarse en el país céntrico del capitalismo del gobierno de las “corporaciones inversoras” y de los “inversores fiduciarios”, que manejan los fondos enormes provenientes muchas veces de sindicatos, cooperativas u otras instituciones. Tampoco, por fin, la teoría del “soborno del proletariado” ha probado su fuerza. La afirmación de que el imperialismo compra la adhesión de un sector de la clase obrera metropolitana con la expoliación de los trabajadores coloniales,

ha quedado muy maltratada después que Inglaterra perdió, tras las dos guerras, buena parte [...] (\*)

6) Las modificaciones que a su previsión de la dinámica de las áreas al curso de la historia (para el futuro) introdujo es sólo un núcleo de las correcciones que hay que atender. Será un mérito inmarcesible del marxismo, y sobre todo del marxismo-leninismo, haber subrayado acabadamente la vinculación entre el capitalismo y el imperialismo; mucho menos seguro, como Perroux ha observado, es su decisión de ubicar siempre el imperialismo como etapa posterior al capitalismo fuera de fronteras y menos seguro todavía que el imperialismo no requiera otro análisis que el perspicaz y meritorio que los teóricos bolcheviques realizaron de él en la segunda década de nuestro siglo.

Al prospecto leninista de crecientes guerras interimperialistas seguidas por una Revolución Mundial, ¿es posible, por ejemplo, asignarle hoy cabal fijeza? Y si se atiende a la entraña misma de la doctrina, ¿no se advierten en ella fisuras y aun contradicciones que reclaman ser superadas? Piénsese en el significado que el imperialismo como “un todo”, para los marxistas asume. Si se piensa que el imperialismo es “etapa final” del capitalismo, para ellos es indudable que tiene que participar en buena parte del signo positivo que el marxismo coloca sobre el capitalismo como etapa superadora de las formas esclavistas y feudales. Como existe en el marxismo, también, una activa conciencia moral que tuvo la sensibilidad bien despierta para sus males e hizo de su denuncia una de sus más duraderas fuerzas, admítase, por lo menos, que tanto el capitalismo como el imperialismo tienen que portar un signo común de “ambigüedad”, de efectos buenos y malos en toda su trayectoria. La posición más reiterada, sin embargo, es subrayar los efectos positivos del imperialismo en el pasado y hacer

lo mismo con los negativos en el presente. Las necesidades pragmáticas de la Revolución Mundial así parecen reclamarlo, pero ¿es esto cierto? Atiéndase, para empezar, a un fenómeno presente: el enorme incremento de la población mundial por la mejora de las condiciones sanitarias. En muchos países ha sido promovido por el imperialismo y como es lógico no es limitable técnicamente al ámbito, que no es cerrado, del sector de gerentes e intermediarios. Los ricos y los entregadores no pueden vivir en un país insalubre bajo una campana neumática. Pero este hecho presente, indiscutible, ¿no desmiente la tesis marxista del “exterminio de las poblaciones nativas” por el imperialismo? En cuanto a la influencia del imperialismo en el pasado, que el marxismo hace generalmente positiva y sobre todo inevitable, ella implica la creencia tácita, si es que bien se rastrea, que los procesos de tecnificación, de modernización, de occidentalización han de ser cumplidos por el imperialismo y las burguesías compradoras. Ello provoca que toda resistencia nacionalista sea imputada a la “reacción feudal” y preburguesa sin otear la alternativa —que alguna vez planteaba Mao Tse Tung en el caso de China— de que los mismos países dominados hubieran podido llegar del capitalismo mercantil al capitalismo industrial aun sin la violación extranjera (Baran, pág. 187). Descartando la eventualidad de sectores no-burgueses (tales los Meiji del Japón) capaces de acaudillar la tarea de modernización en propio beneficio nacional, el antimperialismo marxista se hace pasible de ser acusado de ser hostil al imperialismo una vez que un país ha sido digerido por él, nunca antes. El llamado en el Río de la Plata “mitrismo” de los historiadores comunistas es estrictamente filiable en esta unilateralidad.

7) Y si de lo que pudo ser se pasa a lo que es, véase si entran en el esquema marxista ciertos fenómenos contemporáneos.

Hay, para comenzar, un proceso que se inició en el Commonwealth británico pero que se aceleró inconteniblemente después de 1945: es el de la emancipación política de las áreas

(\*) Ilegible en el original (N. del E.).

coloniales. Sólo la ingenuidad (real o fingida) del liberalismo democrático puede ver en lo que de concesión tienen, un gesto de generosidad de “las grandes democracias”, una actitud dictada por hondas convicciones ético-políticas. Es indudable, sin embargo, que, al margen de lo que la dominación política pudiera tener de onerosa, de no retributiva; al margen de los vínculos de dependencia económica que no se rompen con la caducidad de los políticos (y aun se perfeccionan), la independencia de las naciones ex-coloniales significa una trinchera más retrasada de la dominación imperialista, nexos de dominación más a dominar, áreas de más difícil manejo.

Alinéense, sin embargo, todos los síntomas posibles de las formas llamadas del neocolonialismo afincado en estas nuevas naciones presuntamente liberadas, insúmanse en ellos las medidas de los planes de ayuda y de las “alianzas” para el “desarrollo”. El Proyecto de Programa del Partido Comunista de la U.R.S.S. habla de la “*instalación de los monopolios bajo la máscara de ayuda*” y del “*fomento de la discordia nacional y tribal*” en alusión al Africa y sobre todo al Congo. La encíclica *Mater et Magistra* también se manifiesta contra el neocolonialismo bajo la máscara de la ayuda y contra la yanquización del mundo (aunque no emplee el término) que importa la adoración de la riqueza, la técnica y el confort en detrimento de los valores espirituales de cada pueblo que esos “planes” —venenosamente— portan. Reconózcase cómo, so capa de la técnica y bajo la inocente rutina burocrática, los organismos financieros internacionales (el Fondo Monetario sobre todo) imponen a los países dependientes las pautas de un capitalismo liberal que sólo beneficia, bajo una tintura de ordenación aparente, la continuidad de su infradesarrollo y su dependencia (prioridad del desarrollo agrario, libertad de comercio importador en detrimento de la industrialización, libre empresa, austeridad y equilibrio presupuestario en detrimento de los sectores más débiles, política antinflacionaria sin desarrollo o inflación sin

rectificaciones de salarios en nombre de su contención hipotética). Regístrese la inviabilidad, la inutilidad y la inautenticidad de la acción tuteladora del desarrollo realizada por los Estados Unidos en ciertas “áreas-muestras”: Vietnam del Sur, Corea, etc. y la efectiva realidad que esconden: el despilfarro de los fondos de ayuda entre un sector de comerciantes, gestores y políticos, el anticomunismo masivo y puramente policial; las reformas sociales tímidas y de engaño, la farsa de la libertad electoral con vetos y proscripciones, la escandalosa corrupción administrativa y política, la inexistencia de todo esfuerzo hacia la industrialización, el auge de la libertad económica traducida en una facultad de importación que llena el país de *gadgets*, de bienes de consumo prescindibles. Obsérvense las características de los generosos préstamos que los Estados Unidos brindan a la América Latina: son escasos, caros, condicionados, vigilados. En general, los préstamos al exterior reducen la necesidad de movilizar el excedente económico (como lo demuestra Baran), ayudan a atenuar las tensiones sociales, son guardias contra las colectivizaciones, facilitan la imposición de condiciones políticas y sociales. Atiéndase a la insistencia que el famoso “Punto IV” de Estados Unidos brinda a la producción de “materias primas” necesarias para la metrópoli. Véase en la acción de mejoramiento sanitario mundial una “política de barriga llena”, como dice Baran, y de elevación del nivel de la productividad obrera. Rastréese el móvil confesado y perenne de toda aparente generosidad con el mundo situado más allá de las fronteras del poderoso: combatir “la amenaza comunista”. Señálese lo que los procesos de independencia nacional contienen de reemplazo de un imperialismo más viejo (Bélgica, Holanda, Inglaterra) por otro más joven (Estados Unidos), lo que tienen de soborno, de concesión para “evitar una explosión”, de ilusión, de reemplazo de formas pasadas de moda. Júntense todos estos síntomas y explíquese con ellos el fenómeno de industrialización de las naciones atrasadas por medio de la inversión

extranjera y las manifestaciones que Baran enumera (logran el control monopolista del mercado, reducen la expansión de las empresas nacionales, gastan casi todo fuera del país en que “invierten” en maquinarias y patentes; luego de recibir concesiones se resguardan tras una barrera de aranceles; no proporcionan mercado a la producción agrícola, ni productos baratos a ella ni salida al excedente de mano de obra, la obtención de ganancias que se llevan al exterior, como protección contra devaluaciones y revoluciones, la inversión en actividades que no promueven el desarrollo: actividades mercantiles, usura, tierras altamente rentables, edificación urbana suntuaria, explotación de aguas minerales y otras ramas prescindibles de la alimentación, sectores de altos funcionarios muy remunerados que transfieren sus ahorros al exterior, etc.).

8) Tómense, si se quiere, al pie de la letra todas estas afirmaciones. Al principio de este párrafo se recordaban ciertas condiciones de la actual situación del mundo: la dualización política internacional, el mesianismo de las ideologías, la universalización de las provisiones estratégicas, la pugna por retaguardias “seguras”. Si el “interés”, como se decía, se mueve dentro de límites objetivos, se afirma contra resistencias, éstos son los límites objetivos y éstas son las resistencias frente a las cuales todo el cuadro anterior tiene que constreñirse. Son aspectos no-económicos del fenómeno imperialista que Lenin, aunque no trató en su libro, reconoció su importancia (*Obras selectas*, Buenos Aires, t. 2, pág. 428).

Ocurre, en suma, que hay nuevos factores que alteran el planteo leninista. El cuadro ha variado en forma notoria en un mundo dualizado en grandes bloques multinacionales centrados en torno a superpotencias. Estas superpotencias libran una lucha a muerte, no por lucros extraídos fuera de sus fronteras sino por prestigio y por el desprestigio de su rival; por su inseguridad y la inseguridad de su contrincante; más llanamente: por su supervivencia. Los esfuerzos por ella se traducen

en una vasta red de alianzas y en un permanente alegato de sus razones realizado ante una opinión pública internacional, universal, crecientemente consciente de sus intereses, suficientemente informada – pese a la continua tentativa de masificación y simplismo –, cada vez más decidida a reclamar para sus respectivos países niveles de vida dignos de una existencia plenamente humana. La misma superintegración del capitalismo en el propio Estado norteamericano se imbrica con un complejo aparato en el que las palancas esenciales de decisión están dominadas por los militares (tal como lo traduce el reemplazo de la imputación popular universal a “Wall Street” por la imputación al “Pentágono”). Parece, en suma, que la misma idea de “competencia” rechazada por el pensamiento marxista en el plano de la acción individual hubiese sido aceptada por él mismo en una competencia internacional entre regímenes diferentes (Jruschov en numerosas ocasiones y *Proyecto de Programa*, págs. 72 y 98).

De este modo, la dualización política del mundo y el incremento de las zonas organizadas bajo la impronta comunista; la extensión a todo el orbe, la “mundialización de las consideraciones estratégicas” que dictan la política internacional de las superpotencias; la necesidad de prestigio internacional y de alineación supernacional, en su torno, del mayor número posible de potencias pequeñas o medianas, el peligro de la Revolución Mundial y colonial; la importancia limitada pero innegable de los organismos internacionales como ONU y UNESCO (en las que la decisión de las grandes potencias no es tan absoluta como antes de que ellas existieran, en las que los países mediatizados forman una masa insurgente, disconforme, difícil de manejar); todos estos hechos, en suma, se dan extremadamente conexos entre sí y apuntan a un impacto común: si la explotación colonial y semicolonial es todavía posible, su magnitud no puede tener, ni su estabilidad tampoco, las medidas y las condiciones de los viejos tiempos. Si el control político es

todavía posible, si la mediatización económica también, la dependencia de las pasadas etapas coloniales ya no lo es.

Si bien se examina, y pese a todas las críticas marxistas, decisiones como el Plan Marshall y como la Alianza para el Progreso son expresión de estas circunstancias. Las potencias dominadoras querrían conservar —qué duda cabe— el *statu quo* colonial y la explotación implacable de otros tiempos. Pero también ante la insurrección mundial están amedrentadas y saben que tienen que ceder algo. El resultado de estas dos circunstancias no es una línea única de actuación —rígida, omnisciente, previsor—; el resultado es la perplejidad, la latitud, la ambigüedad. La ambigüedad es el signo que asumen todos los fenómenos en esta nueva etapa interimperialista. Una ambigüedad que permite fallar sobre planes y proyectos como los mencionados y ver en ellos, a la vez, formas inéditas de una misma voluntad de explotación y dominación y vías utilizables para una modificación radical de estructuras.

Podrían ponerse muchos ejemplos de esta dualidad. Hagámoslo con algunos. Por invitaciones, becas y medidas similares las potencias imperialistas mantienen una permanente máquina de soborno y seducción sobre todos los sectores decisivos de los países atrasados. Pero ¿hasta qué punto los contactos humanos que promueven no llevan imprevisiblemente —en ambas direcciones— gérmenes y sugerencias adversas para los que tales tratos promueven?

En el siglo pasado, la educación de minorías dirigentes en los países metropolitanos constituyó una de las fuentes más infalibles de “cipayismo” político y de colonialismo mental. Pero cuando el signo histórico varía, la formación en universidades de Inglaterra y de Francia de sectores intelectuales y profesionales de juventud de Africa y de Asia se constituyó en uno de los instrumentos decisivos de la gran marejada anticolonial en esos continentes, de un inextinguible fermento nacionalista y antimperialista. En otros órdenes también se da este esfuerzo

desesperado pero de resultados imprevisibles por telescopar en las nuevas y vistosas formas de “ayuda” las viejas formas del dominio. El resonante reciente caso de los “misioneros de paz” en Africa es una prueba cabal de los sorprendentes resultados que estos afanes pueden tener.

La misma posibilidad de la guerra para consolidar las posiciones imperialistas amenazadas (*“Las guerras estallan por los grupos sociales empeñados en desencadenarlas”* según el “Proyecto de Programa...”, pág. 62) se han convertido hoy en un medio demasiado peligroso para las clases dominantes que saben que una guerra *“no se compadecería tampoco de las clases dominantes en la sociedad capitalista”*, lo que hace que sólo la quieran *“los grandes monopolios y la camarilla militar”* (idem Programa, pág. 65). (Lo que implica también admitir una decisiva división en la clase dominante y una matización poco habitual en la argumentación marxista de tipo masivo). También Fidel Castro, en su famoso discurso del 1º de diciembre de 1961 admitía, simétricamente, que “puede haber” oposición entre los intereses del imperialismo y los de la alta burguesía nacional.

La misma ambigüedad registran los hechos económicos centrales del neoimperialismo. Frente al límite objetivo de la insurrección de los pueblos marginales y ante las amenazas del caos y la insurrección mundiales, los Estados Unidos mantienen su lucha por el contralor de los mercados compradores y proveedores de materias primas. Pero también esa insurrección representa entre otras cosas la reducción del área colonial. Por su propio interés, entonces, la política que se dibuja es la de promover el crecimiento de las naciones infradesarrolladas, considerado como valla canónica contra el comunismo y la de promover la industrialización de los países productores de materias primas. Por muchos que sean los aspectos hipócritas y religiosos de este esfuerzo, ellos no tocan la entraña de su entidad, que ha tenido, entre otras consecuencias, la declina-

ción de sectores productores de los propios Estados Unidos al retraer la exportación de “los bienes duraderos de consumo” producidos crecientemente por todos los otros pueblos.

He hablado de “ambigüedad” en todas estas últimas reflexiones. Ella importa la posibilidad de consecuencias positivas y consecuencias negativas para un sujeto histórico dado en un determinado fenómeno político o social. Conviene distinguir este concepto de cierto alegre maquiavelismo que por ciertos ambientes circula, de cierto “latitudinarismo” erigido sobre la creencia de que cualquier cosa puede ser cualquier cosa, al compás de nuestras ilusiones y nuestros deseos. Este latitudinarismo hace mangas y capirotos en las fuerzas del pasado, las pasiones de los hombres, los intereses de los grupos. En nombre de la “imaginación”, en nombre de la “invención” supone que todo eso puede perimir en un momento dado y el lobo convertirse en cordero y lo negro en blanco. El contexto y el carozo de ideales, planes, exterioridades, ningún valor tiene; ninguno los reales móviles que se racionalizan en las “ideologías”. Contra cierto determinismo plúmbeo que supone que “nada” suele variarse, se levanta una contingencia en que “todo” varía. Esta concepción, que se afirma, por lo menos para décadas lúcidas, en asépticas minorías dirigentes que juegan el ajedrez del Poder, nacional y de clase: que lo juegan sin apegos y sin recuerdos; también postula que nada hay en la “masa dirigida” que repugne, que resista a una hábil voltereta; nada que determine pasiones, adhesiones, fidelidades irrenunciables, ascos sin control. La historia se hace una realidad esotérica y sólo es importante lo que decidan, en torno a una mesa con copas, hombres hasta la víspera enemigos irreconciliables. Los infinitos restantes sólo tendrán la alternativa de seguir dócilmente estas “invenciones”.

### 13. LAS ENFERMEDADES INFANTILES DEL ANTIMPERIALISMO

Desde la perspectiva de nuestro tiempo, entonces, la magnitud del fenómeno imperialista se hace tal, se convierte en tan decisivo su impacto, su carácter de *deus ex machina* del proceso de todos los países del mundo marginal, que el peligro de la desorbitación acecha, como es común en ciertas “revelaciones”, al retomar el aliento. Como decía Chesterton, todas las verdades de nuestra época son “*verdades enloquecidas*” y la del imperialismo puede convertirse en una de ellas desde el momento mismo de familiarizarse con la clave que implica.

Como el riesgo no siempre se salva hay simplismos, incomprendiones que campean en una cuantiosa literatura propagandística, en ciertas obras serias y en numerosas menciones laterales. Dificultan una toma de conciencia de nuestra circunstancia; traban la acción; pueden (también) ser sumariamente recapituladas.

1) Entender todos los contactos de cultura, todos los fenómenos de aculturación como “imperialismo”, es uno de esos desenfoques. Si la transculturación de una cultura metropolitana en un medio socio-cultural dado es, seguramente, un fenómeno concomitante posible del imperialismo, existe contiguamente a esta eventualidad un espectro muy ancho que va desde ella hasta los simples “contactos de cultura” en pie de igualdad. Gilbert Highet recuerda que esos contactos son los que tejieron una historia universal, pero también la interpenetración de culturas y civilizaciones suscita una tipología de perturbadora variedad que encaja mal bajo el rótulo imperialista. Si el signo de la edad contemporánea es la emancipación de las áreas coloniales de toda tutela y explotación de las metrópolis, es seguro que esta línea económico-política es paralela a otra que también es signo peculiar de nuestro tiempo: la marcha hacia una cultura universal y única, hacia una comprensión recíproca de todos los patrimonios de ideas y de

ideales, de formas culturales, creencias y técnicas elaboradas por los disidentes pueblos de la tierra. Enfocar este proceso como una amenaza al primero es peligroso y perturbador: ambos tienen similar vitalidad y se integran dialécticamente. No hay emancipación nacional y social sin afirmación cultural de lo propio, sin conciencia cabal de “lo diferente”, pero lo verosímil es que el fruto de estas recuperaciones esté destinado no a la insularidad sino a ser voces –todo lo “propias” que se quiera– en el coro rico, complejo, crecientemente fundido de una cultura universal.

2) Todo acto es ambiguo, y este reconocimiento ilumina lo precedente: cualquier fenómeno sociocultural (un viaje, una inmigración, un prestigio intelectual, una empresa científica) pueden importar a la vez contacto de culturas, con signo positivo y penetración imperialista con sentido inverso. Supóngase la expansión europea en el mundo, la marcha de la energía blanca en un mundo casi vacío. Alguna vez Tocqueville recapitulaba líricamente: *“Unos pocos millones de hombres que, hace pocas centurias, vivían casi sin amparo en los bosques y pantanos de Europa habrán, dentro de cien años, transformado el globo y dominado las otras razas”*. ¿Qué duda cabe que los viajes de Colón, de Vasco de Gama, de Magallanes, las conquistas de Cortés y de Pizarro fueron preludios de distintas empresas de penetración imperialista? ¿Qué duda cabe que los viajes ingleses que vieron con tan perspicaz y a menudo simpática mirada nuestros pueblos del Plata eran también colaterales y avanzada de la gran marea de penetración británica en el sur de América? Pero aquí, como se afirmaba, todo también es ambiguo. Y si esto es así, hay tres cosas que no pueden hacerse, tres actitudes que no deben adoptarse. La primera, naturalmente, es no ver la ambigüedad de todas estas irrupciones y todos estos contactos. La segunda es contemplarlos optimistamente, al modo liberal, como capítulos de la universalización predestinada y merecida de Europa, una universaliza-

ción que “pudo tener” –a veces se aceptaba– algunos efectos contraproducentes. La tercera, que es la que pertenece a este diagnóstico que se intenta de las “enfermedades infantiles” del antimperialismo, es no verlas “más” que como tentáculos camuflados de las empresas de mediatización. La ambigüedad, por el contrario, de sus frutos objetivos resiste el rastreo de toda intención íntima y la imputación peyorativa no es destruible por el análisis de las voluntades; los hombres son casi siempre, más allá de su consciente querer, instrumento de fuerzas, de significaciones que los desbordan.

3) Lo anterior se engrana con otra simplificación del antimperialismo. Es su inflexión eticista y voluntarista: las penetraciones imperiales son el resultado de un designio deliberado y malvado que, no sólo busca su propio bien y prosperidad sino también, en una consciente relación de causa y efecto, el atraso y la explotación de los otros pueblos. Se habla comúnmente en América de que tal o cual imperialismo “quiso” o “quiere mantener” la miseria de una nación determinada. Los conceptos de deliberación y de conjura pueden ser verosímiles y seguramente lo son –para una determinada medida: una suba o una baja de precios, para el mangoneo de una concesión beneficiosa, para las variantes de una política comercial. Casos más amplios son también sólidamente fundables y se recuerda a menudo la voluntad inglesa de imponer el monocultivo en la India. Suponer, sin embargo, con generalidad, que muchos hombres y en prolongados períodos de tiempo pueden deliberar o planificar el mantenimiento de un estatus complejo como es el de la inferioridad colonial, es darle a la malignidad un papel que seguramente no tiene en la historia. Como los peores hombres y las peores clases suelen tener una “conciencia”, ofrece menos objeciones la defensa deliberada de la otra faz del fenómeno: no la inferioridad colonial sino la superioridad metropolitana. Para ello abundaban las racionalizaciones tranquilizadoras. Más penetrante y más científico, de cualquier manera, es

contemplar la dinámica del imperialismo como el resultado, no mecánico, pero por lo menos estructural, de unas dadas fuerzas. Y esto sin que los designios del Bien y del Mal, las confabulaciones más o menos siniestras sean otra cosa que anécdotas y episodios que poco interfieren en su juego.

Se está, pues, frente a una auténtica antítesis: la doctrina "eximista" de las diferencias del desarrollo se opone a la "culpabilista" de la conjura y la voluntad deliberada. La nota de indignación moral, tan característica del marxismo, sostendrá que el imperialismo promueve la sujeción y el infradesarrollo. Más cauto es, y sin duda más útil históricamente, menos sujeto a engorrosas pruebas, sostener que el imperialismo se aprovecha de esas condiciones y que, también, en casos las acentúa por su propio efecto y demora su superación. Igualmente que si no las quiere no hace nada para modificarlas. Como decía Marx a este tema del "incubo" en el caso de las convulsiones políticas españolas de mitad del siglo XIX, "apoyar" revoluciones no es lo mismo que "causar" revoluciones. Y el destino puede transferirse a nuestro caso. (*La revolución española*, edición soviética, págs. 71 y 109).

4) Algo similar puede decirse del llamado propagandísticamente "cipayismo", de la actitud de los dirigentes de una nación que sirven deliberada y metódicamente los intereses del imperialismo. El fenómeno ha sido y es real pero también impone cierta cautela la clasificación apresurada —y es el simplismo en que incurre alguien tan sólido como Baran— de gobiernos y gobernantes bajo la tacha de "mercenarios" (*La economía política...* págs. 230, 234). Si se atiende a que este teórico marxista ejemplifica su imputación con todos los gobiernos hispanoamericanos, y entre ellos los de Chile y Argentina, resultan ajustados y realistas los conceptos reiterados por Jorge Abelardo Ramos: a) Todo margen de independencia formal —y es el caso de las "semicolonias"— implica, de suyo, una diferenciación económica, una sociedad entre dos, una zona de divergencia. b) Las burguesías nacionales que dirigen a ese tipo

de países u otros similares oscilan entre el temor a la Revolución y el deseo de extraerle algo al imperialismo; no forman en realidad "parte" del imperialismo. (El mismo Fidel Castro reconocía en su famoso discurso del 1º de diciembre de 1961 que pueden existir divergencias entre la alta burguesía nacional y el imperialismo. Más certero es afirmar que, casi siempre, existen.) Si esto es así es porque, como dice Ramos, no hay gobierno bastante "cipayo" para el imperialismo y la avidez imperialista llega hasta a vulnerar los intereses de las oligarquías nacionales. La etiqueta "mercenaria" o "cipaya", tan abundantemente aplicada a figuras como Haya de la Torre, Betancourt y Figueres y enderezada unilateralmente contra el imperialismo yanqui significa, dice Ramos, una consigna comunista y no marxista: el más somero análisis de nuestra política internacional demuestra que no existe absoluta libertad del imperialismo en América y que, sobre todo, esa aspirada libertad no cuenta sino con equipos muy reducidos de lo que se piensa de incondicionales "mercenarios". (Ver las notas a *El poder detrás del trono*, de David Kelly.)

5) Así como antes se dejaba caer la mano sobre las "culpas" y los "lastres" de los propios países dominados, puede señalarse que hoy, por un movimiento antitético muy humano y comprensible, existe una tendencia excesiva a olvidarlos o descartarlos radicalmente. Sin embargo, no hay estatuto imperialista sin cierto grado, a veces muy grande, de culpa, de ceguera, de graves responsabilidades de los dirigentes de dentro. Que esta culpa sea frecuentemente cohonestada por una ideología que aparentemente las dispensa, es una circunstancia tan común a este caso como el anteriormente examinado de la traición. Hay doctrinas que producen traidores en conciencia tranquila de gran escala; más comprensible todavía es que produzcan culpables sin saberlo, pero culpables al fin.

Tampoco debe descartarse de esta precisión el rostro de las estructuras antes de toda penetración imperialista, conexo a

veces y agravado por las culpas subjetivas de gobernantes y gobernados.

Resulta sugestivo anotar cómo la doble proclividad marcada suscita la resistencia de los responsables de las naciones que han llegado a cierto grado de convicción sincera o hipócrita de su deber de auxiliarnos. El senador Wayne Morse (que no es en el orden estadounidense un "reaccionario") señalaba, en marzo de 1961, el tema de la propia culpa de los subdesarrollados de Hispanoamérica y anotaba cuatro circunstancias —que no se discutirán aquí—: empezaron al mismo tiempo que los Estados Unidos; tienen grandes recursos naturales; poseen grandes acumulaciones de capital; han tenido oportunidades de elevar su nivel de vida y de llegar a la democracia.

6) Laten también en las formas extremas del antimperialismo otros enfoques. Uno de los más serios puede ser el que representa considerar afines al imperialismo ("cripto-imperialistas", "tele-imperialistas", "para-imperialistas") toda influencia, prestigio, idea o problema que no sea vernáculo. Es un desajuste que podría ejemplificarse —y sea dicho esto por alguien que ha sufrido hondamente la influencia de lo valioso que poseen— en las obras de polémica histórica y social de los autores (Ramos, Hernández Arregui, etc.) de la "izquierda nacional" argentina.

Este desajuste, tratemos de precisarlo, implica un desconocimiento de la intachable tendencia a la universalización de ciertos problemas socio-culturales esenciales, de ciertas "situaciones" típicas y comunes a todos los hombres de la tierra, de ciertos patrones culturales, de ciertas pautas que los enfrentan. Corolariamente, también implican negar uno de los mejores atributos del hombre contemporáneo que es el de su curiosidad, su hospitalidad a todo lo que sea extraño y diferente; tendencia que, como es común, reconócese, no está libre de un correlativo deterioro: la indiferencia, la ceguera a lo inmediato, a lo próximo.

Volviendo, sin embargo, a lo sustancial, subrayemos que la creciente uniformidad del mundo hace que ciertos problemas de la vida urbana, de la sociedad de masas, de la economía industrial, sean comunes a todos los pueblos, marginales o centrales y sean, por ello, también comunes sus exposiciones, sus despliegues, sus soluciones. Así mismo, y aquí se entra en un plano más controvertido, hay una "problemática del hombre" que suele verter no sólo la religión y la filosofía, sino también las formas literarias de la novela y de la lírica: el tiempo, la finitud y la muerte, la angustia, la comunicación, el amor, la soledad, el sentido o el sin sentido de todo. El marxismo considera estas cuestiones originadas en una causación socioeconómica; puede considerarse —si se está libre de esta reducción dogmática— que todos se hallan "condicionados" por un contexto histórico-social pero no "nacieron" de él, no están causados por él.

Cuando ciertas posturas rechazan todas las formulaciones novelescas o líricas o dramáticas o filosóficas de ellos por ser de proveniencia europea, por ser "exóticas", pueden rechazarse en ellas su ideología tácita o sus declarados prospectos; difícil, en cambio, es negar que tocan zonas del interés del hombre por su propio espíritu, su propia vida, su propio mundo, que no tienen que ver (que pueden no tenerlo, por lo menos) con la seducción de un imperialismo cultural y la servidumbre a él. Un nacionalismo y un antimperialismo culturales que no admitan, cerrilmente, otra cultura que aquella que, a ras de tierra, racionaliza o emociona lo generado por el propio contorno es, por su parte, impensable. Buena porción de sus conceptos estructurales serán siempre importados, ajenos; por otra, también, importa una mutilación del propio pueblo, un paso atrás en el camino a su mayoría de edad. Creo que es la aplicación desenfocada del marxismo (ideología universal si las hay) y las inclinaciones de un nacionalismo que nada tiene de marginal las que conducen a ello. Un marxismo puerilizado que sólo

valide las “superestructuras” imputables nítidamente a las “estructuras”, escamotea lo que el marxismo tuvo que reconocer desde 1917 en su suprema validez: la operancia, el prestigio de ideales y valores universales no engendrados exactamente por el cuadro técnico-económico; su capacidad de “adelantarse” a él, su radical legitimidad aunque hayan sido concebidos en otras áreas de la sociedad humana global.

7) También vale por un simplismo de la argumentación antimperialista el contemplar “sólo” en la transculturación de ideas, técnicas, costumbres, valores e instituciones un instrumento de las preeminencias imperiales, una suerte de cerrojos complementarios de la esclavización económica. Si es iluso, si es erróneo no ver este posible y a menudo actualizado efecto (tal era la posición del liberalismo tradicional en los países marginales) tampoco es comprensivo no ver la ambigüedad esencial de todos y tales trasplantes; no ver la peligrosidad latente que ellos contienen para quienes –fuerzas, países, intereses– los impulsan en una primera etapa, a quienes sirven.

Si al orden de las “ideas” nos referimos, es indudable que los ideales de tipo universal fueron instrumento de la descaracterización de las colectividades nacionales, de su desarme ante la mediatización que las amenaza. Es indudable que, como lo subrayó el marxismo desde su origen, las burguesías de los países capitalistas centrales utilizaron, *urbi et orbi*, los prestigios de ciertos valores (libertad, fraternidad, igualdad, justicia) como señuelo de su dominio. Pero ¿es posible negar la fuerza explosiva que estos ideales poseen, el proceso indefinido que desencadenan –suerte de reacción termonuclear en el orden histórico– las apetencias milenarias que tocan? Como Leopoldo Zea lo mostraba en un libro discutible pero importante, *América en la historia*, el liberalismo europeo, que reservaba para sí la vigencia de sus valores (Zea cree que contradictoriamente con su esencia, nosotros pensamos que no) se ve

desbordado por un proceso secular y universal que hace que todo el mundo, sin limitaciones, perentoriamente, los reclame.

Y si nos referimos a los procesos económicos del capitalismo, a su expansión técnica, todo lo que ellos implican al ser trasplantados –y esto por muy parcamente que se realizara– promovieron, quieras que no, en todos los países dominados, en la masa mundial de los “nativos”, el fenómeno llamado “modernización”. Dice Rostow en su libro sobre las etapas del crecimiento económico que aun cuando las potencias imperialistas no persiguieran el desarrollo de los países dependientes, no pudieron evitar el desencadenamiento de fenómenos (instituciones, ideas técnicas) que las pusieron en el camino de su propio desarrollo (págs. 41 y 135). Puede decirse, en síntesis, que este proceso de modernización por mucho que se le confine a una determinada área, por mucho que se le conciba en provecho de una sola clase, tiene también un carácter dinámico, incoercible, explosivo, vertiéndose contra el imperialismo cuando halla sus formas específicas y propias de expresión. En este sentido, y parafraseando a Marx, puede decirse que los gérmenes que el imperialismo arroja son los que se transforman, a lo largo de la ruta, en sus propios sepultureros.

Si un ejemplo de los efectos ambiguos del imperialismo fuera necesario, examínese un lugar común del antimperialismo comunista: el exterminio de las poblaciones nativas. Es imposible negar que en ciertas etapas de la penetración imperialista fue efectivo (ser verdad es una cosa que suele ocurrirle a muchos lugares comunes). Pero se sabe todavía más: se sabe que el simple contacto con los invasores y colonizadores europeos significó para ciertas poblaciones la irrupción de enfermedades que no fueron capaces de enfrentar y que las diezmaron. Se sabe también el alto índice de movilidad de las formas del trabajo colonial y semicolonial: el que implantaron los “civilizadores” belgas en el Congo, el de las minas estañíferas de Bolivia. Pero tras todo esto se sabe también que los europeos y los norteamer-

ricanos tuvieron irremisiblemente que llevar con ellos, en su expansión imperialista, el mejoramiento sanitario de los países en que tenía (por muy homeopáticamente que lo hicieran) que instalarse. Y como no es posible aislar de la masa nativa la minoría de gerentes, estas mejoras que tuvieron que ser globales contribuyeron a la tan comentada y evidente “explosión de la población” que es una de las grandes cuestiones del mundo contemporáneo. Esta explosión humana, como se sabe, está teniendo impredecibles e incalculables efectos: uno de los más seguros ha sido el de desbordar todas las previsiones de la dominación imperialista misma que contribuyó, así sea inqueridamente, a desencadenarlo.

8) Si la vía de la realización marca, entre otras cosas, la exigencia de enfrentar y vencer al imperialismo, otro simplismo –táctico éste– acecha. Es el de suponer una solidaridad monolítica de todos los imperialismos, o mejor, de “un” imperialismo, convertido en una especie de universal lógico que todo lo subordina y su identidad todo lo coordina, todo lo abarca. Se afirma así para el imperialismo una solidaridad interna sin resquicios que Marx, que algo sabía del asunto, negaba para una realidad de tanto menor radio como son las clases sociales nacionales. Parecería, por el contrario, cierto, que más aun que entre las clases (salvo en momentos decisivos de extremo asedio, de extremo peligro), existen fisuras y antagonismos “interimperialistas” movidas no sólo por el ánimo natural de competencia por lo crecientemente escaso, sino también por la variedad de factores que inflexionan las “políticas internacionales” que en buena parte los sirven (tradiciones nacionales, presiones militares, tendencias de la “opinión pública”, compromisos internacionales).

Reconocer la realidad del cuadro precedente puede significar que el peyorativo –pero justamente– llamado “antimperialismo abstracto” que pretende enfrentar “todas” las presiones imperialistas al mismo tiempo, que desdeña usar

unas en contrapeso de otras, corre el peligro de estrellarse frontalmente contra una pared en la que hay fisuras utilizables, y en las que una buena barreta de estrategia sutil es capaz de conseguir la apertura de vías eficaces de independencia.

Este “antimperialismo abstracto”, forzosamente pesimista y fatalista, se vincula a una última idea que debe examinarse en este párrafo de crítica. Esa idea importa suponer que no existe “ningún tipo” de Estado que pueda tratar con el imperialismo sin abdicación (como no sean Estados comunistas), que no sea capaz de [¿medirse?]<sup>(\*)</sup> con los grandes monopolios mundiales sin ceder ante ellos utilizándolos, no sin riesgos claros pero tampoco sin posibilidades, para la promoción del desarrollo nacional. Un punto capital del tercerismo se juega aquí. Si Estados dotados de “voluntad nacional”, con una clase dirigente honrada y eficaz, apoyada en las clases positivas (campesinos, obreros, técnicos, intelectuales, industriales) de la población no puede tratar con dignidad y con ventaja con los diversos imperialismos, si no puede enfrentarlos y utilizarlos para los fines nacionales, ningún tercerismo sería posible. Felizmente, los ejemplos de lo contrario no faltan y parece ser el de la Revolución egipcia (pese a muchas deficiencias de su desarrollo) el que encarna más promisoriamente esta posibilidad tan fundamental.

\* Ilegible en el original. (N. del E.)

## CAPÍTULO III

### NACIONALISMO CLÁSICO Y NACIONALISMO MARGINAL

Al ser transferido de su semántica europea al ámbito del mundo marginal, ningún concepto ha cambiado más, probablemente, que el del nacionalismo. Y si no puede aquí hacerse “historia de las ideas” es posible, por lo menos, marcar los dos extremos de la línea y extraer algunas consecuencias de significación.

#### *14. EL NACIONALISMO CLÁSICO*

La “idea” que del nacionalismo tenía un hombre de cultura europea hacia las tercera y cuarta década del siglo era bastante unívoca. Viviera en el lugar del mundo en que viviera el nacionalismo se le aparecía como la afirmación egocéntrica de cada comunidad y de sus específicos intereses. Solía ser correlativa con una ignorancia de los demás grupos nacionales que llegaba al solipsismo; con un desprecio por ellos que sólo hacía considerarlos campos de explotación, masa humana subordinable. Tenía su faz defensiva y su faz expansiva. Tratándose de colectividades tan fuertes y seguras como Francia, Inglaterra, Alemania o los Estados Unidos, la primera era habitualmente una coonestación de la segunda; decir sentirse

amenazado es el mejor argumento del zarpazo y en el mundo histórico nunca faltan amenazas latentes y argumentables. Ese nacionalismo adoptaba formas económicas (imperialismo, proteccionismo autárquico), militares, políticas, culturales. Tenía versiones clásicas y a menudo caricaturizadas: el “chovinismo” francés, el “jingoísmo” anglosajón. Importaba la forma desorbitada, teórica, “maquinada” del impulso de apego a lo propio, de la prioridad de lo “prójimo”. Necesitado de cancha, nunca le faltaban doctrinas mesiánicas y si no las tenía, nunca le faltaba la más modesta de la superioridad de todo lo de entre casa. Invocaba los intereses de “la comunidad”, de la nación como totalidad pero esa invocación estaba enfeudada claramente (en esto el análisis marxista es intachable) a los intereses o prestigios de ciertos sectores (militares, industriales, banqueros, teóricos, intelectuales, técnicos). Más discutible, en cambio, es la tendencia marxista a reducir los intereses atendidos a los de esos sectores, esos prestigios a ellos. Estos se desparramaban carismáticamente sobre toda la sociedad, aquellos eran compartibles por ciertos sectores de la clase media y de la obrera y la misma teoría leninista del “soborno del proletariado” asiente —aunque a contrapelo— a ello. Sus raíces psicológicas naturales: orgullo, agresividad, apego desmesurado a lo que se es, susceptibilidad colectiva enfermiza, incapacidad de simpatía por lo extraño, de imaginación de lo ajeno, fueron fomentadas cuidadosamente por una contundente propaganda de masas que tuvo un profundo impacto en las clases medias y aun —como lo demostraron las dos guerras mundiales— en la obrera. Descreía de las solidaridades supranacionales, postulaba el “egoísmo sagrado”, ironizaba sobre las ideologías y las religiones que quisieran unir a los hombres fuera y por encima de las fronteras. El “arraigo” en una comunidad era lo primero, el deber de compartir sus alternativas en las buenas y en las malas, en la justicia y en la sinrazón, puras categorías morales, “moralina” para uso de los individuos y útiles tan solo

como norte de las relaciones interpersonales dentro del grupo.

Es demasiado sabido que el fascismo, en sus diversas modalidades, tuvo en él uno de sus más poderosos ingredientes y que las atribuciones territoriales caprichosas del Tratado de Versalles, el castigo económico de los vencidos sin instrumentos de compulsión efectiva, las pugnas interimperialistas que dejaron a las clases dirigentes alemana e italiana fuera del reparto del mundo, los resortes siempre vivos de la humillación y el desquite contribuyeron a esa conmixción que durante dos décadas pareció incontrastable. El sajonismo, el latinismo, el paneslavismo habían sido ingredientes del nacionalismo inglés, francés y ruso. Sería el alemán el que, con el mito de la raza aria identificaba pragmáticamente con la propia comunidad germánica, el que llevaría a la perfección el sistema. Una economía de guerra, inflacionista, en circuito cerrado, con pretensiones autárquicas, encontró en la idea nacional de poderío la coonestación servicial y prestigiosa. La teoría del *Lebensraum* o espacio vital postuló ante el mundo el dualismo de naciones capitalistas y naciones proletarias, hábil transferencia de antítesis arraigadas en los hábitos mentales de extensos sectores europeos. Con esos componentes se llegó a la configuración del nacionalismo como mito, uno de los más contagiosos de una centuria rica en ellos, de los que poseyó sus indudables elementos genéricos de ser una “divinización” de lo profano, una asunción de lo que es “parte” a la calidad de todo, una insurrección de lo valioso, pero subordinado, a valor supremo, una negación de todo elemento universal a favor de lo particular y contingente.

#### 15. EL NACIONALISMO MARGINAL

El nacionalismo de las naciones “marginales” se alimenta de otras fuentes y está impulsado por otros móviles. No es necesariamente agresivo, ni necesariamente solipsista, ni necesariamente militar. Mientras el anterior es la consecuencia

de una dinámica interna, éste nace esencialmente de la respuesta a una provocación externa: la mundial del imperialismo. Aceptado, reconocido el hecho de su vigencia mundial el nacionalismo hispanoamericano, africano, asiático, es nombre de la reacción defensiva frente al imperialismo y de la pugna por colocarse fuera de sus meteoros. Lo determina así la triple tarea, el triple deber de vencer la mediatización de los imperialismos por un libre e incondicionado desarrollo de las comunidades liberadas en la trayectoria de su vida histórica mediante el rescate de sus fuentes de riqueza enajenadas, mediante el desarrollo de una estructura económica no mediatizada a los intereses particulares de las naciones dominadoras, mediante la afirmación de la propia personalidad cultural y de sus valores y tradiciones frente a la cultura falsamente universalizada, mente-captada de las elites europeizadas de la clase superior (y con la que, en natural desborde descendente, el imperialismo cohonesto, entre voluntaria e indeliberadamente, su aparato de dominación).

Revelada la pseudouniversalidad de las ideologías políticas nacidas que en los ámbitos dominadores aparecieron con pretensión de validez *urbi et orbi*, también el nacionalismo se afirma en la desconfianza de esa aparente universalidad, en el conocimiento de todos sus condicionamientos, en la segura convicción de su ambigüedad. Es el caso del liberalismo, o del libremercado, o del anticlericalismo, o del antimilitarismo, como se verá. Nace así el nacionalismo marginal de la necesidad de ajustar, de probar esos “moldes” ideológicos a los intereses de unas comunidades determinadas, de experimentar, de conocer en ellas los efectos de esas doctrinas, aceptándolas, modificándolas o rechazándolas de acuerdo a los fines últimos que esas comunidades tienen que fijarse. Esta actitud de prueba, de ajuste, de cautela no implica, como parece natural, el desprecio de los “valores” de validez universal (Libertad, Justicia, Paz, Bienestar) que esas ideologías portan,

o “representan” o invocan; puede aceptárselos y disentirse de sus recetas, de sus fórmulas, de sus consejos. Significan, en suma, la aspiración a “soluciones propias”, afirmadas en el encuentro entre la realidad y esos valores universales contra el ruido ensordecedor de los sonsonetes de ayer y de hoy, contra las prendas de confección con que la cultura imperialista ha pretendido enchalecar la inteligencia de todos los pueblos.

Entre esas “ideologías” presuntamente supertemporales no puede dejarse de mencionar la que representa tácitamente el derecho internacional tal como se ha ido elaborando en los siglos del liberalismo y a cuyas pragmáticas se quiere atar toda la conducta internacional de cada país, ocultando bajo el típico escamoteo liberal de la política tras el contractualismo el *pacta sunt servanda*, tras el derecho los intereses de las naciones maduras, la igualdad de los Estados, la no intervención, la naturaleza neutral de los organismos internacionales, son sus postulados básicos. (\*) El nacionalismo marginal se fortalece en el desembozo de la “política” que yace bajo esta construcción jurídica laboriosa y aparentemente angélica que pone trabas de hierro a toda reivindicación de las naciones humilladas. Aunque es claro que si se trata de mover su conducta por el dictado de sus propios intereses esto va sin desmedro de utilizar sus postulados —y es el caso del de “no-intervención”— para sus necesidades defensivas legítimas, de servirse de sus organismos supernacionales para vocear sus aspiraciones y sus derechos.

#### 16. ELEMENTOS COMUNES

Es evidente que entre los dos nacionalismos anteriormente delineados —el agresivo, europeo, egocéntrico; el defensivo,

\* Párrafo reconstruido a partir de interlineado en pág. 3/59 de la fotocopia, donde varios interlineados lo tornan de redacción confusa. De cualquier manera, el contexto aclara el sentido. (N. del E.)

marginal, recuperador— existen elementos comunes. Pese a sus diferencias los dos son manifestaciones de un mismo impulso genérico y ese impulso impone características e importa peligros. Si se postula entonces, como es habitual hacerlo en las corrientes “nacionales y populares”, una de sus vertientes ideológicas hay que tener el escrúpulo de señalar esos ingredientes de identidad.

Todo nacionalismo, para empezar, implica una actitud de realismo, de “cabeza fría”, de incredulidad, de apego a los intereses más intergiversables, próximos, tangibles; de confianza, de apelación a los recursos y a las energías de la propia comunidad contra la voceada y aparente fuerza de las identidades ideológicas, de las solidaridades verbales entre las naciones, de las amistades, de las alianzas. Implica también si no la desconfianza metódica, una ausencia de confianza que podríase llamar “automática” en la eficacia de los mecanismos internacionales de protección y de tutela, de los prestigios puros de “la juridicidad”, de la autenticidad de las generosidades externas. Todos los nacionalismos auténticos se basan y todos —auténticos o no— recurren a esa reacción primitiva, sólida y ancestral que es el patriotismo, a ese “*sentimiento profundo, antiguo y natural*” (como lo llama un manual de “iniciación marxista”) que es, sin embargo, conciliable con la solidaridad con otros pueblos y que aun reconoce y exige para su seguridad que los otros pueblos lo profesen. Todos los nacionalismos toman su fuerza en esta primacía del “apego”, de la proximidad, de la inmediatez física y humana que es “extensible” pero no es, sin aberración psicológica y grave detrimento moral, “inversible”. Esto quiere decir que si la noción de prójimo puede ampliarse, como lo hizo la doctrina de Jesús a la identificación con todo ser humano, toda preferencia por lo “lejano” contra lo “inmediato” importa una inversión antinatural de los deberes del hombre. Justamente, el nacionalismo se justifica con este fundamento antropológico que hace de la vida humana una ampliación de

círculos que van desde el de la familia hasta el de toda la comunidad humana, con vivencias de participación y de adhesión que legitiman y fundamentan eficazmente cada sucesivo ensanche. Dostoievski abominaba de los que desertan de su pueblo y van alegremente hacia “el hombre universal” que “no ha existido jamás”; no hay en puridad réplica ético-social eficaz a una actitud que atiende ante todo a lo que está próximo a nosotros como lo más evidente y principal y sobre todo como lo único que compromete nuestra acción, lo único que podemos contribuir a modificar con nuestro esfuerzo. Todo desafincamiento de la problemática circunstancial significa inversamente una postura de pasividad espectadora, una cómoda delegación de esfuerzos en los “otros”, una actitud de acción vicaria y últimamente irresponsable. Lo lejano puede suscitar legítimamente una actitud nacionalista, una variada gama de matices: el recelo, la descreencia, la cautela, la simpatía. Pero aun en los casos más favorables hay que estar sabiendo, teniendo como en suspensión en la mente, que lo distante suele ser idealizado, mejorado, deformado, escamoteado y acecha en su prestigio la insidiosa tentación de la utopía.

### 17. DISTINGOS Y PELIGROS

El uso, la apelación a las fuerzas sociales y emocionales del nacionalismo está empedrado de riesgos, acechado de confusiones que si la acción no siempre puede evitar la doctrina debe hallarse en condiciones de despejar en instancias decisivas, reajustando la práctica en cuanto le sea factible.

1) Un peligro, y posiblemente el peligro esencial de todo nacionalismo sano, es la tendencia a “hipostasiar” la nación, a personificar con caracteres de realidad de elementos, sectores, clases, intereses contrapuestos. Tal vez no exista ninguna diferencia más neta entre el nacionalismo clásico europeo y el que postulan los grupos revolucionarios de las naciones marginales como el de la propia concepción de la nación defendida. En

el primero, la invocación a "la nación", como en todo, es siempre el paramento, la fachada, de los concretos intereses de clase y grupo que representan los nacionalistas. La dualidad, la hipocresía, la mala conciencia de esta maniobra hace de la nación un rótulo, una cáscara ominosamente vacía que sólo se llena de sentido cuando se la "imputa" a lo que realmente representa. Los nacionalistas de derecha mejor intencionados (como el caso del notable teórico argentino Mimiode Anquín) manejan un concepto de nación totalmente falto de sentido concreto, humano, económico; todo parece una ficción verbal, útil para el escamoteo de cualquier sustancia real. Para el nacionalismo marginal, en cambio, la nación no es sólo una forma sino una forma llena de contenido, de ingredientes humanos, un proyecto histórico de liberación que abraza los sectores más numerosos, ricos, inexplorados y desoídos de cada comunidad: obreros, campesinos, sectores técnicos, intelectuales, etc.

2) La afirmación de la primacía de lo próximo puede adolecer de graves ambigüedades. El conocimiento de que lo que nos rodea es un deber primario en cuanto es el paso y el instrumento a un hacernos cargo de nuestra circunstancia. El interés por la promoción de lo que nos rodea se identifica con la propia promoción de nuestra vida, pero un nacionalismo realista y ágil tiene que huir de las desmesuras y las ilusiones de un exagerado valorar lo nuestro por ser nuestro, no por ser mejor. Es el ridículo en que incurren ciertas formas de nacionalismo y que da a los refinados motivos de tan fáciles ironías. Pero es también una pendiente evitable, aunque sea cierto que la valoración de lo propio un poco más allá de lo justo puede ser un temperamento necesario para restablecer la propia confianza en sí de una comunidad caída y que, como tantas veces ocurre, ha visto mantenido y fomentado el descreimiento en sus propias posibilidades, el desconocimiento de su propia realidad.

Es indudable que el conocimiento de lo propio tiene que ser

económico, tiene que estar apuntado a un fin más allá de él mismo que es el de este "hacerse cargo" de lo que somos para transformarnos y trascendernos como colectividad. No implica, correctamente, "valoración" automática. Tampoco tiene nada que ver con un recto nacionalismo la fruición por catalogar datos sin significación ni jerarquía por el simple hecho de registrar sucesos de cada país. La mente está ocupada por demasiadas atenciones imprescindibles, inevitables y no importa fortalecimiento de una "conciencia nacional" aprender catálogos de nuestros médicos o nuestros dentistas como alguien tozudamente pretende.

3) Algo, sin embargo, más decisivo ocurre.

Nacionalismo no es localismo. El localismo es la inclinación, la tendencia a no ver más que lo que hay a nuestro alrededor. Un nacionalismo maduro, contrariamente, no se hurta a la necesidad de contemplar lo universal. Pero lo contempla desde una perspectiva, que es la propia, y no la de los otros. Siempre se ve desde una perspectiva y que ésta sea la nuestra o sea la ajena es una alternativa sin tercera posición.

Se trata, sin embargo, de ver hasta el fondo del horizonte y un nacionalismo con proclividad localista puede, no viendo más allá de sus narices, perder el sentido de una visión global, olvidando la efectiva, y la creciente interdependencia de los fenómenos mundiales en todos los órdenes (técnico, político, social, económico...). Esta interdependencia decide que mucho de lo que está ocurriendo fuera del área de nuestra intervención inmediata, e incluso de nuestra visión, pueda tener un efectivo impacto sobre nuestro destino, reclamando, por ello, nuestra opinión, nuestra actitud, una política determinada. Cada país, y más si este país es pequeño, es un cuadro en el tablero mundial; sujeto pasivo, casi siempre de acontecimientos que tienen resonancias indefinidas. Y si la mediatización de una postura ideológica, tal como ocurre con el comunismo, el juego

de las estrategias mundiales implica una verdadera dimisión de los deberes para con la propia comunidad, tiene también algo de candoroso y ciego la postura antagónica. Póngase por ejemplo, la actitud de Luis Alberto de Herrera ante la Segunda Guerra Mundial y el *“allá ellos, los amarillos y los rubios del Norte”* o la primera etapa de la Revolución Cubana que sugirió a Sartre su tesis de la revolución antideológica configurada por la *“praxis”*. Que ambas posiciones escondieran tácitamente supuestos que no querían manifestarse es probablemente cierto; también lo es que poseían un generoso margen de sinceridad en cuanto importaban reacción contra dualismos ideológicos impuestos a macha martillo sobre todo el espacio mundial. Una sana acción política puede, sin embargo, concluirse. Se define dialécticamente entre lo concreto y local y lo mundial: este segundo término, por menos insistido que se halle, no puede faltar, si es que la perspicacia tiene alguna función en los esfuerzos de los hombres.

4) A esto se vincula la real ambivalencia, la tan reiterada *“ambigüedad”* del sentido de lo *“inmediato”*, de lo *“próximo”*. Dígase brevemente que no siempre lo más próximo es lo que está más cerca, espacialmente, de cada uno; que lo más acuciante, lo más decisivo no es siempre lo que se da en inmediatez en el espacio. En un mundo unificado por la técnica y crecientemente comunicado en las ideas, existe también una inmediatez *“temporal”* que hace que un suceso que se desarrolla lejos de nosotros pueda tener efectiva trascendencia sobre nuestros propios destinos. Una invención científica, una nueva doctrina, un acuerdo económico creado, enunciado o convenido lejos de un área nacional (piénsese en la energía atómica, la automatización o el Mercado Común Europeo) puede incidir más hondamente en el futuro de una nación marginal que sus ensayos constitucionales, sus familiares querellas políticas, sus balbuceantes arbitrios económicos. Como en el caso ante-

rior, no es un nacionalismo eficaz el que se cierra a la conciencia y a la advertencia de estos fenómenos.

5) El nacionalismo clásico emboscaba su carácter clasista en la doble afirmación de unos intereses comunes entre todos los integrantes de la comunidad nacional y en la negación de que esos intereses pudieran existir entre los componentes de colectividades nacionales distintas. El nacionalismo revolucionario o *“marginal”* somete esas dos postulaciones a una crítica severa. La comunidad nacional, primeramente, importa intereses comunes entre sus miembros, pero esos intereses no son un dato previo, axiomático, algo que no haya que demostrar y aun debidamente comprobados no supone, ni mucho menos, que no existan antagonismos sociales e intereses contrapuestos que pueden, en las condiciones de la sociedad capitalista-liberal, deteriorarlos y aun nulificarlos. Cuando el nacionalismo revolucionario sostiene unos *“intereses de la nación”* lo hace en la perspectiva de un prospecto de sociedad —a realizar o realizándose— que integran los sectores y clases que su sistema de valores considera *“positivas”* y que no comprende ni mucho menos las clases y los sectores parasitarios e inubicables en aquel prospecto.

Pero también el nacionalismo revolucionario tiene que aceptar que hay efectivos intereses comunes que cruzan sobre los límites nacionales (de situación, de clase, de temperamento, de ideología). Si sabe que su ámbito de lucha es *“la nación”* (y no sólo en términos físicos) ello resulta de que la nación es el ámbito más inmediatamente organizable de lucha, aquel en el que esa lucha puede contar con un patrimonio más cercano y contundente de solidaridades, de invocaciones y de recuerdos y, sobre todo, porque dentro de él se encuentra una unidad relativamente soberana de poder político cuya conquista es esencial y (también) loguable. Sabe igualmente, ¿cómo no ha de saberlo?, que la comunidad nacional con casi todas sus clases ha sido víctima de la mediatización imperialista y que la lucha

contra esa mediatización es ingrediente esencial de todo programa político marginal<sup>(1)</sup>. Esta circunstancia determina el poderoso carácter aglutinador que esa lucha tiene, su eficacia para aliar sectores sociales normalmente alejados en puros términos “nacionales”.

Todo esto no implica, como se ha supuesto y como es cierto en el caso del marxismo, un uso puramente táctico, insincero, de la idea nacional con fines de poder. El nacionalismo revolucionario marginal cree en la nación porque cree en las “comunidades” y desea reconstruirlas y porque la “nación” es la forma jurídico-política que ha restado de las comunidades históricamente existentes pero en proceso de descomposición.

6) Pero el nacionalismo revolucionario (y todo lo anterior, si bien ciñe el rasgo último que faltaba, de él no es, en este punto, más que una digresión), el nacionalismo sabe también que la nación es el sector de un frente de batalla más amplio. Y ello es que hay intereses comunes entre las naciones que suele llamarse subdesarrolladas, marginales, no-industrializadas. Pueblos de estructura económico-social similar, idéntica posición internacional y enemigos comunes y hasta un aproximado “sentido de la vida”, su congregación y la congregación de las fuerzas que dentro de ellos luchan fortalece la empresa de todos; su éxito o su fracaso no es indiferente a ninguno de los otros.

Esta identidad de fines y esta comunidad de tareas puede imponer, es previsible, conflictos entre el interés inmediato de

(1) Dijimos “ingrediente esencial” pero señálese que sólo el mimetismo comunista, que subordina toda la acción política al apoyo a la Unión Soviética en la política mundial, puede hablar de la “lucha antimperialista” como rótulo general de una acción revolucionaria. Esto no sólo porque toda política es singularmente manca e ineficaz si se edifica sobre “antis”, sino porque una empresa con este signo tiende a escamotear la gran diversidad de proyectos de vida nacional que pueden disimularse bajo ella. Añádase, por si esto fuera poco, el caso (como el Uruguay) en que la dominación imperialista es, si no débil, poco visible a los ojos del hombre común y su poder congregante, por tanto, sólo real a núcleos ya ideologizados, ya convencidos.

cada unidad y la conveniencia de todas. Pero, sobre todo, puede imponer conflictos entre la fidelidad a la nación en que se lucha –y aun está en manos de las fuerzas adversarias– o sólo servicios –a otra nación que no sea la propia. Se trata, en suma, del conflicto entre la patria y la ideología, que tantas veces se planteó en la Segunda Guerra Mundial, sobre todo en las posturas denominadas extremistas. Unos años antes de ella, Saint-Exupéry afirmaba que si la patria es patrimonio espiritual él se sentía más vecino de un extranjero fecundado por la misma cultura que la suya que de un nacional que no participara de ella, justificando después la alianza con ese extranjero si es que se sienten amenazados los valores de civilización que hacen el patrimonio nacional (*Carnets*). Poco después, las derechas europeas pondrían en práctica estas reflexiones y, al margen de los intereses que las movieran, ellas apuntan a un hecho paradójico que signa todos los nacionalismos contemporáneos y que es su tendencia a romper los moldes de la nación y alcanzar formas supranacionalistas.

Parecería que la reacción defensiva dentro de cada sociedad nacional se encontrara de pronto con que, si no se rebasan sus límites, las defensas no fueran eficaces ya sea porque los que pueden contribuir a ellas no se encuentran todos dentro de una nación, ya sea porque los que las lesionan no pudieran ser combatidos en la forma y extensión deseable dentro de un radio tan limitado. Esta tendencia del nacionalismo a hacer supranacionalismo en su busca de módulos de cohesión eficaz es así uno de los fenómenos típicos con que hay que contar (y que hay que aceptar). El importa, de paso, superar la figura de las naciones recortadas artificialmente por la balcanización que fomentó el imperialismo. Piénsese en el bloque árabe, la nueva Africa, el bloque asiático, el posible conglomerado iberoamericano.

7) En este diagnóstico de posturas tan aparentemente contradictorias es importante señalar dos corolarios.

El primero es que si el nacionalismo significa, como es inevitable, una devoción constructiva por la propia realidad; esa devoción no importa tanto la conformidad con la nación, con la patria carnal presente y aparente sino más bien un sentimiento prospectivo, una fe en la "patria ideal" que está en la distancia de lo alumbrable, en la lejanía del futuro a promover o del pasado y su "tradición útil". Es claro que esa patria prospectiva no ha de nacer por un golpe de varita mágica sino por el ordenamiento y la transformación trabajosos, constantes, de los elementos actuales; es claro también que en esa preferencia por "lo ideal" respecto a lo "actual" acechan todos el peligro deshumanizador del proceso revolucionario, todo su sacrificar lo que es concreto a abstracciones dogmáticamente impuestas. En realidad, un nacionalismo sano se mueve en la dialéctica entre el apego carnal a la circunstancia en que nos movemos y este sentimiento prospectivo de una empresa nacional que de dual manera se concreta en imágenes teñidas de pasión pero también, forzosamente, en conceptos, en "ideas". Este extremo es el que abre el plano de la lucha a lo anteriormente señalado, esto es, a un acuerdo de acción y de valores con aquellos que están bregando en otras naciones de condición similar a la nuestra: todo énfasis que los accidentes de la acción —y sobre todo el sentimiento de impotencia para ella— pueda poner sobre ese extremo es el que hace real el conflicto ya apuntado de "patria e ideología" con todas las posibilidades ínsitas de traición que él contiene. Para ello no hay otro antídoto, otra triaca que una cuidadosa vigilancia para que no desfallezca la vivencia antagónica de aquel apego físico, telúrico, casi irracional a la colectividad que queremos servir. Claro está, sin embargo, que aun evitado ese conflicto, el nacionalismo y el apego a la patria puede no ser contradictorio con la convicción de que ella necesita algo así como un cilicio, requiere perjuicio, humillación y sufrimiento antes de su futura plenitud y como camino e instrumento de ella.

8) Otro corolario de lo que estamos desarrollando es el de que el nacionalismo de los países marginales parezca casi siempre ajeno a un concepto orgulloso de autosuficiencia, a una voluntad celosa de autonomía en la resolución de sus problemas particulares de promoción y desarrollo. El área supranacional de los problemas, la vastedad de los esfuerzos reclamados, el costo de ellos, los beneficios de un acometimiento simultáneo y en grande de las rémoras esenciales imponen, cada vez más, una planificación en escala mundial o por lo menos continental, multinacional de las labores a realizar. Esto se engrana, como es imaginable, con toda la cuestión de los "planes de desarrollo", de los peligros del "neo-imperialismo" y de la estrategia mundial de las superpotencias. Interesa sólo marcar aquí este carácter de "menesterosidad" que el nacionalismo asume en los países marginales, siempre que se entienda bien el término en su estricto sentido etimológico de "menester", de no satisfacerse por sí mismo. Es lo que ha llevado a Julián Marías, un inteligente apologista proyanqui, a acuñar la expresión de las "naciones-masa", las "naciones-señoritos" que todo lo reclaman como si todo se les debiera. Si un sano nacionalismo no cae en esta actitud, que es una caricatura, sabe en cambio prever los extremos para evitar sus peligros buscando, en la medida de lo posible, la alianza y la colaboración con fuerzas y naciones de posición similar a la suya, tratando de que los socorros financieros y técnicos no importen una forma solapada de neoimperialismo realizando una estricta vigilancia de su aplicación, cobrando una conciencia muy clara de sus ambiguas posibilidades, reglamentando jurídica y cuidadosamente su incidencia, logrando, lo que es último pero esencial, un Estado con voluntad nacional que haga posible todo lo anterior y sea capaz de ponerle signo positivo al proceso.

9) El nacionalismo es adverso también a lo que suele llamarse el "cosmopolitismo". El cosmopolitismo es una especie de universalidad en plano inferior que implica, no una eleva-

ción a un plano más alto de los distintos ingredientes nacionales sino su combinación y su mixtura. Tampoco representa una insistencia en lo que es común, universal, a la suerte de todos los hombres; no es su ley moverse en este plano de la identidad y la necesidad sino en el de la gratuidad. Política, culturalmente refleja la actitud del que no comparte el destino de una colectividad, del que no está comprometido en ella. Esto ya sea porque su fortuna le pone a cubierto de ese riesgo (el caso de los grandes especuladores internacionales, de la "clase negociante" occidental), ya sea porque su cultura, por su carácter meramente subjetivo y decorativo le hace totalmente ajeno a ese ajuste entre lo particular y lo universal que forma el proceso de una cultura verdaderamente "nacional". Todos los rasgos de la educación y la cultura en el imperialismo (alienación, desarraigo) se dan en ellos.

Este "cosmopolitismo" no debe confundirse, como ya se señaló, con lo que ciertos nacionalismos extremos califican como "extranjerismo". Si es un deber acceder a lo universal desde nuestra localización, también hay un patrimonio cultural mundial que no debemos ni podemos soslayar con frivolidad o desdén. Pues ocurre, sobre todo, que hay meteoros, condiciones universales que modelan la situación del hombre de nuestro tiempo cualquiera sea el sitio de la tierra en que se encuentra. Esto hace que un escritor, un artista de una comunidad distinta a la nuestra, pueda, por esa comunidad de problemas, tocar, revelar condiciones de nuestra concreta situación mejor de lo que lo hace quien está cerca de nosotros. No creemos por eso que, como lo sostienen algunos penetrantes y positivos ensayistas argentinos, un Pasternak, un Greene, un Eliot, un Moravia, un Aragón sean escritores "exóticos", por lo menos con el tinte peyorativo que se le da a la palabra.

### 18. LAS PARADOJAS DEL NACIONALISMO

Como es tradicional, el nacionalismo cuenta con numerosos enemigos y a los del nacionalismo clásico se suman los del nacionalismo marginal, acumulando frecuentemente sus objeciones sobre fenómenos que no las merecen por el simple hecho de poseer distintas raíces y tener diferente fisonomía.

Un enemigo del nacionalismo hindú, en el que ve una amenaza a la rica tradición espiritual del país, Lanza del Vasto, ha distinguido entre el nacionalismo *que quiere que su país se parezca a todos los demás* y el nacionalista que lo desea porque *quiere que se diferencie de los otros*. Ha hecho también el contraste entre la imagen de pueblos que viven orgullosamente su vida tradicional, no moderna, perfectamente satisfactoria y compartida, respetados por las naciones —o la nación— que los domina y la situación que se produce cuando ellos "caen" en manos de ambiciosos políticos nacionalistas que hacen incidir sobre ellos todos "*los horrores de la industrialización a la fuerza*", el militarismo y la dictadura. En otra parte de este trabajo se plantea la vigencia posible de los valores "no modernos", no occidentales y su posible realización. Pero con ser notoriamente idílico el primer término del contraste de Lanza, cabe preguntarse si hoy un pueblo puede evitar el querer tener lo que tienen todos los fuertes justamente para defender el patrimonio particular que posee.

Otro enemigo del nacionalismo, Arthur Koestler, ha afirmado que el nacionalismo "*sólo resulta cómico en los demás, como el marearse o el estar enamorado*". Al margen de su condición de frase brillante, anótese que la afirmación apunta a un indudable carácter del nacionalismo y es que su mejor expresión se desarrolla en planos de entrañabilidad, de intimidad y a que se vulgariza al ser desmesuradamente exteriorizado y socializado. Aun podrá agregarse que el nacionalismo es mejor calificativo del grupo que del individuo, a que los peligros morales y culturales que el nacionalismo implica los soportará

mejor la colectividad que la persona (pero dar razón de esto implicaría un largo desarrollo).

G. K. Chesterton hablaba en cierta ocasión de un nacionalismo “expansivo” y centrífugo, generoso y cordial y de un nacionalismo “centrípeto” y siniestro. Parece justo el distingo entre la actitud predatoria de una colectividad que todo lo atrae y quiere para sí (o para sus dominadores) y la postura “donativa” que siente crecer el orgullo de las propias calidades en la actitud misional de difundirlas. Históricamente, algo de ello representan las mejores fórmulas ideales del Imperio hispánico frente al imperialismo económico de los pueblos anglosajones o de los más horribles imperialismos de Bélgica y Holanda, carentes de la más mínima luz de justificación moral o de credulidad civilizadora. Ocurre, sin embargo, que esta dualidad no se superpone a la que hemos seguido: no es centrípeta la nación que se defiende y no es centrífuga la nación imperialista. Es decir: que la visualización física de las dos actitudes poco tienen que ver con la postura ética y vital que puede existir bajo ellas y en puridad, el nacionalismo defensivo de las naciones marginales que busca formas eficaces de comunidad con otras naciones es más expansivo, más misional que el más planetario imperialismo europeo.

Otro adversario del nacionalismo (como suelen serlo todos los monstruos sagrados de la cultura europea), José Ortega y Gasset, reiteraba pocos años antes de su muerte en su *Meditación de Europa* la distinción entre el concepto de “nación”, legítimo, y el nacionalismo “sobreañadido y artificioso” en que se convierte el primero bajo la influencia de “los demagogos” haciendo “programa político” y por añadidura, “catastrófico” (págs. 55 y 82). La dualidad de las dos nociones es real y todo sustantivo cerrado por un “ismo” señala efectivamente cierto matiz de insistencia, tensión y voluntad exasperada. Pero esta distinción, legítima para el nacionalismo europeo, hoy virtualmente-superado por las formas de integración continental,

asume un cariz de incomprensiva pedantería en aquellos ámbitos en que las naciones existen pero han de ser recuperadas de toda dominación extranjera. Parece entonces difícil [entrevé] qué vía será recorrible si no es la del nacionalismo para la recuperación de esas entidades, qué fuerza emocional será la que habrá que suscitar, qué programa político el que habrá que formular. El no funcionamiento de esta distinción fuera de Europa y el talante dogmático y suficiente con que Ortega la enunciaba es, sin embargo, típico de la actitud de los intelectuales europeos del humanismo liberal y las cautelas con que hay que usarlos fuera de su marco y rechazarlos, como en este caso, de plano. La servidumbre mental del colonialismo, de tan larga versión mundial, estuvo hecha en buena parte de aceptaciones irresponsables como la que en este caso sería posible.

Pero en un nacionalismo como el “marginal” que estamos esbozando, implica una paradoja más decisiva y radical el ser nacionalista y el no concebirse sino como “superación de lo nacional”, como reconstrucción de las colectividades históricamente unas deshechas y seccionadas por la balcanización fabricante de “nacionalidades” indigentes y sólo viables en la dependencia colonial. Podría contestarse a la aparente contradicción diciendo que justamente el nacionalismo marginal busca superar los estancos artificiales de las naciones “made in Londres”, o en Washington o en alguna mesa de paz porque aspira a redibujar el mapa del mundo en torno a auténticas naciones.

Y es que si atiende al sentido estricto de los términos, el nacionalismo, cabalmente entendido, sólo ha poseído significación en Europa. Ortega y Gasset, en el texto ya citado, sostiene que como “núcleos más densos de socialización” sólo en Europa han podido existir naciones ya que ellas no sólo implican la idea de pluralidad sino que como “núcleos más densos” referidos, también importan el “estar sumergidas” en una “comunidad supranacional con unidad y perfil” que, según Ortega, sólo

Europa pudo construir, y esto aprovechando los cuadros dejados por el Imperio Romano.

Planteadas así las cosas es notorio que en América, como en África, o Asia la realidad no es similar, sin ser tampoco antagónica. De igual manera la mención de los tres mundos marginales en paridad de condición es engañosa: África no surge de un fenómeno de transculturación similar al de América y Asia posee con vigencia hasta nuestros días, culturas y sociedades tradicionales que en la América hispano-indígena las existentes no resistieron y la imposición de la marca occidental fue mucho más profunda. Si esa unidad de imposición de una cultura en un ámbito recortado por dos océanos implica una nación o una supernación, arrastra con mucho una cuestión de lenguaje; parece, de cualquier manera que identidades de origen, religión, lenguaje, estructura social, composición racial, nunca plenamente "actualizadas", nunca convertidas hasta hoy en "proyecto histórico" no significan lo mismo que el subsuelo de una "civilización europea", en tantas formas manifestada; parece igualmente que las naciones vigentes poseen en América una autenticidad infinitamente menor, y una menor solidez, que la mayoría de las naciones históricamente efectivas del viejo mundo.

#### 19. PRINCIPIOS DE UN NACIONALISMO VIVO

Principio esencial de todo nacionalismo vivo tiene que ser el de que la nación es "necesaria", pero no "suficiente". Entre la pedantería marxista de la nación "superable" y la beatería nacionalista de la nación "eterna", un nacionalista revolucionario sabe que ni la nación (y su afirmación, el nacionalismo) es un comodín propagandístico que se tome o que se deje ni tampoco una forma histórica consustanciada con algún "orden natural" eterno. El marxismo afirma que es transitoria y, como dije, superable; más simple es afirmar que es "histórica", que nació y puede perecer cuando los caudales de la vida social ya

no puedan correr por sus cauces y el diálogo de las diversidades mundiales haya encontrado otra forma, o cuando las solidaridades tejidas por encima de las fronteras sean más fuertes que las afinidades encerradas dentro de ellas. Similar destino histórico sufrieron la ciudad antigua y medieval o la "región" europea y para la mirada del historiador es indudable que el triunfo de la "nación" como molde excelso e indiscutible de coalescencia jurídico-política obedece en buena parte a la imposición de la voluntad victoriosa de Europa y no a ninguna necesidad auténticamente universal. Si esto era ayer, hoy, como dice Ortega implica un "anacronismo" sostener que la nación sea la "*forma más perfecta de vida colectiva*": al nacionalista le basta que sea "una forma" y para su situación y su tarea histórica, la más eficaz.

La eficacia que la trinchera nacional representa para las tendencias revolucionarias del mundo marginal ya ha sido desarrollada y aun extensamente. Pero hay razones tan sólidas que militan por ella y, correlativamente, son tantas las resistencias que deben vencerse de un remanente internacionalismo que "olvidaba que hay naciones", que algún argumento más tiene su utilidad.

En su *Imperialismo y cultura*, decía Juan J. Hernández Arregui: "*como reflejos de las agudas contradicciones de la economía de los países atrasados, los movimientos nacionalistas alimentados en filosofías reaccionarias pueden cumplir un papel progresista con relación a la liberación histórica, en tanto que los movimientos inspirados en filosofías progresistas, pero sin coincidencia con las luchas nacionales de los países dependientes, representan los intereses extranjeros disimulados tras las técnicas del sojuzgamiento espiritual, que es la otra faz de la servidumbre material, el sutil veneno con que el imperialismo narcotiza la conciencia nacional de los pueblos jóvenes e inermes (...)* A los adversarios del nacionalismo hay que preguntarles: *¿No fueron acaso nacionalistas Washington, Jefferson,*

*Franklin, Madison? ¿Qué es el imperialismo sino el nacionalismo de las potencias poderosas? Hay dos nacionalismos. Uno el del Estado fuerte que se anexiona al débil. Otro, el nacionalismo de los pueblos débiles contra la prepotencia de los fuertes. Es una hipocresía radical, aunque se tiña de amor universal y apele a los féretros de Nüremberg, la identificación del fascismo con el nacionalismo de los países dependientes”.*

Muchas de las acciones, de las resistencias aquí postuladas podrían emprenderse —es cierto— bajo el signo de las clases desposeídas, del pobre, de la justicia, del futuro. Pero cada acción concreta, cuando aspira a no ser un fracaso, cuando quiere ceñir algo en vez de abarcarlo todo, no se postula por un pueblo utópico y genérico sino por el pueblo de un lugar dado del mundo, con una raíz, con un pasado de esfuerzos, y de fracasos y de triunfos, con un presente de lucha y esperanzas. ¿Y qué otra cosa es, sino en el rótulo engañoso del nacionalismo clásico, una nación? Si se ha de bregar por más de una clase y el tercerismo, por lo menos, es ajeno a los mesianismos de una sola clase, el nacionalismo se revela como la fe impulsiva de tipo secular, laico, más eficaz, como aquella que contiene a la vez más ricos elementos emocionales y doctrinales, como aquella que equilibra mejor el sentido de lo concreto y lo genérico, como aquella que concilia mejor el sentido de una experiencia personal y el de una existencia que trasciende la de cada hombre aislado y la sostiene.

Desde la famosa frase de Renán, “*la nación es un plebiscito cotidiano*”, se ha ido abriendo paso la idea de que la nación importa menos unas identidades causales de lengua, sangre o culto que un proyecto, una empresa, un vivir hacia el futuro imbricado armoniosamente con una tradición y nutrido por ella.

Si como lo sabe el mundo presente no hay acción colectiva grande que carezca de las notas de totalidad y de prospectividad (mirar hacia adelante, abarcarlo todo), la nación se hace el

símbolo insuperable de una gran empresa común, la que satisface mejor todo lo que en el hombre tiende a la devoción y al sacrificio y es hoy reserva inexplorada, todo lo que satisface mejor —y en su mejor acepción— el deseo humano de “grandeza”, todo lo que tiende vitalmente a la lucha y al triunfo y exige ser encarrilado por las vías menos destructivas, más creadoras posibles.

Rostow señala la importancia del nacionalismo para salir de la estagnación de lo que él llama “*sociedad tradicional*” y esto no sólo para obtener más dinero sino para proteger las colectividades de las humillaciones del extranjero y destruir sus complejos de inferioridad, tal el caso de Rusia, de China, de Japón.

Al agrupar todos los sectores relegados y sacrificados por la mediatización imperialista, al plantear un prospecto de sociedad de trabajadores ajena a todo mesianismo de clase, a toda identificación de trabajador y proletario, el nacionalismo revolucionario es capaz de congrega obreros y campesinos, técnicos y gestores de empresa, empleados, militares, intelectuales, profesionales. Esta congregación buscará ante todo robustecer la forma de un “Estado nacional”, exigido por las tareas de la industrialización, única vía conocida de la emancipación económica; Estado nacional requerido a la vez por el desarrollo de las energías productivas y por la concentración del poder económico. Hernández Arregui afirma acertadamente que el Estado nacional es “*la voluntad de ser ante los otros Estados, una ordenación y concentración de las energías nacionales hacia afuera que en tanto programa nacional supera transitoriamente los antagonismos subsistentes y actuantes en el interior*” (*Imperialismo y cultura*, pág. 204).

Toda posición nacionalista excluye *per se* lo que la pasión militante ha llamado “cipayismo”, fenómeno de ciudadanos de una nación que sirven los intereses de otra. Pero el término, en realidad, apunta a infidelidades más sutiles, a servidumbres

que cohonestan su subordinación bajo el cariz de ideologías universales. Si es una inexcusable tarea de una postura nacional la adaptación de las fórmulas universales a las condiciones de cada país, el cipayismo señala la fidelidad disciplinada a causas que enuncien intereses o valores universales (con una "universalidad" que no se niega) desde "otra" situación que la propia, con el lastre de otros egoísmos a la entidad carnal de "otras" naciones, con la irremediable heterogeneidad de "otras" perspectivas. Implica también el "cipayismo" la devoción y el entusiasmo a otras realidades, la postergación del contorno por la utopía, la idealización de lo lejano y la depreciación de lo inmediato. Como todo exceso suele engendrar un exceso antitético, señálese que no es cipayismo —no tiene por qué serlo— la actitud de simpatía, de estudio, de comunicación con otras realidades, otras causas distintas a las nuestras, con otros intereses. Se trata, en suma, de un problema de jerarquización y no de exclusiones.

La doble vivencia de lo específico y lo universal implica en el caso de culturas marginales como la nuestra, de sociedades que nacieron ya marcadas por el fenómeno de enajenación cultural promovido por el imperialismo, un doble movimiento inexorable de atención a lo mundial y de afinamiento a lo propio, un diálogo inagotable de estas dos dimensiones sin las cuales nuestro destino sufriría una irremediable mutilación.

Llevada esta actitud al plano político, todo lo anterior explica eficazmente el principio (hoy aceptado por el propio comunismo soviético, por lo menos de labios afuera) de "la diversidad de revoluciones nacionales" con normas propias adaptadas a realidades diferentes. China, Yugoslavia, Cuba son testimonios victoriosos de una sustancia histórica ya demasiado rica para poder soportar los cuadrículados, las recetas prefabricadas, los "manuales de la perfecta revolución" que pesaron ominosamente sobre muchas cabezas empapadas de marxismo por más de un cuarto de siglo.

Más adelante, en el problema de la Revolución plantearemos aspectos estrechamente relacionados con la posible vigencia de un nacionalismo bien entendido. Adelantemos que ese nacionalismo puede ser un antídoto eficaz contra los males ínsitos a la sociedad de masas: atomismo, desarraigo, homogeneización e indiferenciación mecánicas, "presentismo" y "futurismo" inconexos del pasado. Por su propia naturaleza, el nacionalismo importa el sentido de lo que se fue, la operancia de las diferenciaciones naturales, la conciencia de la continuidad de una entidad que nos supera en tiempo y anchura. Pero también representa el supuesto tácito de una "personalidad colectiva" (que no tiene por qué ser inamovible, definitiva, cosificada) y la suposición de que es más fecundo, más rico, más interesante el intercambio individual o suprapersonal entre entidades diferenciadas, distintas, que entre entidades conmutables, entre cifras intercambiables.

Es claro también, sin embargo, que el nacionalismo puede así mismo agravar esos males de la masificación y aun agravarlos si se hace un mito compensatorio de esos males; si constriñe en una sola entidad, tensa, artificial, autoritaria, todas las ricas diversidades populares y regionales que una nación contiene.

*"En el lapso que medió entre las dos grandes guerras se fortalecieron los principios políticos cerrados y excluyentes. El concepto de nación acabó por convertirse en una categoría irreductible y primera. No hubo comunidad que no se lanzara a la lucha —diplomática o armada— para rescatar derechos o afianzar su independencia. Como es natural, la acritud de esas demandas colectivas fue particularmente intensa en los países que se consideraban meros testigos del acaecer histórico. Bajo tales condiciones, una sombría voluntad de repliegue y de emancipación vino a espejar el sentir de estas Repúblicas australes. Dicho estado de espíritu, que oscila entre el descontento y la rebeldía, conserva en la hora presente toda su fuerza".* Con estos términos ha apuntado un escritor argentino, Carlos

Mastronardi, la ambigüedad de estas posibilidades nacionalistas que, ya corolariamente, se están examinando.

El ruso Danilevsky señaló con ejemplar fuerza que la "independencia" es condición imprescindible para el florecimiento de una nueva cultura. O, como decía Saint-Exupéry, para salvar (o instaurar) cierto "tipo de hombre". En las grandes naciones no europeizadas, no occidentalizadas totalmente; en las que han resistido a la impronta niveladora de la modernización y todo lo que ella significa (individualismo, racionalismo, maquinismo, economismo, hedonismo) laten elementos en los que es posible afirmar la superación de la caducidad de "lo moderno", con las que se hace posible "saltarse" muchas versiones de lo Moderno hacia formas más satisfactorias de vida social y de cultura. Son, por ejemplo, las experiencias de la comunicación y de la trascendencia –tan imposible en los estrictos cánones de la Modernidad: con la naturaleza y su misterio, con el hombre en las formas de la amistad fraternal, con el Universo entero; son las certidumbres del instinto y la intuición iluminante; son la armonía del hombre y su medio. La formulación ideológica de todas estas dimensiones no deja de ser peligrosa ni deja de serlo su corporización en esa entidad afirmativa y combatiente de una "nación" nacionalista. Pero es bueno también saber que cuando una nación se defiende y afirma a sí misma arrastra esa afirmación muchos elementos tácitos que pueden ser tan valiosos como éstos.

## 20. NACIONALISMO Y MARXISMO

La posición marxista ante el nacionalismo y la nación no es simple (aunque es coherente) y debe ser enunciada con cuidado. Sin embargo, de cualquier manual de vulgarización y, sobre todo, de la contribución teórica de Stalin (que debió cuerpearse severamente con el tema), puede extraerse algunas conclusiones unívocas:

a) Las naciones existen y tienen un valor y una utilidad pero esa existencia es transitoria, ese valor es instrumental y esa utilidad es ambigua.

b) Las naciones son transitorias: como núcleo de diferencias (psicológicas, etnográficas, de costumbres, de niveles de vida, de tradiciones culturales) están destinadas a desaparecer en un proceso de homogeneización universal contemplado con un signo eminentemente positivo: él mostrará la esencial unidad del género humano. Pero esas diferencias tardarán mucho en desaparecer; mucho más que "*los lindes entre las clases*" (Proyecto del Programa, pág. 121). Esas diferencias no deben ser menospreciadas ni hiperbolizadas (ídem, pág. 122).

c) Aun en el curso de ese irreversible proceso, las naciones representan derechos inalienables (aunque muy reducidos); estrictamente 1) el derecho al idioma; el derecho de los padres de hablar, de educar e instruir a sus hijos en cualquier idioma; 2) el derecho al desarrollo de las culturas nacionales liberándolas de lo que tienen de caduco, de inadecuado a los nuevos modos de vida; el repudio a todo "cosmopolitismo" es corolario de esta posición que ve la instauración de lo universal como un lento borrarse de lo nacional.

d) Su utilidad es ambigua. La nación y la afirmación nacionalista importan elementos positivos, pero también son sinónimo de exclusivismo, egoísmo, localismo, antagonismos, divisionismos que impiden, incluso, aprovechar los beneficios del mercado socialista mundial (Proyecto del Programa, pág. 26). El capitalismo creó y desarrolló la entidad nacional con sus caracteres progresistas y bárbaros, dice Baran. Y afirma igualmente que los grupos feudales tratan de desviar la protesta social hacia el nacionalismo, temerosos de que se tornara revolución social. Lograda la liberación nacional, es inevitable que un movimiento vivo se torne a lo social y lo nacional se descomponga.

e) Su valor es instrumental. Es positivo el nacionalismo de las naciones oprimidas y es negativo el nacionalismo de las naciones opresoras. El destino inevitable de todo nacionalismo es, como se decía, verse a lo social y, por ahí, dejar de serlo.

f) Añádase que su entidad es secundaria respecto a la clase, realidad suprema.

Thierry Maulnier afirmaba en *Au dela du nationalisme*, un libro ya viejo, que el error de Marx fue concebir a las naciones como superestructuras: las naciones cuentan más que las clases en los éxitos y fracasos del capitalismo. Y si ello es así se debe a que la clase no es la única estructura importante de intereses económicos. También en la producción mundial las naciones ocupan y desempeñan una función dada y puede existir una solidaridad económica de tipo nacional o, incluso, continental. Contra lo que supone el marxismo, la comunidad nacional es una forma de integración humana de tanto valor como la clase. Junto a las clases y a sus luchas (que no se confunden con la nación), la comunidad nacional es un grupo "más real" que la clase (que también es "real" y da a los hombres conciencia del lugar que ocupan en la sociedad y la voluntad de aumentarlo y defenderlo); es también más completa y compleja que la clase ya que está basada en el "instinto fundamental del grupo" a la "duración histórica" y a la búsqueda y empleo de los medios con que se perpetúa: instituciones, derecho, cultura, etc. De las alternativas de la comunidad nacional todas las clases sufren y ninguna está inmune (aun en dosis desiguales); de los éxitos de la comunidad todos se benefician aun en dosis desiguales). A este respecto dice Hernández Arregui: "*La conciencia nacional no es un término unívoco. Depende de la clase social que detente el poder. La idea de Nación no es una abstracción sino el resultado de aquellos factores reales —y las clases sociales lo son— que proponen una política nacional o antinacional*" (op. cit., pág. 203).

## UN COROLARIO DEL NACIONALISMO: ACTITUD ANTE LA INMIGRACIÓN

En el pensamiento liberal de los países marginales existió, a cierta altura histórica, una postura que bien puede llamarse "el salvacionismo abstracto". Se deseaba, y fervientemente, el desarrollo, el progreso, la redención de las nacionalidades retrasadas. Pero, para ello, para cumplir esta tarea, el elemento nacional, autóctono parecía tan inadecuado, tan inadaptable, que el único prospecto realista que se contemplaba era realizarlo con "otra gente". Sólo así mejoraría, se redimiría, la "nación" (su rótulo, su territorio, sus clases directoras) pero otros que sus habitantes de un momento dado tendrían que ser sus soldados, sus actores, sus testigos, también (se decía creerlo), sus beneficiarios. Un nacionalismo parte del punto de vista que solucionar los problemas de una comunidad es solucionar los problemas de sus propios integrantes en cuanto personas particulares y en cuanto entidades con intereses comunes y superiores a cada uno; la posición casi antitética que frente al aliento indiscriminado de cualquier imaginación es, probablemente, esbozada con estas dos posturas.

No requiere, en cambio, una ideología nacionalista, la presunción de que la transferencia de sus propias masas miserables a otras tierras ha sido por parte de las naciones centrales y maduras, eficaces válvulas de escape que ellas han utilizado sin escrúpulo para negarse a afrontar el desafío de sus propias fuerzas sociales, para el mantenimiento de sus regímenes de explotación y pauperización.

Este temperamento, como tantos otros del período de desniveles nacionales "naturales", corría con los señuelos ideológicos y emocionales que habían de hacerlo aceptable: las naciones marginales de escasa población deberían recibir esos aportes indiscriminadamente, sin atención a su asimilabilidad, a sus condiciones, a su utilidad concreta. Si el mal era el desierto,

cualquier remedio era bueno para él en términos de mercancía humana. Y todo esto se cumpliría al mismo tiempo en nombre de la más crematística utilidad que en nombre de la solidaridad y de la fraternidad humana. Aquellas aristocracias europeas que como la inglesa, al decir de Chesterton, entendían más del cuidado de sus faisanes (*pheasants*) que de sus paisanos (*peasants*) aprobaban con entusiasmo y hasta se ponían sentimentales elogiando la amplia receptividad de los países atrasados.

Sin atribuirle un carácter demasiado corolario que transformaría todo este cuadro ideológico en una verdadera conjura, también la actitud anterior tenía su correlato en un persistente ennegrecimiento de las cualidades de las propias masas nacionales, tarea, que hay que reconocer, sirvieron con mucho más brío algunos talentos nacionales que los propios y a veces elogiosos extranjeros. Cuando la persistencia demoledora de un Sarmiento en el Río de la Plata, incluso, dejara paso a una reacción enérgica, todavía esta reacción engendrará, y es en nuestros días, antagonismos simétricos: reconocer virtudes en un tipo medio autóctono, señalar virtudes en cierto modo mayoritarias o muy difundidas en el pueblo nativo (coraje, resistencia, sobriedad, silencio, dignidad natural, elegancia, desprecio a los bienes materiales), será para ciertos escritores con complejo inmigratorio fomentar “el mito gaucho”, despreciar al elemento alienígena, olvidar que “también los charrúas eran inmigrantes” (olvidando que podría reincidirse en el argumento hasta el origen presunto del hombre pero que igualmente cada época tiene un peculiar “horizonte histórico” en que se dibuja una distinta personalidad nacional y extraña a ella, un elemento foráneo dado, una óptica que para las generaciones presentes bien pudiera fijarse sobre el Uruguay o la Argentina del Novecientos).

Se ha insistido en el carácter de tropa pasiva del imperalismo que la inmigración asumió en muchos países: masas

dóciles, sin conciencia política, dispuestas a producir materias primas en el plan colonizador, sin rebeldías ni apego a los modos de vida de la sociedad que habitaban. Puede decirse que este diagnóstico es al mismo tiempo genéricamente cierto y –también– admite muchos retoques. Hubo, por ejemplo, masas inmigratorias con una activa conciencia de rebelión, pero esa conciencia, aun en este caso, nacía de condiciones de vida y “contra” estructuras sociales que no eran las de nuestros países o, muchas veces también, tenían carácter utópico, buscaban genéricamente en cualquier lugar de la tierra unas mismas vías de libertad, de justicia, de igualdad. Como en otro lugar se precisa, estas vías genéricas, mediante los “efectos ambiguos” y el carácter enmascarador de las ideologías podían tener –y tuvieron muchas veces efectivamente– un resultado contraproducente al esperado, contribuyendo otras, por lo menos, a demorar el movimiento de efectiva promoción, a llevarlo por falsas vías. A esto contribuyó también su situación de pura contigüidad física con la colectividad que habitaban, a su falta de comunicación cabal con ella; aun al desprecio con que miraban sus modos peculiares de vida (en actitud muy semejante a la de las minorías europeizadas que promovieron su venida).

Puede afirmarse en general que es deber de cada sociedad, como integrante de una sociedad universal, cooperar a la mejor distribución de las masas de población sobre la superficie del mundo. Para esto tendrá especialmente en cuenta los grandes espacios vacíos y poblables y los recursos naturales disponibles. Que la población es problema capital de los países marginales, es también sostenible que este problema no suele solucionarse siempre por el crecimiento interno y requiere el aporte inmigratorio. Por otra parte, puede señalarse que es indudable el derecho de cada nación a acompasar la incorporación de nuevos elementos humanos a las necesidades de su desarrollo, a la permanencia de su personalidad colectiva con las ventajas que

ella implica, a los rasgos que profesa como valiosos y proyecta mantener en el proceso de su crecimiento, a sus posibilidades de asimilación, a su prevención de los males incalculables del "desarraigo". Para cualquier colectividad consciente de sí misma, la defensa contra la irrupción masiva de elementos inasimilables es imprescriptible.

Si bien es un deber la solidaridad humana con los desgraciados y los perseguidos, es derecho de cada colectividad interpretar su aporte a esa solidaridad de acuerdo a sus medios, rehusar soportar "todo" el peso de ellas mientras las naciones que la engendraron se alivian de su peso. La mejor contribución al mejoramiento de los infortunados es luchar por darles en su propio sitio, en su radicación original, la conciencia y los instrumentos para vencer ese infortunio; la noción de la transferencia de grandes masas de desheredados revela hoy su inocultable faz reaccionaria y se halla perimida irremisiblemente.

Si todo esto es así, mucha mayor intensidad asumen estas prevenciones con la inmigración (es un decir llamarla así) de ciertos sectores económicos superiores (financieros, especuladores, empresarios de aventura, "hombres de negocios"). A todos los argumentos anteriores hay que agregar con ellos el efecto sobornante de su presencia, un efecto que los hace ocurrentes al fenómeno mismo del imperialismo en su impacto sobre las sociedades políticas internas. A ello debe sumarse la presencia de un poder económico despiadado y móvil que abandona el medio ante el menor riesgo, que logra casi siempre poner sus ganancias a cubierto de la imposición fiscal, que elude sanciones valido de su gran movilidad y de la multiplicidad internacional de sus domicilios, que ejerce un efecto desquiciante por sus modos de vida, su riqueza y su inescrupulosidad sobre las sociedades locales, a cuyos ya tan objetables altos niveles se incorporan.

## 21. OTRO COROLARIO: RACISMO Y ANTIRRACISMO

Las invocaciones indiscriminadas a la solidaridad humana e internacional, la aspiración a mantener una personalidad colectiva definida, el apego a la proximidad y el intachable postulado moral de un humanismo sin limitaciones imponen una breve precisión sobre la cuestión del racismo y del antirracismo, sobre la del semitismo y el antisemitismo.

La bárbara e innoble labor de exterminio cumplida por el nazismo alemán en el curso de la Segunda Guerra Mundial, la ola mundial de conmiseración que ella provocó y la subsiguiente de simpatía que, más allá de reservas de política internacional saludó la instauración del primer Estado judío, han contribuido, puede afirmarse sin ambages, a un efectivo oscurecimiento intelectual del problema (bien que ellas impliquen, emocionalmente, las respuestas justas a lo que la circunstancia reclamaba).

Contra la teoría racista puede hoy afirmarse con amplio margen de seguridad científica:

1) Que no hay "razas", si entendemos razas en el sentido de conjuntos humanos con caracteres anatómicos, fisiológicos y mentales fijos, distintos e irreductibles; inevitables y fatales, comunes a todos.

2) Que en lo que vulgarmente se consideran "razas" obra mucho más para explicar sus diferencias que el peso de la herencia biológica el condicionamiento histórico social, el hábitat, la tradición cultural, los factores nutritivos, el estilo de vida, las modalidades psicosociales.

3) Que no es perjudicial la mezcla de eso que vulgarmente se llaman "razas".

4) Que no existen desniveles acentuados, superioridad o inferioridad entre ellas.

En cambio es posible afirmar también con cierta seguridad científica:

5) Que hay “razas” entendidas como conjuntos humanos con rasgos relativamente estables y mayoritarios de modalidades psicosociales y de tradición cultural.

6) Que el poderoso factor ambiental se mueve dentro de ciertos límites marcados por los “genes”, lo que admite poderse hablar de “diferencias” (Jacobs and Stern, *Anthropology*).

7) Que la igualdad entre los hombres de todas las razas es más “potencial” que “actual”, dependiendo el paso de una calidad a otra de una larga lucha contra los condicionamientos negativos (Jacobs and Stern, *idem*).

Establecido esto, sobre lo que hay una suficiente concordancia de origen científico, resulta un poco primario la elusión de los problemas que corren clásicamente denominados como “raciales” con la simple afirmación de que “no hay razas” y todos esos problemas son falsos. Dígase especialmente que tampoco tiene que ver esencialmente con el racismo o el antirracismo señalar en ciertos grupos psicosociales de reciente procedencia foránea, y es el caso del grupo judío, algunos rasgos de conducta y de mentalidad y tenerlos –por decirlo así, “*in mente*”, en calidad de hipótesis de actitud social– como posibles rasgos mayoritarios de los componentes de ese grupo. Todo esto, naturalmente, si es que no se quiere caer en la indignidad racista, como trazos fijados por adicionales condiciones psicosociales, variables, exorables, sujetos a todas las rectificaciones posibles y a todas las excepciones necesarias.

Puede decirse que esto importa un prejuicio y es posible que así sea; más difícil es demostrar que alguna vez nos acerquemos a alguna realidad sociocultural sin un haz de ideas, de opiniones previas, en pura virginidad mental, sin pre-juicios, en suma.

No ofrece dificultades recapitular cuáles son los rasgos negativos y los rasgos positivos de la imagen judía clásicamente fijados por la opinión no hebrea (hoy sería una hipocresía llamarla cristiana). No es aventurado mencionar entre los

primeros el carácter especulativo, intermediario, estrictamente comercial de un [...] producción y de la tierra. Su cosmopolitismo, concebido peyorativamente como una permutabilidad –“no comprometida”, podría decirse– de radicaciones. Sus implícitas tendencias racistas y su resistencia a mezclarse consanguíneamente con otros grupos de similar entidad. El carácter esencialmente individualista y hedónico, superficialmente racionalista de su postura cultural (que alguien tan escasamente racista como André Gide señalara con persistencia), su tendencia a la negación de los valores no-económicos. Un estilo de conducta en la que solieron combinarse una escurridiza humildad y bruscos estallidos de soberbia. La mención de estos rasgos puede –y debe– situarse lejos de toda predestinación biológica y “racial”, ubicándola en las condiciones que el pueblo judío debió soportar por siglos y las actitudes implícitas que ellas le impusieron. Cosa similar tendría que sostenerse igualmente de los rasgos positivos en los que siempre se hace ineludible la mención a su capacidad de perseverancia y de esfuerzo, su hondo sentido familiar, su estricta y a menudo fraterna cohesión de grupo, su paciencia, su resistencia, su auténtica humildad; su perspicacia intelectual y capacidad creadora.

Establecidos estos rasgos con la mayor neutralidad posible, es fácil prever que una política revolucionaria de tipo nacional puede hallarse en el caso de afrontar choques con una minoría de tipo semejante. Ellos pueden ser provocados por la querencia de formas extracapitalistas y antiindividualistas de organización económico-social, ante todo pero también por la necesidad de lograr un alto grado de cohesión emocional en la colectividad, por la urgencia de una coordinación disciplinada no basada únicamente en “razones”, en motivos “intelectuales”, por las exigencias, en suma, de una “moral revolucionaria y

(\*) Línea ilegible en la fotocopia (N. del E.)

nacional y el inevitable sesgo anti-cosmopolita que ella debe adoptar.

Todos los rasgos y previsiones anteriores parecen inseparables de un realismo político mínimo; ellas no son separables, por cierto, de los principios de lealtad y generosidad humana. Por otra parte, el Estado de Israel y su milagroso esfuerzo ha modificado sustancialmente los términos del problema judío tal como se planteaban antes de la Segunda Guerra Mundial.

Entre el "antisemitismo" y la conciencia de estas realidades complejas y muchas veces contradictorias, existe un ancho espectro: no es similar tenerlas y [¿aprobar?]<sup>(\*)</sup> la destrucción del pueblo hebreo en las cámaras de gas; puede decirse que el hitlerismo, al suscitar la reacción emocional unívoca y oscurecer distingos, no restó al pueblo judío un inesperado beneficio.

Pero esas confusiones ya no son necesarias en un mundo convencido de la necesidad de coexistencia fraternal de todos los grupos humanos y que no tiene temor de su variedad. Una sociedad viva, incluso, debe estar libre de otro miedo menor: el mencionar los rasgos diferenciales y sus orígenes; sólo haciéndolo, con uso limpio y hasta abusivo, excluyendo, evitando la ocultación, los inevitables términos ("negro" y "judío" son los más eludidos) perderán alguna vez el sentido peyorativo con que se les usa o se les recibe. Son matices, son adjetivos que, como tantos otros, van ciñendo exteriormente la designación de una personalidad.

En todo este terreno, abonado por las insidias de la emoción y del prejuicio, acecha tanto como el "racismo" un "antirracismo" al revés y que como tal se parece mucho a él, basado en la idolatría, más que en la igualdad esencial y en la elevación posible de los grupos psicofísicos más postergados. Suele ejercerse con los hombres de color, ensalzados en una especie de masoquista desafío a lo que son vivencias valorativas comunes

del hombre de Occidente (gracia, delicadeza, armonía) y no en lo que tiene de históricamente desventurado, cálido, humano, rico emocional y estéticamente.

(\*) Falta un verbo en la fotocopia; el propuesto es hipotético. (N. del E.)

## CAPÍTULO IV

### MARXISMO LITERAL Y MARXISMO DIFUSO

Toda consideración de la ideología marxista por parte de un “tercerismo” o por un “nacionalismo popular” tiene que partir de una situación marcada por dos esenciales elementos. Uno de esos elementos es el representado por la antítesis entre un “antimarxismo” esgrimido como consigna por toda la posición occidentalista; y el marxismo dogmático, unívoco, que se difunde y enseña en los países comunistas. Si el primero está marcado por todas las abreviaciones, las simplificaciones y las mutilaciones, el segundo asume un carácter escolástico que aspira a constreñir todas las mentalidades en un orden único de valores y a signar con sus enseñanzas toda conducta social. Si del primero es siempre posible dudar de su sinceridad, del segundo es a menudo factible dudar de su efectividad; dudar, en suma, de que se actúe de acuerdo a él, se juzgue concorde a sus pragmáticas. Pero la situación de cualquier postura ideológica extraña a esos extremos no está definida únicamente por el repudio a ellos: no es difícil marcar en todo el pensamiento libre del mundo occidental y sobre todo del mundo marginal un tipo de pensamiento, prácticamente dominante, que sin ser “marxista” utiliza numerosos elementos de esa ideología, que sin

ceñirse estrictamente a su dialéctica total no puede renunciar al instrumento hermenéutico de muchos de sus conceptos capitales. Este "marxismo difuso", en suma, lo que él implica y lo que él desecha, es el que se aspirará a configurar, muy precariamente sin duda, en las páginas que siguen. Una recapitulación general, si cabe, de lo que los sectores no cerrados escandalizadamente a él ni monopolizados por él consideran "vivo" del marxismo, indescartable, integrable a cualquier ideología que aspire a estar a tono con la altura de los tiempos. Aunque las apariencias pudieran alguna vez ser engañosas esta tarea no tiene ninguna relación con la más o menos pedantesca y archirrepetida de un balance del marxismo; tarea científica extraña al fin de este ensayo y que implica, inevitablemente, una pedantesca superioridad de actitud arbitral que también le es ajena.

Vale la pena, con todo, agregar que esta recapitulación no se ejerce sobre un Marx fidedigno y seguramente complejo, cuya verdadera imagen está todavía en vía de recomposición y probablemente lo estará siempre (como la de Aristóteles, la de Kant, la de Hegel, la de tantos otros...); enfrenta, por el contrario, un marxismo que es el codificado, el influyente, el presente, el que actúa históricamente hablando por mucho que puedan señalarse sus diferencias con el pensamiento real de aquel que, en pleno curso de su vida, negaba ser "marxista".

## 22. LO VIVO Y LO ESENCIAL

No importa una observación demasiado original subrayar que aun los pensadores más "antimarxistas" o más cuidadosamente ajenos al marxismo llegan habitualmente —en el curso de todo pensamiento que aspire a ser honrado— a reconocer en el marxismo méritos y aciertos indisputables. Las citas podrían multiplicarse pero elijo, por su carácter de recientes, tres. Dos pertenecen a universitarios estadounidenses de filiación conservadora, otra a un brasileño de definición progresista. Walt

Rostow afirma, por ejemplo, que en su marcha hacia el crecimiento, las sociedades tradicionales se portaron de la manera "más marxista" imaginable. Un historiador, Clinton Rossiter, hablando de lo vivo de Marx recapitula: *"pienso, por ejemplo, en sus enseñanzas sobre la profunda influencia que las fuerzas económicas ejercen en todos los aspectos de la conducta humana y de la organización social; en sus enseñanzas de que el curso de la historia está poderosamente confirmado por la manera en que los hombres se organizan para la producción, en que ningún hombre ni las ideas que profese pueden ser estudiadas como abstracciones ajenas al medio social y en que las clases constituyen uno de los más persistentes e influyentes fenómenos de la sociedad. Pienso también en sus críticas de los sistemas sociales de su tiempo, que lo llevaron a proclamar que la pobreza agobiadora no es la situación del hombre ordenada por los cielos, que las formas de la democracia no son todavía la propia democracia, que la seguridad psicológica no puede encontrarse fácilmente dentro de un sistema industrial, que el capitalismo está obligado a tener sus altibajos y que la propiedad privada es propiedad pero también poder"*, y enfrentando su evidente vitalidad llega a la conclusión de que *"la promesa apocalíptica del marxismo"*, de modo similar a la del Islam, *"podría continuar vigente durante siglos sin que se la cumpla ni se la repudie"* (Comentario, setiembre-octubre de 1961). Percíbese, en suma, cómo, evidentemente distorsionada y visiblemente "traducida", elementos vitales de la doctrina marxista han de ser aceptados por quienes son más hostiles a ella.

Y analizando recientemente Celso Furtado el prestigio del marxismo sobre la juventud brasileña, resumía ese prestigio en estas conclusiones que esa juventud derivaba de él:

- a) que la realidad social es histórica;
- b) que hay factores estratégicos que actúan en el proceso social y que pueden ser dirigidos con el fin de superarlo;

c) que es una realidad social la explotación del hombre por el hombre fundando el bienestar de una clase privilegiada.

Y anotaba igualmente como de raíz marxista:

d) la tendencia a liberar al hombre, de cualquier clase que pertenezca, de las ataduras económicas y sociales y a ponerlo en el centro de la atención histórica;

e) la convicción –de sesgo optimista y humanista– de que la plenitud del desarrollo sólo puede ser lograda (pero también puede serlo de esa manera) por la orientación racional de las relaciones sociales (en *Marcha*, 1105).

Indagar, sin embargo, lo vivo y lo perecible de una doctrina por esta vía esencialmente impresionista ofrece graves peligros. Tomar, extraídos de su contexto y de su orden en el discurso doctrinario, unos elementos dados desquicia la armazón toda de una ideología que, como ocurre especialmente con la marxista, aspira a una cerrada coherencia. Merleau-Ponty, uno de los filósofos contemporáneos que más hondamente han juzgado al marxismo, sostenía que ser marxista es pensar:

1) que las cuestiones económicas, sociales y humanas son una sola;

2) que la historia tiene un sentido legible e inteligible;

3) que el proletariado es capaz, como factor esencial de la producción, de sobrepasar las contradicciones del capitalismo, organizar la explotación de la naturaleza y, como “clase universal”, superar los conflictos sociales, humanos y nacionales (*Humanisme et terreur*, pág. 139).

El mismo Marx veía como la esencia de su doctrina y como lo propiamente original de ella la visión histórica del desarrollo de las etapas económicas hasta llegar al triunfo, madurez y crisis de la burguesía por obra de las contradicciones internas del capitalismo de las que saldría, como la mariposa de la crisálida, el proletariado fuerte, la clase universal, capaz, llegado el momento de “la madurez” de esas contradicciones, de realizar la Revolución inevitable e instaurar, por medio de su

dictadura, la futura “sociedad sin clases” (con una etapa intermedia no demasiado visualizada).

Creo, con todo, que una recapitulación del marxismo que acometiera el asunto por una teoría del proletariado y de su dictadura, una de las contradicciones del capitalismo y de la inevitabilidad de la Revolución, dejaría en la sombra casi todos los elementos –emocionales y escatológicos– en que descansan estos postulados, con el agregado de que esos elementos justamente, preteridos en este caso, son los que configuran mejor un marxismo difuso y permiten su discriminación.

### 23. EL NÚCLEO FILOSÓFICO

Como bien se sabe, el marxismo nació filosóficamente invirtiendo el idealismo de Hegel, poniéndole –como tantas veces se ha dicho– los pies en la tierra. Engendrado así en un momento de la historia del pensamiento filosófico marcado por la oposición del materialismo (Feuerbach) y los discípulos del maestro de Berlín, la pretensión marxista de reducir toda la trayectoria del pensamiento filosófico a esa antítesis de materialismo e idealismo, de subsumir toda una milenaria riqueza especulativa a una antítesis sólo válida hacia 1840, se revela como singularmente empobrecedora. Ceñida, reconócese, a una situación rigurosamente auténtica de ese momento, no es tan visible en cambio con qué argumentos el marxismo puede destruir lo “condicionado” que su postura se halla a esa situación configurada al naturalismo antropológico del Occidente liberal, a la lucha de las burguesías progresistas contra los resabios feudales, a la develación de la hipocresía latente en los ideales democráticos que todavía eran nuevos. Pero admitir esto no importa reconocer que la dualidad de materialismo e idealismo pueda cubrir diversidades más hondas y más ricas. Aquélla, por ejemplo, de una propensión nativa entre ser “aristotélico” o “platónico” que Coleridge enunciaba; aquella que opone como términos realmente antitéticos un “realismo”

nato (que puede incluir en su percepción la del espíritu) y un “idealismo” que se alimenta, apartado de las resistencias de lo real, de verbalizaciones, de imágenes, de sueños (ese “idealismo” burgués protegido de la necesidad que denunciaba en el “pensamiento político de la derecha” la aguda y dogmática Simone de Beauvoir). Aquella otra, también, que enfrenta “materialismo” y “espiritualismo” como zonas ónticas defendibles, argumentables y que sólo peyorativamente admite ser identificado, en su segundo término, con el idealismo mencionado.

En síntesis; dígase que la oposición “materialismo e idealismo” es una simple formulación válida a cierta altura de la historia filosófica que no cubre ni mucho menos todos los dualismos gnoseológicos y metafísicos aunque pretenda, orgullosamente, asumir validez supratemporal y ordenar, de acuerdo a él, toda la historia de la filosofía.

Por otra parte, si bien todo pensamiento marxista solvente resiste empecinadamente las simplificaciones, es innegable que la práctica de un marxismo “común” se identifica en la cabeza de sus cultores con formas demasiado superadas de un materialismo lineal, literal, nada “dialéctico”, en el que se insumen todas las tendencias reductivistas, todo los “no son más que” de una etapa singularmente pobre de la reacción contra las grandes y especulativas síntesis del idealismo alemán (Schelling, Hegel, especialmente) y que hoy, en sus expresiones literales, parecen mandadas recoger por cualquier especular filosófico medianamente a la altura de los tiempos. El ya citado Merleau-Ponty criticando acerbamente la filosofía del Rubashov de Koestler en *Oscuridad al mediodía* y en los ensayos de *El yogui y el comisario*, resumía así este “marxismo vulgar” en afirmaciones como la de que el hombre es simple impulso sexual y solidaridad de clase y haz, en suma, de reflejos condicionados; la de que lo complejo es suma de lo simple; la de que la vida es pura modalidad de la naturaleza física; la de que

el hombre es modalidad de la vida; la de que la conciencia es simple producto o apariencia; la de que la acción humana está explicada por causas, como los procesos físicos; la de que el mundo es homogéneo y superficial, sin hondura ni interioridad; la de que todo es “exterior” y está “afuera”; la de que la política es la técnica de lo útil. Si bien Merleau-Ponty observaba en este recuento que el Rubashov koestleriano podría haber hallado (sin necesidad de irlos a buscar tan lejos como fue) en Hegel y aun en el Marx auténtico, el valor, la interioridad, la discontinuidad y la libertad, es indudable de que este marxismo vulgar es el operante en la decantada praxis comunista y el que impone una opción ante él.

Fenómeno similar ocurre con el racionalismo, extraído de la rica arquitectura hegeliana pero reducida –y atíendase a que ese fenómeno se da en el plano de teóricos tan autorizados como Baran– a una suerte de ensalmo con el que se exorcizan, en nombre de un intelectualismo pretencioso y epidérmico, tendencias tan ricas y diversas como el pragmatismo, el relativismo, el vitalismo, el escepticismo, el existencialismo, el irracionalismo y –ni qué decirlo– sus consecuencias morales probables y peyorativamente rotuladas (cinismo, oportunismo, oscurantismo y algunas más).

Este racionalismo, esta fe ilimitada en la “razón razonante” (que parece reinstalada de la que caracterizó a la Ilustración dieciochesca con su ignorancia de los límites, el desprecio a todo lo que no es cuantitativo y mensurable, con su identificación con la herramienta conceptual de las ciencias físico-naturales) se imbrica con otros rasgos que en parte son complementarios y en parte corolarios y que mal pudieran recapitularse aquí, pero de los que hay que mencionar, por su decisiva influencia en otros órdenes, unos pocos.

Bajo el horror a la “contradicción” en su carácter de polarización lógica enfermiza, confundida, de paso sea dicho, con el “conflicto” en cuanto éste implica polaridad ontológica sana,

late una auténtica abominación por el espesor, la espontaneidad, la complejidad, la libertad, la implanficabilidad de lo vital.

Esta ilimitada y aparentemente crédula confianza en la racionalidad y la inteligibilidad de una realidad plana y regular, explica también la insistencia marxista en sus múltiples “leyes” y en la necesidad (tan diversamente interpretada en ocasiones...) de su “interpretación correcta” (una de las expresiones típicas del sistema). Pero por poco que se indague en el concepto marxista de “ley”, se ve que bajo él se insumen ya meras descripciones, ya meras regularidades de limitado radio, ya puras posibilidades, ya, especialmente, mandatos, normas programáticas, consignas de raíz voluntarista de naturaleza similar a las famosas leyes morales de las éticas tradicionales dogmáticas. Ya sean de una naturaleza u otra, todas ellas se identifican con la noción misma de “ciencia” y con el calificativo mismo de “científico” al que una proclividad al parecer inevitable usa incluso como sinónimo de “acertado”, de puramente “perspicaz” (tal la famosa “ley del menor gasto” en un ejemplo extraído del ya citado Proyecto de Programa... pág. 92). La conclusión implica, en resumen, que el mismo marxismo se proclama una “ciencia” cuando la más neutral terminología filosófica lo proclamaría un método, una doctrina interpretativa que se vierte sobre objetos y realidades muy diversas. Entonces, como se decía, esta intrépida seguridad convierte a la vez en leyes científicas lo que son por una parte normas de acción imponibles –y así confirmables, es claro...– gracias a una voluntad tensa y con frecuencia despiadada (“el paso del socialismo al comunismo”, todo lo que la evolución de la U.R.S.S. “confirma y comprueba” y que es, como resulta esperable, abundantísimo). Pero esta intrépida seguridad en ciencia y leyes hace de la historia y su inaudita complejidad una reducción a unas claras leyes evolutivas, unas “leyes, objetivas, científicas, del desarrollo histórico” extraídas de un caudal

empírico limitado y hoy extremadamente envejecido de hechos, pero a las que esta circunstancia igual que los infinitos retoques a que tienen que ser incesantemente sometidas no destronan de su alto sitial de inamovible “filosofía histórica”, acuñadas e indiscutibles para siempre.

De esta creencia en un sentido inteligible y fijo de la historia del hombre nacen también algunas de las contradicciones –éstas sí reales– que desgarran el pensamiento marxista. Una es lo normativo y lo descriptivo, la tensión entre su calidad de mandato y su calidad de reflejo de una realidad. Otra es la del determinismo (todo sigue un curso inmanente e inevitable) y la de un finalismo que si acepta que hay una ligazón entre el presente y el futuro niega, de cualquier manera, que el futuro esté “contenido” en el presente sin posible margen de contingencia y sin margen también, de una latitud, a veces muy amplia. No falta quien afirme, por ello, que pensar el futuro es antimarxista y el mismo marxismo ortodoxo rechaza como utopismo todo prospecto de él que no parta y se apoye en las condiciones presentes. Pero determinismo y finalismo, en esto reconciliados, importan una nueva y más poderosa contradicción que es la contradicción con un voluntarismo, simple, o “heroico”, que la práctica revolucionaria tendió a reclamar desde un primer instante como instrumento (pero también, ¿hasta qué punto, no como negación?) de ese determinismo y de ese finalismo, como afirmación de una querencia empecinada de traer a la realidad lo que un estricto determinismo y un estricto finalismo debería dejar a la “evolución natural de las cosas”. La tensión, en suma, entre la inevitabilidad de la revolución, dogma marxista, y la necesidad de hacerla, entre providencialismo y esfuerzo heroico que tan vivo ha sido en cierta etapa de la historia ideológica soviética.

Filosóficamente, así, y pese a lo mucho valioso que contenga, un marxismo literal tiene que insertarse en un sustrato filosófico respecto al cual lo anterior no es, probablemente, una

caricatura. Un sustrato habitado por el realismo vulgar, un mecanicismo, un reductivismo, un geneticismo obsesivo, un naturalismo vago, un optimismo cientista y vital, un hedonismo implícito si bien incesantemente refutado y como ya se señalaba, un racionalismo, un "legalismo" y un determinismo que pueden merecer las objeciones más serias. Y si a contradicciones nos referíamos, el análisis de otros conceptos fundamentales nos irán revelando otros; uno que se define entre la auténtica indignación moral y la fría descripción científica; otro que se traza entre el sentido pragmático de la verdad y la aspiración a lo objetivo; otro que deriva entre tendencias formativas: la del historicismo, atribuida a Marx, y la del racionalismo, imputado a Engels. Y otras, en fin, todavía más serias y que sólo asumen su pleno sentido en el contexto de un problema dado: la contradicción "escatológica" entre dinamismo interminable y reposo final; la contradicción entre absolutismo dogmático y relativismo perspectivista (que sostiene la validez absoluta de la propia ideología y la relatividad de todas las otras).

Para quien con un simplismo que el mismo marxismo descalifica (aunque apliquen sus manuales y diccionarios filosóficos) no descarte como "burgués" y "reaccionario" todo el pensamiento filosófico de los cien años últimos, parece evidente que en todo cuanto un sistema filosófico brinda la coherencia última a un método y aun a una "ciencia" la filosofía marxista, mismo pese al meritorio esfuerzo de Lenin y su *Materialismo y empiriocriticismo*, la filosofía marxista importa un instrumento singularmente envejecido para imputar en ella todo lo que el marxismo contiene (como se irá recapitulando) de valioso. Para los que no son marxistas es así una valiosa experiencia tratar de situar estos elementos en otros contextos ideológicos que aquellos en los que el marxismo nació y persiste. Sólo una actitud de esta suerte permitirá probablemente situar sus verdades en los diferentes planos en que se mueven: filosofía

general, historia económica, economía política, teoría de la historia, de la sociedad (o sociología) y del Estado, "filosofía política", teoría de la acción política y la conexión e interdependencia o la autonomía de esos planos y sus respectivas claves. Que las filosofías o las "ideologías" a que estas discriminaciones y balances se destinen sean plurales y no una sola puede constituir y seguramente constituye un escándalo a la propensión eclesiástica latente en el marxismo: un solo dogma, una sola verdad, una sola práctica derivada de ellas. Pero nadie ha demostrado (y menos que nadie la operancia del marxismo en las propias revoluciones que ha normado con su doctrina) que una acción histórica eficaz y común necesite una "única" filosofía; nadie ha demostrado que no le sea suficiente pluralidad, acatada y probada, de conceptos directores de acción y de organización cuyas implicaciones últimas, cuyo trasfondo puede quedar abierto por siempre al debate enriquecedor del pensamiento y de la vida.

#### 24. TRES CONCEPTOS FUNDAMENTALES: DIALÉCTICA, ALIENACIÓN Y PRAXIS

"Marx -y Hegel- estaba en lo justo al afirmar que la historia progresa por el choque de intereses y perspectivas en pugna". De nuevo busco en un adversario, Rostow, ese plano de aceptación, perogrullesca a veces, desde el que hay que ver alzarse la operancia de algunas ideas marxistas fundamentales, trasfundidas hoy en toda la andadura del pensar contemporáneo. O, como podríamos pensar aun más modestamente, es también un hábito intelectual de nuestro tiempo no ver tan sólo lo que presentivamente es, sino su aptitud para llegar a ser otra cosa, para transformarse, deviniendo, en una entidad muy diferente. De estas ideas tan elementales, pero insertas en el complejo sistema hegeliano, el marxismo llegó a su noción clave del devenir dialéctico de la realidad (ya no de las ideas) y de las notas que la configuran. La de la *totalidad*, que tan ricas

implicaciones cobrará en otras zonas del pensamiento marxista, la de que en ella “está la verdad” y los pluralismos cerrados implican una negación de lo real, la de que sociedad y naturaleza son una totalidad de acciones recíprocas, la de que esa totalidad es abierta (aunque “lo abierto”, al revés de como lo concibiera Bergson en sus últimas obras, no tiene por qué ser lo informe, “lo inefable”) es una de ellas. La del carácter *devenirista dinámico* de la realidad, está tan hondamente arraigada en el pensamiento contemporáneo que ha alcanzado zonas que parecían tan inmunes a ella como las doctrinas teológicas (conf. Gustave Thils, *Teología contemporánea*). La de que ese devenir avanza por la negatividad que desencadena el movimiento dialéctico de *la lucha, el conflicto, la contradicción*, resulta igualmente “natural”, si así se quiere, a nuestro mundo mental. Y finalmente también la de que no es lo bueno, lo positivo, de la vida, de la acción del espíritu, llevar esa lucha, ese conflicto, esa contradicción, sino superarlos en su maraña (no es la contradicción lo que es fecundo sino el movimiento). Superarlos pero manteniendo en la *síntesis*, que es su victoria, la unidad de los contrarios en un plano superior. Este, a su vez, encontrará en esa síntesis un nuevo punto de partida que suscitará a su antagonista. Y así, culminados los términos de un proceso, en un movimiento sin fin. La contradicción es creadora en cuanto obliga a ser superada. (\*)

(\*) El texto ha sido reconstruido desde la frase que comienza “Y finalmente...” hasta el final del párrafo. La fotocopia que sirvió de base a la presente edición, contiene varios interlineados, algunos horizontales, entre líneas y dos verticales sobre el margen izquierdo, todos a máquina, todos retocados, casi todos reescritos. Al guillotinar la fotocopia para su encuadernación, resultó mutilada la primera de las dos líneas de interpolación vertical, imposible de reconstruir. Cabe lamentarlo, aunque certifica, todo esto, una vez más, la tenaz búsqueda del matiz que caracteriza tanto el estilo como el pensamiento de Carlos Real de Azúa. En este caso la mutilación de la línea afectó un pasaje decisivo de su tránsito por los abismos de la dialéctica. La fotocopia (págs. 8/89) documenta además la escrupulosa atención que Real de Azúa desplegó para explicarse el sistema de contradicciones, pilar del método dialéctico. (N. del E.)

Es claro que frente a estos ingredientes fecundos de un pensamiento dialéctico el marxismo vulgar alinea toda una serie de puerilizaciones que suscitan el rechazo. El carácter infaltable, infalible de la superación es un simple artificio lógico de esa negación de lo trágico que es argumento menestero del epidérmico y tan inconvincente optimismo marxista. Las confusiones en convertir en “opuesto” y por ello superable lo que es “distinto”, simplemente (como observaba Croce) es otra, no siempre distinguible de la proclividad a hacer contradictorias entidades que ni siquiera son “distintas” en cuanto ser distintas dos cosas implica pertenencia a algún plano genérico común. Las consecuencias comunes son el de producir una especie de juego de abalorios intelectual por el que todo se justifica y se resuelve y se calman todos los escrúpulos de la mala conciencia. Y si se agregan las objeciones que esta seguridad pueril que la dialéctica puede prestar, recuérdese también que en casos infinitamente numerosos el triunfo de una tesis sobre otra no importa síntesis y en otros igualmente cuantiosos los conflictos subsisten, aun en un plano más elevado. Y si tiene razón la objeción marxista de que Bergson identifica “siempre” la totalidad abierta con lo informe y lo inefable la misma objeción merece la objeción marxista de que la totalidad abierta no pueda adoptar en casos ejemplares y cimeros esa informalidad y esa inefabilidad que perturban a su limitado y presuntuoso racionalismo.

### TRES CONCEPTOS FUNDAMENTALES: LA PRAXIS Y LA ALIENACIÓN

El pensamiento conoce al crear y crea al conocer: éste es otro de los “lugares comunes” que el marxismo ha consagrado en el pensamiento contemporáneo pero sólo una visión histórica de los términos del problema es capaz de advertir la riqueza y la

eficacia con que su noción de “praxis” tendió a romper las dicotomías radicales de acción y de conocimiento de teoría y de práctica. En un plano elemental el concepto de praxis vale por la coordinación de la teoría de la acción, iluminándose, enriqueciéndose mutuamente, orientándose, corrigiéndose, el ideal de un “conocimiento operante” convertido en brújula segura entre el oportunismo ciego y la abstracción utopista. En un plano más hondo, la praxis alumbró la trascendencia infinita del trabajo humano, de la operación, de la acción “transitiva” sobre las cosas, revelando las potencias humanas, dando al hombre la plena medida de su ser, relacionándolo de la manera más honda y más nutricia con el universo externo a él, consagrando la primacía de una moral de lo “externo”, de una ética de resultados” sobre una ética de “intenciones” y todas las normas inoperantes de una latente e informada “subjetividad”. Simétricamente, la praxis importa también la confianza de poder penetrar en la naturaleza infinitamente rica, en la que por el doble medio de una acción apoyada en el conocer y de un conocer apoyado en el hacer, el espíritu humano se irá acercando cada vez más a la suspirada meta, inalcanzada pero alcanzable, humana y deífica del conocimiento absoluto.

### 25. TRES CONCEPTOS FUNDAMENTALES: LA ALIENACIÓN

Nacida, como era previsible, en un contexto antropocentrista, inmanentista, materialista, autonomista, optimista, toda la intergiversable, toda la auténtica querencia humanista del marxismo encontró en la noción de “alineación”, de *Entfremdung*, su clave fundamental. Su sustancia es más fácilmente formulable que otros conceptos esenciales de la doctrina: todo lo que es creación del hombre, todo lo que lleva su sello y depende de él se “hipostasía”, se acuña en entidades: Dios, Estado, dinero, mercancía, ideología, que escamotean a través de un velo en engañosas relaciones esta nacerencia y dependencia del hombre, que transfieren y enajenan su propia sustancia a

entes aparentemente superiores y ajenos a él. En Hegel la Idea se aliena en el mundo hasta recuperarse finalmente a través de él; en Marx el hombre se aliena en la alienación política, económica y religiosa para recuperarse concretamente a través de la liberación revolucionaria. Que muchas de estas alienaciones son reales puede tener la validez de una verdad inconcusa: la simple experiencia cotidiana del sentido común puede mostrar hasta qué punto la alienación política del Estado, la alienación económica del dinero y la mercancía puede trabar hasta la asfixia nuestras vidas. Que el esfuerzo por superar históricamente estas alienaciones, que la aspiración por destruirlas sea positivo, es algo que también puede conceder al marxismo el espíritu más alejado de él. Pero las bases filosóficas de la concepción marxista del hombre pueden, en cambio, arrojar dudas y plantear reservas sobre qué importan realmente algunas de estas alienaciones y qué significado arrastra el destruirlas o superarlas.

El problema yace en suma si en todo lo que “trasciende” al hombre es lo que aliena, de si el movimiento dialéctico hacia la libertad humana termina en el tramo en que el hombre, destruidas las alienaciones, ha recuperado su “personalidad”, su individualidad plena. El marxismo tiñe de colores seductores y hasta poéticos esta etapa en la que, como dicen Guterman y Lefebvre, la “idea” se hace una con la conciencia del hombre, que acaba conociéndose a sí misma condicionada por la praxis, por la historia y por una “naturaleza” a la que el hombre terminará superando por el trabajo en un movimiento de posesión de carácter eterno, que le permitirá al mismo tiempo captar su reflejo en esa naturaleza entera y elevarse por último al Espíritu, a la lucidez, a la libertad, a la esencia humana. La dialéctica (en puridad el marxismo todo) despoja a la naturaleza de su estremecimiento panteístico, de su magia y su misterio, del sentimiento de un parentesco antropomórfico con el alma del mundo; la materia, la naturaleza no está penetrada de

“alma” ni es amistosa; pero tampoco es indiferente ni hostil ni muerta: concentración de energías, despliegue de fuerzas es elevable, dramáticamente, es posibilidad de Vida y de Espíritu. El hombre y su trabajo no la fuerzan, no la violentan: el hombre es parte de la naturaleza y a la vez se conquista a través de ella, humanizándola así, con una acción que no es “la acción por la acción misma” y que importa una relatividad que lejos de comprometerla es parte ínsita de ella (Guterman y Lefebvre: *¿Qué es la dialéctica?*).

El hombre será así recuperado en la plena hondedad y aun antes de ello la coerción de los hombres será sustituida por “la admiración de las cosas” cuando la lucha de clases, última forma de la contradicción en el plano biológico, haya sido vencida.

Tan hermoso panorama, sin embargo, no consigue eludir dos objeciones de naturaleza fundamental. La primera es la de que tan hermoso esfuerzo de victoria, sobre todo lo que de “deshumanizador” tienen las alienaciones, cuaja en el pensamiento marxista en un ideal inocultablemente basto, barato, de “felicidad”, de Vida, incalificada, de desarrollo horizontal, que ve las raíces del infortunio del hombre nada más que en las frustraciones y limitaciones sociales y hace *quantité négligeable* las inexorables realidades de la Muerte y la finitud del ser humano. Este craso optimismo que, según Baran, “es la única premisa que no puede probarse pero que tampoco necesita ser probada”, representa de cualquier manera una imagen del ser humano tan recortada por los dos extremos que es de suponer que sólo una estricta y recelosa policía cultural pueda mantener vigente, y esto por un período difícilmente previsible, en el medio intelectual más penetrado y trabajado por lo que de sano, de creador, de positivo tiene la posición marxista.

Descartar, con todo, lo que Dostoievski (que tal vez sabía algo del hombre) llamara “*las fuerzas del subsuelo*”, los elementos bióticos de los que nacen tantos de los monstruos que obse-

den tantas vidas, puede ser, empero, lo menos significativo: es posible asentir que muchos de ellos, si no todos, no tienen estricta “causación social”, pero sí claro “condicionamiento” en contextos sociales que pueden variar y apaciguarlos decisivamente.

Mucho más importante es que la misma noción marxista del hombre y de la liberación de las alienaciones (con todo su dinamismo, con toda su poesía) encierren a este mismo hombre “liberado” en una totalidad inmanente, en una “inmanencia” en la que no caben otros entes que la materia todopoderosa, la potencia física y humana, el hombre divinizado, la sociedad, la colectividad idolizadas. Este ámbito, último término clausurado, jaula de oro, es estrictamente horizontal, sólo puede ser tal si se aceptan las dos negaciones marxistas. Una es la de que toda “despersonalización” es irremisiblemente alienadora y no, por el contrario, el último término de un movimiento dialéctico cuya instancia anterior es justamente la personalización. La otra es justamente la de que esta “despersonalización” no pueda ser el acceso a una “trascendencia”, la comunicación con una realidad situada más allá de lo humano, de lo material, de lo social, espiritual, en suma, informe, numinosa, inefable. El marxismo sostiene que esta vía estuvo representada por las tentativas “del pasado” por liberar al hombre de las alienaciones (así lo reconoce, lo que es algo), pero lo realizaron bajo figuras obsesionantes y trágicas, bajo el signo del Mal, del Pecado, de la Expiación. La busca utopista del “Bien absoluto” alienó a su vez al hombre en hipóstasis y entidades místicas (en Dios, en suma), pero esto se hizo a costa de servir: 1) a todas las opresiones y desviar las energías del hombre de su propia y eficaz liberación; 2) de mantener la escisión interior del hombre, el desgarramiento que impide a todo ser lograr su unidad espiritual; 3) de enmascarar la falta de poder concreto sobre la naturaleza por medio de formas de irracionalidad, de misticismo, de éxtasis que hacen norma el apartarse de ella. Pero ese poder concreto es obtenible hoy y la victoria sobre las alienacio-

nes puede lograrse en toda la línea sin transferir el repudio de unas a la aceptación de otras.

La discusión de estas ideas marca probablemente el plano de aceptación de repudio más decisivo al marxismo todo. No en vano ellas están invisceradas en el marxismo todo y por eso habrá que volver sobre lo que representan en varios puntos de este ensayo.

Aventuremos aquí, simplemente, que no es legítimo negar en bloque todo el *"hombre del subsuelo"*. Que no es legítimo postular apodícticamente una armonía preestablecida del hombre y lo contingente de todos sus conflictos. Que no hay relación necesaria entre la aspiración a la comunicación con la trascendencia y la obsecuencia a los poderosos del mundo. Que no es científico negar la realidad indisputable de estas mismas experiencias de una "realidad", de una totalidad trascendente a todo lo humano, lo material y lo social. Que no es prudente identificar lo que buscan esas experiencias de despersonalización, comunicación y trascendencia y lo que puede proporcionar el dominio técnico, material, predatorio, sobre la naturaleza y la vida. Que es simplificador y miope, en suma, hacer de "la libertad" el "reconocimiento de la necesidad" y el acorde preestablecido del individuo y lo social mutilando de ella todo lo que tiene de discordia, drama, elección, resistencia y aventura. Que no es sensato negar, por fin, que en cierto reducto inabordable, "la vida es trágica" y que toda doctrina que lo niegue parecerá a todos los hombres, en algún momento decisivo de sus vidas, mentirosa y pueril.

Que una dialéctica liberadora del hombre puede frustrarse por la univocidad tan polemizable de sus postulados filosóficos y antropológicos, puede valer por un buen ejemplo de esta necesidad de liberar las "verdades regionales" del marxismo de su contexto general y tratar de dejarlas libres para que vivan la vida de la historia y, en nuevas recomposiciones, recuperen, y muchas conserven, su pleno sentido.

## 26. INFRAESTRUCTURAS, SUPERESTRUCTURAS Y TOTALIDAD

Todo lo hasta aquí recapitulado podría condensarse en ciertas afirmaciones de ancha circulación y cuyo único funcionamiento poco podría hacer para dibujar un marxismo cabal: lo cierto es que el materialismo, la realidad y la historia son dinámicos; el conocimiento y la acción no son independientes; el hombre debe ser liberado de sus ligaduras. Lo que ahora sigue, en cambio, puede considerarse el meollo del marxismo, su más céntrico núcleo de irradiación.

Empecemos por la afirmación capital: las fuerzas de producción y las "relaciones de producción" humanas que sobre ellas se determinan constituyen la "infraestructura social" sobre la que todo lo demás, todas las "superestructuras" se edifican y son determinadas (cultura, derecho, moral, artes, religión, Estado, ciencia, política). El marxismo hace clave de su pensamiento práctico este causalismo de "infra" a "superestructuras" pero si se atiende a la menuda formulación de la doctrina es dable observar algunos aspectos sumamente reveladores.

En sus cartas a Joseph Bloch y a Conrad Schmidt, Engels sostenía al final de su carrera intelectual que tal radical afirmación había sido acentuada por la necesidad de reaccionar contra la ignorancia de los vínculos que unen las realidades económicas con los otros fenómenos sociales. Pero antes de eso, frente al ejercicio menudo de su clave interpretativa tanto Marx como Engels realizaron una serie de atenuaciones a lo que sería, con el tiempo, un dogma fundamental de su doctrina. Sí, las infraestructuras engendran las superestructuras, pero 1) las "superestructuras", sean ellas derecho, Estado, religión, arte, etc. poseen una "autonomía relativa", 2) sufren la influencia, a veces decisiva, de sus "tradiciones internas", de su desarrollo endógeno, 3) se relacionan entre sí, con importancia muchas veces considerable, 4) sobreviven a las "infraestructuras" que las engendraron, con un desarrollo supérstite

retardado pero también 5) se adelantan muchas veces a la plena configuración de las infraestructuras que en estricta lógica deberían engendrarlas con un desarrollo “precoz”, anticipado, que es antítesis del anterior. A la vez las “infraestructuras” no siempre actúan directamente y de manera muy frecuente una “superestructura” se mueve no bajo el impacto de ella sino de otra de su categoría (por ejemplo, lo económico actúa casi siempre a través de lo político sobre las superestructuras restantes). Pero también en este período decisivo de un cuarto de siglo en que estos conceptos se perfilan (1850-1875) un rezago de los modos de pensar kantianos llevó a sus oradores a pensar que las infraestructuras daban la “materia” que entraría en los módulos de una “forma” que las mismas superestructuras implicaban.

Todo esto y todas las innumerables concesiones de detalle que a la noción capital se le hicieron es harto conocido. Igualmente una circunstancia capital que no dejó ni ha dejado nunca de causar embarazo: las fuerzas de producción son lo decisivo, pero ¿qué las hace cambiar, qué las modifica sino cambios científicos, transformaciones técnicas que hay que considerar de estricta naturaleza “superestructural”? Todo el círculo aparece mordiéndose la cola, si vale la expresión (y vale, indudablemente).

Una calibración cautelosa y leal del marxismo tiene en este punto que tomar cuidadosa posición. Todas estas dificultades determinan diferentes actitudes de muy distinta entidad y muy desigual valor científico. Está, por ejemplo, la alegre proclamación de “un algo más” que algún significado puede tener pero tiene muy poco e implica un quedarse en el umbral del problema. Pienso en afirmaciones como la de Rostow de que “*las fuerzas y los motivos económicos no constituyen una determinante exclusiva y preponderante del curso de la historia*”. Podrá ser cierto, ¿pero es esto una “posición”?

Otra posición más estricta, no ausente de historiadores y de

sociólogos, alienará fenómenos donde la determinación infraestructural parecerá confirmarse y fenómenos donde ella parece desmentida; realizará un juicio entre ellos, fallará de acuerdo a sus querencias, inclinaciones, intereses. Algunos autores declaradamente marxistas, y tal es el caso del ya tan citado argentino Hernández Arregui, buscarán sinónimos, acuñarán expresiones que escamoteen una radical toma de posición: hablar en su *Imperialismo y cultura* de “*proceso histórico y vida cultural*”, de “*fenómenos interdependientes*”, de “*relaciones diluidas*”, “*hipostasiadas*”, “*estrechas aunque esfumadas*” (éstas entre la literatura argentina y la época de Roca-Runciman) no implica, probablemente, una atinencia rigurosa a una doctrina que se dice profesar. Más latitud tienen todavía expresiones como ésta: “*La transformación de las conciencias trae consecuencias prácticas pues no hay un funcionamiento autónomo de la realidad y el pensamiento sino una simultaneidad inescindible, ya que la raíz del hombre es histórica*”.

Cierto es que estas imprecisiones no son características de un pensamiento marxista “ortodoxo” y frecuentemente en él el causalismo infra y super-estructural funciona con un rigor que ni el propio pensamiento matizado de Marx y Engels reclamarían. A esto se puede observar algo que resulta decisivo: es indudable que, con las anteriores concesiones o sin ellas el pensamiento marxista lo explica todo. Pero también es cierto que, como decía Irenée Marrou, “toda” explicación de la historia lo explica “todo” por la sencilla razón que sólo toma en cuenta los hechos susceptibles de ser explicados por ella o descarta, soslaya o hace irrelevantes los que no pueden serlo. Henri De Man en un libro importante y poco conocido (“*La era de las masas y el declinar de la civilización*”, pág. 155), decía que cualquier “*teoría causal se asemeja a un filtro que no deja pasar más que los rayos luminosos correspondientes a su propio espectro*”. Y aun reconocido esto, ¿alguien que recorra escru-

pulosamente las distintas etapas del desarrollo económico que el pensamiento marxista (a la altura de los conocimientos de historia económica disponibles hace un siglo) elaboró y fijó al parecer irrevocablemente, podrá dejar de percibir que adolece en su mismo rigor lógico casi apriorista de oscuridades gravísimas, que el propio paso de una etapa a otra no se explica por un aparato conceptual uniforme? Y aunque reconozcamos que la descripción de las últimas etapas coincida *grosso modo* con nuestra propia concepción actual de la historia económica, si esto ocurre con la historia económica, caballo de batalla de la propia doctrina, ¿qué no ocurrirá con la historia de otros fenómenos muy heterogéneos a ella?

Crear que uno de los valores decisivos del marxismo fue el de centrar la atención sobre la importancia de los hechos económicos y en especial de los procesos de la producción, puede quedarse en el lugar común. Pero ya se levantan de él algunas soluciones que a la insatisfacción que su unilateralismo provoca ha suscitado.

Y alineemos simplemente algunos elementos de ellas. ¿Existe –por ejemplo– el hecho económico “puro”? ¿No pueden dividirse los sistemas, como se preguntaba Saint-Exupéry, entre “sistemas que explican más” y “sistemas que coordinan mejor”? ¿El simplismo causalista de fuerzas de producción –relaciones de producción– superestructuradas no reclama el traspaso a una noción más flexible de interrelación, de simultaneidades, de correlaciones, de trabazón de todos los fenómenos? Decía el ya citado Henri de Man: “*la imagen más fiel es, a fin de cuentas, la obtenida por un procedimiento análogo al de la impresión en colores, para la que se utilizan simultáneamente tres o cuatro placas, cada una de las cuales reproduce un sólo color especialmente filtrado en el negativo: cada negativo es un esquema; sólo el conjunto es verdadero*” (op. cit. pág. 157).

Si a todo esto se atiende, no resulta casual que mismo en el pensamiento marxista (Lukacs) y en buena parte del afín a él

(Merleau-Ponty) la noción de totalidad se abra paso como instancia final de una múltiple indagación y de un extenso ejercicio de las nociones de infraestructura y superestructura. El gran mérito del marxismo representa para ella haber marcado ese carácter de totalidad con que todos los fenómenos sociales se imbrican, relacionan, entran en conexión. Sean culturales, económicos, políticos, religiosos, científicos, ningún fenómeno corre aisladamente en la gran pista del tiempo histórico. Merleau-Ponty señala así que el materialismo histórico es esta conciencia de la trabazón de todos los fenómenos y no pura, y linealmente, la de la preeminencia de una serie de ellos sobre todos los restantes.

Si a lo anterior se le juzgara un sincretismo más o menos ambiguo, atiéndase que esto no implica que los caracteres de cada etapa histórica no puedan dar prioridad esencial, “radical”, básica a una clase de manifestaciones y a que, nacido en la etapa más despiadada del liberalismo capitalista, el marxismo no haya subrayado la condición estructural de una economía que fue instrumento de la esclavización (y un paso también para él hacia la liberación) de las grandes multitudes sufrientes que programó desde entonces redimir.

## 27. VIDA Y CONCIENCIA: CAUSACIÓN Y CONDICIONAMIENTO

La explicación determinista de las superestructuras por las infraestructuras revierte sobre el sustrato filosófico del marxismo y replantea algunas de sus sustanciales deficiencias. Caen bajo el signo general de su mecanicismo, no superado por el ingrediente dialéctico por más que esfuerzos meritorios se hayan realizado en tal sentido.

La afirmación sustancial, en suma, es la de que la materia origina la existencia y ésta la “conciencia”; de que el orden real es éste y no, como lo tienden a afirmar las posturas idealistas, el inverso. La existencia, en síntesis, “crea” la conciencia y todo lo que ésta, a su vez, crea. Tal el “lugar común” marxista o,

mejor, el marxismo reducido a este lugar común. Claro que tentativas más afinadas le dan otras fórmulas: no hay pensamiento sin vida, sin naturaleza, sin materia; es una dogma del "realismo crítico" más inobjetable la existencia del mundo exterior; existe una relación entre el pensamiento y el organismo; la conciencia no es un epifenómeno de lo económico y lo biológico: el mecanicismo no es verdadero; afirmar la conexión de "materia" y "vida" como grados de lo real es simplemente afirmar su interdependencia y repudiar su radical pluralismo; sólo imposta, en último término, que se acepte por "materia" todo lo que existe con independencia de la conciencia de los hombres y de que el principio fundamental a salvar es que naturaleza y existencia sean "anteriores" al pensamiento (Guterman y Lefebvre, op. cit.).

Tantas conexiones pueden permitir la inferencia —y esto sin malignidad— de que la propia conciencia del marxismo respecto a este punto fundamental de su doctrina no es muy doctrinaria. Y si el recopilador no marxista se coloca fuera de la altura histórica de la polémica materialismo—idealismo tal como se desplegaba hace un siglo, puede concluir, sin muchas dificultades, que no es la enérgica afirmación de lo exterior, el subrayado del "afuera" lo que hoy lo hace tan difícil de aceptar, sino la naturaleza fotográfica, estrictamente mediatizada con que la conciencia es concebida respecto a la existencia. Hoy es, a su vez, un lugar común de la filosofía contemporánea que no hay existencia sin conciencia que la perciba ni conciencia que no sea "conciencia de algo" trascendente, exterior a ella. Hoy tampoco es imposible aceptar que "la conciencia es servidora del ser", pero en un servicio que coloca conciencia y existencia (física, vital, social) en situación de interdependencia, de simultaneidad, de coexistencia y, en suma, y sobre todo, de "inescindibilidad". Pero todo esto sin que haya jamás identidad entre una y otra y, también, de que nunca una sea "reductible"

una a la otra, cualquiera sean las direcciones en que esta reducción se intente.

Agréguese a esto, aunque sea un rasgo implícito de lo ya desarrollado, todo lo que la construcción implica en el sentido de reducir lo espiritual y lo ideal (provisoriamente sinónimos) a lo "psicológico"; la inclusión, por tanto, en los cambiantes fenómenos de la psique de "ideas", "ideales" y, especialmente, "valores".

## 28. IDEOLOGÍAS E INTERESES

Ya se ha expuesto (lo someramente que admite esta demasiado ceñida recapitulación) el doble concepto de infraestructuras y superestructuras. Ya se ha expuesto igualmente la primacía que el marxismo le asigna a la existencia, a la real materialidad respecto a la conciencia, con relación igualmente determinante. Pero, sobre todo, la existencia es social; la conciencia es social; las infraestructuras y las superestructuras son sociales. De esta doble vertiente —en realidad dos caminos, perspectivas— se llega al mismo punto. El punto común es el de que la existencia social del individuo, su pertenencia a la posición que un grupo de hombres ocupan en el proceso productivo, sus "intereses", su clase, determina su "conciencia social", sus convicciones, sus ideales, su "ideología".

La noción de que la "situación", en suma, económico-social de cada uno es lo que determina su "ideología", es seguramente el concepto capital del marxismo como instrumento de análisis social, como herramienta histórico-crítica. Y al margen de todas las reservas y observaciones que a este verdadero "dogma" puedan hacerse, aventúrese que no es destructible, desde ya, el mérito de que el marxismo haya señalado lo existente entre la vida espiritual y la situación que el hombre ocupa en la estructura social.

Con tal aceptación deben comenzar, sin embargo, las reservas.

1) ¿Qué es una “ideología”? En una famosa carta a Franz Mehring, Engels señalaba la extrema ambigüedad del término que él y Marx habían utilizado aunque no, como está perfectamente establecido, inventado. Puede identificárseles, con todo, con estructuras mentales socializadas, es decir, generalizadas, supraindividuales. Puede agregársele a esa característica, otras: la de disimular algo, la de ser engañosas, la de ocultar bajo una capa de presunta, de falsa universalidad algún interés demasiado concreto, demasiado inconfesable. La carga despectiva que Napoleón le dio al término, se arrastró a través de todo el marxismo y no fue superada por la posibilidad de que haya una ideología correcta, sana, verdaderamente universal (como el marxismo, es claro, declara serlo). Pero aun salvada esta ambigüedad, ¿son igualmente “ideologías” un sistema de ideas sociales o económicas, un principio político, una religión, una moral, un estilo artístico, una doctrina científica?

2) Y suponiendo todas estas formas espirituales hechas de una sustancia ideológica común, ¿la situación del hombre en la clase, en sus intereses, las causa o las condiciona? Es decir: ¿hace de esas ideologías un simple “efecto”, un “producto”, un “resultado” o, por el contrario, les imprime una forma, una dirección, un avatar determinado a una sustancia de ideas y valores preexistente, general, independiente de esos factores que, en suma, se reducen a *condicionarla*, a darle una encarnación concreta determinada? La existencia de valores, ideas, esencias “universales” y dilatadísimas consecuencias morales, políticas y culturales se esconde bajo esta dicotomía aparentemente técnica o verbal.

Si es observable que en sus famosas páginas prologales a la *Crítica de la economía política* Marx emplea el término condicionar, el marxismo vulgar se inclina invariablemente a la noción de “causación”, caiga en esa “falacia reductiva” del “no es más que” de la que tantos de sus adversarios afirmaran que es su más íntima sustancia. Formas religiosas, sociales, mora-

les, artísticas serían así “reflejo” de las infraestructuras, ya que el marxismo con todo su indisputable rigor científico recurre a menudo a estas palabras-imágenes tan imprecisas (conceptualmente) por sí.

Para una recapitulación “no-comprometida” del marxismo, el juicio de estas dos imprecisiones no es demasiado arduo. La infraestructura, primero, la situación, la conciencia de clase, actúa mucho más profunda e incisivamente sobre ciertas formas espirituales que sobre otras. Para algunos, y es sólo un ejemplo, marca los “ideales”, pero no “las ideas”. Para otros, y era el caso de Max Scheler, la doctrina marxista podía y puede ser aceptable en lo que a las “ideologías” estrictamente se refiere, esto es, a la universalización doctrinal de intereses políticos, económicos y sociales. Mucho menos aceptable le resultaba para todas las otras formas espirituales que al moverse en planos cada vez más universales (moral, arte, religión) escaparían a toda noción de “causación” sino de “condicionamiento” pues nada de lo creado o recibido por los hombres está angélicamente inmune de tiempo y de espacio.

A esta distinción crecientemente aceptada en todo marxismo no profesional (tal la reciente y brillante exposición de Georg Hauser) se ilumina y simplifica también la dicotomía de causa y condición. Por mucho que se rechace la falacia del “no es más que”, no tiene sentido negar que muchas de las formas espirituales no nazcan entre otros factores de los que el marxismo categoriza como “causas”. Que no surjan exclusivamente de ellas es otra cosa; no implica que las formas espirituales (“ideológicas” o no, según la latitud con que empleemos el término) no estén ligadas a situaciones, intereses e infraestructuras, no estén condicionadas en su expresión por ellas, en concomitancia, en interdependencia con ellas.

La distinción –y la aceptación que en puridad la atenúa– se encuentra con la noción de los “grupos de lo real” que desde tantos ángulos el pensamiento contemporáneo maneja y por el

que accede a la solución de tantas falsas dicotomías e insolubles tensiones. Si hay “grados” en la realidad (material, biológica, psicológico-social, espiritual) el esquema sólo cobra validez hermenéutica si es que aceptamos que cada grado está justamente “condicionado” por el inferior, no “causado”, ni reducible a él, y posee en su plano intrínseca legitimidad y autonomía relativa.

Esta noción de “condicionamiento” es lo que explicaría, por ejemplo, el hecho (que el mismo análisis marxista acepta) que a una misma infraestructura puedan responder superestructuras diversas: la noción de condicionamiento importa la noción de latitud y lo condicionado siempre puede resultar distinto si los dos entes (ideales, valores, espíritu en nuestro caso) no son estrictamente iguales. Para un ejemplo del uso magistral que la noción de condicionamiento económico-social puede tener en un historiador no-marxista, habría que transcribir enteramente las páginas que George M. Trevelyan dedica a los móviles de la Revolución Puritana en Inglaterra (*Illustrated English Social History*, volume two, págs. 90-102). En suma: una revolución sin móviles sociales y económicos (ni redistribución de riquezas, ni reforma de la sociedad, ni lucha de ricos y pobres), sólo lucha de ideas políticas y religiosas, de “Iglesia y Estado”. Pero la elección de los lados de la lucha estaba predeterminada por circunstancias económicas y sociales, con el Rey más *lords*, más *gentlemen*, más hombres salidos de las regiones donde había menos cambios en el sistema económico feudal. Con el Parlamento y los puritanos más *townfolks* y más *yeomen*, más hombres salidos de las ciudades y de los medios económicos en los que se idealizaba crecientemente el trabajo y el esfuerzo. Con muchas excepciones, la división político-ideológica siguió en líneas generales ciertas divisiones de tipo social. Pero tras estos condicionamientos de elección, todavía, encontraba otro más general: el desarrollo económico y social fue condición de las grandes disidencias: las “sectas” religiosas del siglo XVII

sólo pudieron surgir en una sociedad donde podía darse un gran margen de independencia económica y personal.

## 28. EL SÓTANO Y EL ALTILLO: EL INDIVIDUO Y LA SERIE

El precedente análisis, groseramente reducido, nos permite, con todo, precisar las dos grandes fallas que al marxismo, crecientemente, se le señalan. Estas son: que la acción de las infraestructuras sobre las superestructuras es demasiado lejana, o como decía Hernández Arregui, “esfumada”; que falta un instrumento de indagación preciso de la relación entre ambas. Koestler, en *El yogui y el comisario*, sostenía que en el marxismo faltan ascensores entre el sótano y el ático (o, para hablar en términos rioplatenses, al altillo, o la azotea). Otro autor, sin duda más respetable para la izquierda, Jean-Paul Sartre, en su densa y poco explorada *Critique de la Raison Dialectique*, señala como falla capital del marxismo una “teoría de las intermediaciones” o por lo menos de “ese marxismo perezoso (que) pone todo en todo, hecho de hombres reales los símbolos de sus mitos; así se transforma en sueño paranoico la única filosofía que puede realmente captar la complejidad del ser humano. Situar (...) es poner en relación de una parte la universalidad de una época, de una condición, de una clase, de sus relaciones de fuerza con otras clases y, por otra parte, la universalidad de una actitud defensiva (práctica social o concepción ideológica). Pero este sistema de correspondencias entre universales abstractos está construido expresamente para suprimir el grupo o el hombre que se pretende considerar” (*Critique de la Raison Dialectique*, París, 1960, pág. 43). El análisis con que Sartre ilustra esta afirmación general, la explicación de Paul Valéry en la ideología de la burguesía decadente, es sencillamente magistral; pero su misma sutileza deja pendiente la duda de si esta falta de una teoría marxista de las intermediaciones es el resultado de la pereza intelectual o de

una real imposibilidad que destruiría la eficacia de funcionamiento del sistema todo.

La falta de ese mecanismo de intermediaciones, como el propio texto de Sartre lo ilustra, se hace sentir, ya se decía, en una doble dirección. Entre infra y superestructuras es una. Entre la generalidad y el hombre es la otra. Suele decirse a esto que el análisis marxista es macroscópico y no microscópico, que atiende a grupos, colectividades y clases y no a individuos aislados.

Si se reflexiona, con todo, un instante, cabe una pregunta. ¿Vale como clave explicativa histórico-social una doctrina que saltea el hecho intergiversable de que toda colectividad, todo grupo, toda clase, está compuesta de hombres? ¿Una doctrina que deseche como impertinente, como insignificativo por qué vías, por qué mecanismos los “intereses”, la situación, la posición, las solidaridades de cada hombre inciden, determinan, causan o condicionan su –o sus– “ideologías”?

### 29. AMBIGÜEDAD DE LOS “INTERESES”

Partamos así del punto en que el análisis marxista se hace fuerte y ante el cual sólo admite la desviación individual como “excepción”. La posición de un individuo en una clase, su situación, sus intereses, su ubicación en el proceso productivo, determinan (o deben determinar) su ideología.

Muchos señalan que la noción de “interés” es alternativamente o simultáneamente deficiente, vaga, o inútil. Saint-Exupéry afirmaba en sus *Carnets* que la idea de que el interés guía a los hombres es una fórmula cómoda y verdadera pero ineficaz; también que tal vez lo explica todo y (posiblemente) no explique tampoco nada. Precisando su análisis el fenómeno de las guerras, en su etapa “nacionalista”, señalaba Thierry Maulnier que en un conflicto desaparezca el sujeto, el tema mismo de lo discutido, que es en aquellos casos, el mundo mismo, y de que en él se exponen los mismos que la desencadenarían (o la

desencadenaron) y sus hijos. Agregaba que las guerras, en suma, no las desencadena el interés, que el interés aboga por la paz y que las guerras son, en suma, la prueba vital de una comunidad frente al destino. Todo esto puede parecer fraseología fascista y en parte, seguramente, lo es. Pero la precedente observación no salva la equivocidad inicial de la noción de “interés”. El más cauto Rostow afirma, siguiendo en parte a Keynes, que con el simple móvil capitalista de ganancia, de utilidad máxima, de interés, no habría “inversiones” si no se agregara a ello el deseo de probar “suerte”, la “satisfacción” no crematística y toda un aura de móviles en los que se puede enunciar el poder, el ocio, la aventura, la seguridad, la experiencia, el prestigio... Y agrega que todos los inversores siguieron, siguen atesorando después que les sobraba para sí y sus hijos (*Las etapas del crecimiento...*, págs. 15, 176, 181).

Aun dejando la sentencia final en suspenso parece que una noción de interés individual identificada a una clase y a una utilidad económica, a una ganancia máxima dentro de ella, resulta en extremo mutiladora y últimamente inválida.

Con todo, vale la pena preguntar algunas cosas. Al razonamiento de Rostow no puede interpelársele en el sentido de si no es la “ganancia” un medio, un instrumento inexorable de todas las otras satisfacciones. Y si esas otras satisfacciones son reales en el individuo, ¿la empresa, que es la real unidad económica del mundo contemporáneo, las siente igualmente? Pensamos, en suma, que uno de los aciertos capitales del marxismo es haber dado un carácter –es cierto que exageradamente apodíctico– pero esencialmente firme a un hecho que la simple experiencia confirma en número abrumador de casos: los hombres, el noventa y nueve por ciento probablemente de los hombres, modelan buena parte de sus ideas, de sus opiniones, de su ideología, de acuerdo –y nunca en desarmonía– con sus “intereses”. El viejo realismo clásico, desde Aristóteles hasta Maquiavelo, no desconoció este fenómeno y el mismo Jesucris-

to, según San Mateo, ya había afirmado que allí donde está nuestro tesoro está nuestro corazón. (Su esfuerzo, sobrelevador, “sublimador”, como hoy se diría, se dirigía a que los seres humanos concibieran un “tesoro” distinto al material: no pensaba destruir el hecho psicológico intergiversable del apego a él.) Y aun podría señalarse que si en otros períodos de la historia el hombre solía determinar sus ideas y su conducta por otros móviles que los de su interés individual y de clase, no es casual que el marxismo haya redescubierto esta aplastante verdad en el hombre inmanentizado, laicizado, naturalizado, materializado del Occidente liberal del siglo XIX.

Sin embargo, y como es común movimiento de esta recapitulación, aquí comienzan las dudas.

¿Hasta qué punto el hombre ideologiza, “racionaliza” (para usar el vocabulario psicoanalítico que aquí sirve); ideologiza o racionaliza, decimos, estrictamente su situación?

Para el marxismo, el obrero que abraza la Revolución se sitúa en una lucha que une dialécticamente su interés y el de la Humanidad toda. No vale por ello como ejemplo. Lo valdría en cambio el “reaccionario”. Un reaccionario definido como aquel que ideologiza estrictamente su situación, cuando ésta es de privilegio y es correlativamente incapaz de imaginación para las “situaciones” de los demás y de simpatía para ellas.

Postulado esto, preguntémos: ¿es común este fenómeno? y aun ¿es posible? y aun ¿es mensurable?

El marxismo y especialmente el comunismo insisten a menudo en que se “le pueden arrancar concesiones a la burguesía atemorizada y debilitada”. Pero ¿hasta dónde es posible hacer ceder en sus intereses a un grupo social sin que pueda decirse que ese grupo no se mueve de acuerdo a unos intereses cualquiera? No es una cuestión teórica insignificante.

Por otra parte, no parece difícil señalar que en cada época de la historia y en cada lugar del mundo el “interés máximo” teórico tiene límites objetivos infranqueables: el interés de las

otras clases y grupos con los que hay que contar y cuyas presiones hay que soportar: aun en sus formas más egoístas el “cierto sentido de compromiso con la comunidad nacional” de que habla Rostow, las necesidades de la competencia por los favores del sufragio universalizado, las imposiciones del impuesto a la renta, etc. Puede imaginarse que, cualitativamente, la aspiración a explotar a sus obreros sea igual en un empresario de 1962 que en un industrial manchesteriano de 1840; es dudoso que esa apetencia se mueva entre límites objetivos similares o siquiera parecidos. Lo que puede querer decir, en suma, es que ni el afán de lucro es fijo ni el más genérico interés tampoco lo es, lo que equivale a sostener que la base sobre las que se “ideologizan” las ideologías es mucho más cambiante, menos general, menos “concreta” de lo que el marxismo supone.

Pero tampoco aquí se agota la cuestión. De igual manera las soluciones o temperamentos, o “ideologías” que estos intereses –aun supuestamente fijos– dictaminan, no son claras ni son unívocas. Y esto es así porque en la historia lo habitual, lo normal es que exista una cierta diversidad –pequeña o grande– de posibilidades a través de la cual un interés puede ser defendido o cuidado –ya sea por medio de una actitud práctica o por medio de una “ideología”. Los intereses, en suma, no dictan casi nunca soluciones unívocas y singulares. Siempre existe, en el caso de las clases altas, la doble actitud, la opción entre la resistencia ciega y el regateo y la coparticipación, actitud esta última que tiene su gran encarnación histórica en la aristocracia inglesa. Y agréguese todavía, para complicar un poco más la apacibilidad del esquema, que lo que puede ser claro “inmediatamente” puede no serlo “mediatamente” –o a la inversa–; que un plano, todavía, es el de las intenciones y otro el de los resultados. Y así, casi al infinito.

Todavía habría que contar con intereses comunes a grupos cuyos intereses, en cierto plano, son contrapuestos y antagónicos. Aneurin Bevan decía que a partir de 1945 entre Estados

Unidos y la Unión Soviética, entre Oriente y Occidente, entre capitalistas y comunistas existía un interés común: el estar vivos, el seguirlo estando. Supongamos que es una excepción, aunque es difícil negar que es decisiva. Y también difícil negar que hay ejemplos menos dramáticos: un buen sistema de prevención de epidemias, de evitación de esos males a los que nadie escapa por rico que sea, es otro también incontrovertible.

Pero también los "intereses" de clase, de situación y las ideologías que determinan, o causan, o condicionan, están constreñidos por otras vías. La de los valores, real o presuntamente "universales", es una de ellas. Difícil es negar el prestigio real de ciertos modelos humanos, de ciertos arquetipos de "desinterés". Pero mucho menos difícil todavía es negar que si esos valores o ideologías universales se hallan causados o condicionados por situaciones o intereses concretos de clase tienen, poseen un campo operacional, un alcance, una real trascendencia que desborda largamente de aquéllos. El respeto que a ellos manifiestan los miembros de las clases llamadas a ser perjudicados por ellos no es siempre hipócrita y a veces resulta, por el contrario, extremadamente auténtico. Pero señálese, como mucho más claro, el caso de su explosividad en medios para los que no fueron concebidos, en medios en los que no se pensó cuando, según el esquema marxista, se les invistió de esa falsa y mentirosa universalidad de las "ideologías". Su impacto creciente, en cadena (para emplear la terrible connotación actual del término) de los ideales de libertad, justicia, igualdad en las clases inferiores de los países coloniales es un caso que ya ha sido mencionado y cuya trascendencia es creciente.

Además, como anotaba Marrou sobre el caso de Albert Sorel, el historiador de la Revolución Francesa, el marxismo supone que siempre la "situación" es servida, ideologizada desde un plano de conformidad. En concreto, que un profesor como Sorel, servidor en cierto modo de la burguesía liberal

francesa, es un servidor de los intereses de esa burguesía y no su real o posible víctima. Aceptando la situación como insatisfacción y sufrimiento para el proletariado, el marxismo tiende a negarla para las otras clases salvo, y a veces a regañadientes, y sólo cuando se acerca a ella, para la "pequeña burguesía". Ante estos fenómenos un marxista relativamente fino como Paul Baran (aunque no demasiado) afirma en el caso de los economistas clásicos ingleses que se sirve inconscientemente a una clase, se es portavoz de ella, no en calidad de escriba servil, lo admite, pero sí en la decisión de servirla, como se decía, "objetivamente". Y agrega que si hay un "contenido de clase" en un movimiento histórico, esto no quiere decir que esa relación se dé en los participantes individuales de esos movimientos. En los movimientos revolucionarios esto sería visible en sus dirigentes nobles o burgueses o intelectuales; en los movimientos burgueses lo común es que en ellos no se actúe casi nunca directamente sino por intermedio de "corifeos".

La observación de Baran confirmaría otra realizada anteriormente y es la de que el análisis marxista es macroscópico y siempre falla en el detalle, o para usar la palabra cara a la doctrina, en lo "concreto". Pero también nos pone frente a una variedad tipológica que vale la pena, por lo menos, mencionar.

Comiencese por los que no conocen sus "intereses", por lo que no son conscientes de su "situación" y no pueden por ello, convertirla en ideología. Muchos hombres están en este caso y especialmente los que pertenecen a esas clases medias que el marxismo configura siempre como "perplejas". Pero el hecho de que haya gentes que no tengan conciencia de clase ni convicciones de acuerdo a ella, sólo podría significar que esa conciencia de clase debe ser revelada, educada y dinamizada (en el caso de las "clases positivas" es claro) contra toda conspiración para ocultarlas, para hacerlas abortar.

El caso de los "indiferentes" el marxismo lo niega bajo los epítetos de deserción, de escapismo, de hipocresía. Pero cual-

quier conocedor de experiencias espirituales sabe, por ejemplo, que la autenticidad de las experiencias de los místicos (sorprendentemente coincidentes a través de la diversidad de siglos, de civilizaciones, de distancias, de lenguajes) es cosa que ninguna investigación seria rechaza. Y el caso de los místicos puede sólo ser el superlativo de una actitud que valora la existencia por experiencias o valores que están más allá de todas las estructuras sociales por diferentes que sean, o porque cualquier estructura social las satisface, o porque todas le son adversas (incluidas en casos las monásticas...) o, simplemente, porque están más allá de todas ellas.

Tampoco es demasiado dificultoso, aceptada la operatividad del inconsciente y la dualidad que ella implica, el caso de los que dicen defender lo que no defienden y defienden lo que no dicen defender. El caso clásico, ya señalado por el fino olfato literario de Marx, es Balzac, teórico de la contrarrevolución y la sociedad tradicional cuya obra (lo que ya sería un poco más discutible) describe, promueve y exalta los valores burgueses. Pero si el ejemplo puede mover a polémica, el fenómeno, en general, es sin duda posible.

Más difícil de encarrillar en el esquema: situación-interés-ideología, dos tipos de hombres que pueden en casos darse juntos. Hay, es indudable, categorías profesionales cuyas posibilidades de vida en otras condiciones sociales las hacen menos aferradas o menos fieles a los intereses de las clases en que accidentalmente están inscriptas (y más indiferentes, por ello, a convertirlos en ideología). En términos rigurosamente actuales pensemos que éste es el caso de los intelectuales, de la mayor parte de los técnicos, de muchos sectores intermediarios de la clase directorial de la industria. Saben que son necesarios en cualquier otro régimen social y esto influye en la latitud, a veces extremas, de sus actitudes ideológicas.

Pero si se atiende al primer caso citado, los intelectuales, "los portavoces" de que habla Baran, se ve también que ellos

representan el paradójico caso de que una clase encuentre casi siempre los hombres que la expresan, los que elaboran las "ideologías" articuladoras de sus intereses, los generadores de sus "cosmovisiones" en hombres que si su aptitud de "articulación" y coherencia los hace aptos para ello no están en manera alguna tan consustanciados con ellas como supuestamente debieran estarlo y que, al mismo tiempo y como si esto fuera poco, son mucho más sensibles a los valores universales de lo que quisieran (probablemente) aquellos que han de ser expresados a través de ellos. Tal podría ser, incluso, el caso del marxismo, ideología del proletariado no elaborada (si se atiende a los tres grandes nombres de Marx, Engels y Lenin) precisamente por "proletarios".

Pero ciñamos todavía un poco más la cuestión; llevémosla a su último reducto. Si las ideologías son elaboradas sobre las "situaciones" y posiciones de grupos y clases, el concepto microcósmico de "interés" es el único que puede servir de intermediario entre esos "universales" al fin, esas estructuras tipológicas y los hombres concretos que hacen la historia. Pero este mismo concepto de "interés", último tramo, pero inexorable en esa posible teoría de las intermediaciones, implica problemas que en el clima del racionalismo hedonista, del materialismo utilitario, plano, del marxismo inicial no se planteaban.

Supóngase que ese interés signifique la ampliación horizontal de las posibilidades, de las fruiciones de la vida por medio de un mayor poder económico. Todo esto no toma en cuenta, como es seguro, la voluntad de muerte, de fracaso y abdicación, tan oscura y tan patente a la vez en tantos seres. No toma en cuenta tampoco los avatares del inconsciente, el peso de lo irracional, los divergentes a veces decisivos de lo sexual y una multitud de factores más. Pero no toma en cuenta, especialmente, el apetito genérico de Poder, tan diferente al poder económico concreto y al concreto interés material.

Para el marxismo ortodoxo, consciente de la importancia de esta tercería, el concepto de Poder es de una vacuidad y superficialidad irremediables. Para el pensamiento conservador de tipo irracionalista y para algunas corrientes psicoanalíticas, el “interés” es simplemente una expresión entre otras, un individuo dentro del género más amplio de una afirmación de la “voluntad de poder”, de afirmación de “vida” que se identifica en último término con la entidad misma de todo lo que alienta y persiste. Parecería cierto el peligro de sustituir una noción como el interés, limitada pero concreta, falible a menudo aunque comprobable también muy generalmente por una entidad de tipo místico, por un rótulo dócil para recibir cualquier contenido. Sin embargo, la noción de Poder funciona positivamente si concebimos el caso, tan a menudo comprobable, en que la ínsita afirmatividad habitual de los hombres, sus apetencias de fruición, de experiencia, de dominio, se vinculan a la posesión de ciertos resortes —el Poder político sobre todos ellos pero también la fama intelectual u otras formas imponderables de prestigio— que aseguren mediatamente (sin la propiedad y sin el apego inmediato a bienes que acarrear disfrutes y también preocupaciones) todas aquellas excelencias de la vida más la de la autoridad (más extensa que la que ninguna propiedad puede conceder) sobre los hombres, más la de ordenar, más la de planificar, más la de calor y gratitud, más, en fin, una amplia gama de querencias que desbordan toda noción de “interés” concreto y mensurable.

Junto, sin embargo, a esta afirmación de tipo egótico, al fin, corre sin embargo —y a menudo entremezclándose con ella—, la excepción que el marxismo acepta plenamente aunque sin prestarle como es natural, el ínsito valor explosivo que en cualquier tentativa de minimizar, de humanizar, de individualizar su análisis podría tener. El marxismo acepta que miembros de clases poseedoras, privilegiadas, por un esfuerzo a la vez intelectual y moral, por calidades de lucidez, de objetividad,

de generosidad (intelectual), de solidaridad humana (ético) puedan ponerse del lado de las clases desposeídas e incluso presidir su lucha. Desde 1870 se hablaba en la oprimida Rusia zarista de los “nobles penitentes” de los que seguramente fue Tolstoy el ejemplo más universal. Más frecuente resultó todavía el fenómeno en las clases medias ciudadanas e intelectuales. Todo esto contribuía a señalar que no sólo el “origen” del hombre social es importante sino también su vocación, su “elección” (por más que se insista en que el origen es lo importante porque es la realidad y lo otro pueda ser sólo engañosa conciencia). La filosofía política clásica invocaba a “la virtud” como autora de estos milagros (Faguet, *Politiques et Moralistes*, I, pág. 30). Lo importante, con todo, es que con atenuaciones o sin ellas se reconoce que “los intereses de clase” y las “conciencias de clase” que ellas engendran no son moradas sin ventanas a los valores universales, orbes sin comunicación a esa “objetividad” que el marxismo pretende monopolizada originariamente por la clase obrera y sus representantes.

La historia demuestra que mismo en el caso de “grupos” es menos infrecuente de lo que se cree el hecho de que núcleos de hombres nieguen radicalmente las situaciones y las ideas sobre las que se basa su disfrute. Cualquier historia del hinduismo menciona la negación que la clase brahmánica hizo de los sacrificios que la enriquecían y afirmó la de la contemplación pura que para nada necesitaba de ella.

Es apasionante contemplar cómo un practicante de un marxismo vivo aunque elemental —si se quiere— (y me refiero a Fidel Castro en su famoso discurso del 1º de diciembre de 1961) intenta explicar este fenómeno que choca consciente o inconscientemente con esquemas recién aprendidos. Castro “sabe” por saber interior que los “ciento ochenta de Sierra Maestra” que resolvieron un día realizar una revolución de tipo socialista que chocaba con todas sus situaciones de “clase” y las reducían a polvo, son un desmentido vivo a la causación situación-

ideología. (Como no fuera la precedente noción de Poder, en toda su amplitud la que realmente hubiera funcionado...) Pero lo que importa ahora es señalar que Castro plantea el caso del "individuo honesto", del "capitalista", del "filántropo" que se adhiere a la revolución y es capaz de obrar sobre "sus intereses", aunque sea a título de "excepción". Menciona después a los pensadores revolucionarios salidos de la "pequeña burguesía" a la vez por "honradez neta" (lo que traducido equivaldría a decir: por una capacidad de pensar con coherencia y convicción, no-ideológicamente) y por "*haber ido a las universidades*" (haciendo así a la educación un sinónimo de objetividad que niega su mismo carácter de superestructura y su instrumento de consolidación de "ideologías").

Pero aun descartemos, no sólo con las balbuceantes explicaciones del gran Fidel, la "habitual" operancia de estas divergencias entre situación e ideología. Acéptese como ley de los grandes números que el noventa y nueve por ciento de los hombres en el noventa y nueve por ciento de las circunstancias deciden sus ideas por sus intereses y su situación de clase. ¿No sería posible demostrar que en los virajes decisivos de la historia, en las grandes crisis que suscitan como ningún otro clima grandes corrientes de abnegación y de generosidad, el restante uno por ciento de los hombres en ese restante — digamos— uno por ciento de las ocasiones el que toma las grandes e irrevocables decisiones, el que las impulsan y las consolidan a veces por la persuasión, y a veces por la violencia, y a veces por el terror y a veces por todos estos medios entremezclados y confundidos?

Aun podría darse vuelta —obsérvese para terminar con este punto— la noción marxista. Podría decirse que la situación que se ocupa en el orden de las "relaciones de producción" y de clase permite develar y experimentar ciertos valores o hacerse ciego para ellos y vivir o experimentar otros distintos y hasta antagónicos. La conformidad económica y social de los satisfechos

les impide ver la miseria de los hombres, el triunfo de la avaricia, de la desigualdad, de la injusticia, los valores del desprendimiento, la abnegación, la solidaridad. Toda concesión, toda renuncia puramente verbal, "declarativa", se recubrirá, desde esa perspectiva de hipocresía y nauseabunda moralina. Suscitará el odio, lo que Saint-Exupéry llamaba "*el justo odio contra aquellos que, por azar depositarios de bienes materiales, lo son también (por el mal poder separador de la noción de clase) de bienes espirituales*" (Carnets, pág. 26).

De esta situación puede extraerse además la contraverdad de que también desde ciertas situaciones no pueden vivirse con autenticidad ciertos valores, religiosos, de trascendencia, estéticos; no puede accederse a ciertas realidades, el cielo límpido del ser, de la soledad vencida, del espíritu incondicionado, del amor pleno: ¿es normal que se acceda a ellos desde el plano de la extrema miseria o desde estilos de vida como el del "hombre de negocios" capitalista? "Normal" lleva implícita la noción de "habitual" y admite, como es lógico, todas las excepciones, todas las anormalidades y excepciones posibles. Pero lo que importa aquí supremamente es una hipótesis plausible: la de que la situación en una clase o en un orden de intereses no sólo produce, suscita ciertos valores o ciertas ideologías: también permite o dificulta "develar" ciertos valores, ciertas ideologías con más o menos esfuerzo o mayor o menor espontaneidad, "acceder" en suma a ciertas realidades no materiales se llamen ellas ideales, ideología o valores.

Esto supone, como ya ha sido dado presumirlo, la cuestión de la relación entre la conciencia de clase y lo universal.

### 30. CONCIENCIA DE CLASE Y UNIVERSALIDAD

Si toda ideología es "de clase", si no hay ideología "fuera" o "por encima" de las clases, si toda superestructura es creada por una dada relación infraestructural, no podrían existir en puridad conceptos universales comunes a ellas ni valores

universales; cada época y su determinado signo económico tendría que traducir a su propio lenguaje la escondida significación de las nociones más abstractas.

Nótese para empezar estos insistidos “ni fuera” ni “por encima”; siempre la imagen visual, espacial cosificadora pero intelectualmente desprolija se halla en los cimientos mismos de todas las afirmaciones marxistas capitales. Pero importa más ahora señalar por qué diversidad de vías el marxismo ha tenido que aceptar estos “universales” que es inexorable entender justamente fuera, y por encima, de las clases:

a) En sus contundentes réplicas a un tal y olvidado Shuliatikov, un filósofo proletario coherente, afirmaba el jefe bolchevique el carácter universal de los conceptos de “sustancia”, “materia”, “espacio”, “tiempo”: fueran de origen esclavista, feudal o capitalista, había que manejarse con ellos.

b) Otro caso es contemporáneo del anterior. Que al elaborarse las “leyes objetivas” de la sociedad socialista, el esfuerzo intelectual del período leninista tuviera que aceptar las nociones capitalistas de mercancía, trabajo, valor, capital y plusvalía fue sentido también como una abdicación: hubo que resignarse a ella.

Sintiendo el perenne encanto de los poemas homéricos y percibiendo correlativamente cómo su “clasicismo”, su significación mucho más amplia que la que su doctrina franquearía: el ser expresión de los valores de una sociedad esclavista, un “documento”, Marx (antes que ellos) tuvo que realizar alguna inteligente pirueta dialéctica que le permitiera aceptar una “universalidad” supraclasista evidentemente contradictoria. Se refirió entonces a una infancia y a una adolescencia de la humanidad que esos poemas reflejarían: la poética ubicación, por certera que sea, no oculta sin embargo su carácter de excepción a un principio cuya eficiencia le impondría, más que a ningún otro, no admitir atenuaciones.

La moral marxista como manifestación de una genérica

moral revolucionaria exigirá alguna precisión en otro lugar de este ensayo. Obsérvese desde ya que si bien nace de un materialismo inicial y termina –probablemente– en un último horizonte hedonista, sus expresiones concretas en la lucha política-social no tienen nada que ver (la observación se ha repetido al infinito) con ese hedonismo, ese materialismo, ese utilitarismo que pudieran ser sus consecuencias. Por el contrario, son bien visibles ciertos ingredientes que la carrera de los auténticos revolucionarios muestran caudalosamente: un dinamismo heroico, un ascetismo práctico, un indignado repudio a la “decadencia” y a la “descomposición” burguesas, una gran acentuación doctrinal, propagandística incluso de los valores de devoción al prójimo (de clase), de disciplina interna, de contención de pasiones, de represión de todo instinto de lucro, de todo apetito competitivo personal. Toda moral es de clase, el marxismo sostiene, y no hay moral “encima” o “fuera” de las clases. No es casual sin embargo, no es probablemente producto del azar que el diagnóstico anterior dé un resultado muy semejante al sistema normativo de una moral tradicional auténticamente vivida y sentida; no es casual que su funcionamiento práctico de esta moral de clase se parezca extrañamente a los de una ética cristiana laicizada y probablemente menos efectiva en el propio Occidente que lo que la otra lo es en la U.R.S.S., y demás naciones marxistizadas. Sin la nota de “catolicidad”, de limitación de la moral tradicional, sin la afirmación de valores suprahistóricos y absolutos, el ejercicio concreto de ambas es mucho más semejante sin duda que el aparente antagonismo de sus fundamentos. Como observaba De Man, los mismos móviles éticos del marxismo no nacen de la sociedad capitalista sino del patrimonio cristiano y de los ideales democráticos, de la aspiración a una igualdad (de la que se burla) y de un sentido de la solidaridad humana (que reduce a los intereses de la comunidad, de la clase).

Pero esta coincidencia tan evidente en cierto plano por

mucho que reduzcamos éste, importa ahora en un solo sentido. Hay valores, hay normas y hay coincidencias de valores y de normas. Pero también valores y normas pertenecen a la vez a ciertas concepciones del universo y las llevan implícitas. Con lo que quiere afirmarse que, desde la propia perspectiva de una moral de clase es posible percibir en ella valores universales que desmienten el último sentido restrictivo de su calificación.

Y agréguese por fin: ¿qué significa en puridad esta aspiración a la generalidad, a la universalidad con que según el marxismo todas las ideologías pretenden recubrir los intereses concretos que ocultan, las “situaciones” que expresan y racionalizan? ¿Qué representa en última instancia, esta reverencia, esta apetencia común a lo general y a lo universal?

Hay muchas razones, en suma, para sospechar que el marxismo falle en esta negación de valores universales, en repudio a la existencia de coligantes ético-culturales por “encima”, por “fuera” de las clases.

### 31. SIN EMBARGO, ALGO IRRENUNCIABLE

Sin embargo, y más allá de tantas restas, ese “marxismo difuso” y en cierta manera ese “marxismo irrenunciable” —que se está intentando precisar— funciona ejemplarmente en el ámbito de ideas que hemos examinado.

Está representado, en primer término, por la práctica, que naturalmente se hace hábito, de relativizar, imputar, concretar toda idea, toda asunción o postulado aparentemente abstractos y universales, toda “ideología” a una perspectiva, a una posición, a una situación, a un posible interés (sean éste o aquéllas puramente económicas o estén imbricadas con otros ingredientes).

Está representado por un rastrear algún contenido de clase, de lugar, de tiempo en toda generalización, en toda personalización, en toda hipóstasis: donde se diga Cultura,

Civilización, leerá “cultura burguesa” o “cultura moderna” o “civilización europea capitalista”; donde se garantice “la Francia Inmortal” leerá “la burguesía francesa de tal o cual altura de los últimos siglos”.

Está representado por el hábito de imputar toda “opinión” a una ideología coherente (aunque pueda ser tácita), a restablecer, en suma, los vínculos de lo singular y lo general.

Está representado por la tendencia a ver esas situaciones y esas ideologías detrás de la pura invocación a los grandes valores universales (Amor, Paz, Justicia, Libertad, respeto a los pueblos). Se preguntará entonces: ¿“qué” paz? ¿Concebida por quién? ¿Beneficiando a qué grupos? ¿Consagrando qué *statu quo*?

Está representado por la capacidad de avizorar las consecuencias político-sociales de cualquier clase de opiniones por alejadas que ellas estén aparentemente de ese plano; por la aptitud de señalar la coherencia y la totalidad que opera en todas las ideas de los hombres.

Si bien coetánea o aun anteriormente a él, representantes del pensamiento contrarrevolucionario, tal el español Donoso Cortés, hubieran señalado la íntima conexión entre las conciencias religiosas y las posturas político-sociales.

Está representado, en suma, por cierto olfato para rastrear la hipocresía que envuelve casi siempre toda invocación a ideas, a valores y a ideales aunque, como ya se señaló, este reductivismo del “no es más que” no sea un corolario inexorable ni importe precisamente negar esas ideas, esos ideales, esos valores que pueden ser, en otros contextos, en otras bocas, vitales, auténticos. Lo que el lenguaje psicoanalítico, en suma, llamaría después “racionalización”, describiría como mecanismos mentales para cohonestar impulsos ya tensos e irreprimibles, el marxismo, desde su perspectiva extrapsicológica y social tuvo el mérito de verlo mucho antes que él. La frecuencia con que recurre a los verbos “escamotear” y “enmascarar” lleva

irreprimiblemente a inferir una voluntad de fraude, de disimulo. Sin embargo, el fenómeno del autoengaño puede ser rastreado más allá de esta simplificación aun sin salirse de los cánones –mucho más anchos de los que sus devotos hacen pensar– de un marxismo libre y funcional.

### 32. VALOR Y DESVALOR DE LA NOCIÓN DE CLASE

El marxismo también ha subrayado, y ésta es hoy una parte especialmente viva de su dogma, la noción suprema de que existen clases –un conocimiento muy anterior a él pero cuya importancia fue el marxismo quien destacó. También de que todos los hombres están inscritos en esas clases y de que esta inscripción de los hombres en una clase decide muchos de sus puntos de vista, ideas, valores, posiciones, actitudes. De que las clases estaban jerarquizadas (dentro de la sociedad en que fue concebido y también en las que nosotros vivimos) no por su peso numérico ni por la utilidad o indispensabilidad de las funciones que cumplan sino por su poder económico, político y cultural. De que hay, en suma, unas, o una clase que domina y una o unas que son dominadas y de que la clase dominante detenta un peso desproporcionado a su número y a cualquier noción de premios o recompensas a méritos de grupo o personales. También destacó –aunque ésta posiblemente no sea la “única” fuente de su poder– la importancia capital que para la clase dominante tiene la posesión de los instrumentos de producción: tierras, máquinas, capital, para atribuirse una cuota mayoritaria, o por lo menos desproporcionada a su número, del producto social. Subrayó la vinculación de este poder con el dominio de los resortes coactivos del aparato del Estado y la influencia decisiva en la elaboración de los patrones culturales vigentes. Destacó la naturaleza fortísima de los vínculos que entre los hombres crea la pertenencia a una clase, más fuerte con frecuencia que los de la propia nacionalidad, según lo destacaba un pensador

político tan poco marxista como el clásico Lord Acton. También insistió en que las clases controvierten entre sí por el Poder y por una cuota mayor del producto social, en que hay “lucha” y vencedores y derrotados, a veces temporales y a veces definitivos. Apunto tras esto la fundamental importancia que este hecho tiene para la comprensión de los fenómenos históricos si bien pueda discutirse que él sea la clave única central de todo el embrollado acontecer histórico. Coherentemente mostró cómo la historia política, militar o cultural tendió y ha tendido siempre a menospreciar o escamotear este fenómeno y cómo lo ha hecho igualmente el idealismo tradicional y liberal con su insistencia en las claves de la lucha política o de la contienda de “ideas”. También marcó el marxismo cómo las clases son auténticos “cuadros” si no absolutamente cerrados extremadamente fuertes de ideas, de sensibilidad moral, de actitudes y cómo la acción de las infraestructuras económicas sobre ideologías e instituciones es comúnmente a través de las clases que se ejerce. Igualmente develó cómo el hecho de la clase signa potentemente las expresiones políticas que son los partidos y cómo estos tienden a hacerse portavoces de sus intereses ya lo hagan unas veces global y unívocamente, ya otras arbitral y pluralmente. Contra todo psicologismo y todo idealismo, contra toda tendencia a hacer de la pertenencia a una clase, una sensación, un “resentimiento”, un espejo de imaginarias desventuras (Simone de Beauvoir) afirmó, de acuerdo a toda su gnoseología y a su más íntimo signo, la “objetividad” de la pertenencia a una clase; al mismo tiempo, sin embargo, apuntó cómo la pertenencia a una clase crea habitualmente una “conciencia” de esas pertenencias y de unos intereses consiguientes, de una conciencia que agrupa a todos en una solidaridad latente, más tácita o más expresa, más fuerte o más débil según sean los peligros que afronte. Una “conciencia de clase” que esgrime para su defensa o su afirmación genérica razonamientos y principios que disimulan esa defensa y esos intereses

tras ideales o ideologías, aparentemente universales.

Tras esta enumeración de lo que cabe llamar lo positivo, lo utilizable y aun lo inexcusable de la noción marxista de las clases, arriésguese otra nómina igualmente ceñida de lo que podrían calificarse sus excesos, sus extralimitaciones, la pura asertividad de algunos de sus postulados.

El carácter “cerrado” de las clases como expresión de unas relaciones de producción determinada, de unas “situaciones dadas” y el de las ideologías que esta condición engendra, ya ha sido examinado anteriormente al revisarse la negación de los elementos universales (De la ambigüedad de la noción de “interés”).

No es imposible demostrar, por ello, que la clase no es una “mónada” en el sentido leibnitziano, una entidad clausurada sobre sí misma, sino más bien una ventana abierta, una perspectiva irreductible, incanjeable sí, pero una perspectiva al fin.

Al señalar el marxismo la función fundamental del lugar que se ocupa en el proceso productivo y en las relaciones sociales que él promueve; al sitio, en suma, desde el que se participa en el origen y distribución del producto social, tendió a descuidar otros elementos que las caracterizan: cultura, estilo de vida, relaciones internas, “visión del mundo”. Se pueda o no hablar de una preeminencia general de aquel primer factor sobre estos otros, es evidente que su examen replantea toda la intrincada relación de “infraestructuras” y “superestructuras” que ya ha sido aludida anteriormente y que un descuidar rasgos que para el propio análisis marxista (aun proviniendo de esas superestructuras no son menos reales) tiende a explicar que las caracterizaciones marxistas de las clases sociales sean extremadamente pobres y exageradas, deformedemente simplificadas.

También puede observarse que al no ser unívocos y perfectamente conocidos por todos los intereses coincidentes de una

situación de clase determinante; que al no ser normal ni permanente la amenaza de desalojo de una clase por otra o por otras, las clases, por ambos grupos de razones, no actúen por lo regular como un todo, con una conciencia solidaria y común, sin tensiones internas. Por el contrario, estas tensiones internas suelen ser —con la ya mencionada excepción de los casos de asedio extremo— lo más habitual. Marx aceptaba esto ampliamente y así lo demuestra su fino ensayo sobre *El 18 Brumario de Luis Napoleón*. En cambio el marxismo vulgar lo acepta menos y el mismo hecho de una mental dualización de toda la complejidad social en dos únicas clases decide que esas tensiones inter-clasistas suelen correr, en sus estudios, confundidas con las luchas de clase mismas.

Y si el marxismo acertó al señalar agudamente las diferencias y tensiones de clase, esta misma insistencia le llevó tácitamente a utilizarlas, como las únicas relevantes. Pero hay otras: generacionales, temperamentales, nacionales, sexuales incluso, cuya importancia el análisis histórico medianamente agudo señala en ocasiones como decisivo.

En otros elementos, aunque su aceptación pueda producirse sin salirse de la doctrina, el análisis marxista tendió y tiende a subrayar con exceso el mero contraste entre una clase capitalista poseedora y un proletariado no siempre rigurosamente precisado. Esto, podrá pensarse y seguramente con razón, simplificó realísticamente el hecho de que siempre haya habido una clase que “tiene la sartén por el mango” y otras que no lo tienen; correlativamente, sin embargo, esto implicó una habitual desatención al peso y existencia de otras clases que de ningún modo niega (medias, campesinas).

Mismo en este punto, empero, puede decirse que su análisis de la vieja clase media, tironeada entre la clase poseedora (y su rencor y envidia hacia ella) y la clase trabajadora, proletaria (y su temor hacia ella, su deseo de diferenciarse), si históricamente es exacto y aún sigue siéndolo, tiende a confundir estas viejas

clases medias con nuevos sectores intermediarios de la sociedad (técnicos, empleados, intelectuales, burocracia estatal y económica, clase directorial en sus niveles medios) en el manejo de los cuales ni sus juicios ni sus categorías conceptuales ya son tan seguros y frente a los cuales su perplejidad no es, por escondida, menos detectable.

Estos sectores cuya actitud subjetiva es la de sentirse relativamente seguros en "cualquier" tipo de sociedad que pueda advenir y que representan por ello un elemento arbitral que corrobora el mismo y creciente carácter arbitral de los Estados burocráticos "burgueses", ya perturban demasiado el esquema marxista: la misma noción de un choque último y frontal entre clases se ve amenazada; su misma creencia del carácter "irreconciliable" de este choque; su misma fe en la sociedad sin clases.

Porque obsérvese: puede aceptarse que el elemento "lucha" es permanente entre las clases; pero ¿qué significa estrictamente este carácter de "irreconciliable" en el que el marxismo insiste tan abundantemente? ¿Sin perdón, subjetivo? ¿Insuperable? ¿A muerte? Más preciso que esta vaguedad y más previsible que una sociedad sin clases que tanto se dilata en advenir tras casi medio siglo de la "expropiación de los expropiadores" parecería (y el curso de la misma sociedad soviética lo confirmaría) que las clases responderían también a una "función social" (técnica, manual, intelectual, militar, burocrática) más vecina a la noción precapitalista de "estamento", de "Staat", que a la estrictamente capitalista de "clase". Se dirá que una misma palabra recubriría dos realidades muy distintas, pero implicaría un largo discutir si la noción capitalista-marxista de clase es individuo de un género o noción unívoca. Sea lo que fuere, estas ambigüedades llevan de la mano a una previsible visión de futuro. Esta visión dejaría inferir, entre otras cosas, que una combinación, una alianza de clase, desalojará de su preeminencia a la clase dominante y recreará una

sociedad donde las tensiones de clase sean menores, no descansen en la propiedad de los instrumentos de producción y resulten sobre todo de diferencias que engendren la misma diversidad de funciones: de ámbito habitacional de cultura, de modos de vida, de gustos, de matices que en la misma concepción del mundo el diferente trabajo, la diferente función promueven. (Esto concediendo incluso el progresivo borrarse de las diferencias entre el trabajo manual y el trabajo intelectual y entre la ciudad y el campo que los prospectos soviéticos del futuro asignan como rasgos del paso del socialismo al comunismo aunque sean, tal vez, trazos comunes de la sociedad contemporánea de masas.)

### 33. LAS CLASES Y EL CARÁCTER ARBITRAL DEL ESTADO

A través de su afirmación de que el Estado era una superestructura, el marxismo logró marcar con fuerza ejemplar el sustrato de dominación y de coerción, de dominación y de coerción de clase que el Estado tradicional representaba. En la línea coherente de sus orígenes hegelianos estaba implícita la afirmación de que la Política no se reduce a la Economía — aunque la "suponga" — y que al reaccionar contra "las determinaciones inferiores", contra la "sociedad civil" el Estado transforma el atomismo de ésta en una totalidad espiritual definitiva. Para el marxista, en cambio, el Estado es violencia y coerción; pero esta coerción no existe aparte de las condiciones económicas. Es potencia biológica también y representación colectiva, pero esa potencia y esa representación están mistificadas a tal punto por las clases dominantes que tal situación decide una mezcla inextricable, compuesta de cada estadio histórico de ingredientes en cantidad variable, de "apariencias" y de "realidades". Es, justamente, en algunos de esos estadios en que su acción sobre la economía y la sociedad, su carácter "de clase" se hagan desembozados. El Estado, en suma, como razonaba Baran, es una "gerencia de burguesía",

neutro entre sus fracciones siempre que éstas fueran similares en peso y en importancia. De ahí el dogma de la igualdad, valor social supremo. Pero la neutralidad del Estado entre las distintas fracciones de la burguesía se quiso hacer aparecer como neutralidad del Estado entre las clases (*La economía política...*, págs. 114-115) lo que ya representaría un caso de esa hipocresía, de esa falsa universalización que opera en el carozo de todas las “ideologías”. Consecuentemente a toda esta construcción, también señaló el marxismo el carácter de clase y de conquista de clase de todas las garantías, libertades y derechos del Estado democrático liberal-burgués, un carácter de clase, sobre todo, si se ahonda en la efectividad de esas garantías y derechos, si se apunta a una practicabilidad, a un ejercicio concreto que sólo a unos pocos está reservada.

Apuntemos, tras esto, algunas notas complementarias que tal vez alteren la simplicidad de este esquema y franqueen el paso a esa noción de arbitralidad que ya se ha insinuado.

Al subrayar fuertemente el elemento “dominio” que el Estado contiene, el marxismo sólo vio otro elemento imprescriptible de su concepto: el de “coordinación social”, el de compaginador de las actividades sociales en un solo caso: ese caso es, como cabe vehemente sospecharlo, el del propio Estado soviético. Sin embargo, la historia no reduce y actualiza tanto el ámbito de este ingrediente, y en estructuras estatales tan antiguas como la del Egipto faraónico marca la importancia suprema del factor genético que representó —en ese caso, claro está— una defensa coherente contra las crecientes del Nilo, una labor colectiva forzosamente previsible y planificable que a todos tenía que beneficiar y beneficiaba efectivamente.

En su propia descripción de las líneas de desarrollo del Estado burgués, ha señalado el marxismo cómo se agrandaría en él el aparato represivo; no señaló, en cambio, en la misma medida, cómo se desarrolló en él, más allá incluso que el otro, el aparato asistencial. Y si esto es así (y otras cosas igualmente)

es porque siendo el Estado una superestructura (y el “propio” Estado soviético lo es) está entre las concesiones con que el marxismo refinó la relación entre este concepto y el de infraestructura, la posibilidad de que la superestructura se “adelante” a la infraestructura, propenda a la modificación de “la base”, permita pasar a otras relaciones de producción que aquellas que son vigentes.

Dejemos al margen de que tal fenómeno pudiera producirse en la sociedad soviética en un sentido distinto al tan difundido prospecto del “paso del socialismo al comunismo”. Lo que interesa marcar ahora es el ya aludido hecho que al no ser la clase una mónada cerrada y estar abierta por el contrario a elementos y valores universales, la proclamación de derechos y libertades que contenían ínsitamente una limitación y un privilegio de clase (que estaban dictadas por una clase-centrismo) pudieron cobrar, y cobraron, una amplitud impremeditada; pudieron cargarse, y se cargaron, de un inesperado poder explosivo. Pudieron transformarse, en suma, en superestructuras que franquearían, que hubieron de franquear efectivamente el paso a otras infraestructuras y a otras relaciones de producción. En la revista del fenómeno imperialista ya se señaló cómo los ideales humanitarios del liberalismo, cómo los derechos y libertades que él implicaba adquirieron en el último siglo una detonante efectividad en áreas; cómo los países coloniales y semicoloniales, muy alejados del ámbito de intereses y situaciones que harían hacer, por el proceso de la “ideologización”, de la “racionalización”, esas ideas. Leopoldo Zea en un libro ya también mencionado ha hurgado en la contradicción que incurrieron los países imperialistas proclamando para sí mismos ideales y valores que a otros explicita —pero sobre todo implícitamente— negaban. La ínsita peligrosidad de esos ideales “abstractos” y su indudable poder, es lo que ha hecho que el marxismo llame a la democracia “un instrumento peligroso en manos de la burguesía”; el hecho de que más

allá de sus condicionamientos esos ideales hayan desbordado los marcos de clases poseedoras, explica que el comunismo haga hoy de la agitación por el mantenimiento de las condiciones políticas democráticas y las instituciones que las aseguran (parlamento, sufragio, derechos y garantías) una consigna fundamental. Es ésta la razón y no la famosa "hipocresía" alegada por sus enemigos: esa hipocresía, en todo caso, es no reconocer en ella un elemento que si no contradice estrictamente, seguramente desborda su estrecho cuadro doctrinal. En su ceñido lenguaje, dos marxistas como Guterman y Lefebvre afirmaban: *"las apariencias han producido mistificaciones gigantes (democracia burguesa), pero recíprocamente constituyen una especie de erosión de la esencia por el hecho de su manifestación, una transición real hacia otra cosa. Limitarse a repetir los principios explicativos, por lo demás rigurosamente ciertos, del materialismo histórico —repetir los juicios sobre la esencia, es decir, sobre la economía burguesa— corresponde a un dogmatismo abstracto y a la voluntad de obrar sobre esta esencia por medio de un dictado místico"* (*¿Qué es la dialéctica?*, pág. 108).

El proceso liberal democrático, en suma, y la propia maduración de la economía capitalista han convertido al "Estado de clase" no en un Estado por encima de las clases (ni aventúrese eso), ni siquiera en un Estado arbitral entre ellas, pero sí en un Estado en el que los elementos arbitrales adquieren un creciente peso respecto a los ingredientes brutos de dominación; un Estado donde el equilibrio recíproco de fuerzas tiende a afirmarse, más tímida o más abiertamente, respecto a las situaciones netas de hegemonía. Nehru hablaba no hace muchos años de la transformación del capitalismo por la democracia y el socialismo. En un ensayo mucho más reciente el brasileño Celso Furtado, afirmando que el Estado no es "más" dictadura de clase llegaba al corolario (ahora menos importante para nuestro razonamiento) que *"para discriminar entre lo que el*

*Estado hace de bien y hace de mal"* se hace exigible *"una capacidad de adaptación que ni puede tener un partido revolucionario monolítico"* (Marcha, N<sup>os</sup> 1105 y 1106).

En otro orden de las "superestructuras", la misma afirmación marxista de que la cultura dominante en nuestra sociedad es la cultura que refleja los intereses de la clase burguesa, es muy controvertible. Puede ser cierto que el Poder cultural lo detenta una clase social en su ascenso y en su plenitud. Que la sociedad actual posea una ideología capitalista impositiva como tiene que creerlo y aun querer el marxismo (salvo que el ya mencionado desajuste de "infra" y "superestructuras" implica, en vivo, en concreto, que los medios de propaganda son omnipotentes, lo que no es cierto), que están monopolizados por una voluntad social única (lo que tampoco es verdad), que vencer es convencer (lo que no siempre ocurre), que no opera en nuestra sociedad moderna más que una ideología (lo que es obviamente falso), que los ideólogos e intelectuales que elaboran la cultura dominante son peones de la burguesía, que no están penetrados por ideales universales, que son servidores leales de la burguesía y no —a menudo— alquilones impacientes, ambiguos, resentidos.

Que en la sociedad actual la ideología (o las ideologías) dominante no sea la de la clase o clases dominantes, es evidente: aun podría sostenerse que en casi ningún punto lo es, puesto que no sólo se opone a ello las perplejidades de una clase acosada (cosa que el marxismo acepta de buena gana), sino la misma democratización social, la extensión creciente de la cultura, el prestigio de los ideales universales (los que aceptaría con menos buena voluntad) y también *least but not last*, una conciencia de clase cada vez más intensa en las clases inferiorizadas, marginalizadas o literalmente desposeídas.

Agréguese a esto que la misma concepción habitual, si no necesaria, de un enfrentamiento frontal de dos clases las inhibe ver al marxismo, como ya se subrayó en un pasaje precedente,

el posible carácter arbitral de ciertas clases de alguna manera “nuevas” en la sociedad moderna. Pero su existencia es sobremanera importante para explicar el correspondiente carácter arbitral del Estado liberal-burgués-capitalista de Occidente, en condición de campo de batalla.

Porque ésta es tal vez la expresión justa. El “Estado capitalista” de los marxistas es un campo de batalla con posiciones tomadas por las clases dirigentes, poseedoras y en el que éstas tienen por ahora la mayoría de las ventajas pero no todas las armas ni todas las victorias parciales. Es un combate complejo con características de las que algo se ha dicho. ¿Quiere decir lucha “a muerte”? ¿Hasta dónde una clase poseedora puede “ceder” en sus intereses sin rendición completa? Pero es un campo de batalla, en suma, y no un campo de concentración, un escenario en el que las clases desfavorecidas de la sociedad han obtenido victorias importantes y armas poderosas en el que, además de tener —y aquí viene un punto futuro: el de la ambigüedad del término Revolución—, victorias aun más importantes y argumentos más decisivos.

### 34. LA ASPIRACIÓN MARXISTA A LA “OBJETIVIDAD”

Mencionando algunas de las internas contradicciones del marxismo, se soslayó en esa oportunidad una de las más fundamentales: es la que se despliega entre un relativismo y un absolutismo, entre un “perspectivismo” y un dogmatismo monolítico. Condicionando, relativizando todas las otras ideologías a su calidad de perspectivas y racionalización de situaciones de clase, a expresión de infraestructuras desaparecibles, cambiantes, el marxismo se absolutiza a sí mismo, proclama su total “incondicionalidad”, su posesión plena de la “objetividad”, su inmovible seguridad de ser “científico” y de tener todas las “leyes científicas” en su cartera. Condiciona en suma, todas las doctrinas, salvo (no tan naturalmente) la suya.

A esta inmovible creencia se le ha observado a menudo que si el marxismo siguiera las líneas de su propia lógica se vería como la expresión “superestructural”, como la propia ideología históricamente “situada” de las clases desposeídas, nacida y desarrollada en un período determinado del crecimiento capitalista occidental. Una ideología también superable, en pureza, si esas infraestructuras cambiasen, un sistema susceptible de envejecimiento y perención si esas fuerzas productivas y esas relaciones de producción resultasen alteradas. Otra contradicción aparentemente insalvable acechaba aquí entre el sostener un dinamismo histórico inacabable, una irrestañable temporalidad y un estado de reposo (ideológico en este caso) final en el que nada tuviera que ser superado, en el que ninguna contradicción dinamizadora operaría.

Esta especial inflexión del marxismo tiene mucho que ver con un tema que se examinará de inmediato: el del mesianismo proletario, pero ahora interesa en cambio indagar en qué razones, en qué cúmulo de argumentos basa el marxismo, muy consciente de la importancia de las precedentes objeciones, su pretensión a la objetividad.

Esta pretensión descansa en último término en las propias características del proletariado y aunque nuestras lecturas sobre el marxismo no son ni mucho menos exhaustivas, no conocemos ningún examen metódico de ellas y de su valor.

Si el marxismo es objetivo, científico, a diferencia de las otras ideologías, se debe a que representa la ideología de una clase dada con calidades especialísimas.

Es, para empezar, 1) la clase “básica”, la que ocupa el “papel central” en la producción; 2) es la que aumenta constantemente; 3) es la clase cuya misma condición la impulsa a la Revolución y por ello “la más revolucionaria”; 4) la que coincide con el “desarrollo histórico”; 5) es la única clase que puede y tiene que ver la realidad “objetivamente”, ya que ha de cambiarla; 6) es la clase con más unidad, disciplina y “conciencia de clase” de

todas y especialmente de las desposeídas; 7) es la única no complicada en las explotaciones y crímenes del pasado, la única inmune de complicidad con el capitalismo y el imperialismo.

No es regular ver en ningún texto marxista estos siete (y posiblemente estos taxativamente siete) argumentos alineados. En algún famoso documento hispanoamericano, por ejemplo, el resonante discurso de Fidel Castro del 1º de diciembre de 1961 sólo es dable rastrear los que aquí se enumeran con el 1, el 3 y el 6. Es visible también que mientras algunos de ellos de naturaleza predominantemente intelectual refrendan la tesis de la objetividad, otros, de orden más emocional o ético-social empujan con más fuerza hacia el principio del “mesianismo proletario” que enseguida se indagará. Pero se dan, en suma, esencialmente imbricados y pueden ser objeto de una observación conjunta.

Obsérvese, para comenzar, que la misma idea de una clase “básica”, central, arrastra consigo una de esas palabras-imágenes, uno de esos términos esencialmente visuales, situacionales, cuyo contenido conceptual es extremadamente débil. Será tema posterior la indagación de si existe en la producción contemporánea un sector “básico”, “central” (“imprescindible”, incluso) y ese sector, de existir, sería únicamente el proletariado. El argumento del aumento constante tendría que ser cuidadosamente examinado: debería verse si ese aumento es porcentualmente mayor que el de otros sectores industriales –técnicos, burocráticos–; en suma, que si es seguro que aumentan todos en un proceso industrial creciente, es relativamente presumible que, porcentualmente, no sea el “proletariado” el que aumente más. El tercer y cuarto argumentos: ser la clase más revolucionaria, ser la que coincide con el desarrollo histórico, son claramente tautológicos si justamente lo que se está queriendo fundamentar es una teoría de la revolución y una teoría del desarrollo histórico. El sexto argumento, el que insiste que el marxismo ha de ser “objetivo” porque quiere ser

instrumento de transformación del mundo y de la vida soslaya, se podría decirlo moderadamente, algunos hechos: la diferencia, primero, entre el “querer” y el “poder”; la circunstancia, segura, de que la necesidad de ver la realidad sin ilusiones y sin velos es tan imprescindible para cambiarlo como para mantenerlo tal como está y aun para modificarlo más ventajosamente, aun en beneficio de los grupos dominantes (lo que no excluye, naturalmente, que después se “engañe” a los otros para apaciguar su protesta). El descansar (incluso) tácitamente el argumento en que el marxismo sea elaboración “proletaria”, contradice el hecho intergiversable de que pertenecieron a la clase obrera quienes lo formularon. El ser la clase proletaria la más dotada de unidad, organización y disciplina es un fenómeno histórico frecuentemente demostrable y una razón incluso para que ninguna acción revolucionaria pueda, si es auténtica, prescindir de ella; poco parece tener que ver sin embargo con una aptitud especial, privilegiada, para la “objetividad”, para estar más allá de los condicionamientos de situación que signan a las demás ideologías. Y el ser la única clase, por fin, no complicada en las culpas y crímenes que rebosan la historia, en ser la heredera de una humillación milenaria, constituye seguramente razón para una reparación cuantiosa, para una compensación amplísima; la naturaleza ética del argumento es pieza capital de un “mesianismo” proletario, pero poco tiene que ver tampoco con ninguna “objetividad”, además de implicar una personalización de la clase, la “hipóstasis” de un “alma”, por lo menos de una condición proletaria que, por encima de períodos o generaciones, haya ido acumulando, capitalizando méritos que otras generaciones, presentes o futuras, han de hacer rentables.

No se mencionó en toda esta lista el genio de Marx. La más entusiasta apologética marxista reconoce que ese genio incontrovertible puede ser eficaz para autorizar la perspicacia, la profundidad, la riqueza, la fertilidad de una doctrina que es su

doctrina. No tiene poder para cohonestar una "objetividad" dada como no se hiciera de él una verdadera Revelación que contradiría todo su fundamento filosófico moderno y racional. Y es entonces sobre aquellas precedentes razones que por lo menos pueden calificarse de endebles que el marxismo afirma una objetividad que pretende ponerla al margen de todas las objeciones de los sistemas adversarios, de todos esos sistemas que por ser, justamente, de clase ven nulificados ante él sus objeciones, sus razones, por hallarse dictadas por esas situaciones de clase. Con tal procedimiento toda apelación a un criterio común de verdad se ve anulada, todo recurso a valores universales imposibilitado, toda función comunicativa con otros sistemas basada en un lenguaje común se hace imposible. El resultado es un sistema cerrado e invulnerable a todo argumento de afuera, a todo ataque exterior, y si hay marxistas que dejan de serlo es porque esta misma creencia central de su objetividad se debilita o porque contradicciones demasiado contundentes entre los postulados del sistema y la propia experiencia desencadenan una labor interna de destrucción misteriosa y casi siempre imprevisible en la que es imposible prever vías, procesos, itinerarios.

### 35. EL MESIANISMO PROLETARIO

Como ya se apuntó anteriormente, Marx veía lo medular de su doctrina en la demostración —o lo que él creía tal— de que el curso de la historia, historia de la lucha de clases, conducía, inevitablemente, al triunfo del proletariado, única clase "universal", única capaz de instaurar, tras un interinato de dictadura, una sociedad sin clases, una sociedad plenamente humana con la que la "historia" comenzaría y la "prehistoria" sería clausurada. Son sobremanera importantes dos elementos: la inevitabilidad del cambio por el propio juego de las fuerzas y el proletariado como actor y protagonista de él.

En estas ideas, como muchas veces se ha observado, se mezclan curiosamente un ingrediente de determinismo histórico y un elemento "escatológico" de fin y remate último de la historia humana; una dosis —a veces pedantesca— de frío cientificismo y una veta, rica y cuantiosa, de cálida indignación moral, un sentido del dinamismo interminable de la historia y una visión, de tono religioso, de entonación idílica, de un estado de reposo final de la humanidad. Se ha señalado también cómo el marxismo "naturalizó", dio un brillante aparato científico a la milenaria esperanza mesiánica judía que Marx recibió a través de sus orígenes y extendió a todos los pobres cualquiera fuese su raza. La ciencia le dio la convicción en "leyes objetivas", la economía política y su teoría del valor-trabajo la creencia en que es el esfuerzo humano materializado en el objeto mercancía, el cimiento de todo el orden económico, el ardiente idealismo futurista la fe en esa clase—trabajadora, obrera, proletaria— que será la única que no querrá eternizar su poder, que lo abandonará cuando las otras clases hayan desaparecido.

Dígase antes de todo reparo que es difícil resistir, difícil no ceder emocionalmente, difícil no reconocer el admirable valor de liberación, fuerza ética de ese mañana de reparación a la milenaria condición de miseria, humillación e ignorancia en que las clases y grupos dominantes han tenido a un vasto, abrumador sector de la humanidad.

El mesianismo de Marx, no se olvide, no es un mesianismo del pobre, del humilde o del trabajador: es un mesianismo del proletariado. Y si hoy puede decirse que es más que aceptable a la conciencia contemporánea una visión de la historia que adviene hacia cierta etapa (muy cerca probablemente de nosotros, ya advenida en vastas zonas del mundo) con el triunfo de los que trabajan sobre los inútiles y los parásitos, ya es mucho menos aceptable la identificación del trabajador y del trabajo con clase proletaria, con clase obrera y con trabajo manual. La verbalización propagandística de las variedades marxistas se

mueve en este tema con gran latitud, lo que es seguramente una confesión tácita de reconocer la debilidad de este flanco, de acusar un golpe posiblemente no leve. El tema se replantearía después, pero desde aquí es posible postular que en el proceso creciente de la industria contemporánea no sólo el trabajo manual y el intelectual, el técnico, tienden a borrar sus fronteras (a señalar por ejemplo una actividad común entre el que maneja signos que representan palancas y el que escribe signos que son palabras), sino que, incluso, con el desarrollo de la automatización el proletariado tiende a reducir su importancia porcentual en las actividades más tecnificadas, y a entrar, aun, en un curso de recesión numérica que puede conducir —en un horizonte lejano— a su literal desaparición. Pero aún hoy, si es cierto que la producción no existe sin el proletario, ¿existe acaso sin el técnico, sin el empleado, sin el aparato de distribución, sin el organizador de la empresa, sin “la pauta” (el *pattern*) en suma?

Plantearse estas preguntas implica, en alguna manera, contestárselas. Si esa contestación no fuera para algunos convincente, la misma doctrina actual del marxismo ofrece un síntoma muy claro de abdicación de ese “mesianismo proletario” al convocar a “las clases llamadas a ser revolucionarias”, mencionando insistentemente junto a los obreros, a campesinos, estudiantes, intelectuales, pequeña burguesía...

Quede aquí esta observación sin perjuicio de desarrollar en otra parte el cariz hedonista, individualista, inconfesadamente burgués que suele adoptar en el marxismo vulgarizado este estado final de la historia al que este mesianismo proletario conduce.

### 36. MARXISMO Y ECONOMÍA POLÍTICA

No es indiscutible, ni mucho menos, la ligazón entre el marxismo concebido como instrumento de análisis histórico, económico y social y una “economía política marxista” unívoca.

Parece presumible, sin embargo, que una aceptación general o parcial de su primer valor no implica una admisión cabal de todos los postulados en los que la segunda descansa. Hay quien, en suma, puede ser marxista o para-marxista y considerar como Nehru que su economía política es la pieza más anticuada del sistema o juzgar, como lo hace la evidente simpatizante marxista y eminente economista inglesa Joan Robinson, que el marxismo incidió agudamente en los mecanismos capitales de la economía contemporánea pero es una herramienta, al fin, tan poderosa como “tosca”, tan perceptiva de las grandes líneas como falible en innumerables detalles (*Ensayo sobre la economía marxista*); una tosquedad de la que probablemente no haya que esperar el refinamiento de manos del marxismo “ortodoxo”.

En otro lugar de ese ensayo se trata (o se trata de tratar) con algunas de las nociones esenciales más simplificadas de la economía marxista. Señálese aquí, provisoriamente, que ciertos conceptos básicos de su análisis económico (Mercancía, Trabajo, Valor, Capital, Plusvalía, Precio, Ganancia) han sido objeto de demasiadas objeciones —que el marxismo no ha levantado— para que sea más fácil adherirse a su tenor literal.

Su total desconocimiento de los “servicios” y su atención exclusiva a la “mercancía” es uno de ellos. Un punto tan capital como su teoría del valor-trabajo no sólo tropieza con cierto núcleo indisoluble de validez de otras teorías opuestas para fundamentar el valor de las cosas (el de satisfacer necesidades, el de ser raras), sino que también es visible que el marxismo la reemplaza, muy poco más allá de su punto de partida por una teoría de los precios mucho más manejable y que, si no está en cabal contradicción con ella, por lo menos se desajusta inequívocamente de sus líneas. En última razón el móvil de este canje es el carácter sustantivista, metafísico de la teoría del valor-trabajo, un carácter que lo hace tan impermeable a la corroboración como a la destrucción y que contradice, esto sí claramen-

te, todo el clima intelectual del pensamiento metafísico y lógico posterior a la nutrición hegeliana de Marx.

En otros pasajes de estas páginas se han anotado dificultades a algunas claves marxistas: la que tiene que ver con los aportes psicosociales del "interés" en los fenómenos de la ganancia "máxima" y "media", y entre los que no se anotó por no importar entonces el móvil de la "eficacia", medida por la "ganancia" de una empresa dada pero no identificada intrínsecamente con ella. Otras nociones, como la misma de "ganancia media" en la evidente tosquedad de sus análisis, son demasiado técnicas y aun locales para ser dilucidadas en un planteo de la índole del presente y otros problemas, como el de que la plusvalía, no salga "sólo" del trabajo, serán aludidos más tarde sin perjuicio de señalarse desde aquí que la insistencia en lo contrario es uno de los factores que más poder histórico, más explosividad social han prestado a la ideología marxista.

Con otras ideas fundamentales del marxismo, la que insiste por ejemplo en la contradicción entre el carácter "social" de la producción y la apropiación individual de su producido, el más elemental rastreo, incluso terminológico, sorprende en ellas más eficacia pragmática que entidad racional. Porque, si bien se atiende, todos los actos humanos, en último término, tienen una significación individual y una significación social; todos están tejidos de hechos humanos concretos, individuales aun en los casos que una compleja pauta de coordinación los imbrique a todos en un conjunto; también sus resultados poseen la misma doble significación y son descomponibles en postrera instancia en beneficios individuales, aun recibidos éstos a través del mecanismo distribuidor de la colectividad. Salvo, claro está, y esto contradiría la existencia incluso del salario, que fuera un sólo individuo el que absorbiera todo beneficio.

El marxismo hace timbre de orgullo el que la evolución económica de la Unión Soviética lo haya confirmado, el que normando un desarrollo económico dado haya obtenido una

tasa de crecimiento anual (doble probablemente del de los países capitalistas occidentales) oscilando alrededor de un 10% (aunque en torno a todos estos porcentajes se libra una de las más enconadas batallas de propaganda de los sistemas antagónicos y cualquier cifra merezca en este punto, más que en cualquier otro, serias reservas).

En puridad, sin embargo, distíngase bien. Se ha afirmado la eficacia —se verá después— de una economía centralizada, estatizada y planificada, con un vasto programa de industrialización, electrificación (tan enfatizada por Lenin) y estatización a todo trance y a toda máquina. Esto partiendo de muy atrás (aunque no tan de "la nada" como tiende a enfatizarlo el desconocimiento del desarrollo capitalista de la Rusia presoviética) y por medio de la estatización, más que socialización literal de los medios de producción. También con obediencia a las leyes del valor y de la contabilidad capitalista adoptadas provisoria pero férreamente como medida productiva. También, todavía, con compresión rigurosa del consumo y supresión práctica de toda libertad de expresión que pudiera ser vehículo de manifestación de desacuerdos con la línea trazada, que pudiera constituir un portavoz de las pérdidas —no visibles— en no-satisfacciones de ese consumo tan despóticamente comprimido. En estas condiciones no se ve muy bien —como no sea el evitar una explosión social revolucionaria— qué instrumentos posee una doctrina para ratificar si los "hechos" la confirman, si estos mismos "hechos" son descartados en nombre de un desdén de la espontaneidad, de un orgullo de la previsibilidad que parecen ínsitos más que al marxismo al sistema soviético. Es visible que por este artificio mental uno de los términos de toda comparación (que franquee a su vez el acto de confirmar) se ve nulificado. Si no hay libertad de mercado y si el mismo mercado es previsto en su funcionamiento porque la producción planificada lo dicta y lo dirige, no es posible ver las "pérdidas" —por desdeñables que sean— que de algún modo

representan las insatisfacciones individuales. Es decir, que podrá anatematizarse el “azar” como principio paterno del capitalismo, pero tampoco es posible percibir de qué manera confirma—o desmiente, acéptese también— una realidad conformada de tal modo.

Es un hecho que el marxismo preleninista era mucho más explicativo que normativo y que sólo previó muy esquemáticamente una sociedad socialista dando las normas para ello; pero los resultados brillantes de la Unión Soviética en el terreno económico más resultan los efectos de un dinamismo nacional auténtico, de unas inconmensurables riquezas a alumbrar, de un trabajo desahogado y de una disciplina de hierro que de sistema o doctrina económica algunas.

### 37. SIN EMBARGO, DOS MÉRITOS CAPITALES

Todo esto no es óbice para que el marxismo haya dado con gran acierto y penetrante poder de convicción los grandes trazos del proceso capitalista en sus orígenes y crecimiento y muchos de los que han pervivido en él.

Dio la base científica, racional para un repudio de los que eran sus inocultables males, muchos de los cuales (igualmente) han prolongado su sombra hasta nuestros días. En este repudio reflejó la aspiración anchísima de toda la Modernidad hacia una mejora inmediata de la vida en la tierra y para todos los hombres; consiguió, sin embargo, aunar a ella los reflejos clásicos de la apetencia por una andadura vital normada por la sobriedad, el decoro, la disciplina, la función bien cumplida, la devoción a la comunidad. Marcó la injusticia y el carácter caótico del capitalismo. Con un poderoso aliento moral caldeado hasta una indignación que sólo [¿insulta?] a los cínicos (o sólo es inconvincente cuando se la ve mecanizada en los lugares comunes de la propaganda) enfrentó sus efectos morales, la fealdad radical de una existencia centrada en el lucro, la posesión individual, la ganancia, el ocio no merecido, la lucha

implacable entre los hombres. Marcó (como sea y hasta el grado que sea) cómo el obrero, y también el proletario campesino, son expoliados de una parte de lo que producen, cómo, y hasta qué punto, el mero propietario de capital es un parásito del trabajo de los otros, cómo la desigualdad económica tal cual se despliega en el capitalismo es clamorosamente injusta. Al tiempo que reconoció el carácter expansivo de ese sistema, su dinamismo, su capacidad de transformar el mundo, señaló también sus contradicciones internas, su último carácter regresivo, retardatario, paralizante. Destacó que el aparato económico capitalista aplasta al hombre y contiene una íntima capacidad deshumanizadora. Señaló el carácter anárquico de su desarrollo y el despilfarro de esfuerzos humanos y recursos naturales que implica esa presunta espontaneidad que se corrige a sí misma pero se corrige “después” de esos despilfarros y de sufrimientos humanos sin cuento. Demostró que hay una mecánica de acumulación casi automática que aumenta el poder de los capitalistas, concebidos como un todo, y dio una base científica —un aparato científico, por lo menos— a la consoladora seguridad en su inevitable derrumbe. Demostró que el capitalista absorbe una parte desproporcionada del producto social total y que cualquier recompensa por “riesgo” es desmedida también para la magnitud y verdad del riesgo mismo.

Frente a toda esta realidad es el otro mérito del marxismo haber erguido frente a ella un movimiento obrero universal que sin confianzas ilusas en ningún paternalismo, en ningún ideal moral por voceado que fuere, en ninguna concesión graciosa, con agudeza y realismo sin parejas, organizó a los pobres, a los desposeídos, acostumbrándolos a esperar todo de su propio interés, de su incorporación a una normativa, impuesta, redentora “conciencia de clase”, de su capacidad de lucha servida a través de una organización severa y estable, de una dirección especializada e inexorable, realísticamente “profesional”. Y de

todo esto hizo instrumento de reconquista de una "dignidad" que inmensas multitudes de hombres o habían perdido o no habían poseído jamás.

### 38. EL PELIGRO DE LOS TIPOS-IDEALES

Cierto sector del pensamiento progresivo característico de la actual apologética capitalista suele conceder algunos de estos méritos. Pero observa: el capitalismo de 1850 no es el de 1962 con el que no rigen casi ninguno de los dictérios que su antepasado puede recibir. En un plano de más ceñida responsabilidad científica suele también señalarse (lo hace justamente para el marxismo un historiador tan agudo como Marrou) que el manejar como categorías "fijas" los conceptos de Capitalismo, Proletariado, Trabajo, Burguesía, el marxismo incurre en la falacia esquematizadora de los "tipos-ideales" y, lo que es más grave, los convierte de instrumentos limitados de conocimientos (y conscientes de esta limitación, prudentes en su propio ejercicio) en rótulos vacíos situados imperturbablemente por encima de la variabilidad de lo histórico. Aunque el propio marxismo no les conceda una vida indefinida y los vea superables en su propia andadura dialéctica, los elementos diferenciales, en suma, serían demasiado importantes como para que se opere un empobrecimiento de la realidad en el caso de su uso irrestricto. Esto sería así aun cuando elementos de identidad permanezcan en tales entidades en todos sus avatares y a que, como observa Baran (op. cit. pág. 158) ya sea el caso de "la empresa representativa" de Marshall, en el del "capitalismo puro" de Marx o en el del propio "tipo ideal" de Weber, la concentración en los rasgos comunes ha sido el medio fundamental de todo esfuerzo analítico. Empero, plantéese contra Baran, no es en el marxismo vulgarizado —ni siquiera en el suyo— que esos esquemas se usan en su propia manera de instrumentos provisorios, serviciales de captación

de lo real sino, justamente al contrario, como las entidades inamovibles a las que poco más arriba nos referíamos.

### 39. LA PREVISIÓN MARXISTA DE LA EVOLUCIÓN DEL CAPITALISMO

Estas reflexiones deben tenerse muy en cuenta cuando se atiende a las descripciones que los manuales de iniciación marxista soviéticos, por ejemplo, realizan de la clase obrera que vive fuera de los países soviéticos. Ante ellas suele preguntarse el lector dotado de sentido crítico si es necesario a la consistencia de la doctrina traducir, trabajosamente, a la realidad de nuestro tiempo la condición obrera que fijara inolvidablemente Engels hacia la mitad del siglo pasado.

Si la respuesta fuera afirmativa (como tendemos a creerlo) uno de los elementos capitales de la economía marxista, su capacidad de previsibilidad, podría encontrarse bastante maltrato. Si se contrastan, en suma, hechos y teorías puede llegarse a la conclusión que el poder de "prospecto" contenido en el curso irrevocable de la historia económica-social que el marxismo fijó es sobremanera débil. Si se contrastan con ojos limpios, es claro, no parapetados en ninguna "objetividad" pero con voluntad de lucidez y de verdad.

Hoy quien piensa que para que las cosas hubieran ocurrido de otro modo y hubieran confirmado puntualmente las previsiones de Marx y sus seguidores, éstos no sólo habrían tenido que poseer la profunda perspicacia y el poder creador que les llevó a armar un sistema tan pleno de ingredientes plenos de vitalidad sino, y además, estar dotados de un don profético casi sobrenatural. Hay quien piensa, sobre todo, que el análisis de Marx no hubiera tenido que estar sujeto a las limitaciones que forzosamente soportó y que un antagonista, Rostow, enumera, en esto con bastante plausibilidad. Para Rostow la protesta marxista contra "el costo social y humano de la marcha hacia la madurez" se centró en el análisis del caso inglés, con su proceso esencialmente interno, sin intervención exterior, no conoció los

casos de Japón, de Rusia y de los Estados Unidos; desconoció la importancia del nacionalismo en el período de transición y menospreció en su capacidad histórica a la clase campesina, a la que hizo a un lado. Con todo y aunque Rostow afirme que nada importante de Marx es posterior a 1848, reconoce que su obra representa “*un sistema lleno de errores*”, “*pero también de percepciones parciales legítimas*” (op. cit. págs. 185-187).

Toda esta parte de nuestro trabajo ha sido un intento de discriminar entre unos y otros e, incluso, en el planteo de la previsión leninista del curso del imperialismo ya se han adelantado observaciones a las que ahora debemos remitirnos.

Como muchas veces se ha observado, Marx esperó a lo largo de su vida y en oportunidad de cada crisis capitalista la coyuntura revolucionaria decisiva. Murió sin ver realizados sus sueños. Y ochenta años después como tácita confesión de que el curso de los sucesos no ha seguido las previsiones calculadas, el ya citado *Proyecto de Programa...* reconoce que el capitalismo “*marcha*”, y que su “*entrefacción*” evidente “*no quiere decir*” que haya siempre “*paralización*”, “*estancamiento*”, que no exista, “*que no ‘haya’* (incluso) *crecimiento*”.

En el pasaje a que recién se hacía referencia se marcaba cómo el previsto choque frontal de capitalistas y proletarios se ha visto diversificado y rectificado por la irrupción, la surgencia de nuevos sectores de intereses menos simples y menos unívocos. En otros puntos, el proceso de reproducción simple y ampliada del capital, la dialéctica de la acumulación capitalista suele aparecer a la vez un ejercicio muy preciso y muy tosco, muy escolástico y muy grueso, funcionando en el vacío de una abstracción irremediable. La compresión de la tasa de ganancia por el aumento de la composición orgánica del capital, sostenido al mismo tiempo por el marxismo con su insistencia en las enormes ganancias de los monopolios, requiere, por lo menos, un sustrato matemático y estadístico que el marxismo evidentemente no maneja y que parece, al menos, desmentido por la

observación y el buen sentido. Su explicación, especialmente, de la “*plusvalía comercial*” como una parte de plusvalía que el industrial “*cede*”, resulta tan particularmente irreal que sólo se comprende su aseveración si atiende a que ella era exigida por la lógica de la demostración sobre el valor-trabajo cosificado en una mercancía. En los países atrasados, especialmente, la idea de una “*cesión*” por el industrial, casi siempre mayor que lo retenido por él, asume el carácter de un comodín argumental que no se sostiene en modo alguno. (\*)

Y queda todavía, por fin, el gran tema de la “*pauperización*”. El dogma marxista del descenso de los salarios reales como línea de larga duración es tan indemostrable como improbable. Si se permanece en el plano de la pura impresión para cualquier miembro de una sociedad moderna, en las últimas décadas la presunción vehemente es la que la condición obrera (por lo menos en los sectores organizados y sindicalizados) se ha homogeneizado fuertemente con la de otros sectores de la población y, naturalmente, con los medios, en infinidad de aspectos; los más notorios resultan probablemente los de la vestimenta, recreaciones, maneras, bienes semidurables. Científicamente, al compararse el “*salario real*” con los medios de subsistencia del obrero y su familia en largos períodos de tiempo se tropieza, por un lado, con la imposibilidad de reducir a un solo patrón monetario (en esos largos períodos de tiempo) esos salarios, pero sobre todo, por el otro, y muy especialmente, es perceptible que esos medios de subsistencia varían con las épocas, más allá del nivel mínimo, de la pura subsistencia, de la “*no-inanición*” en términos que los hace incomparables. ¿Qué

(\*) A la altura de este párrafo, Real de Azúa realizó una acotación marginal y vertical, a máquina, pero olvidando marcar el sitio de la interpolación. Además, al guillotinar la fotocopia para su encuadernación se perdió casi totalmente la primera línea de la acotación. Las tres líneas que sobreviven dicen: “... ganancias—casi siempre especulativas—del comercio. Su explicación sólo valía para un mundo librecambista y para un espacio económico abstractamente homogéneo.” (N. del E.)

decir, por caso, de los aspectos arriba nombrados: vestimentas, recreaciones, posibilidades de retiro, ocios, entre —reduzcamos el espectro— los obreros de hace un siglo y los obreros de hoy? Rostow afirma a este respecto que “*la competencia no cedió al monopolio e, imperfecta, permitió a los salarios acercarse al producto neto del valor marginal*” (op. cit. pág. 181) sosteniendo después que Marx y Engels terminaron sus días viendo la aceptación de la “democracia” por el obrero y el evidente aumento de los salarios reales (idem, pág. 187).

El mismo marxismo comunista es hoy bastante cauto respecto a este tema y Baran se limita a sostener que la participación de los trabajadores en el producto total no ha aumentado, que la parte de los salarios se ha mantenido estable y que gracias a los sindicatos se ha logrado ese resultado (op. cit. págs. 75-77). No insiste, en suma, en la depauperización. El *Proyecto de programa...* sostiene no tan ambiguamente que la inflación se “come” todo y que a pesar de “*éxitos aislados*” la situación de la clase obrera, en conjunto, empeora (pág. 32).

Atiéndase sin embargo a la deliberada equívocidad del verbo “empeorar”. ¿Respecto a qué patrón fijo, objetivo? El ennegrecimiento sistemático de la situación de los trabajadores manuales en la sociedad capitalista-liberal llega hasta a pasar por alto el formidable poder de negociación de las clases obreras y del poder sindical, la importancia de la fuerza económica, del radio y magnitud de sus medios de publicidad (incluso) en los países económicos maduros. Las teorías sobre el descenso del salario por aumento de la desocupación en economías de tal tipo no previó la evidente rigidez de este ingrediente de los “costos”: el fenómeno, aun perceptible en los países atrasados, llegaría en los supercapitalistas, en nuestros días, al “salario anual garantido”, superlativo de esta tendencia.

Otros pronósticos marxistas: el progresivo desalojo, por ejemplo, del trabajo calificado por el simple, han resultado también, y esto mucho más concreta, indubitavelmente, lite-

ralmente contradictorios con las exigencias de la evolución técnica.

Todo esto es afirmable, pero volvamos al movimiento pendular de otros pasajes anteriores. También lo es el hecho de que el marxismo puede reivindicar el mérito de haber intentado una demostración racional, sistemática, coherente (“científica”, si ciencia es sinónimo de todo esto) de varios fenómenos de cuya existencia tenemos hoy convicción indesarraigable. Son el creciente y magno poder del capital; el aumento sin interrupciones de la magnitud “óptima” de la gran empresa capitalista; su constante dilema entre la tentación (y la incitación) del progreso técnico y el alto costo en “ganancias”, y por allí la comprensión de todo progreso técnico aplicado demasiado rápidamente. Y por el otro costado, igualmente, fijó la atención sobre el hecho indubitable de que pese al lento ascenso global de la clase obrera, planea sobre la vida de cada trabajador individual el sino de un estancamiento visible, de una dificultad ininterrumpida, de una trabajosa, humilladora, agotadora pugna entre el aumento de su salario nominal y el precio de sus necesidades, de sus medios de vida —aun ampliados, aun ensanchados de generación en generación.

#### 40/46. EL TERCERISMO Y LA DOCTRINA MARXISTA

Tras nuestro lento recorrido puede resultar bastante clara la postura que ante el marxismo —para una actitud tercerista, o nacional-popular— aquí se preconiza.

Esta actitud tendría que consistir, nos parece, en una inquebrantable resistencia a todo intento de imposición monolítica de la doctrina, a toda pretensión a su dogmatización, a su erección en filosofía oficial y única. En todo lo anterior se ha intentado señalar, sin temores, sin resquemores, todo lo que el marxismo tiene de poderoso, de creador, de positivo, todo lo que tiene aun de imprescindible para aclarar las líneas —más gruesas, si se quiere, pero también más reales— de las pugnas

de los hombres, de su pertenencia a unas clases, de los choques de nuevos intereses, de una inevitable presencia de lo económico en todos los fenómenos sociales. Pero, con todo, pensamos con Maurice Duverger (en su excelente *Metodología de las ciencias sociales*) que el marxismo ha sido especialmente fecundo para los que no son marxistas. Y si esto es así es porque los que no son marxistas no corren peligro que tras la pretensión de usar una clave que lo explique "todo", ésta se le enmohezca y haga escolástica hasta el punto de no explicar "bien" nada. Pero, si bien se atiende al real funcionamiento del marxismo en el pensamiento contemporáneo, no es difícil ver que son justamente aquellos elementos, aquellos ingredientes que son aceptables y manejables por quien no sea marxista los que hacen el real prestigio y utilidad del marxismo y los que llevan a tantos de aquellos urgidos por la posesión de una ortodoxia unitaria, sin inquietudes y sin resquicios a la adopción plena y literal del sistema. Una clara insistencia en lo innecesario de este corolario, nos resulta capital para que cualquier revolución nacional, tercerista, no comprometida, pueda guardar su autenticidad y su individualidad. Pero además, sólo por los que no son marxistas –por lo menos de esa literal manera– el marxismo, guardando sus elementos válidos, podrá entrar en contacto con los ingredientes más vivos e integrables de otras "ideologías" u otros sistemas de valores; sólo en esa forma hallar sus planos de *entente* con las filosofías religiosas y profanas vigentes: con el cristianismo, con el nacionalismo, con el existencialismo, con el liberalismo en lo que no tiene de esclerosado. Con los componentes, en suma, que se habrán de imbricar en una personal y distinta doctrina del Tercer Mundo.

En este permanente empeño antidogmático se conjuga, como es natural, la esperanza, y todo lo que pueda contribuir a concretarla, en una des-dogmatización del marxismo en aquellos Estados en los que es la filosofía única y oficial con todo lo que esta imposición tiende a hacerla inválida y a despejarla de

su evidente capacidad creadora. Puede ser un recurso literario –y una práctica abundante lo deja presumir– recurrir contra Marx a aquellos pensadores cuya obra oscureció. Pero si de alguno de ellos algo sigue vivo son las proféticas advertencias de Proudhon contra la propia tendencia de Marx a hacer de su pensamiento un dogma y un dogma provisto de rayos, bendiciones y excomuniones. La fidelidad de una actitud tercerista a esta objeción premonitoria ha de ser inseparable a confundir la "cantidad" de verdad que el marxismo contiene con toda presunta aspiración a esa "objetividad" cuyo monopolio –contra todas las demás doctrinas– el marxismo reclama.

Un uso frecuente, libre, solvente del marxismo contribuirá, por otra parte, a disipar esa impresión de "discontinuidad", de monstruosidad, que la infamiliaridad con el marxismo suele suscitar en algunos. El empleo continuo de él, al revés, nos permitirá sorprender la continuidad que existe entre el marxismo y tantas otras doctrinas que pueden ser útiles en planos en que él no funciona con eficiencia.

Y es también urgente, por fin, establecer con qué fuerza empuja el marxismo hacia ciertas formas de la Secta, del Totalitarismo y de la Revolución que, incluso, sectas y Revoluciones pueden desear evitar.

La doctrina de la dictadura del proletariado en el período de transición, la negación de los valores universales y de una moral universal reciben de aquél un prestigio "científico", una cohonestación racional que también la Revolución Nacional puede –y aun debe– querer evitar.

## LOS TRES CLIVAJES:

- LIBRE EMPRESA Y CENTRALIZACIÓN SOCIALISTA
- “DEMOCRACIA” VERSUS “TOTALITARISMO”
- LA REVOLUCIÓN: SU NECESIDAD Y SUS PELIGROS

## CAPÍTULO V

### LIBRE EMPRESA O CENTRALIZACIÓN SOCIALISTA

Casi todas las modalidades del nacionalismo revolucionario, casi todas las del “tercerismo” (y aun el prudente vocablo inicial podría sobrar) se filian en una actitud anticapitalista. Impregnadas de ese marxismo difuso y libre que se acaba de intentar dibujarse (Capítulo IV), aspiran a una organización económica pautada diversamente por elementos de “centralización”, de “planificación”, de “socialización”, de “estatización”. Y, aunque estos términos no sean –sobre todo en su imbricación– unívocos, parece evidente que su afirmación se suscita en un mismo repudio inicial, racional y emotivo al mismo tiempo por el sistema capitalista. Tanto por el sistema capitalista en su juego, en su funcionamiento tradicional como por su viabilidad, su eficacia como instrumento de crecimiento y desarrollo en las propias áreas mundiales en que el nacionalismo revolucionario, el “tercerismo” tienen hoy vigencia.

#### *47. LOS MALES CLÁSICOS DEL CAPITALISMO*

En pasajes anteriores (párrafos 26, 30, 38, 41, 43 y 45) se ha tratado de establecer qué es lo que permanece vivo de la crítica

marxista del capitalismo, cuáles son sus elementos que actúan, tras un siglo de su formulación, como poderoso fermento de la transformación social de nuestro tiempo. Pero también, más allá del marxismo mismo, tratemos de recapitular los puntos fundamentales de un clima de opinión mundial y tan ancho que casi puede afirmarse que no encuentra réplica más que en la apologetica profesional y que el capitalismo, cada vez con más sensación de acoso, recurre.

1. En sus orígenes, sobre todo, se recuerda que el capitalismo "puro" implicó una competencia encarnizada entre los empresarios, y entre grupos de ellos, con tácticas de lucha que fueron desde la guerra de precios y la explotación despiadada del obrero hasta la guerra literal por los mercados de consumo y de materias primas libradas entre los Estados servidores de sus intereses (ver párrafo 9). Era la aplicación del dogma darwiniano de "supervivencia del más apto" que idealizó el liberalismo económico. Pero una supervivencia librada en un campo que es de la sociedad misma y en la que quedaban sembrados, como despojos de la lucha, no sólo enormes sufrimientos humanos, no sólo los "débiles" (no siempre inaptos, salvo para la batalla implacable) sino en factores productivos en magnitud descomunal: trabajo, dinero, máquinas, despilfarrados sin tasa ni medida.

2. Un sinónimo de esta fase del "capitalismo competitivo" es la de una literal anarquía. Para el marxismo yace básicamente entre el carácter social de la producción y su apropiación individual (ver párrafo 42). Pero más fenoménicamente equivalía a desorden, caos, espontaneidad sin plan, azar ciego. En un mercado móvil y dinámico, con empresarios incapaces de conocerlo y menos de preverlo, dogmática la acción individual e incoordinada, multiplicidad de iniciativas privadas e incoordinadas, iniciaban su camino ignorándose las unas a las otras. Si ello representó, como se ha observado, suficientes oportunidades de inversión para absorber el excedente económico, esa

absorción fue inseparable de una utilización dispendiosa de ese excedente, de una destrucción acelerada de los activos, del surgimiento esporádico y fortuito de ganancias adicionales y a veces descomunales.

3. Todo ello anunciaba un trazo que se ha mantenido hasta hoy que no puede ser relegado a la condición de "rodaje técnico" del sistema. En su plena forma el capitalismo se mueve en la contradicción básica entre la potencial capacidad productiva — mucho más crecida que la producción efectiva— y la inevitable consecuencia de restringir el consumo a raíz de la tendencia a pagar al menor precio posible la mano de obra. Tener, en suma, una inmensa posibilidad de fabricar para gentes a las que al mismo tiempo niega los medios para comprar lo fabricable, pues esos medios tendrían que salir de sus ganancias. O como se dice técnicamente: el atraso de la demanda solvente respecto a la capacidad productiva con la consecuencia inexorable del ya mencionado desaprovechamiento de los factores productivos. A esta contradicción básica el capitalismo ha tratado de buscarle paliativos, intentando que ese "poder de compra" lo cree el Estado por medio del aparato presupuestal (nutrido naturalmente con impuestos que no salgan de las empresas mismas) o por la busca de mercados extranjeros. Esto podrá ser efectivo para cada empresa en singular: para el conjunto del capitalismo la contradicción permanece inalterable.

4. Por mucho que pueda refinarse el análisis marxista, lo cierto es que el origen y el apogeo del capitalismo enfrentan dos clases de la sociedad y dos modos de vida, despliegan lo que con énfasis pero también con verdad se ha llamado "la explotación del hombre por el hombre". Enormes fortunas, ociosas por un lado, que viven de la propiedad de los medios de producción y actúan casi siempre por agentes intermediarios; una gran masa trabajadora, obrera, manual, que lucha por mejorar sus ínfimas condiciones de vida iniciales (y a veces mejora) su nivel en cuanto clase, pero que también y sobre todo individualmen-

te, libra esa lucha en los amenazantes lindes de la depauperación, el infraconsumo, la literal miseria.

5. La historia económica detalla con precisión cómo ese nuevo clima histórico social fue inseparable de la concentración de grandes multitudes en las nuevas urbes fabriles. Es el doble e interrelacionado fenómeno de concentración y proletarización. Representó el desarraigo de enormes masas de hombres, mujeres y niños de sus marcos humanos previos y naturales, la horrenda y arrastrada existencia en los escuálidos y nuevos amontonamientos industriales. El cuadro cuya tan viva y espantosa sustancia dio el famoso libro de Engels sobre las clases obreras en Inglaterra, se dio también en todas aquellas partes en las que el capitalismo penetró, haciendo, del éxodo rural, de la proletarización, del desarraigo, fenómenos mundiales.

6. El medio socioeconómico de la fábrica y su sistema de producción implica desde entonces —como tantas veces se ha anotado en un análisis casi agotador— una triple ruptura, la del obrero con el producto total; la del obrero con el destino global de la empresa; la del obrero con la persona concreta del o de los empresarios. Respecto a la primera se ha anotado que en las condiciones extremas de especialización, división y racionalización del trabajo industrial nada hay que haga al obrero vitalmente relacionado con el objeto material en cuya producción participa: sólo una inacabable experiencia de un ajuste, de un remache, de una inserción es la angostísima ventana a través de la cual contempla el panorama de una labor solidaria. Respecto a la segunda, es un hecho que toda iniciativa en la gestión, la orientación de la empresa le son regularmente inaccesibles, puesto que corren a cargo de otros: el éxito o el fracaso conjuntos sólo le llegan a él a través de la continuidad del empleo y, lo que suele ser también más desalentador, de la desocupación repentina y masiva. Respecto a la tercera es también un hecho que, a través de la cadena cada vez más

extensa de jerarquías intermedias el empresario o propietario es para el trabajador una entidad ausente y mítica; un hecho, también, que la ya antigua posibilidad jurídica de la “anonimización” de la sociedad sólo representa un superlativo de esta ausencia.

Se da así la vida del obrero en su trabajo en formas sociales totalmente deshumanizadas de subordinación, automatización, anonimización e impersonalidad. Alquilando su fuerza de trabajo el obrero, como el análisis de Marx lo hizo resaltar tan agudamente (ver párrafo 30), es alienado, en el producto industrial, en la “cosa” idolizada como único fin de la empresa, aparentemente, angelicalmente desconectada e inmune del trabajo humano que la creó.

En la fábrica moderna, decimonónica, se fue de este modo organizando el cuadro causal de un fenómeno más concreto: la mecanización y el agotamiento del obrero a causa de esas largas, larguísimas jornadas de trabajo cuya reducción a términos más tolerables fue una tarea feroz y empecinada. Pero tal mecanización y tal agotamiento nacieron también de las ya mencionadas monotonía y rutinarismo de una faena parcializada, en la que nada hay, nada había, que satisfaga la imaginación de un hombre, sus impulsos de iniciativa, que franquee la plenitud de un auténtico compromiso vital.

Porque ésta es justamente la insoportable paradoja de un sistema económico que nació cohonestándose con la proclamación del supremo valor de la inventiva humana, de su capacidad de estímulo a la creación individual. Sin embargo, es negando esos valores para la inmensa mayoría de los seres humanos que se afirmó y creció, imponiéndoles una rutina y un mecanismo que mutila en esa inmensa mayoría de seres —por lo menos en el área humana fundamental del trabajo— satisfacción de la afectividad, la voluntad y la inteligencia.

7. Todo lo precedente podría sugerir la imagen de un organismo económico estable. Pero el capitalismo creció

umbilicalmente unido al fenómeno de las “crisis cíclicas” que llenan con sus negras pautas más de un siglo de la historia económica occidental. Los epifenómenos de estas crisis son innumerables: paralización, estancamiento, baja de precios son algunos de ellos, pero ninguno atrajo la atención “no técnica” como la implacable consecuencia de la contracción económica que representó el paro forzoso, la desocupación en masa. En la lógica asocial (e inicial) del capitalismo, el trabajo y su nivel representan los elementos más flexibles que permitirán, justamente, remontar la pendiente de la depresión. Poco importaba que esa flexibilidad representase en términos “humanos” la miseria, la desesperación, mutilaciones físicas y psicológicas irreparables en las vidas de ciento de miles, de millones de trabajadores y sus familias. Esto determinaba y aun determina (por más que esta descripción quiera ser la de los “males clásicos”) que aun en períodos de ocupación y aparente prosperidad la permanente inseguridad en su empleo sea el signo en que se mueva la vida obrera. Sin perspectivas, sin futuro “proyectable”, viviendo al día, bajo el temor de la siempre pendiente depresión. Y todavía, y éste es fenómeno que se dibuja desde el principio del capitalismo, cuando la creciente mecanización comenzaría a dejar vacante sin interrupción la fuerza humana obrera, avizorando a cada instante la máquina que haría inútil su labor (y ocultando de paso, lo que ciertamente no representa ningún progreso, sus observaciones, los hallazgos que harían esa máquina posible).

Agréguese todavía a este cuadro general condiciones específicamente inhumanas de ciertos sectores más indefendidos del trabajo: en las minas, en los países coloniales, en el caso de las mujeres y los niños. Esto, tanto en la metrópoli del capitalismo que era Inglaterra como en los países coloniales o semicoloniales. Con razón, refiriéndose a la primera decía con feroz humorismo Gilbert K. Chesterton que “*la clase culta de Inglaterra entendía mucho más de la conservación de los*

*faisanes (pheasants) que de sus paisanos (peasants)*” (William Cobbett).

8. Como fenómeno histórico social el capitalismo suscitó un clima espiritual, una “tabla de valores” de acuerdo a la cual creció y se desarrolla. Tiene sus raíces en la secularización, en la inmanentización de todas las normas en base a las que se vive. Tiene sus expresiones en un individualismo desenfrenado de todos contra todos, la utilidad a todo precio, el hedonismo sin resquicios. La apologética del capitalismo tiende pudorosamente a salteárselos; el marxismo los subraya pero los hace simples epifenómenos, meras consecuencias morales y sociales del sistema. De cualquier manera que se les enfoque importan una moral (de algún modo hay que llamarlo) del lucro, de la ganancia, de la victoria a cualquier costa como medidas supremas, como categorías últimas de la vida. Arrastra el culto, la idolización, no de la Fama ni de la Gloria clásicas sino del Éxito, del éxito terrenal, tangible, inmediato, cotizable. Este éxito se logra o se busca, o se sueña: aun estos sueños tienen una rastrera horizontalidad. La busca frenética del poder, del bienestar, del ocio conspicuo, no son ajenas a consecuencias, no por esperables menos sorprendentes, que suelen acecharlas: el vacío vital, la angustia, el sentido de la nada de todo lo logrado o lo deseado. Porque se dan no sólo en el éxito sino también en el fracaso, en la tantalizadora sensación de lo inasequible y en la percepción de lo contingente de todo lo conseguido. Los aturdidores placeres de los sentidos —cuanto más charros, cuanto más grandes y ostentosos mejor— son los únicos sucedáneos: también suelen ser precursoras fases de la nada.

Se dirá: este cuadro extremo (que como se verá integra al revés el elogio del capitalismo con la figura del “millonario desgraciado”) puede ser “estadísticamente” excesivo; puede estar atemperado, contenido por frenos institucionales, tradicionales, religiosos. Es cierto. Pero funcionando en su lógica pura —y cuanto más se afirmó el capitalismo más tendió a

trabajar así— implica la remodelación de todas las relaciones humanas desde el ángulo de la rentabilidad, la racionalización, el provecho. Una ojeada a los libros de Dale Carnegie, a esas “artes de hacer amigos” seguidos y admirados y aplicados por todos los “ejecutivos” del mundo, basta para señalar hasta qué delirante refinamiento de hipocresía el capitalismo puede llegar, a qué demoníaca —y querríase creer: autodestructiva— lógica.

El capitalismo contagia esta mentalidad a toda la sociedad aunque, como es natural, su intensidad mayor se ofrezca en los propios sectores capitalistas. Lo que, sin embargo, más prestigio en las restantes clases, es una mentalidad, un clima emocional de envidia y de resentimiento. Contemplan, impotentes, el esplendor de la vida de unos pocos y vacilan, a veces en indecisión perpetua, entre la adaptación a la coyunda, la rebeldía ciega o el compromiso revolucionario de negación entera.

#### 48. LOS MALES NUEVOS DEL CAPITALISMO

La parte final del precedente diagnóstico ya nos sitúa en fenómenos plenamente actuales. Pero los fenómenos “plenamente actuales” exigen en la opinión dominante, otro sujeto de imputación que el capitalismo competitivo con que el proceso clásico se dibujó. Es el “capitalismo monopolista” cuya estrecha relación con el imperialismo, por ejemplo, ya se ha observado (capítulo II, párrafos 9, 10, 11, 12 y 14).

La precedente afirmación no aspira a negar un hecho evidente: la supervivencia en zonas marginales y secundarias del capitalismo competitivo. Quiere subrayar en cambio que el que da el tono, el que imparte las decisiones centrales, el esencial, en suma, es el otro: monopolios, oligopolios y sus variantes.

El capitalismo monopolista —y en esto seguimos el convincente desarrollo de Paul Baran— se caracteriza decisivamente

por un creciente “excedente económico”. La inteligibilidad del término es fundamental: puede ser definido como la “plusvalía” de que habló Marx pero sólo la que está siendo acumulada; esto es: no incluye ni los gastos de los capitalistas ni los gastos gubernamentales.

Ante este excedente cada vez mayor el problema del capitalismo monopolista es uno y trágico: no sabe qué hacer con él (con todo él por lo menos). La contradicción fundamental de su funcionamiento es que las oportunidades de inversión —su capacidad de inversión— están siempre atrás de sus posibilidades de inversión, de sus oportunidades de invertir. Y esto tiene una miríada de consecuencias a cual más desastrosa.

Implica, en primer término, la pérdida del “excedente económico potencial” que es el que podía obtenerse con la utilización de los factores productivos disponibles “menos” el “consumo esencial”. En suma, y hablando en términos llanos, el capitalismo monopolista hace con su excedente infinitamente menos de lo que puede. Ese excedente económico potencial se ve reducido por el consumo excesivo de ciertas clases: los muy ricos, los ricos, la clase media. Se ve reducido por la existencia de un vasto sector de trabajadores “improductivos” (aunque esta calificación puede merecer —y se le hará alguna— muchas reservas). Se ve reducido por la organización dispendiosa e irracional de muchas grandes empresas. Se ve reducido por el producto “no materializado” a causa del desempleo. Un desempleo cuya causa es la anarquía de la producción y la insuficiencia de la “demanda efectiva”.

Destáquense algunos elementos. La discordia entre la producción “real” y la “potencial” es uno. Esta discordia nace, en primer término, de un subempleo, de un desempleo, de un crecimiento crónico de los factores económicos que implican sobre todo los recursos humanos y los materiales. Está vinculado a la proliferación de pequeñas empresas ineficaces, redundantes: ellas abundan sobre todo en la agricultura, en los

sectores de distribución, en la venta de servicios. Podría ser solucionada con la uniformización en la presentación de los productos y la concentración de la producción en las plantas más eficientes. Pero esta solución está, sin duda, más allá de las posibilidades propias del capitalismo.

Pero esta incapacidad de operar con todo el aparato productivo (en los Estados Unidos se calcula que sólo se utiliza el cincuenta por ciento de él) tiene "causas", y causas hondas. Es la ya mencionada disparidad (ver párrafo 47) entre la oferta potencial y la demanda "solvente", que en el capitalismo monopolista se hace un hiato de magnitud desmesurada.

El capitalismo monopolista se muestra relativamente incapaz de una política auténtica de ocupación plena y de expansión del consumo. Una de sus causas es la ya mencionada discordia entre la capacidad de inversión y las oportunidades de inversión (infra). Otra y decisiva es el desajuste entre esa demanda social efectiva, solvente, que puede pagar y la "demanda social potencial", esto es: lo que inmensas masas menesterosas necesitan pero no pueden pagar. El capitalismo monopolista podría evitar la gran magnitud de su excedente reduciendo la producción a la demanda "solvente" del consumo, pero esto reduciría las ganancias. Y que esto, en la lógica del capitalismo, no podría ser solución para el trabajador, lo abonaría el que, al propio tiempo, toda reducción del tiempo de trabajo lo soportaría la clase obrera, si la misma reducción de horas trabajadas no fuese acompañada por un incremento de la productividad, también esa reducción de las ganancias sería absorbida por la misma clase obrera.

En síntesis y volviendo al hecho fundamental: la creciente contradicción entre la capacidad de inversión y las posibilidades de inversión no encuentra su salida en reducir la producción reduciendo el consumo. Pero tampoco puede aumentar el consumo popular puesto que la parte de los salarios "tiene que ser estable". Pero tampoco, todavía, importa solución aumen-

tar la parte en el consumo de los propios sectores capitalistas. Sobre el sector propietario del capitalismo monopolista planea una contradicción (otra más) esencial: si el capitalista "monopolista" individual, puede necesitar sobriedad para progresar –también individualmente– puede ser ruinoso para su clase concebida como un todo. Al mismo tiempo el capitalismo monopolista está obligado a repetir –so pena de depresión y desempleo– el despilfarro, el "consumo conspicuo" que le reprochó al feudalismo y contra el cual afirmó sus primitivas virtudes de austeridad y –también– por razones sociales, por móviles de "escándalo social" se ve forzado a gastar discretamente, en la forma menos personal posible, en los procedimientos encubiertos de los pródigos "gastos de representación", por ejemplo, de las sociedades anónimas, a nadie imputables en concreto o difíciles de imputar.

Quedan, es claro, algunas vías. Nos hemos referido al "trabajo improductivo" (infra). Baran, y seguramente ésta es la parte más vulnerable de su argumentación, lidia con el olvido marxista del sector de los "servicios", con su fijación casi obsesiva en "la mercancía" (ver párrafo 42). Inventa (debe inventar entonces) una completa clasificación tripartita: a) trabajo productivo, que es el que se materializa en la mercancía; b) trabajo improductivo "necesario", que cubriría lo que él [ilegible] y en los que él ejemplifica honoríficamente profesores y "hombres de ciencia". Pero todavía queda un sector c) de "trabajo improductivo innecesario", infierno ético-social en el que Baran incluye "capitalistas", "clérigos" y "abogados"; también "especialistas en propaganda", en "relaciones públicas" y "analistas de mercado", "expertos" en evasión fiscal y otra serie variada de parásitos en cuya clasificación respecto a la categoría anterior Baran tiene una excepcional seguridad, sosteniendo que son los que se dan en las condiciones del capitalismo y no se darían en una sociedad "racional". Acorde con su marxismo dogmático Baran tiene una visión induda-

blemente menospreciadora y hostil de todos los sectores de las “nuevas clases medias” que se interponen entre los grupos frontales de capitalismo y proletariado (ver párrafo 38). Parece olvidar que una sociedad industrial no se compone “únicamente” de “empresas”. Parece olvidar también que entre los sectores que su racionalismo dogmático –los “clérigos” en primera línea– o que su buen sentido moral señala como nocivos (expertos en evasión fiscal, por caso) y los “hombres de ciencia” o servidores de servicios esenciales, media un ancho espectro de casos no previstos en los que su seguridad tendría verosímilmente que derrumbarse.

Pero vuélvase al hilo de sus descartes. Esa nueva clase media se beneficia de la dilapidación irresponsable del excedente creciente del capitalismo monopolista: su mayor consumo se corresponde con el menor de otros sectores y, así, se cancela en cuanto solución. Baran no explica claramente el porqué de esto (ver op. cit. pág. 113) pero acéptese en grueso el hecho bajo reserva de lo deficiente que su análisis de las nuevas clases intermedias resulta.

Vuélvase, aunque parezca obsesivo, al hecho ya reiterado: la deficiencia continua y creciente de la inversión privada respecto al excedente económico. Es rasgo del capitalismo monopolista tasas de ganancias desiguales pero muy altas: prodigiosos excedentes que no se sabe cómo emplear ni en las propias empresas ni en otras. Prodigiosos excedentes que no pueden ser usados en expandir el consumo por rebaja de precios que implicarían por sí una rebaja de la ganancia por unidad y globalmente. Prodigiosos excedentes que no pueden emplearse en proyectos técnicamente factibles y socialmente urgentes. Las consecuencias de este hecho se llaman sobreproducción, estancamiento, desempleo.

¿Puede ser utilizado el Estado para esta función? ¿Puede la brecha entre el excedente económico y la inversión privada ser llenada por el gasto gubernamental? ¿Por qué, técnicamente

hablando, el Estado no puede realizar gastos –gasto colectivo o gasto individual eficaz– que consigan equilibrar la demanda global con la producción global a un nivel dado de ocupación? Baran cree que los subsidios al consumo individual de las clases menos favorecidas hacen subir el mínimo de salarios, chocan al espíritu mismo del capitalismo y tienden a minar la disciplina social. Grandes inversiones en carreteras, servicios sociales, hospitales, escuelas no importan tampoco para el capitalismo monopolista solución: esas inversiones deben ser extraídas de impuestos a las clases ricas que no las aprovecharán y chocan con los intereses de grupos tan fuertes como el de los especuladores de inmuebles. Baran pasa por alto o niega el alegable carácter arbitral del Estado occidental (ver párrafo 39); da por sentado también que las clases ricas no aprovecharán en absoluto ciertos gastos sociales como el realizado en carreteras (lo que parece muy discutible); soslaya que por lo menos fuera de los Estados Unidos el mayor volumen del impuesto no sale de los tributos directos. De cualquier manera, que obran poderosas razones para que esta solución no funcione lo prueba el tan conocido alegato de un economista tan prestigioso como alejado al orbe mental de Baran: John Kenneth Galbraith y su *affluent society* con el cuadro de una economía que todo lo dirige al consumo individual y muy poco, y sobre todo insuficiente, a los ya mencionados servicios generales: escuelas, carreteras, universidades, servicios de salud, planes de edificación modesta.

Volviendo a Baran quedan –antes de llegar a la última y decisiva– otras posibilidades: también son descartables. El montaje de instalaciones productivas está vedado en las zonas dominadas por las empresas monopólicas: han de ser levantados en zonas marginales y es preferible que no den ganancias (por lo menos considerables). Mejor todavía serían empresas absolutamente improductivas, pero esta eventualidad está asociada al juego de las relaciones internacionales y no siempre es posible.

En realidad, hay una única posibilidad sólida para que el capitalismo monopolístico llene la brecha. Son los gastos militares, son los préstamos con finalidad política, son los dispendios del espionaje y la corrupción internacional de políticos, militares y diplomáticos. Estos sí favorecen a las grandes empresas, mantienen los niveles de ocupación y de ganancias, contentan a la "aristocracia obrera", dan vía libre a los militares, ofrecen oportunidades de lucimiento a los intelectuales dóciles. El razonamiento de Baran termina en esta forma en la inescindibilidad radical, irrompible entre maquinaria guerrera y neocapitalismo monopolista.

Muchos puntos son polemizables en el precedente planteo y muchos se saltea éste y muchos pueden ser corroborados.

En un discurso pronunciado en 1958, uno de los banqueros más eminentes de los Estados Unidos, Warburg, sostenía que si este país se desarmase la crisis económica más acentuada, el colapso económico en puridad, caería en un mes sobre él. La utilización en los gastos de guerra del excedente económico tuvo ya su plena y triunfal corroboración entre 1939 y 1945, años en los que los Estados Unidos llegaron al más alto nivel de empleo de su historia. Un informe internacional reciente (1962) sostiene la posibilidad de que prosperidad económica y desarme sean compatibles; sin querer penetrar en un problema técnico y complejo, parece verosímil que si la afirmación tiene validez general posible, esta validez no se extiende a la economía monopolista más desarrollada.

Otros factores no parecen tomados en cuenta por el economista germano-norteamericano y su importancia resulta, sin embargo, considerable. Es el del creciente empleo de las técnicas de la obsolescencia y el consumo acelerado. No solucionan la cuestión del excedente, pero sí la de la previa e inexorable ganancia, los métodos para fomentar el consumo inútil, el derroche, el rápido reemplazo de los bienes semidurables (autos, artefactos eléctricos, sobre todo). Los *waste makers* de Vance

Packard trabajan sobre una artificiosa y hábil multiplicación de necesidades, poco importa que razonables o infantiles, tontas. Los *gadgets* erigidos en móvil supremo de la vida y su adoración sustentada en "complejos" (útese el término en su acepción más vulgar) suscitados masivamente: el de inferioridad, el de infortunio, el de competencia, el de envidia al vecino.

Con refinados métodos de análisis motivacional, con una frenética y ostentosa propaganda que encarece sustancialmente todo producto, con un manejo despiadado de todas las formas de la vanidad humana, la prosperidad de una economía como la norteamericana descansa —y su sector central, el automovilístico es ejemplo impar— en que todo ciudadano medianamente solvente pueda ser convencido cada dos años, cada año mejor, en la impostergable necesidad de arrumbar su auto casi nuevo y cambiarlo por otro. Si es, naturalmente, que no quiera bajar en su estatus social, si es que no quiere ser avergonzado por su vecino, si es que no quiere sentirse un "fracasado". Una economía que tiene que envejecer materias de esa calidad para vivir, que tiene que destruir lo que haría la comodidad, la utilidad y el orgullo del hombre en el resto del mundo parece, verosímilmente, una economía enferma y sin salvación. Una economía del consumo descansa en una moral del consumo y ésta tiene que ser, si el mínimo está satisfecho, inevitablemente hedónica, competitiva; tiene que descansar en todos los móviles de la vanidad, en todas las agonías de la humillación y la competencia, en todo el frenesí de un trabajo que sólo sirve en último término para la consecución compulsiva, indefinida de unos bienes que no hacen más lúcida, ni más noble, ni más libre la vida.

El monopolio, la concentración de la propiedad, la marginalización o la destrucción de las magnitudes medias o pequeñas, tiene una variante, sobre todo en el plano internacional, en la coordinación de grandes empresas, verdaderos monopolios en un área determinada, en el oligopolio. Combinando

las formas clásicas del *trust* y del cartel busca a la vez evitar las guerras de precios, circunscribir la competencia sobre ciertos aspectos: propaganda, presentación, entrega, envases (es el caso notorio del petróleo y de los cigarrillos). En su fin último: la explotación del consumidor, estas divergencias se concilian y cuidadosos deslindes en zonas de influencia colocan a las naciones, sin saberlo ellas siquiera, en el área de dominio de algunos de los “grandes”.

La discordia entre ganancia por unidad y ganancia total, entre la necesidad de rebajar costos y la incolocabilidad del producto así producido, la antítesis entre vender con beneficios y satisfacer necesidades —entre demanda potencial y demanda solvente, conflictos insolubles del organismo capitalista— produjo una serie de manifestaciones anormales, patológicas. Algunas de ellas han sido llamadas “malthusianismo económico”. O se produce para destruir mejor que vender con pérdida, como las famosas incineraciones del café brasileño hace tres décadas, o se produce para regalar y abatir los precios internacionales y arruinar renglones básicos de ciertas naciones atrasadas, como la famosa política de “excedentes” de los Estados Unidos, por más que ésta pueda cumplir ocasionalmente funciones, casi nunca desinteresadas, de beneficencia internacional.

El archivo y la inutilización de innovaciones técnicas posibles ya fue insinuado como un medio de defensa del obrero (párrafo 47 ordinal 6) contra la máquina que amenaza con desalojarlo. Pero en la etapa monopolista del capitalismo el fenómeno cambia de origen. Mientras en el capitalismo competitivo existe la obligación, bajo pena de desaparecer de la competencia, de adoptar las innovaciones técnicas sin reparar en las pérdidas, en el período del monopolio la tendencia general es a no emplearlas hasta que no estén relativamente asentadas y sobre todo cuando envejecen un equipo no amortizado. Puede reconocerse que esto implica un problema

para toda sociedad industrial cualquiera sea su régimen económico (ver párrafo 53) pero una forma más específica e infinitamente más ominosa es la que el capitalismo monopolista ofrece con la compresión e inutilización de invenciones que sin envejecer equipos ni irrogar nuevas inversiones importaría abaratamientos decisivos y sustituciones útiles de ciertos productos (Baran, op. cit. pág. 56, nota).

En todo lo desarrollado va implícito que en el neocapitalismo adquiere dimensiones magnas, lo que ya era un rasgo de su etapa clásica. Es su influencia creciente sobre Estados, gobiernos y política. Una influencia que maneja alternativamente los medios de corrupción, del cohecho directo sobre quienes tienen a su cargo las decisiones económicas estatales, pero también emplea, compulsivamente, masivamente, los medios de sugestión pública: prensa, radio, televisión, que su poder monetario pone prácticamente en sus manos. Los resultados y apariencias de esta compulsión son innumerables y van desde una política internacional favorable a los monopolios hasta todas las formas posibles de la gestión económica y fiscal. Puede llamarse derechos aduaneros, tipos cambiarios, reformas impositivas. Su repertorio es infinito y puede llegar, como ocurre en los días en que estas páginas se escriben hasta imponer en los cuerpos legislativos de los Estados Unidos el principio de la “explotación privada” del espacio exterior. Se recordarán también en la “épica del capitalismo monopolista” el famoso período de las “opciones de compra”, por medio de las cuales el mismo gobierno de los Estados Unidos regaló, prácticamente, a los monopolios, las fábricas construidas con fondos públicos durante la Segunda Guerra Mundial. Y si a los mismos Estados Unidos nos seguimos refiriendo se da al mismo tiempo la tendencia a que la clase directorial de los “muy ricos” representen a “toda la industria” y no a una clase determinada y a una íntima y creciente trabazón entre la clase capitalista, la diplomática y la militar. Es el cuadro que tan incisivamente desplegó el famoso

libro de Wright Mills, *La elite del poder*, en el que se observa también el fenómeno nuevo, pero extremadamente indiciario, del “intruso” político que asciende meteóricamente en los rangos de los partidos, del supermillonario, un Averal Harriman, un Nelson Rockefeller, que encarna en su carrera y en su persona la indestructible y lubricada coordinación del aparato gubernamental, la política y los designios de la clase monopolista. En suma: la enorme concentración del poder económico en unas pocas manos da a esa minoría un poder desproporcionado sobre la sociedad, sobre el resto de los hombres que no dispone sólo de los recursos del dinero sino también los del Poder y la compulsión psicológica.

Otras faces del neocapitalismo a la altura de nuestros tiempos suelen ser menos señaladas, con ser las que, ambientalmente, más se perciban, más marquen con signo indeleble la existencia de las gentes. Podrían ser todas puestas, con puridad, en el rubro de esa realidad siempre en avance que es “la sociedad de masas”, que son colectividades masificadas. En otra parte de estas reflexiones se examinarán sus relaciones, su carácter de consecuencia o su simple coexistencia con el aparato supercapitalista. Destáquense ahora sólo unos pocos aspectos entre aquellos que más inseparables parecen de la vigencia capitalista. La omnipresencia, la ubicuidad y la puerilidad de la desmesurada “propaganda” comercial es uno de ellos. El afeamiento implacable del mundo y de los más hermosos escenarios de la naturaleza, es uno de sus resultados: a todos los rincones llega el afán de meter por los ojos al hombre lo que el hombre no necesita. Pero más vasta significación tienen la degradación del nivel cultural por la explotación con criterio estrictamente comercial de lo que lo que el lenguaje sociológico yanqui llama *mass media*, esto es, televisión, radios, revistas. Los criterios capitalistas de costos, rentabilidad y anchura de la demanda han privado a estos medios de toda (o de casi todas) sus capacidades de difusión de auténtica cultura.

La más ancha demanda, que es la más inculta, es el norte de todos los empeños; ello satisface al mismo tiempo la sustancial retribución económica y la deliberada puerilización de los ocios, la nimiedad de todo lo que se le ofrece al hombre en busca de distracción espiritual. Pero esa “distracción” que puede ser en el ciudadano común un explicable y lógico deseo de apartarse de las opresivas pautas cotidianas, se hace en manos de la *mass media* del capitalismo una distracción más insidiosa. Porque sirve también —¿y quién que examine nuestros diarios, que contemple nuestra televisión no lo confirmaría?— para apartar al hombre de todo examen, de toda preocupación de toda posible perspicacia de las bases de la sociedad en que vive y de las fuerzas que lo dominan. Una cultura del “digesto” en suma, del *memorándum*, de la llamada telefónica que llega en los Estados Unidos hasta las famosas “universidades privadas” (que son cientos aunque la fama solo ilumine a tres o cuatro): la misma competencia comercial entablada entre ellas por millones de sustanciosas matrículas ha rebajado el nivel cultural hasta un grado que hoy espanta hasta a los mismos apologistas de la “libre empresa” cultural.

Ya se habían apuntado los efectos morales de la pugna capitalista (ver párrafo 47 numeral 8). Pero cada vez son más notorias las notas que agravan esos males y aun los males de una sociedad implacable pero de cierta inocultable vitalidad ceden su puesto a los crepusculares vicios de un bizantinismo de arribistas: la vaciedad de la vida, la angustia, la frustración misma. Sin estilo, sin elegancia, sin cultura y sin moral, el horrible *businessman* norteamericano lleva a todo el mundo los peores aspectos de un pueblo que tiene vetas de indisputable calidad, el arquetipo humano de una dialéctica enloquecida de la existencia.

De dónde se extrae y cómo se forma este tipo humano será materia de una mención posterior. Allí también se aludirá al signo verdadero de la evidente separación entre “propiedad” y

“gestión” que marcan a la presente etapa del capitalismo. Inseparable de otra tendencia: la que tiende hacia un poder en cierta manera “abstracto”, expresado en cifras, en órdenes, sin comunicación directa con personas, con bienes, con cosas, lleva al último y definitivo carozo de la sustentación del orden capitalista; la actitud, las posibilidades de “cooperación” de la clase trabajadora.

Los mismos defensores del capitalismo en un medio económicamente tan evolucionado como el de los Estados Unidos, tan penetrado también de la legitimidad de su vigencia llegan a conclusiones nada alentadoras, y las de uno de ellos, Peter Drucker, podrían sintetizarse así:

No hay posibilidades de cooperación “real” entre el gremio, el sindicato, la clase obrera y la empresa. Definitivamente éstos no “comprenden” ni las leyes económicas capitalistas, ni los criterios de rentabilidad de costos económicos, de lucro, de negociación racional. Ello determina especialmente que el obrero resista principios cardinales de la empresa capitalista *up to date*: el aumento de productividad por mejoras técnicas, los altos salarios de los ejecutivos, los principios de una dirección autoritaria, responsable y presuntivamente “legítima”. La clase obrera, en concreto, no “participa” de la empresa, no siente fidelidad hacia ella. Que el sindicato, el gremio se yergan ante la empresa puede provocar en el obrero, cuando más, una “fidelidad dividida”. Pero también, y esto más notoriamente en los Estados Unidos, el gremio, el sindicato mismo va modelándose según un ambiguo carácter de órgano de oposición y (posible) órgano de gobierno. Tanto en uno como en otro carácter desenvuelve dentro de sí tendencias propias de dominación, las restricciones gremiales al trabajo, la carrera de dirigente gremial como vía del ascenso social, el autocratismo y el dogmatismo del tipo humano que la representa (Peter Drucker: *La nueva sociedad*, págs. 202-203).

Más decisivo es todavía que conciba el derecho de huelga como el legítimo uso de un “ejército privado”. Y agréguese que si esto ocurre en los Estados Unidos, el fenómeno mundial tiene más ancho alcance: la clase obrera no se “siente” una parte de la sociedad regulada por los mismos cuerpos políticos, instituciones y normas legales que el resto de la sociedad: incluso el obrero ajeno al comunismo y al marxismo, no cree en el Estado supraclase y neutro (pese a todos los elementos que de tal pueda tener; ver párrafo 39). Frente a ese Estado actúa idénticamente que frente a otro grupo patronal: no aceptar como decisorias sus deliberaciones; aspirar a tratar mano a mano con él, exigirle compromisos escritos como a una contraparte cualquiera.

En este último rubro del diagnóstico neocapitalista si alguna diferencia puede registrarse respecto al cuadro clásico es el de una clase obrera mucho más endurecida, menos convencible a las excelencias del “orden natural” capitalista, más despiadadamente decidida y capaz de usar de su propia fuerza.

#### 49. LA APOLOGÉTICA DEL CAPITALISMO Y SUS FLANCOS

Frente a las críticas del marxismo, del socialismo o de ciertos núcleos religiosos de sesgo anticapitalista, existió, desde el siglo XIX, como es previsible, un rico material teórico y argumentativo de defensa del capitalismo. Toda la economía clásica, en puridad, bajo su aparente neutralidad, contribuyó a esta defensa: no era pura coincidencia la que desde un “principio” el *homo œconomicus* abstracto, con cuyas reacciones contaba, cuyos impulsos preveía fuera el que el capitalismo forjara en el tipo humano del “empresario”; no era casual que el contexto histórico-social en que los análisis más abstractos tomaban por “dado” fuera el del capitalismo. Durante un largo período, en suma, y salvo el marxismo, seccionalizado e incomunicado del resto de la especulación económica, la economía política representó “economía política del capitalismo”. Pero cuando las condiciones cambiaron y los economistas colectivis-

tas irrumpieron y duraron, una corriente que cabe llamar más “tendenciosa”, más apologética fue cumpliendo con presteza los fines defensivos que un sistema amenazado reclamaba. Tiene su centro en los Estados Unidos, metrópoli del capitalismo, pero también posee expresiones europeas; así junto a los nombres (y la nómina no es ni mucho menos taxativa) de Adolf Berle, David Lilienthal, Peter Drucker y aun, en ciertos extremos, Galbraith, hay que mencionar los de muchos europeos: los de François Perroux, Von Hayek, Wilhelm Röpke, son probablemente los más difundidos.

Esta tendencia que enfrenta el difuso prestigio de la socialización y que esgrime conjuntamente argumentos nuevos unos y muy viejos otros, no se dice, habitualmente, defensora del “capitalismo”. Su lema es la “libre empresa”, la “libre iniciativa”: tales las divisas con que se les recibe, se les oye, se les festeja en todas las Cámaras de Comercio del mundo libre. Vale la pena, con todo, recapitular y, brevemente, examinar, sus más difundidos alegatos.

El capitalismo, recuerdan, desarrolló formidablemente las fuerzas productivas. Solucionó el problema de la producción en masa. Evitó el hambre, las viejas hambres tradicionales, en períodos de crecimiento demográfico acelerado. Alentó y fomentó el progreso del maquinismo y todo lo que éste significa para los hombres en términos de dominación sobre la naturaleza, de mejoramiento y expansión de la vida. Produjo el ascenso del nivel de vida del mundo haciendo evidente, por ejemplo, que el lujo de los ricos del siglo XVIII sea hoy las comodidades de las clases medias y que muchas de las holguras de éstas en el pasado sean comunes a anchos sectores de la clase obrera. Ha transformado y unificado la tierra entera como ninguna otra fuerza económico-social pudo modelarla antes de él. Fue el agente de la “primera acumulación” necesaria para una producción eficiente y aún sigue siéndolo: hace así de la ganancia, aun de la desmesurada, una segura promesa de

promoción futura. Por medio de la “acumulación eficiente”, en suma, aseguró el progreso económico. Pero también rebajó costos y precios; también redujo las horas de trabajo necesarias para cualquier tarea antes de su advenimiento y alivió al hombre de las tareas más penosas; también engendró en su seno la “racionalización” económica que sería más tarde norte y norma de las economías socializadas.

Este activo, aun compresivamente acumulado, es, reconócese, impresionante. Pero si se atiende bien a su colocación es fácil ver que todo él está integrado por argumentos de orden histórico, por argumentos cuya relevancia actual es más que discutible y cuya significación ha sido superada, en buena parte, por el mismo movimiento de la historia económica. A este respecto vale la pena observar que el enemigo más enconado del capitalismo, el marxismo, no ha dejado de reconocer nunca su trascendente función en el progreso económico, su honda operancia en la transformación del mundo.

En un plano de plena actualidad, la apologética de la “libre empresa” apunta sobre todo a que ella, el capitalismo, en puridad es el único sistema económico que hace del “mercado” la medida de la eficacia económica, el indicador infalible del ajuste entre la “producción” y las “necesidades” y los “gastos”. Una economía de mercado, en suma, es la que permite una mayor flexibilidad entre producción y consumo, cuyos menores impulsos puede seguir y servir; la que permite también el único medio seguro de fijar costos y precios, la única que tiene flexibilidad, capacidad de variación, posibilidad de evitar el desperdicio de capital y fuerzas humanas. Y no hay alternativa, en puridad, y es lo decisivo, entre este “mercado” como lugar de encuentro entre producción y consumo en mutua adecuación, de este mercado medida suprema de la competencia y una determinación autoritaria de lo que se ha de producir y de lo que se ha de consumir sin consultar tendencias ni deseos de productores y consumidores.

Y si esto es así, lo es también que “empresas” y “mercado” son realidades inseparables. Ambos descansan en el hecho de que el progreso económico se traduce en términos de “satisfacción” y “costos”, en el de que sólo el capital y el mercado aseguran la libertad de elección económica.

La crítica del capitalismo suele replicar a estas razones con una bastante simple: el fallo del mercado elevado a extrema respetabilidad por el capitalismo, la soberanía del consumidor, se refieren a la ya configurada “demanda solvente”; esto es, a la que tiene dinero para satisfacerse. Implica, como es inevitable, una perspectiva individualista, hedónica, microcósmica de la organización económica. [...] (\*) individuales, tiene evidentemente algo de “circular” el razonamiento que considera la eficiencia de adecuación del mercado como juicio de valor del capitalismo, siendo el mercado pieza esencial del mismo capitalismo.

No atiende a las que desde un punto de vista humano, social y nacional, pueden ser otros criterios decisivamente atendibles: el del desarrollo, el de la demanda “no solvente” de los más desheredados. Pasa por encima el hecho de que el consumo a que el mercado se ajusta tan eficientemente no es el consumo básico sino el que fundamentado sinuosa, metódica, incesantemente, tiende a promover en los más dotados económicamente las necesidades más raras, superfluas e incluso antisociales.

Y si el costo, la rentabilidad y el lucro son las únicas medidas de la eficacia económica, si son el instrumento de previsión del futuro, si desde el punto de vista social compensan las pérdidas de unas empresas con la de otras, si es todavía más

(\*) Una vez más, la guillotina para la encuadernación restó otra línea en la interpolación vertical y marginal, que matizaba y ajustaba un pasaje esencial del razonamiento de Real de Azúa; coincide curiosamente con el debate muy actual de la economía de mercado. El puntuado entre corchetes sirve para representar la línea degollada y, de paso, para llamar la atención sobre el razonamiento. (N. del E.)

empleado como criterio rector en la economía soviética que en las de Occidente, la réplica puede centrarse en dos preguntas. Si en términos económicos lo anterior es cierto, ¿quiénes son en las economías de Occidente los principales beneficiarios de esa eficacia? Y, sobre todo: ¿significa lo mismo el lucro, la rentabilidad que la percepción del lucro, de la rentabilidad por particulares?

Pero aquí puede decirse que llega el argumento fuerte del neocapitalismo, el que Frederick Von Hayek concretara en su resonante *The Road to Serfdom* (El camino de servidumbre). La libertad de empresa, el sistema de mercado son una forma de la libertad humana, un medio de la plena realización individual. Es más: son posiblemente la “única” forma presente. Mercado y capitalismo serían los únicos que precaven al hombre de convertirse en un subordinado rodaje de la maquinaria estatal, los únicos que precaven al teórico ciudadano libre de convertirse en un súbdito sin dignidad y sin libertad en manos del Poder y la omnipotente burocracia. Las libertades civiles y políticas del hombre, en último término, están condicionadas y aseguradas por las “libertades económicas”, tal como las concibe el capitalismo liberal y caen con ellas.

A este panorama, subrayado por algunos neoliberales con tintes apocalípticos, suele contrarreplicarse simplemente alegando la necesidad de intervención del Estado, siempre naturalmente que “haya un Estado” digno de ese nombre para atenuar, compensar y aun erradicar los males económicos, políticos y sociales que esa “libertad” no sana. Un Estado que sea capaz de aplicar una política coherente y de seguirla hasta el fin. Y sin perjuicio de apreciarse en su oportunidad los peligros reales y tremendos que la dictadura burocrático-estatal puede importar suelen también hacerse algunas observaciones fundamentales.

Primera: el orden normal de la producción es el orden de lo rutinario; la inventiva, la libertad creadora suelen pertenecer

al inventor, a sectores intermedios del *organization man* que poco o nada se benefician de esa libertad. Segunda: siendo la libertad uno de los valores humanos más prestigiosos (y posiblemente el más prestigioso) su idealización es extremadamente fácil y esconde que la famosa libertad económica, la famosa "iniciativa" del capitalismo es la de unos pocos: la apología de esos "hombres de empresa y de empuje" a que constantemente invocan los Alvaro Alsogaray de todo Occidente, esas jaculatorias a lo que Chesterton llamaba "*la prosperidad de los prósperos*", parece olvidar que el capitalismo la permite sólo a un grupo de hombres mientras condena al inmenso resto –que al parecer no cuenta– a la dependencia, a la indefinida rutina, a la oscuridad irremediable. Pero esa libertad no es sólo la de unos pocos sino también se ejerce en un orden que es el que axiológicamente, éticamente menos importa puesto que implica todos los peligros del sacrificio social del error, de la tentación tremenda del poder incontrolado sobre los que pese a todos los desconocimientos son los "semejantes". Además, como observa Baran (op. cit. págs. 55, 96, 183, 266) el tipo humano del empresario capitalista que ejerce las libertades pregonadas por el capitalismo es alternativamente horrible o irreal. El tipo humano del empresario y sus virtudes clásicas: frugalidad, audacia, energía, imaginación, osadía, capacidad de asumir riesgos y de innovar que idealizó Schumpeter o es un ente legendario, mitológico, o debe buscarse, es su expresión, en el *demi-monde* de los negocios fundando confiterías. En el Japón, el Estado debió presionar duramente para arrancar al capitalista de sus actividades de especulación y de usura. No falta, por otra parte, espíritu de empresa en los países subdesarrollados sin que nada decisivo ni sustancial, logre. Y si hubiera que elegir, concluye, entre el Babbit de Sinclair Lewis, ídolo de "algunas anticuadas Cámaras de Comercio" y "*organization man*" de White, de Riesman o de Mills: si no hubiera otra alternativa entre ellos, habría que desesperar de la especie

humana. Pero también –tercera observación– si contra la burocracia y el burócrata se amonesta, si se observa como Drucker que no es "más desinteresado" que el directivo de empresas, se debe replicar que si no es más desinteresado tiene otros "intereses" que suelen ser menos lesivos a la sociedad, que el directivo de empresa también es un burócrata (como la propia apologética insiste –ver infra) con más alicientes monetarios que el burócrata estatal, pero sin sustanciales diferencias y sin llegar al extremo ditirámico de Wright Mills calificando a la burocracia de "*forma superior de organización humana*" (op. cit. pág. 223), las críticas más eficaces a la burocracia se refieren invariablemente a una burocracia estatal corrompida por la política, corrompida por los partidos, corrompida por el mismo cuadro capitalista. Y por fin, cuarta observación en cuanto a la predicada independencia de una economía de mercado respecto al Estado, la realidad suele ser muy distinta a la desplegada por la celebración económica del *statu quo* (ver párrafo 54).

La precedente y ya extensa argumentación encuentra con naturalidad razones, aun estribillos, corolarios. Los recogemos de Drucker, inteligente vulgarizador austríaco-estadounidense en el que no se pierde, sin embargo, nunca cierto mínimo decoro de coherencia y rigor intelectuales (*La nueva sociedad; anatomía de un orden industrial, Los próximos veinte años*, etc). Pueden, sin embargo, hacerse comunes a escritores de mucho más bajo nivel.

**Primero.** Toda la nación está interesada en la prosperidad de las empresas. Es evidente: una nación, una colectividad siempre está interesada en que, de alguna manera, marche inmediatamente el sistema económico de acuerdo al cual vive. Pero esto no quiere decir que los hombres que la componen no se beneficien muy desigualmente con él; no quiere decir tampoco que esto excluya el querer cambiarlo y que aun ciertos sectores de la sociedad no puedan, no prefieran sacrificar esa

eficaz marcha inmediata a un deterioro, también inmediato, que abra paso, que facilite ese cambio deseado.

**Segundo.** Existe una necesidad humana de poseer “rango”, de ejercer una “función” para acceder a la plena calidad de “persona”. El rango y la función se expresan, entre otras cosas, en ingresos monetarios. Y el dinero, en suma, es símbolo de poder “más inocente” que el título nobiliario o el uniforme. Puede creerse bien, como lo creía Saint-Exupéry, que la “*pasión de oficio*” es una de las más seguras vías de cierta grandeza personal. Pero el dinero, que según Druker, es la que mejor la expresa, es un símbolo ciego, hedónico, automático, impersonal, irresponsable, genérico, anónimo, azaroso. Y si lo contrastamos con el “uniforme” y el “título”, con todo lo que éstos tengan de peligroso, de privilegiado o de arcaico, puede pensarse, con todo, que representan o representaron funciones humanas, jerarquías responsables, ideales de vida con valores que pueden hoy considerarse como soterrados en ellos pero que alguna vez poseyeron vigencia y plenitud. Funciones, jerarquías en suma, que pueden experimentar otra reencarnación en un contexto histórico distinto. Y si todo fuera malo en ello, no parece opción aprobable canjear un mal por otro.

**Tercero.** Los males de la empresa no dependen de la propiedad ni de la determinación mercantil de los precios sino que son ínsitos a la empresa misma (*La nueva sociedad*, pág. 239). Pero si esto puede ser exacto hasta cierto punto y representa ser un rubro del capítulo de los problemas comunes al capitalismo y a la centralización socialista, es menester deslindar cuidadosamente esos males “ínsitos” y no hacer entrar en ellos los propios del capitalismo (ver párrafo 53).

**Cuarto.** La competencia, la competencia son los únicos medios realmente eficaces para hacer triunfar al “mejor” y no tienen en sí nada de inmoral. Pero se observa, y aun lo hace un neocapitalista como Perroux, la misma noción de “competencia” es extremadamente oscura. Supone una fluidez, una homo-

geneidad puramente teóricas, ausentes del “mercado real”. Y competencia y competencia no son ajenas a la noción de dominación, sino, por el contrario, inseparables de ella. Identifican al “mejor” con el más fuerte. Y el más fuerte, como el mismo Drucker lo reconoce, no es el que produce “mejor” sino el que está en condiciones de fijar el precio del salario por ser dueño de las fábricas más vastas y poderosas, forma innominada del cartel (por lo menos en Estados Unidos) a la que nada pena ni persigue en cuanto a su moralidad e inmoralidad [...] (\*) de orgullo, del solipsismo, de la impiedad hacia el prójimo.

**Quinto.** La empresa, de cualquier manera, es necesaria. Es el medio de conjugar máquinas, capital, trabajo humano. Es centro de capacidad, de innovación, de progreso económico. Se dirá que todo esto suena a cosa ya un poco sabida y considerada. Se podrá decir también que algunas de las innegables calidades que la “empresa” posee no son inseparables de la empresa privada capitalista y aun admiten otro contexto en el que sean capaces de armonizarse de otra manera la inventiva individual, la responsabilidad personal y las necesidades sociales. Y vale la pena señalar que esta apologética del capitalismo que hace cuando le conviene los “males” de la empresa separables de la empresa “capitalista” (ver supra) hace inseparables de ella también cuando le es necesario, sus beneficios posibles, sus eventuales ventajas.

**Sexto.** “La envidia no es constructiva”. Se trata, como se ve, de juzgar los móviles del anticapitalismo. Y se agrega: no es la “redistribución” el problema. Puede replicarse a las dos cosas aventurando que si la envidia, el resentimiento no son —es probable— egotísticamente constructivos, puede hacerse constructiva, al ser comunicativa, participada, común, la protesta

(\*) Dos líneas reconstruidas y una tercera, margen izquierdo, vertical, desaparecida por la guillotina de la encuadernación. En este caso, contribuyó a la confusión el deslizamiento del papel carbónico en la copia. (N. del E.)

contra la desigualdad, contra la oscuridad sin horizonte que frustra muchas vidas. Y si la envidia no es "constructiva", es seguro que la satisfacción de lo poseído y el miedo de perderlo tampoco lo son; es probable, también, que ningún sentimiento, *per se*, lo sea. Y si igualmente es cierto que no es "el problema" la redistribución, lo mismo lo es que el "problema" lo constituye la producción y la redistribución, conjunta, inescindiblemente. Hay un punto en que la producción se estanca si la redistribución no varía (y comprendemos entre sus beneficiarios a la sociedad entera). Y hay un punto en que no tiene sentido empeñarse en la producción si ella beneficia a unos pocos y a la superfluidad de esos pocos.

**Séptimo.** No es lo mismo capital que capitalismo. Cierto: pero ¡qué pobre argumento éste que deja fuera de toda defensa al capitalismo mismo y sólo lidia utópicamente con formas tan inverosímiles, tan infantiles de anticapitalismo!

**Octavo.** Y éste importa: el obrero, en estrictez, no "produce" sino que "trabaja". Lo que produce es la organización, la pauta, el *pattern* (del lenguaje económico social anglosajón). La pauta integradora, creada a fuerza de imaginación y poder creador auténtico, una unidad que trasciende a todos sus miembros aislados y en la que todos colaboran (Drucker, op. cit. págs. 15-16 y 40-41). Dígase a esto que, en términos de la visión económica moderna, la afirmación comporte una conocida dosis de verdad. Pero también es cierto que en lo que "queda" de la interpretación económica marxista (ver párrafos 43 y 44), fue la demostración de que, en el capitalismo, es el obrero el que lleva la más pesada desventaja en la redistribución del producto entre los diversos factores, la demostración de que si la noción de plusvalía pueda ser redargüible hay, de cualquier manera, un trabajo obrero no pagado.

## 50. LA APOLOGÉTICA DEL CAPITALISMO (II):

### ATENUACIÓN DE LOS MALES

Junto a esta argumentación centrada en la validez, en cierto modo genérica, de cualquier capitalismo, la ya aludida corriente de defensa metódica (ver párrafo 49) insiste simultáneamente en el hecho de que ciertos males (y en verdad que los más graves) del capitalismo clásico se han atenuado. O aun más radicalmente: que han desaparecido.

Señala, por ejemplo, que el gravísimo proceso que acompañó "proletarización" y "urbanización" ya se cerró, por lo menos en los grandes países industriales. La "ciudad nueva" que esboza Mumford es por cierto muy distinta a las escuálidas e insalubres ciudades del siglo pasado, verdadero cementerio, verdadero infierno de la clase obrera. No señala, en cambio, cómo ese proceso es todavía activo y terrible en los países marginales, atrasados, en los que se llama (para reducirse a la terminología iberoamericana) "callampas", "cantegriles", "villas-miseria". Reflejando males del capitalismo son índice también de los nuevos problemas, de los nuevos fenómenos de la "sociedad industrial" y de "la sociedad de masas" (ver párrafo 53). Pero es igualmente cierto que en una época dada, para cada área mundial dada, el capitalismo los "representó", les dio su carácter imprevisible, ciego, implacable, sin plan.

Los males de la "competencia" clásica también se han atenuado. Ya no puede hablarse del desperdicio de capital, de máquinas, de esfuerzo humano que marginan los tiempos heroicos del capitalismo ascendente. Pero junto a esta evidencia no es frecuente que se alinee esta otra: la de que la competencia ha sido reemplazada por el monopolio, el oligopolio y sus males correlativos, entre los cuales se apuntó ya la explotación metodizada del consumo (ver párrafo 49). Y si no se dan como antes los desperdicios aludidos, se despliegan abundantemente, en cambio, los desperdicios latentes de una producción suntuaria que sólo sirve viciosas proclividades de

los más ricos; también el desperdicio, al parecer inexcusable al sistema capitalista, de explotar a una mitad y a un tercio de su rendimiento utillajes industriales que igual envejecerán sin ser usados, que igual tendrán que ser reemplazados cuando resulten técnicamente obsoletos.

Se insiste también: si se cala en el hombre real de nuestro tiempo por todos los medios que el repertorio de las ciencias ofrece, es posible percibir que tal tipo de hombre se ha habituado ya a la impersonalidad y a la rigurosa racionalización de la sociedad industrial moderna; percibir que ya la da por descontada y que busca en otras zonas que en la del trabajo cotidiano, social, las posibles vías de una manifestación estrictamente personal. Pero igualmente es posible contemplar, si se examinan los ricos y esclarecedores libros del francés George Friedman, a precio de qué mutilaciones gravísimas, aunque invisibles en sus vidas aparentes, se ha logrado esa adecuación del hombre contemporáneo. Qué tensiones, qué fatigas, qué falta de alicientes, qué monotonías, qué desajustes, qué minimización exasperante de las tareas, en suma, son hoy el corrosivo de la planta industrial que el capitalismo edulcora como emporio de riqueza y plenitud humanas.

Pero desde que la crisis de 1929 se remansó y, sobre todo, desde que la Segunda Guerra Mundial logró en todos los países el "pleno empleo", el más fuerte argumento neocapitalista en este capítulo de curaciones es el de que las grandes crisis cíclicas del organismo económico pertenecen al pasado. Y con ellas y también al pasado, las cifras magnas e incontrolables de desocupación, los sufrimientos individuales, la humillación, las frustraciones que las grandes fluctuaciones cíclicas aparecen. Rostow afirma que la que siguió a la primera posguerra se suscitó porque en Europa no se logró la "ocupación plena" como condición del impulso inicial hacia una era de "gran consumo" (autos, casas, bienes de consumo duradero). Y explana que si aquella no se logró fue porque bajó la relación de intercambio

y mientras los países productores de materias primas no compraron en magnitud suficiente, sufrieron correlativamente las industrias de exportación de las naciones modernas. En cambio señala que, tras la segunda, esa "plena ocupación" se alcanzó a través de un alto nivel de exportaciones, el estímulo que brindó la guerra a las industrias de maquinaria, la decisión de los pueblos de Europa de hacer valer sus derechos a un nivel de vida más alto y la misma influencia de la presencia militar norteamericana en aquel continente apuntando lo que aquel nivel de vida podía ser (op. cit. 109-110-183).

La magnitud posible de las crisis, en suma, ha disminuido y podría hoy, incluso, hablarse de su evitabilidad. No apunta, en cambio, la apología neocapitalista que la verosímil "inevitabilidad" de una gran depresión cíclica no quiere decir, ni implica "evitabilidad" de ella en cualquier caso. No indica tampoco que esta fe no es excluyente, por parte del capitalismo, de una aceptación de "crisis normales", de contracciones regulares que restrinjan el crédito, permiten absorber a las empresas más débiles y aun emplear fondos estatales en obras públicas u otros subsidios para "sobornar" a las víctimas del reajuste (Baran, op. cit. 125). No indica tampoco que esta misma aceptación es, en cambio, inseparable de un cierto grado de desocupación y con ella de todos los males humanos que ella apareja (ver párrafo 51). No apunta, de igual manera, a la ambigua naturaleza y a los discutibles métodos de los remedios keynesianos que han sido en las últimas décadas la técnica habitual contra las depresiones cíclicas (ver párrafo 51). Tampoco subrayan por lo general, o si lo hacen lo realizan con la cínica impasibilidad que campaba en la precedente mención de Rostow, la importancia que guerra y armamentos poseen en esta capacidad de gasto y que la inversión del excedente en los gastos improductivos, y así contener las fluctuaciones violentas del ciclo (ver párrafo 48). Las consecuencias humanas, internacionales, políticas, planetarias de esta medicación explosiva

no parecen preocupar a estos “técnicos” del neocapitalismo.

Lo que parece especialmente cierto es que, desde 1929, las clases capitalistas y los gobiernos que las sirven aprendieron a poner a costa de la “inflación”, controlada o incontrolada, los gastos de nivel de ocupación y actividad económica deseables. Con la inflación, en síntesis, se perfeccionó el método de poner a cargo de ciertos sectores de las clases medias o bajas – retirados, empleados, obreros no sindicalizados– el peso de los deterioros económicos. Lo que sólo se consideraba usable en casos de guerra o de grave depresión por sus males y peligro social, es hoy receta habitual y usada con desaprensión. Sus daños demasiado conocidos (aumentar las ganancias de las clases capitalistas, arruinar las clases medias, desvalorizar los activos, poner en crisis total la estructura crediticia) representan, aunque no se reconozca bien, asientos demasiado pesados del pasivo capitalista como para que el orgullo de haber evitado las grandes fluctuaciones cíclicas, bien pueda diluirse en una penumbrosa perplejidad. (\*)

### 51. LA APOLOGÉTICA DEL CAPITALISMO (III): LOS HECHOS NUEVOS

Serían, en realidad, fenómenos endógenos a la misma empresa capitalista los que han alterado decisivamente la faz del sistema.

Se está produciendo, sobre todo en Estados Unidos –superlativo capitalista, pero a la vez índice premonitorio de sus tendencias universales– una verdadera “democratización” de la empresa a través de una enorme dispersión del capital

\* Restitución del texto original y, al mismo tiempo, simplificación del texto. Este se encuentra bordeado, margen izquierdo, verticalmente, y al pie, horizontalmente, de agregados y acotaciones confusas y muy difíciles de desentrañar, incluyendo la guillotina. Si se intentara la tarea, el resultado sería hipotético y dudoso, con escasos o nulos beneficios para la comprensión del lector. Esta misma observación es válida para el párrafo inicial siguiente (pár. 51). Cf. pág. 156 de la fotocopia que sirvió de base para la presente edición. (N. del E.)

accionario en vastos sectores de la clase media y aun de la obrera. Millones de tenedores (en porcentaje que van de un décimo a un quinto de la población) son hoy los “dueños” jurídicos, cada uno infinitesimal, si se quiere, de los más decisivos monopolios. Es lo que la apologética capitalista llama jubilosamente “el capitalismo del pueblo”. Esta apologética no señala, en cambio, que, de esta enorme masa, el cincuenta por ciento, la mitad de ella, está siempre en el caso de los Estados Unidos en menos del 0,36% de la población. Tampoco señala que el numerosísimo sector remanente, poseedor de unos pocos títulos accionarios, en su mayor parte nada pesa y nada interviene en la dirección de las empresas y son por el contrario el medio por el que minorías accionarias muy concentradas, muy dirigidas por unas pocas manos puedan controlar sin oposición ni peligro de ella, empresas de cuantiosísimo activo. Y dejarles, todavía, fondos remanentes para dirigir otros negocios en los que este proceso se repetirá. Si se quiere hablar con imágenes, creer que los males clásicos o actuales de la empresa capitalista (agresión, competencia desleal, corrupción del poder político, explotación del consumo) se atenúen –y hasta desaparezcan– por la vía de este fenómeno, es como creer que el león puede ser convertido en un inapetente animal doméstico si se demuestra que cada una de sus células son incapaces, por separado, de comerse a nadie.

Pero a este proceso de dispersión del capital se suma el muy alegado divorcio de “propiedad” y de “gestión” en la empresa contemporánea. Se apunta que una masa de acciones tan repartida significa, no en los términos abstractos del derecho pero sí en los concretos de la economía, más que un derecho a “la propiedad” de una compañía, un simple derecho, un simple crédito al dividendo que pueda producir. Y si la propiedad es situada en esta condición sobre ella se afirma la “revolución directorial”, que dio motivo a un resonante libro de James Burnham.

En suma: que la vieja gestión a cargo de propietarios ha sido sustituida por un equipo, un sector, en puridad una clase de directores tecnificados. Técnicos, organizadores de empresa, juristas, estrategias financieros altamente remunerados, administrarían las grandes empresas con un sentido de “servicio social”, con una objetividad y hasta un desprendimiento inconmensurablemente mayor que el de la antigua clase de propietarios-directores. Esta “dirección profesionalizada” casi independiente de los más dispersos accionistas, sellaría en forma definitiva el divorcio entre la propiedad y la gestión y el control. Existen críticos que explican este hecho, aun atenuándolo grandemente, como un gesto de circunspección de la clase monopolista respecto a lo que de clamoroso y hasta socialmente irritante pudiera tener hoy la “notoriedad” biográfica del capitalismo competitivo. Pero se observa igualmente que el divorcio de propiedad y gestión no produce mejores equipos dirigentes.

El capitalismo, es un hecho, no produce capacidades ejecutivas, por lo menos en número suficiente para sus necesidades. El mismo Drucker reconoce que la empresa no asegura “*un adecuado sistema de ascenso y revelación de capacidades*”. Y las pautas de selección son, por lo general, ciertamente peores que las de previas etapas como aun documentos tan reveladores por surgir del seno mismo del propio capitalismo –caso de la película *Patterns* (El precio del triunfo), de 1956– lo revelan. Esas pautas son por lo común la mostración del *adjustment* a las valoraciones y gustos de los ricos, cauto sinónimo que habría que llenar con todas las recetas de Dale Carnegie sobre la metódica adulonería a los poderosos, el mimetismo a sus exterioridades, las trabajosas vinculaciones de “club”, el conformismo, el azar, las vinculaciones de familia y el calculado matrimonio, el estilo físico de la mandíbula enérgica y el tono moral del optimismo mecánico y pueril. Pero si algún criterio objetivo planeara sobre todo esto es la preferencia por ciertos tipos dentro de la fauna genérica del “ejecutivo”: el del especia-

lizado en las habilidades financieras, el del técnico en la evasión fiscal, el del diestro en la corrupción de los funcionarios, el del “diplomático de los negocios”. Las primas más altas van a ciertas habilidades supremas: la defraudación del *income tax*, la mendacidad de la “cuenta de gastos” imputable a gastos de la compañía y aprovechada por los selectos, la política camaleónica que permita entrar en el círculo de los “íntimos”, la astucia necesaria para descargar siempre en “los de abajo” las responsabilidades más peligrosas, la aptitud para asumir riesgos... con el dinero de los otros. Lo más cotizado es la “información interna”, las amistades estratégicas, toda la gramática parda de triquiñuelas jurídicas que hacen del abogado una figura decisiva del neocapitalismo maduro y hasta podrido. En cambio: muy poca retribución a innovadores y a inventores; en cambio: los mejores no van a la cumbre; en cambio: no se sube de abajo. Y todo lo anterior sólo puede significar una sola cosa: que el divorcio entre la propiedad y la gestión (en lo que tenga de verdad) no asegura en manera alguna una gestión más elevada que la antigua.

Que con estos “directivos” y las enormes retribuciones que reciben, se mantenga y aun se acentúe la misma precedente desigualdad social se acepta pero también se afirma: estas magnas remuneraciones descansan, sobre todo, en la gran cantidad de estratos, de capas que posee toda gran organización jerarquizada y en la necesidad de marcar con diferencias de sueldos cada uno de ellos.

Tal multiplicidad de jerarquías sería también el simple reflejo funcional dentro de la empresa de esos nuevos extensos sectores de la sociedad contemporánea a los que ya se ha aludido (párrafos 38 y 39). Una *upper middle class* de directivos y grandes dirigentes sindicales (del tipo yanqui). Una *lower middle class* de ingenieros técnicos, supervisores, estadígrafos. Ambos tenderían a oficiar como decisiva fuerza intermedia entre capitalistas y obreros, y éste, como es natural, contra

todos los pronósticos marxistas de polarización. Pero también debe agregarse que sea cual fuere la discutible medida de estos sectores parece en cambio inequívoco que es justamente el capitalismo —que menos que la “sociedad industrial” ha contribuido a suscitarlas— el que traba la plena asunción de su poder histórico, la que la comprime bajo el peso del sector ocioso de los propietarios antisociales.

Síntoma conexo a los anteriores es el que ya no dominan los grandes bancos la actividad industrial como lo hacían a principios de siglo y que hoy las grandes empresas o se autofinancian o dependen del nuevo y creciente fenómeno de las “inversiones fiduciarias”. Así se llaman en los Estados Unidos a los equipos técnicos que dirigen la inversión, más con vista a la seguridad de la renta que a la ganancia máxima, de los enormes fondos acumulados por la cotización sindical o por la contribución a los servicios sociales de previsión y asistencia.

Ante todo lo precedente no hemos visto, ni siquiera en los textos de más acentuado sesgo anticapitalista, esta reflexión inevitable: el neocapitalismo hace argumento fundamental de su apología el estar movido, dirigido por gentes que no tienen “espíritu capitalista”. Pero cabe preguntarse: ¿representa un elogio este razonamiento, de algún modo, vergonzante? ¿Qué sistema es éste que resulta preferible que sea gastado por personas que no participan de su ética, de sus valores, de su perspectiva?

También se agrega que las víctimas de este fenómeno son los hijos y demás descendientes de los “muy ricos”, los grandes propietarios hereditarios cuya única posibilidad se ha confinado al ejercicio de la filantropía, a la gestión de colecciones de arte, a muníficas fundaciones sociales. El típico cuadro, tan desplegado por la novela y el drama norteamericano, de los “pobres ricos”, de los millonarios infortunados por la vaciedad, el formalismo, la esterilidad de sus vidas, puede considerarse, por lo menos en parte, un táctico argumento capitalista. Tiende

a no hacer deseable, o literalmente indeseable, el destino de los *happy few-unhappy few* ahora —a hacerles perdonar su descomunal, por lo menos potencial poder. Sin embargo, una reflexión es posible: en lo que tenga de cierto, en lo que no edulcore —paradójicamente por ennegrecimiento— las cosas pueden representar una razón más para desear el fin de un régimen social que al mismo tiempo condena a los aparentemente felices al infortunio, que fabrica frustrados y desgraciados mientras somete a la gran mayoría restante a desear impotentemente (también con frustración) ese mismo infortunio.

Y si aun esto no fuera exacto existe, a pesar de las supérstites diferencias de fortuna, una creciente uniformidad de vida entre los pobres, los medianamente ricos y los muy ricos: todo se reduciría, a fin de cuentas, a diferencias de tamaño y de cantidad (Drucker, op. cit. pág. 486). También a esto es posible observar que se refiere al nivel de existencia norteamericano y que aun en el caso de economías muy desarrolladas el argumento es capcioso: no es una diferencia puramente “cuantitativa” que una familia viva en una pieza o en una casa de veinte habitaciones, poseer un jardín de dos por tres o un parque, ir al cine o al teatro una vez al año o cien.

Pero todavía si aun esta homologación no funcionara bien, es un proceso irreversible la marcha hacia la igualdad económica por las altas tasas progresivas del impuesto a la renta, del *income tax*, tanto en Estados Unidos como en las otras economías capitalistas desarrolladas. Aunque el impuesto a la renta sea efectivamente pesado en los países centrales (por más que haya toda una compleja técnica para su evasión) uno de los ingredientes más convincentes del famoso libro de Wright Mills es la eficaz señalación de lo mucho que tiene de mítica esta afirmación tan cara a toda la prédica neoliberal. En *La elite del poder* y con riquísima documentación Mills demostraba varias cosas. Demostraba que todavía hay enormes fortunas en los Estados Unidos. Que todavía se hacen. Que las grandes fortu-

nas salen generalmente de los ya ricos y casi nunca de más abajo. Que los "muy ricos" no son ociosos pero trabajan poco. Que entre la "élite" y el resto de la población hay diferencias "cualitativas". Que hay un círculo vicioso de la riqueza y un círculo vicioso de la pobreza. Que, sobre todo, la parte de las grandes fortunas no ha disminuido en el ingreso nacional total. Agréguese, aunque no sea dato de Mills sino de Robinson y Calderwood (*An Introduction to Economic Reasoning*) que en los ocho años que van entre 1946 y 1954 esa parte de los "muy ricos" en el ingreso nacional aumentó 2%, porcentaje nada despreciable y más si se afirma el signo contrario del proceso: del 18% al 20%.

Se dice también: contra las afirmaciones de un creciente dominio de la sociedad por los grandes grupos capitalistas se ha llegado, por lo menos en los Estados Unidos, a un estado diferente. Este estado es tipificado por Galbraith como una sociedad de equilibrio entre grupos de similar poder. Por Riesman como una sociedad inmovilizada por el peligro y el impacto de los poderosos "grupos de voto" (sociales, sindicales, raciales, económicos, culturales, plurinacionales). Por Adolf Berle como una sociedad en los que todos esos nombrados "grupos de voto" se mueven cada vez más limitados por restricciones de tipo moral, más constreñidos por distintas fuerzas a su eventual afán de ganancia y de dominio. Pero también en este punto, aun sin tanto poder de convicción como en otros, el malogrado Mills resulta certero en demostrar que si estas realidades se dan, ello se ofrece en los "niveles medios" de la sociedad, no en la cima.

En las magnitudes de la empresa capitalista existe, se reconoce, una tendencia al *big size*, al *big business* y aun al monopolio. Pero ello, se sostiene, es la expresión de una sociedad macrocósmica de gran volumen y ritmo de consumo: ajustarse a este contexto implica destacar la ganancia común, el "ahorro social" que traen consigo el agrandamiento de la

empresa. Y también la tendencia al "gran tamaño" se basa en la escasa eficiencia de la pequeña empresa. Pero asimismo los grandes negocios no sólo son más eficientes que los pequeños sino que son los únicos que pueden costear, con beneficios para todos, los grandes gastos de investigación, los costosos ensayos de innovación técnica, los nuevos procedimientos de coordinación administrativa y contable. Desde el mismo punto de vista marxista, Baran sostiene que los monopolios se "comen" las plusvalías de las otras industrias y no los salarios, criticando al mismo tiempo el "enfoque de tendero" de Joseph Schumpeter contra los monopolios subrayando la condición de grandes inversores que poseen los monopolios por el mismo hecho de que sus miembros no logran consumir sus ganancias. Desde una perspectiva opuesta Rostow insiste en que no ha habido impulso hacia los monopolios hacia los Estados Unidos y que allí donde los hay han tenido que actuar, debieron hacerlo, "*de acuerdo con las condiciones impuestas por el poder político*" (op. cit. pág. 183). Baran, en cambio, señala su tendencia a la "ganancia máxima" y cómo en las condiciones de monopolio y oligopolio el consumo, la inversión privada y los mismos intereses del Estado han debido subordinarse y estar circunscritos por nudos y contundentes intereses económicos (op. cit. pág. 27).

En la argumentación precedente se imbrican, como es fácil de ver, dos temas: el de la magnitud de la empresa y el monopolio como superlativo de la magnitud mayor. Y si la segunda parte de estas reflexiones ha sido examinada en párrafos precedentes (párrafos 49 y 50) puede asentirse en lo que ahora resta que las razones a favor del gran tamaño son generalmente exactas. Pero también es posible señalar que no siempre los "más grandes" son los organismos económicos más eficientes y que la misma desmesura de algunos de ellos ha impuesto la solución del "federalismo". Un federalismo económico que evite al mismo tiempo la descentralización que frag-

menta y aumenta los costos y logre unidad y coordinación en el todo, evitando al mismo tiempo el tamaño descomunal de la empresa que hace inabarcables todos los índices de un negocio, que hace intomables sus riendas.

Al tiempo que en su rubro de atenuación de los males “clásicos”, la apología del capitalismo quiere anotarse a su favor el fin de la amenaza del desempleo en masa (párrafo 50), afirmará que el “pleno empleo” de las economías planificadas y socializadas ha demostrado su peligrosidad sobre todo si falta una regulación autoritaria del mercado que pueda dictar “reconversiones” de mano de obra compulsivas de una actividad a otra. La falta de un pequeño ejército de desacuerdos da gran rigidez, en suma, al organismo económico todo e imprime —supuesta la falta de esa regulación autoritaria presuntamente indeseable para aquella— una gran lentitud, una costosa pesadez a todos los reajustes y reconversiones del contingente laboral. Lo que se debe tratar de alcanzar, en suma, es que ese cierto margen, al mismo tiempo necesario e inevitable de desocupación temporal no sea un peso social agobiador y una fuente de mutilación, frustración, infortunio individuales. En cambio, la crítica del capitalismo suele insinuar que esta inquina contra la “ocupación plena” se debe al deseo de contener las pretensiones sindicales (lo hace Baran), hecho que puede ser cierto pero que no ve bien qué efectos puede tener (por lo menos en el sentido de una suba de salarios), dada la gran rigidez, aun en situaciones de crisis, de este ingrediente de los costos.

A este cuadro se vinculan dos temas importantes de la defensa del capitalismo. Uno consiste en hacer notar que mientras las crisis cíclicas pierden su temibilidad, otras no imputables a la propia mecánica del capitalismo pueden ser muy importantes. Son las “crisis por dislocación”, sobrevenidas por cambios de orden técnico, de área geográfica o aun de irregularidades estacionales que causen a la vez una desocu-

pación “friccional” que puede ser muy considerable. Contra ellas nada logra la mera creación —por medios monetarios— de poder adquisitivo en el consumidor y sólo pueden ser resueltas por la certera creación de bienes de capital. Pertenerían en puridad a la nómina (que se verá) de problemas comunes al capitalismo y a las economías planificadas y socializadas (ver párrafo 53); es sin embargo posible afirmar desde ya que en las economías llamadas libres sus efectos pueden ser mucho más graves y su solución más demorada.

Algunas expresiones, como “poder de compra” y “ocupación plena”, nos sitúan en los lemas keynesianos. Aunque en la estrictez de los términos la apologética del capitalismo no sienta como “suyas” las ideas fundamentales de John Maynard Keynes, también es cierto que su confianza en la capacidad de conjurar las grandes crisis cíclicas reposa, por lo menos en parte, en la posibilidad de recurrir a sus remedios. En algún momento que va desde el fin de la crisis de 1929 a nuestros días, pareció que fenómenos como el exceso de ahorro y de capital, la sobrecapacidad productiva, las depresiones y la escasez de demanda efectiva eran “cosas del pasado”. La atención a las relaciones entre los niveles de empleo, producción, gastos, ingreso, poder de compra resultaba una segura guía para evitar los grandes desastres. Sólo las décadas que siguieron mostrarían cómo estos remedios llevaban dentro de sí la inflación y su secuela de males (ver párrafo 50), un criterio totalmente irracional del empleo del excedente, un apogeo posible del “gasto improductivo” e indiscriminado —gubernamental o privado—, una aceptación pasiva de que cualquier trabajo, por asocial o inútil que sea, es bueno si promueve la “ocupación plena”. Ciertamente es que el keynesismo representó ineluctablemente el repudio de una anémica economía neoclásica y el estudio de una serie de elementos que ésta dejaba totalmente en la sombra: la estructura de la sociedad, las relaciones de clase, la distribución del ingreso, el papel del

Estado, y otros factores exógenos a la dialéctica pura, abstracta, del juego del "mercado". Pero cierto también es que importó (cuando su adopción se hizo receta prestigiosa) un "presentismo" que soslayaba todo problema de desarrollo en las economías atrasadas y amenazaba también tácitamente ciertos dogmas, lo que lo descalificó por el otro costado, de un espíritu capitalista dispuesto a ceder pero no a suicidarse.

En las corrientes de aire fresco de un capitalismo renovado entraría, en cambio, más inequívocamente, una progresiva intervención de los sindicatos en la dirección de la empresa, la que tiene su expresión más conocida en los poderes de negociación de los salarios, pero se manifiesta así mismo en innumerables formas menos detonantes pero más efectivas. Es claro que para que este sindicalismo asuma sus poderes cogubernativos es necesario que se democratice, que el voto secreto y la decisión de las mayorías sean cuidadosamente garantizadas y puedan ser barridas las imperiosas y despóticas "oligarquías sindicales" y la acción sistemática de los agitadores.

A este rosado y promisorio panorama suele colocársele algunas motas. Una consiste en señalar que si esta intervención sindical es en algún grado cierta, ella no llega al plano de la decisión económica ni de una plena participación. Que es, en suma, decorativa, terapéutica, compensatoria, muy buena para ser estampada en el informe del analista psicosocial pero sólo agregando rigidez, en pureza y en términos económicos, a la empresa. Pero es sobre todo al pedido de "democratización" a que se condicionan tantas promesas al que puede preguntársele por qué no se reclama una operación similar a los partidos políticos, a los ejércitos, a las iglesias y, último pero decisivo, a las sociedades anónimas y grandes monopolios. Porque se hace excepción con los instrumentos de lucha de las clases económicamente más débiles a la universal aceptación de la realidad de las minorías, del dominio, de los grupos unidos y decisivos y de su función directiva de todas las estructuras institucionales. Y

porque, especialmente, si este reclamo fuera imparcial, si estos soslayos no resultaran tales, se comienza por aquellas instituciones que ven constreñida su combatividad, debilitada su acción por la circunstancia nada menor de que "casi" todos los medios de convicción y propaganda hablados y escritos, "casi" todo el dinero, casi todos los resortes empleables estén en manos de sus enemigos.

Aunque sin este reclamo tan presumiblemente hipócrita fuera cumplida la argumentación neocapitalista, no posterga afirmar que su sistema está asegurando al obrero un salario mayor cada día. En otra parte de este trabajo ya ha sido examinado —desde el ángulo opuesto de argumentación— la realidad de este hecho (párrafo 45 in fine). Límitese aquí toda argumentación a sostener que si hay ascenso y ascenso efectivo, éste es demasiado lento y pausado tanto para las posibilidades técnicas de mejorar la vida del hombre como para las crecientes exigencias, los imperiosos reclamos que tanto una ética inmediatista de los valores del mundo como el propio conocimiento de aquellas posibilidades suscitan.

También, por si esta alegación sobre su mejoramiento no fuera bastante convincente para el obrero, por si éste no se sintiera suficientemente agradecido, la argumentación neocapitalista sostiene con énfasis que el ascenso obrero tiene que salir de dos inexorables veneros. De un incremento de la producción que garantice el incremento de la parte de salarios o, como dice el periodismo norteamericano, de una "torta más grande" que asegura "una rebanada más grande". Pero también de un incremento de la "productividad" (esto es, de un mayor rendimiento por hora-hombre de trabajo supuesta la estabilidad de los otros factores productivos) que corresponda con nuevos "bienes", efectivos, materiales, todo aumento de remuneraciones, todo progresivo poder de compra que no quiera, que no esté destinado a ser devorado por una inflación que resulte inexorablemente de una mayor cantidad de numerario

respecto a una masa fija de cosas que ha de ser adquirida con ella. Y si esto rige para el salario, rige también para toda otra mejora, llámese ésta retiros, vacaciones, seguridad social. “*La política social tiene que salir de la política económica*”, según la concisa fórmula del neocapitalismo alemán.

Toda la cuestión implica más que otras complejos sindicales, razonamientos técnicos y analíticos que este ensayo no está en el caso de practicar y que serían extraños, por otra parte, a sus fines. Pero cabe anotar con una seguridad que no depende de aquellos que no ha sido demostrado que este frenesí neoliberal por el “aumento de la productividad” no agote el obrero, que esta imagen culinaria de “tortas” y de “rajas” pruebe que desde estós supuestos la clase trabajadora retire una parte creciente del valor del producto o, para seguir con la suculenta figura, le sea atribuida una rebanada creciente del total crecido. En una palabra: que tal promoción no aumente las ganancias del capital en una parte mayor que la relativa y que este ideal, que este miraje (si es mejor llamarlo así) no propenda a un *statu quo* social que deja en la sombra, e irresueltos, todo el cuadro de males de un sistema que no se reducen sólo a la parte mayor o menor de un producto.

Un punto importante de la crítica del capitalismo era, como se puede recordar (ver párrafo 48), la superfluidad de lo mucho que él produce para la “demanda solvente”, el frenético ritmo promovido para su sustitución. Aun en estos casos, se apunta, se enfatiza todavía hasta qué punto los *gadgets*, ciertos bienes semidurables, piénsese en las lavadoras, al facilitar sustancialmente la vida cotidiana, contribuyen a hacer de la libertad personal una posibilidad concreta y no simplemente una invocación retórica. Y aun, retomando el ejemplo precedente, franquean a toda una mitad de las gentes; el ama de casa esclavizada secularmente por las necesidades cotidianas del hogar, una libertad que será mínima y menos filosófica que el ocio clásico, pero que hasta ahora parecía inalcanzable salvo

para el brevísimo sector humano de los muy ricos. Ciertamente es, pero puede afirmarse también que el ejemplo está muy estratégicamente elegido y que muchos y aun casi todos los otros *gadgets*, los chirimbolos vistosos (y aun más que ellos lo deseable que se consigue hacerlos), más tienen de esclavizadores que de contribuyentes a ninguna libertad.

Este renglón de la apología del capitalismo puede, y debe, terminar con un argumento abundantemente reiterado. Es el del auge alemán occidental y el de la prosperidad general de Europa atlántica. Con él, el capitalismo habría demostrado una inesperada y fabulosa vitalidad reconstruyendo rápidamente un continente semidestruido y asegurando en pocos años a su población niveles de vida y desarrollo impensables pocas décadas antes.

El argumento, aun con cifras en mano, es impresionante pero descarta, como es habitual en los de tal tipo, algunas circunstancias decisivas. La de que en Europa Occidental y Alemania ya existía, pese a todas las destrucciones, un alto nivel de punto de partida, tanto en el rubro de grandes acumulaciones de capital como, y especialmente en el caso de Alemania e Inglaterra, una gran disciplina productiva y una educación y destreza técnicas ampliamente difundidas. A estos factores de madurez económica debe agregarse en el “milagro alemán” el hecho de no haber soportado por años ningún rubro de gastos militares (tan pesados en casi todos los otros presupuestos de Occidente y los países soviéticos). También la paradójica y sin duda ventajosa situación de haber logrado reconstruir su arrasado utillaje industrial con créditos norteamericanos pagaderos a largo plazo y, según “últimos modelos”, pautas técnicas modernísimas que los colocó en solvencia productiva muy por delante que el que poseían las naciones vencedoras de la Alemania hitlerista.

Si se tienen en cuenta estas circunstancias, aun olvidando que esta bonanza no está ausente de contracciones y depresio-

nes locales, puede bien sostenerse que el éxito del capitalismo alemán y europeo no es originario del funcionamiento capitalista mismo sino de factores exógenos a él. Lo que equivale a decir que en este contexto económico, técnico y social es verosímil que cualquier otro sistema económico funcionara en modo igualmente eficiente. Y esto todavía si se saltean en nombre del ascenso general de vida otros males del capitalismo que este auge no toca: masificación, impersonalidad, grandes diferencias económicas, dirección clandestina de los órganos formadores de la opinión pública (ver párrafos 47 y 48).

52. *LA APOLOGÉTICA DEL CAPITALISMO (IV):  
LOS MALES DE LA ECONOMÍA PLANIFICADA*

La defensa metódica del neocapitalismo suele, como se ha visto en lo anterior, reconocer males y defectos. Sabe discutirlos con fe de muy desnivelada calidad. Pero su gran argumento todavía está en cartera. Es el "argumento de la alternativa". Es el argüir que los únicos que efectivamente pueden funcionar en el mundo contemporáneo es el de la economía libre privada (así llama al capitalismo) o el de la planificación absoluta y autoritaria. Porque descartando tipos intermedios que oportunamente se recapitularán (ver párrafo 57) centra su énfasis en la afirmación de que toda planificación es "totalitaria", esto es: absoluta, incontrovertida sin límites o no es eficaz.

Y la planificación totalitaria supone, según dice: a) la nacionalización de gremios y sindicatos, subsumiendo bajo este lema la supresión de toda libertad sindical, la total dependencia al Estado y a la política gubernamental, la prohibición de cualquier tipo de huelga; la transformación total de los organismos defensivos de la clase obrera en entidades puramente nominales; b) la determinación autoritaria de los precios; c) la fijación de salarios por decreto gubernamental (lo que conduce, de paso, a hacer de la lucha por el salario una pugna por el dominio del Estado); d) el control político al acceso de los medios

de producción y de subsistencia; e) el autoritarismo político estatal ilimitado y la conversión de cada hombre en una víctima del rodaje burocrático, según ya se ha visto en el planteo de las alternativas a una "economía de mercado" (ver párrafo 49).

Entre las aseveraciones precedentes y las allí explanadas no se agota, ni mucho menos, este capítulo de crítica despiadada. Porque junto a afirmar que quitarle al hombre una libertad económica entendida de cierta manera es despojarle —o ponerle en camino de serlo— de sus libertades políticas y civiles; que planificar rígidamente la producción es hacerle perder al consumo variedad y espontaneidad e impedir que se reflejen en él las diferencias individuales y de grupo. Junto a sostener que tales economías planificadas logran el "pleno empleo" de "la cárcel y el hospital", que identifican las decisiones del organismo planificador con las de todo el público y todo el pueblo; que construye obras con la técnica inhumana, con la dilapidación de esfuerzo individual con que se levantaron las pirámides; que establecer el nivel del consumo al modo del asilo, el cuartel o la prisión "a tantas calorías" por día y por persona; que el único límite que conocen a la comprensión de ese consumo para el *quántum* de la acumulación para invertir es el mínimo incomprendible más abajo del cual se llegaría a la rebelión abierta; junto, en suma, a todos estos argumentos de imantación "humanista" visible, se alinean también otros de índole económica más impersonal. Menciónense sólo: algunos implican problemas de gran complejidad. Insisten, por ejemplo: 1) en la descomposición inevitable del plan en el espacio y el tiempo; 2) en que los términos de costos, salarios, precios cambien totalmente de sentido su acepción, su significado; 3) en la dificultad de tomar decisiones de manera racional sin la guía del mercado; 4) en la otra dificultad de marcar un orden de prioridades económicas, decidiendo, por ejemplo, entre una fábrica o un hospital; 4) en el hecho que no haya una contabilidad segura de rendimiento, costos y precios con el resultado de no poder

conocer ninguno de estos elementos con seguridad, ni poder conocer en consecuencia, tampoco, el precio de las muy pregonadas y enorgullecedoras realizaciones técnicas.

Todas estas dificultades acarrearían otras fallas más graves. Son: 5) la imposibilidad de poder calibrar con exactitud la magnitud de los “errores económicos”, del desperdicio de capital y fuerzas humanas (dado que las inversiones erróneas, las dilapidaciones no pueden ser conocidas por los precios). Son: 6) la imposibilidad de adecuar la producción al consumo, de evitar la escasez de artículos o su superabundancia y sobre todo la mediocridad irritante de una producción que sabe que, de alguna manera, y sin perjuicio concreto para sus productores, “ha de venderse”. La oratoria oficial soviética llena de acusaciones contra la industria liviana (el famoso reciente discurso de Jruschov contra “los trajes para espantapájaros”) ejemplifican abundantemente este mal. Son: 7) la ineptitud general de un personal directivo y planificador extraído de la burocracia política y trabado por todas las limitaciones imaginables para adoptar la medida más elemental y más urgente (las ochenta y nueve diligencias que, se recordaba hace poco, tenía que cumplir una empresa estatal en la India para lograr un reloj de fábrica). Pero es: 8) más que todo el gravísimo cuadro anterior, la doble dificultad de establecer —hasta dónde, quién, cómo, por qué— se marcan los dos niveles fundamentales de una economía totalmente planificada: el de consumo y el de inversión.

Rigidez, pesadez, falta de competencia, inflación serían los ubicuos epifenómenos de este radical desvío. De este desvío que marca en realidad la esencial alternativa (en verdad alternativas) con que cree rematar triunfalmente la apologética del capitalismo:

—la alternativa entre “economía de mercado” y determinación autoritaria de los precios;

—la alternativa entre fijación de salarios por decreto y fijación de salarios por negociación;

—la alternativa entre gremio independiente y gremio estatizado;

—la alternativa entre la autonomía de la empresa en el cumplimiento de su fines (económicos, sociales, técnicos, políticos, gubernativos) o su dependencia del rodaje estatal;

—la alternativa entre control de los medios de producción y subsistencia o la libertad económica como garantía de las libertades políticas y civiles.

La alternativa, en total, entre totalitarismo autoritario planificador y libertad económica, política y civil capitalistas.

### 53. CONCLUSIONES (I):

#### PROBLEMAS COMUNES DE UNA SOCIEDAD INDUSTRIAL

Ya en el curso de estas reflexiones se ha apuntado a la existencia de problemas comunes al capitalismo libre-empresista y a las economías planificadas y socializadas. Constituyen, con otros que se mencionarán enseguida, el conjunto, el repertorio de cuestiones que ha de enfrentar toda sociedad industrial madura cualquiera sea el signo social que posea. Producto de las grandes transformaciones humanas suscitadas por la máquina, la industrialización, la producción en masa son “comunes” en el sentido de que el contexto de ninguno de los sistemas sociales en pugna los soluciona por sí. Podrá hacerlos más fácilmente solubles o más intrincados pero, esto es lo sustancial, tiene que “encontrarse con ellos”.

Ya se han indicado en las reflexiones precedentes, dos: el problema de la magnitud de la empresa (párrafo 51) y el de las crisis por “dislocación” y su desocupación “friccional” (párrafo 51). Pero existen también otros igualmente graves o todavía más acuciantes.

La contradicción entre la conveniencia de la estabilidad y la conservación del equipo tecnológico y la aplicación de las

innovaciones, es uno. En ningún sistema se puede estar renovando continuamente el utillaje sin grandes pérdidas. Baran reconoce la existencia del *“problema de la obsolescencia en el socialismo”*, sosteniendo que se puede producir con equipos viejos destinando a la satisfacción de las necesidades más urgentes los equipos nuevos (op. cit. pág. 100, nota). Y aunque también la crítica marxista insista en que el capitalismo demora el progreso técnico (ver párrafos 47 y 48) difícil es negar, de cualquier manera, que el problema es común a todos los sistemas sociales pensables.

Algunos servicios sociales se hacen en toda sociedad industrial de prestación cada vez más difícil. La dificultad radica en causas de compleja naturaleza, al mismo tiempo técnica y económica y aunque el paradisíaco prospecto de la sociedad comunista que plantean los últimos textos oficiales de la U.R.S.S. los den por solucionados, no puede negarse que la creciente magnitud de las sociedades contemporáneas los hace extremadamente acuciantes. Piénsese en los altos costos de la educación y la atención médica —esencialmente económicos—; piénsese en los de carácter más técnico que representan cuestiones tan obviamente enfrentables hasta hace pocas décadas como las de la defensa de los espacios libres, el congestionamiento y el estacionamiento urbanos de la locomoción, la eliminación de los residuos, la disponibilidad de agua potable y otros semejantes.

El astronómico aumento de la población global del mundo y su desproporción con el crecimiento de la población activa hace que recaiga sobre cada hora-hombre de labor un peso cada vez mayor. El problema, en suma, entre los que trabajan y los que no [trabajan y] son mantenidos por ellos, aumenta a ritmo velocísimo por influencia de diversos factores: la prolongación y la universalización de la enseñanza, sistemas de retiros cada vez más generosos, etc. Técnicamente puede considerarse solucionado con la igualmente creciente productividad de la

máquina: prospectos como los tan difundidos de Furastié no son utópicos, pero lo cierto es que, también hoy, constituyen un gravamen pesadísimo sobre cualquier sistema social.

Más difícil y menos soluble todavía, siempre que no se recurra a los idealizados planteos soviéticos, es la cuestión del envejecimiento de la población como resultado de la prolongación de la media de la vida humana y el problema que el empleo de los ocios que esa población envejecida y retirada cada vez más tempranamente representa. Desborda en realidad cualquier planeamiento económico y penetra en zonas mucho más oscuras de orden cultural y espiritual. En cifra ¿qué hacer de la vida cuando no se está constreñido a ningún hacer y la perspectiva de la muerte es todavía lejana? Algunos economistas del capitalismo como Rostow apelan jubilosamente al signo de una nueva época: la del “alto consumo en masa” que ya habría sido cumplida en los Estados Unidos y estaría en tren de cumplimiento en la Europa Occidental, Japón y la Unión Soviética, cuya industria estaría modificando en su composición interna. Económicamente solucionaría el problema de la inversión de los excedentes (a condición de que se logre la “ocupación plena”), espiritualmente le ofrece al hombre un edulcorado panorama de comodidad beocia como horizonte último de la existencia (op. cit. págs. 99, 108-109, 126). Pero sobre este tema habrá que volver. (\*)

(\*) La página 169 de la fotocopia utilizada contiene, margen izquierdo, un agregado, nota o acotación vertical; pero en el texto horizontal ninguna marca remite a la interpolación. Son cinco líneas, de las cuales la primera ha desaparecido casi totalmente en el guillotinado para la encuadernación. Pese a ello, puede leerse lo siguiente: “... *producción de lo superfluo y hacia la rápida obsolescencia: es también previsible que la potencia de la técnica consiga obviar muchos de los déficit de recursos que se produzcan, pero el fenómeno no deja de ser uno de esos gravísimos problemas comunes que cualquier régimen social de las sociedades industriales tendrá que enfrentar.*” La acotación marginal podría corresponder a la altura marcada por el asterisco. (N. del E.)

También es un problema común al capitalismo y al socialismo el de la selección del personal directivo. Para su creciente tendencia a la profesionalización, para un necesario conjunto de aptitudes en las que se combinan ciencia y arte, conocimientos, estudio y aptitud natural parece cierto que ni la herencia ni la cooptación capitalista resultan aptas (ver párrafo 51); parece también, a estar al propio testimonio soviético, que tampoco la clase obrera, ni las universidades técnicas los engendran, por lo menos en las magnitudes, en las cifras necesarias.

Otro problema se presenta en los grados inferiores de la empresa. Es el del crepúsculo de la distinción entre el trabajador manual y el intelectual con toda la trascendente secuela que ello importa (ver párrafo 41); la posible desaparición del "proletariado" a impulsos de la victoriosa "automatización" y la eventual transformación del residuo no maquinizable en un "servicio social" cumplido alternativamente por todos.

En otros pasajes de este ensayo se han traído a colación fenómenos que también podrían retornar a este rubro. El del éxodo a las ciudades, la urbanización, la proletarización, el desarraigo de los marcos ecológicos originarios ya no en los países maduros pero sí en la creciente insurgente área de los subdesarrollados (ver párrafo 47). El de la impersonalidad progresiva del sistema económico y el de la ruptura del trabajador con el producto total (ver párrafo 47).

Cabría todavía preguntarse si detrás de estos "problemas comunes", correlato de ellos y causa a la vez de la sociedad que los engendra, no existen bases también comunes entre el capitalismo y el socialismo centralista. Si ambos no participan en una misma perspectiva economicista, hedónica, naturalista, mecanicista de la vida. Si una misma actitud ante la Naturaleza, el Progreso, la Razón no resultan comunes al capitalismo en ascenso (no tanto al actual, más escéptico de estos valores) y el centralismo comunista también en ascenso. ¿Qué comunista no

suscribiría la siguiente afirmación de un apologista del capitalismo como Drucker: "el hombre máquina era falso pero resultó necesario para destruir el orden tradicional"? Pero también esta cuestión desborda lo puramente económico y deberá ser retomada en otra parte.

#### 54. CONCLUSIONES (II):

##### INVIABILIDAD DE LAS SOLUCIONES CAPITALISTAS PURAS

A esta existencia de problemas comunes al capitalismo y al centralismo socialista —resultantes de su común adscripción a la órbita histórica y técnicas de la sociedad industrial— asienten de buena gana los defensores del capitalismo. Y no sólo asienten a ello sino que traspasan sus conclusiones para ser vulgarizadas en el alegato político: en la conferencia de Punta del Este de enero de 1962 insistía, por ejemplo, que era con el sudor y el sufrimiento obrero que reprochaba el comunismo al capitalismo que se habían logrados los éxitos, que no se atrevió a negar, de la capitalización industrial socialista. Que a esta comunidad de problemas no asienta la doctrina marxista oficial puede ser un síntoma inverso de seguridad, de confianza en el triunfo final que la otra no posee; puede ser también, es posible sospecharlo, una consecuencia de su carácter más cerrado, más monolíticamente propagandístico. Puede ser igualmente, y es lo más probable, el resultado de una fe dogmática, fijista si se quiere, en dar por resueltos todos los problemas técnicos, institucionales, espirituales de la sociedad contemporánea con la instauración de la dictadura proletaria.

De buena parte de estas reflexiones anteriores sería posible inferir nuestro escepticismo ante esta certidumbre. Pero de buena parte, también, es fácil deducir que es demasiado cuantioso, demasiado evidente todo lo que la apologética del capitalismo no replica, ni siquiera enfrenta (párrafos 47 a 52), para que un alegre "equivocarse" (en su sentido etimológico de hacer indistinto, irreconocible) haga indiferentes la adopción de la vía

capitalista o de cualesquiera otras para las necesidades imposterables de desarrollo económico y social de los países subdesarrollados. Aun prescindiendo de la específica condición de economías inmaduras, demasiado milita para que las doctrinas de la Revolución nacional pueda tener el capitalismo o cualquier sinonimia vergonzante de "libre empresa", de "libre iniciativa" entre sus elementos.

Evitar las puerilidades de un frenético anticapitalismo es un deber de claridad intelectual: el capitalismo es seguramente más que los trazos de "desorden", "caos", "derroche", "concur-rencia" y "despilfarro" con que lo resumía Fidel Castro en su famoso discurso del 1º de diciembre de 1961.

Pero en cambio puede llegarse, más allá de todo lo ya expresado, a ciertas conclusiones:

1. Puede ser cierto que la economía capitalista de empresa libre posea una vitalidad que le permita recuperarse de sus declinaciones y que la haga capaz de atender con la máxima flexibilidad, con la mayor fidelidad a una "demanda solvente". Pero también es cierto que en una perspectiva totalista y humanista, esa fidelidad a la de "demanda solvente" de los que pueden satisfacer todos sus caprichos, es lo fundamental y que, sobre todo, los hombres, la mayoría de las gentes de cualquier lugar de la tierra no soportan ya con pasividad, con paciencia, los sufrimientos económicos del ciclo; no aguantan ya con un mínimo de tolerancia las secuelas de inflación y deflación, subconsumo y desempleo que van implícitos a una economía capitalista dinámica e inevitablemente elástica. La "explosividad social" del reajuste automático del empleo, producción y demanda efectiva, se hace patente cada vez más a las clases poseedoras, los límites políticos cada vez más infranqueables que deben tenerse, en cualquier caso, en cuenta.

2. Pero ese cuadro no es más que una de las causas que desencadena fuerzas que están desfigurando, hasta volverla

irreconocible, la "libertad de juego", la "autonomía de funcionamiento" ínsitas a todo capitalismo. Se acusa variablemente a monopolios patronales y a grupos sindicales. Pero sean quienes fueren los culpables lo cierto es que operan progresivamente "factores de rigidez" representados diversamente por la carga de salarios, prácticamente incompresibles, cargas de protección social, cargas impositivas contra los provechos excepcionales del capital, cargas extraordinarias para reflotar empresas deficitarias. Cada vez resulta más insalvable la contradicción entre estos factores de rigidez y las necesidades "puras" del sistema: un sistema de salarios y un sistema impositivo sustancialmente flexibles. La misma transformación del salario desde la calidad de "costo" que es para el empresario, a una "prima a la situación y al nivel de vida" que está siendo para la sociedad, o como "ingreso" que es para el obrero, señala con superlativa acuidad esta contradicción.

3. A esta creciente rigidez que altera su funcionamiento se suma la creciente falsedad de otro dogma capitalista: el de la sustancial independencia de la empresa respecto al Estado. Porque no ocurre sólo que el Estado o sus previsiones penetren en la empresa privada. Es esa misma empresa la que no acepta moverse (por más que diga lo contrario) en un cuadro económico invariable para largos períodos, la que apela constantemente a los resortes gubernativos por medidas monetarias o fiscales, por arbitrios aduaneros, por fijaciones de "precios remuneradores", ya sea para reducir pérdidas eventuales muy eficazmente publicitadas o, lo que es más frecuente, para acrecer sus sustanciales lucros. Es decir: ya nadie en el cuadro capitalista quiere la pregonada "libertad económica" en cuanto ella implica efectivo "riesgo", en cuanto ella representa la alternativa entre la prosperidad o la ruina. Como se ha observado es esta tendencia, y no la presión de una izquierda "planificadora", la que obligó al Estado a salirse de sus funciones clásicas y asumir funciones económicas decisivas.

4. Junto a la del riesgo puede registrarse, por propia gravitación interna del capitalismo, de otra complementaria, en cierto modo condicionante: la de "competencia". El ya tan citado Drucker reconoce que "no puede" dejarse que una empresa se derrumbe con las pérdidas y pánicos consiguientes, pero hay otros fenómenos: la "concentración vertical" como movimiento general de las empresas, los oligopolios para la explotación del consumo, la propia y frecuente alianza de gremios, sindicatos y empleadores contra aquél y que valen como índices de esta caducidad de la "competencia". Tal vez tuviera cierto valor compensatorio otra competencia naciente, pero ella desborda el plano económico y sobre todo cualquier sistemática del capitalismo: la competencia entre los regímenes económicos sociales que buscan dualizar al mundo. "Las nuevas fronteras" de Kennedy, los reiterados desafíos de Jruschov, los pronósticos para 1970, 1980, y para más allá de esos términos, han sobreelevado a un plano histórico una noción que, compensatoriamente, ha dejado de ser vigente allá donde lo era.

5. No existe hoy, en suma, una "economía libre". En un país tan habitualmente coherente como Inglaterra, es Mac Millan, haciendo prodigios dialécticos para atar por el rabo conceptos contradictorios, proclamaba en 1961 el advenimiento de "la libertad planificada". Se han formulado también anfibologías capicúas: la de la "planificación para la libertad" tiene su prestigio. Pero a cada tentativa contemporánea de restaurar una idealizada, casi paradisiaca, perdida "libertad", esto es: autonomía de la empresa, se ve que los desajustes de todo el cuerpo social, los sufrimientos y despilfarros que provoca esta presunta espontaneidad impone a las mismas clases empresarias del capitalismo la concesión a una verdad que puede ser una de las verdades elementales pero fundacionales de toda la economía de nuestro tiempo. Esta es la de que toda economía medianamente sana es un complejo, una intrincada red de decisiones "autónomas" y decisiones "heterónomas", de previ-

siones dilatadas y de ajustes constantes, de órdenes planificadoras y de medidas tomadas en la marcha, de zonas "rígidas" y de zonas de "espontaneidad". No hay, en concreto, y mismo en una economía pregonadamente "libre", un discontinuo cualitativo, soluciones de continuidad, entre la "libertad" de cada célula productora y la previsión planificadora del poder público. Por más "libertad" que exista, siempre el Estado impone limitaciones, reglas al juego.

Se reclama, por ejemplo, que se dejen funcionar las "leyes económicas" y que ante sustanciales variaciones cambiarías el costo de los productos de reposición regule el precio de los que ya integraban los inventarios; se protesta como intolerables los contralores, casi siempre ineficaces, destinados a impedir este lucro imprevisto. Pero si bien se observa, siempre el impulso de lucro se encuentra con limitaciones morales y sociales. ¿Y qué diferencia sustancial existe entonces entre los referidos contralores y algunas pragmáticas, admitidas tradicionalmente: las que obligan a señalar el precio del producto, su origen, su peso, la forma de sus envases? ¿Es posible sostener, acaso, que unas son "morales" (las últimas) y las otras antieconómicas? ¿Y existe, para abundar, diferencia verdadera entre estos casos y otros aceptados por los más liberales empresistas en estas latitudes? En nuestros países la prohibición de matanza de vientres jóvenes se admite como medida por medio de la cual el Estado, velando por el patrimonio nacional, y por el futuro productivo, pone coto al sentido puramente inmediatista, parcial, presentista, individual de la ganancia. Constituyen brújulas seguras para cada momento y cada productor: no funcionan si la óptica con que mira no son ellos sino la totalidad de una economía nacional y su eventual desarrollo. Y aunque el rubro de ejemplos no esté agotado ni sea agotable, ¿es factible sostener que entre las medidas que se rechazan y las que se aceptan haya una diferencia sustancial (comercialización o producción; ética o económica)? ¿Es posible negar que todas importan, en

conjunto, un reconocimiento tácito a la necesidad de un cuadro económico saneado en el que la "libertad", cada vez más, se encuentra constreñida?

6. Pero las tentativas de restauración libre-empresista han puesto también en claro un fundamental absurdo. Es el de la onerosidad implicada en todas las medidas destinadas a "capitalizar" a los capitalistas para que la tasa nacional de inversión y con ella la de crecimiento alcance índices aceptables. En muchos países (entre los que la Argentina y el Uruguay pueden ser ejemplos) toda la producción del sector primario y toda su comercialización de la colectividad (que es prácticamente la de éste) descansa sobre los planes y los ímpetus productivos de una clase que, al parecer, y eficazmente auxiliada por sus órganos representativos, está teniendo que ser sobornada constantemente para que siga produciendo. Los términos no son tan perentorios pero se perciben entre líneas. Parecería que sólo haciéndola más y más desmesuradamente rica su capacidad de inversión fuera capaz de aumentar y, a través de ella, la parte restante de la sociedad nacional que recibirá una parte del producto total. Como decía Joan Robinson en un ya citado y conciso libro sobre la economía marxista, si todo el sistema descansa sobre inversores tan exigentes y falibles, la tentación de suprimirlos y buscar otro arbitrio más seguro tiende a hacerse incontenible.

7. Concluyamos esta recapitulación con una aguda observación de François Perroux, ambiguo casi siempre defensor de la "libre empresa". Si hay algún factor que decreta perentoriamente la inviabilidad de la solución capitalista es, justamente, la total impregnación de las sociedades occidentales maduras por el espíritu capitalista. Porque, como Perroux demuestra, para que el capitalismo funcione, para que corra con cierta fluidez su juego, es necesario, la historia lo muestra, que lo haga en un "cuadro" ilimitado. O, en términos menos abstractos, que se mueva entre sectores no empapados de "espíritu", de "valora-

ciones" capitalistas. Es, en cierto sentido, otra versión de la creencia –tan sólida, incommovible de Marx– de que el triunfo, el apogeo del capitalismo marcaría el principio del fin de su hegemonía, el pasaje a formas más humanas de organización económica.

##### 55. CONCLUSIONES (III):

###### IRREALIDAD DE LAS SOLUCIONES CAPITALISTAS ATENUADAS

Consciente de sus males a un grado mayor de lo que habitualmente se confiesa, el capitalismo, "la libre empresa", buscan afanosamente calafatear sus inocultables debilidades. Todo un desarrollo anterior ha sido dedicado a una enumeración y análisis de sus argumentos (párrafo 51: la apologética del capitalismo (II): los hechos nuevos). Pero también se arbitran soluciones, se planifican fenómenos susceptibles de ser promovidos.

Se busca, por ejemplo, suscitar la fidelidad de los obreros y del gremio a la empresa. Los apologistas norteamericanos del neocapitalismo se hallan, por lo general, de acuerdo, con el que la vieja y preconizada "participación en las ganancias" es demasiado pequeña según todos los cálculos para alterar la actitud emocional del obrero hacia los propietarios; es demasiado engorrosa de calcular y demasiado obstructiva como para que su vigilancia no altere los principios sustanciales de "autonomía de dirección". Se preconiza dedicar entonces esa masa a "fondos de reserva de previsión" para los malos tiempos, a "reservas elásticas" para la desocupación, basadas en una cuidadosa predicción económica y en la seguridad de un pronóstico de ingresos relativamente firme. La apologética neocapitalista también está acorde en sostener que la "codirección" obrera de la empresa no es conducente: la dirección debe ser profesional y "debe dirigir". Pero en cambio tiene sentido el promover el cogobierno fabril para el uso de las mencionadas reservas, para su empleo en ciertos aspectos sociales: vacacio-

nes, recreaciones; para dejar en manos laborales la distribución individual del trabajo.

Ingeniosas y todo no parece que alteren esencialmente la mecánica del sistema cuyas deficiencias no están seguramente, ni mucho menos, “dentro” de la empresa misma.

Toda una corriente ideológica sostiene, y su filiación en este lugar podría ser juzgada por ella claramente tendenciosa. Y es que justamente esa corriente aspira a distinguirse del capitalismo afirmando que un liberalismo económico individualista, basado en la propiedad personal, la iniciativa privada y la libertad de gestión representan, en verdad, una eventualidad histórica frustrada por los factores que hacia el monopolio y la concentración operaron tempranamente dentro del capitalismo mismo. Pero este enemigo del “monopolio” y su invocación como criterio distintivo entre “libre empresa competitiva” y “capitalismo”, se saltea alegremente que esa “frustración”, si así quiere llamársela, no fue resultado de una voluntad libre y contingente sino dictada, e inapelablemente dictada, por el desarrollo de la técnica, por las necesidades sociales, por la dialéctica interna misma del libre empresismo. Bueno es saber entonces que cuando se preconiza esta “libre iniciativa” económica individualista (tiene contactos con ella en el pensamiento uruguayo el de Carlos Vaz Ferreira); cuando se la preconiza, en el contexto histórico de Occidente, no se preconiza otra cosa que un capitalismo idealizado, una inviable ucronía sin otra vida que la de una simplista fórmula intelectual.

No es difícil asentir que la idea de una “transformación del capitalismo” (de la que tanto se burla la propaganda comunista) es inocultablemente pueril si se la concibe como una “endomorfosis” dictada por razones sentimentales o filantrópicas. Pero creemos, salvado este juicio inexcusable, que no se le da a menudo el debido valor a ciertos límites objetivos, a ciertos móviles no predatorios, a ciertas razones y constricciones políticas y sociales capaces de poner, de fijar

vallas al primario impulso de lucro capitalista (ver párrafos 35 y 39). Estos factores, aliados a ciertas fuerzas exógenas al sistema pueden compaginarse en efectivas tendencias que pudieran tender a adecuarlo en grado más crecido que el actual a las necesidades de la presente sociedad mundial. De cualquier manera, no parece previsible en el capitalismo una renuncia sustancial a sus principios medulares de lucro, desigualdad, explotación y pluricentrismo, y es más que creíble que nuevas formas de organización económica van a crecer y afirmarse “contra él” y “a costa de él”. Esto sin perjuicio de integrar en sus fórmulas algunas de esas “transformaciones” parciales (párrafo 51), de responder a esos “problemas comunes” a todos los sistemas económicos de nuestro tiempo (párrafo 53) que ya se examinaron.

#### 56. CONCLUSIONES (IV):

##### PELIGROS DE LA PLANIFICACIÓN CENTRALISTA RÍGIDA

En páginas anteriores (párrafo 52) se desplegaron las acusaciones de la argumentación neocapitalista a la economía centralista, socializada y planificada, esto es y en concreto, la de la Unión Soviética y naciones satelizadas por ella. No puede negarse que algunos de esos argumentos son efectivos y, a veces, impresionantes.

Puede concluirse, por ejemplo, que en toda gran magnitud económica la dirección planificada tiende a ser ineficaz por factores tan inexorables como ser la “movilidad” fatal de la vida económica, su “complejidad” creciente, su práctica “inabarcabilidad” —si es que desde los rasgos generales se pretende llegar hasta el detalle concreto de su funcionamiento—, la “resonancia” imprevisible, el efecto “multiplicador”, la trasmisibilidad generalmente inesperada de unos fenómenos económicos sobre otros.

Una dirección económica y una planificación puede ser, como lo creemos sólidamente, en cierto clima histórico social como es el de las naciones económicamente retrasadas, inevitable; es bueno saber que los precedentes son sus peligros y los peligros muy difíciles de evitar.

En un capítulo posterior (el VI) se examinarán los conflictos y las soluciones posibles entre una noción históricamente viable, la libertad personal y las economías socializadas. Es bueno saber que, aunque la apologética capitalista fuerce el cuadro hasta el paroxismo, ese conflicto existe y aun puede, en ciertos contextos, ser agravado.

Si se recorre cualquier manual de economía política soviética (por ejemplo, el publicado por la Academia de Ciencias de la U.R.S.S., Buenos Aires, 1957), no resulta difícil señalar ciertos riesgos con que la ortodoxia marxista-leninista concibe la "planificación centralizada". Ellos son el autoritarismo, la soberbia dogmática, la ambición desmesurada, un racionalismo orgulloso y sin fisuras, una confianza inquebrantable en sus capacidades de preverlo todo, de organizarlo todo, un "teleologismo", un "futurismo", que hace mangas y capirotos con el presente, una invocación enfática a "la ciencia" y un aborrecimiento metódico contra todo lo que es espontáneo, inconsciente, imprevisible, vital, en suma (ver párrafo 42). También una hipocresía terminológica, que desborda sin duda esta área de su actividad, este aspecto de su organización y llama, por caso, a la desocupación técnica (inevitable en cualquier economía moderna): reservas materiales de mano de obra.

Como en las páginas precedentes ya mencionadas (párrafo 52) se recordaba que la comprensión político-social impedía ver los errores, las pérdidas de producción como no fuera a un puñado de planificadores y aun a éstos les vedaba apreciar eficientemente los términos no cuantitativos de insatisfacciones del consumo.

Lentitud, pesadez, rigidez indebida, alternada con variaciones inesperadas y perturbadoras han sido señaladas, muchas veces eficazmente por la autocrítica gubernativa soviética: la denuncia contra la burocracia es abundosa desde la muerte de Stalin y junto al apego indebido a sus privilegios, los rasgos anteriores son casi siempre colacionados. El ya citado *Proyecto de Programa...* preconiza soluciones: evitar el papeleo y dar agilidad a los organismos económicos, enrolar su personal en otros rangos de los de la política, aligerar la complejidad de las técnicas de administración y control. Los lastres pesadísimos que debe arrastrar una economía centralizada y planificada parecen, de cualquier manera, demasiado graves como para ser cauterizados con buenos deseos o discursos amenazadores y contundentes, demasiado ínsitos al sistema, en puridad.

Esos mismos discursos señalan también con frecuencia dos hechos inocultables: el fracaso del sistema de incentivos "socialistas" y, en especial, en la agricultura y la ganadería. Parecería que en ellas el mismo dinamismo de la organización que margina estos males en el sector industrial fueran, hasta el presente, prácticamente incurables.

En las ya citadas páginas (párrafo 52) se referían también a los peligros de la inexistencia de un efectivo juego de mercado y de competencia por él implicado: mientras el orgullo de la U.R.S.S. por su industria pesada de bienes de producción es voceado sin pausa, la denuncia de la mediocridad, fealdad y percibibilidad de los de consumo inmediato o semiduradero es tema constante de preocupación en la que los hombres, crecientemente, reclaman ciertas satisfacciones a los bienes de la vida que su economía no parece en adecuadas condiciones de facilitarles. Podrá considerarse —debe considerarse— que en las zonas subdesarrolladas del mundo la organización económica tiene fines más egregios y previos que los de satisfacer con plasticidad los deseos de una "demanda solvente". Es bueno, sin embargo, saber que en cierta etapa de su crecimiento y madu-

ración este problema se plantea con acuidad, a veces explosiva, en las economías centralizadas y planificadas.

#### 57. CONCLUSIONES (V): INESTABILIDAD DE LAS SOLUCIONES PLANIFICADORAS ATENUADAS

Planificadoras atenuadas, socializadoras o semisocialistas, interventoras, a “doble sector”, nacionalizadoras, estatizadoras, dirigidas... La adjetivación es extensa y variada y los conceptos que recubre, las soluciones que preconiza muy diversas.

Insístase inicialmente: hay que poner orden en este caos, hay que intentar algún modo de clasificación. Y empiécese: Primero, la “propiedad” de las unidades productivas. Al lado de la “privada” al que estas soluciones intermedias pueden dejar zonas reducidas o zonas extensísimas de la riqueza social, alinéese la “estatización” (a la que la crítica trotskista, por ejemplo, dice que se reduce al socialismo soviético), la “nacionalización” (prácticamente indistinguible de la anterior) que puede abarcarlo “todo” o, como lo precisaba Fidel Castro en el discurso tantas veces citado, sólo los “medios fundamentales de la producción”, sólo las “grandes industrias” y los “grandes bancos”. Por último, la “socialización”, teóricamente distinguible de la “estatización” en el plano ideal (por lo menos) de implicar una propiedad de la clase trabajadora, de la sociedad “útil” de los instrumentos de producción. Al tomar la forma de “propiedad cooperativa” de los productores-obreros, empleados y técnicos –representados eventualmente por sus sindicatos–, esta socialización adquiere la única forma distinguible prácticamente de la estatización y la nacionalización. Y agréguese todavía para alargar el rol, las formas de propiedad “privada” ahora en coordinación cooperativa, las formas que combinan en proporciones variables, pero por lo general con primacía de la parte estatal, la propiedad estatizada y la privada; las formas que combinan la propiedad estatal con una parte de los propios productores –obreros, empleados, técnicos– de la empresa; de

las formas que agregan a estos tipos una cierta parte de propiedad de usuarios y consumidores; de las formas (aun aceptadas por ciertos avanzados del neocapitalismo y preconizada por la *Mater et Magistra*) que combinan la propiedad patronal de la empresa con un parte de propiedad obrera materializada en “acciones de trabajo” y expresadas, por esa vía, en la participación en las ganancias, la aceptación de la propiedad privada “sólo” artesanal, etc.

Diversidad admite la gestión directa, el gobierno directo, de cada unidad productiva: por sus propietarios, por “directores profesionalizados” designados por los anteriores, por una burocracia estatal profesionalizada, por los propios obreros y técnicos, por combinación de los elementos anteriores, por “cogobierno” obrero-patronal según lo preconizaba el texto pontificio recién mencionado, agregando a los rasgos citados el concepto de “comunidad de personal” y la preferencia a las entradas gestadas por el trabajo, por cogobierno burocrático estatal-obrero como se insinúa en Cuba.

Por encima, sin embargo, de la gestión, del gobierno directos planea la “gran cuestión”: ¿quién, quiénes combinan el juego, el funcionamiento de las innumerables unidades productivas? ¿Qué variedades tiene esa acción?

Déjense previamente al margen dos soluciones ya examinadas. Una, explanada en páginas anteriores, es la de una economía regulada automáticamente por la acción del mercado. La otra, igualmente analizada en sus ventajas e inconvenientes, es la de una rígida centralización y planificación cumplida por las diversas unidades económicas a través de la ejecución burocrática.

Soslayados así los dos extremos del espectro, enumérense qué “tipo” de decisiones pueden ser adoptadas y cómo pueden ser agrupadas. Se habla de una economía “dirigida”. La noción de “dirección” implica la decisión de orientarse hacia alguna meta, la de alcanzar algún “fin”, por ejemplo: el desarrollo,

fijado por algún plan. Puede implicar la dirección de “todos” los factores económicos o la de “algunos”: el grado en que esta dirección sea compulsiva o puramente indicativa acerca este tipo de política económica, o la aleja, de la planificación total ya vista. Se habla de economías “reguladas”: la noción, bastante vaga en sí, implica, o puede implicarlo, la de planificación, en sus variedades, la de dirección y la intervención. Suele hablarse de economías “intervenidas” y del Estado “intervencionista”, exigido a esta calidad por la gravedad misma y las consecuencias sociales, eventualmente muy graves, de los fenómenos económicos. El término se usa casi siempre con cierto matiz peyorativo: suele afirmarse que la “intervención económica” sin más del Estado se mueve bajo los apremios cotidianos (fiscales, sociales, económicos) del poder político, se ejerce sin previsión científica mínima de sus consecuencias inmediatas y, menos, mediatas; da mandobles a ciegas sobre esas delicadas estructuras que son precios, salarios, costos, impuestos, ocupación. Se habla, y ya se ha hecho aquí muchas veces, de “economías planificadas”. Se entiende por ello previsiones prospectivas, totales, abarcando todos los factores del proceso económico y toda el área de una economía dada. Puede ser centralizada y autoritaria, y puede adoptar otras variedades que dependen de otros factores que los “tipos de decisiones”: los “sujetos” de las decisiones; los “ejecutores” de las decisiones, la naturaleza y los sujetos de los “controles” del plan.

Porque, en primer término, si el Estado es casi siempre el actor de estos diversos estilos económicos (intervención, dirección, planificación, regulación, otras veces se postula que ellas sean tomadas por las ramas industriales y productivas esenciales —como en algún sentido lo postuló la NIRA de Roosevelt y lo propugnan ciertos proyectos de “juntas de producción” difundidas en nuestro medio. Claro está que el sujeto paraestatal o privado puede “regular” y “dirigir” (por lo menos teóricamente):

las nociones de planificación y de intervención le son, esencialmente, ajenas.

Tomadas las decisiones, saber quiénes las realizan es otra historia. ¿Las empresas, privadas o estatales, o cooperativas o paraestatales bajo la dirección misma del Estado? ¿O, diversamente, las distintas ramas productivas, compeliendo y dirigiendo a su vez las unidades empresarias sueltas?

Plan, dirección, intervención, regulación pueden ser controladas o pueden no serlo. La primera eventualidad es la lógica: la vigilancia de una decisión económica es la única garantía de que no sea letra muerta. Puede ser centralizada o descentralizada, puede ser realizada directamente por la burocracia económica o por los grupos productivos, aun, teóricamente, por las propias empresas encargadas de cumplir las decisiones. Su amplitud misma puede ser variable, su periodicidad misma puede ser muy desigual y correlativamente los “reajustes” que su cumplimiento o incumplimiento determinen en la planificación, en la dirección, en la regulación, en la intervención...

Como se ve, si ya no se llegó al tedio absoluto, las combinaciones del espectro económico “intermedio” pueden, tomadas en cuenta la propiedad, la dirección interna, la regulación general, ser infinitas. En determinadas circunstancias, cualquiera de ellas puede ser eficaz y creadora; en otras, cualquiera de ellas o todas ellas ser perjudiciales o inefectivas.

No vale la pena combinar una lista centenaria, un juego de abalorios. Importa en cambio señalar algunos tipos más decisivos que otros y, extraer, si se puede, algunas conclusiones.

Existe un tipo de “economía intervenida” que fue frecuente en la Segunda Guerra Mundial, incluso en naciones tan adeptas a la libre empresa como los Estados Unidos, que afirma una “libertad de gestión” casi absoluta pero comprime esa libertad de gestión entre una serie de rígidas constricciones: fijación de salarios, fijación de costos y precios de venta, fijación del precio

de las materias primas, fijación de las tasas del interés, fijación de altos porcentajes de impuestos a las ganancias. Agréguesele todavía fijación de tipos de cambio monetarios, fijación de limitaciones, trabas y discriminaciones a la importación y se tendrá un panorama aproximado de las economías intervenidas de la mayor parte de los países subdesarrollados. Puede decirse a su favor que respeta el juego de la libre iniciativa fijándole límites nacionales y sociales dictados por el bien común. Pero también puede decirse que le da al mecanismo de la libre empresa una rigidez tan extraordinaria que termina prácticamente con toda su posible "libertad".

Pero, sobre todo, este tipo de política económica es fuente de dos inagotables, insolubles males. El primero yace que al ser "intervenida" y no "dirigida", al tener derecho de variar sin aviso y sin periodicidad fija cada uno de los elementos susceptibles de fijación: un precio, un salario, un tipo de cambio, un derecho de importación, un tipo de interés, el volumen de un crédito por cuantioso que sea, se hace inevitable factor de corrupción estatal y privada, manantial inagotable de lucros eventuales y generalmente descomunales. Una presión hábil, un soborno adecuado, la noticia de un decreto gubernativo conocido antes que los rivales, se hace directamente causa de ingentes fortunas e, indirectamente, del desquicio de toda la vida económica, de la ruina de todo plan y toda previsión.

Pero supóngase, en el mejor de los casos, que en vez de esta intervención caótica, azarosa, imprevisible, con vistas a "vivir al día" una economía aspire a ser metódicamente "regulada" en los factores antedichos. Si una planificación absoluta, total, autoritaria y centralizada es dificultosa y está expuesta a los males ya recapitulados (ver párrafo 56), es empero pasible de un efectivo contralor. Vigilar, en cambio, la empresa eventualmente libre "desde dentro", moralizar, con respeto a la "libre iniciativa" el ambiente económico resulta, según toda la experiencia económica contemporánea, una tarea más allá de todas

las previsible posibilidades de sapiencia y moralidad humanas o, más específicamente, administrativas, estatales. Todos los controles estatales "externos a la empresa", se revelan invariablemente pesados, ineficaces, lentos, ciegos y, sobre todo, corruptibles. *¿Quod custodiat custodes?* decía el aforismo romano. ¿Quién vigila a los vigilantes? Y si los controladores fueran honestos, cosa en la generalidad de los casos más que dudosa, la práctica contable y económica sabe que fijar un costo, fijarlo inequívoca, exactamente, aun con las mejores intenciones, es tarea casi imposible. Aun sin la rutina, la pesadez, la corrupción posible de los controladores, vigilar la empresa "desde dentro" es como arar en el mar. Y a la sombra de esa deficiencia crecen, y es efectivo argumento de los libreempresistas, las falsificaciones contables, la especulación, el contrabando, los manejos cambiarios más ingeniosos e imprevisibles.

Por otra parte, toda intervención y toda regulación tienden a centrar su mira en las grandes magnitudes de la actividad económica, en las prácticas regulares, normales. Y aun si ellas pueden ser efectivamente vigiladas, si puede ponerse coto, por caso, a los grandes lucros agrarios e industriales, toda una miríada de actividades económicas especulativas, laterales: negocios de tierras, compraventas usurarias de bienes durables y semidurables, ganancias profesionales e intermediarios van sumando enormes guarismos económicos que logran con relativa facilidad la evasión fiscal y se invierten habitualmente, con pérdida para la propia economía, en el extranjero.

Por mil vías, en suma, hace agua la tentativa neoliberal de una economía neoliberal en la que el Estado dé los cuadros, las estructuras, las reglas de juego. Toda intervención, toda regulación, toda dirección son burladas, todo cuadro desbordado, toda estructura quebrada, toda regla de juego infringida.

Ciertas tentativas "progresistas" norteamericanas, como la que representa en cierto sentido la política de John F. Kennedy,

son afines a esta dirección. Se acepta el "juego libre" en el ámbito capitalista, pero se trata de circuirlo con una cintura de seguridad, de protección que atenúe el impacto de las depresiones rítmicas del capitalismo. Retiros, seguros, enseñanza gratuita y completa, subsidios a la desocupación son rubros de una larga lista posible de medidas. Distinto del previo planteo (ver párrafo 54) de un capitalismo moviéndose en zonas precapitalistas, esta solución importa una creciente y amenazadora rigidez: como todas sus afines reúne las desventajas del capitalista y de la planificación sin ninguno de sus beneficios. Como señalan los apologistas del neoliberalismo proclamar en este contexto el "derecho al trabajo" concebido como exigencia de empleos e ingresos sin tener en cuenta las circunstancias económicas, es una engañosa, demagógica ilusión.

En otras soluciones intermedias, afines a las anteriores, el Estado se reduce a evitar las depresiones y la desocupación por prácticas de control del crédito y de flexibilidad impositiva: practicadas ampliamente en los Estados Unidos, no implican, en puridad, una terapéutica ajena al capitalismo ni enfrenta, en profundidad, ninguno de sus males.

Queda, sin embargo, por recapitular, una de las corrientes más caudalosas de esta zona "pontifical" entre los dos extremos del capitalismo puro y el centralismo planificador estatizado absoluto.

Es la de las "nacionalizaciones", el capitalismo o socialismo de Estado, la de las empresas estatales, en suma. Ha crecido al impulso de una aspiración a la reducción de los costos, o de las ganancias, de un temor al exceso creciente de las dimensiones de ciertas empresas y las contingencias de contralor, dominación social que ellas representan. Las ha movido la esperanza de transferir ganancias individuales a las arcas fiscales, de abaratar sustancialmente ciertos servicios esenciales, de impedir transferencias de lucros al exterior, de evitar la dominación del área nacional por el imperialismo extranjero. Las ha movi-

do fines de justicia, de nivelación, de promoción sociales, de una redistribución más equitativa de la renta nacional. El juicio casi general que su experiencia ha suscitado es que, al caer casi invariablemente en manos de una burocracia corrompible, politizada al máximo, desmesurada, frecuentemente inepta y no pocas veces saboteadora de los fines que las crearon, las empresas estatales no sólo no han llenado ninguno de los prospectos que movieron su creación sino que han parado en verdaderos "feudos", a menudo duros con el obrero (tan duros como la empresa privada) y transformados de pagadores de impuestos en recibidores, en mendicantes de subvenciones. El aumento de los efectivos burocráticos suele constituir en esas empresas una saga a la vez risible y trágica. Para evitar ejemplos nacionales cítese uno argentino: el "Frigorífico Lisandro de la Torre" tenía, en 1945, 377 empleados y 4.000 obreros; en 1955 tenía 2.222 empleados y 5.578 obreros: los empleados aumentaron de uno a seis, los obreros sólo de uno a uno y medio. En la última fecha había 41 jardineros pero no había jardín y cada caballo del establecimiento disfrutaba de un herrador a sus órdenes.

La crítica marxista afirma que las empresas estatales son herramientas de la clase capitalista que maneja el Estado, que el Estado, "comité de administración de la burguesía monopolista" (*Proyecto...*, págs. 28-29) no equivale, por muchas empresas que gestione, socialismo. Más exacto parece creer que la inquina marxista-leninista contra las nacionalizaciones, especialmente contra las inglesas, permite inferir que éstas pueden ser eficaces y aun constituir una creadora vía histórica. Pero también resulta exacto sostener que en ellas late una contradicción aún no resuelta (tampoco lo está en la economía soviética, se dirá) entre el espíritu de la empresa y el provecho, como medida de su eficacia y su imantación por las nociones de bien común, interés general y sentido social. Más indiscutible es todavía afirmar que las nacionalizaciones y el personal huma-

no que ha de hacerlas marchar dependen del “contexto social” en que sean promovidas y funcionen, que lo que importa en suma, como dice Baran, no son las agencias gubernamentales sino quién controla su ejecución (op. cit. pág. 120).

Esta afirmación también tiene valor general para todas las soluciones intermedias recapituladas en este párrafo: todo está subordinado a en qué manos, de quién, de qué grupos, de qué voluntades sociales ellas dependen. El intervencionismo, el dirigismo, la planificación, la limitación de la empresa poco significan si las palancas políticas del Estado están en manos de la clase empresaria y si justamente son los excesos del capitalismo lo que se trata de contener. En síntesis: que es el contexto de la voluntad social lo decisivo.

Lo mismo puede decirse de las innumerables combinaciones posibles a que ya se aludió (ver supra). A una economía con zona planificada y zona libre. A una economía con una zona centralizada y otra marginal. A una economía con propiedad estatal, paraestatal, privada, cooperativa, sindical. A una economía con una zona monopolizada y una zona competitiva. A una economía de doble sector: capitalista y nacionalizado. A una economía, incluso, que reúna términos tan aparentemente antagónicos como planificación con capitalismo, importando decisiones imperativas unipolares, a ser realizadas por los grupos (“macrodecisiones”, en suma, del Estado), ajuste rítmico del período hasta el punto del óptimo económico, orden de prioridades de urgencia en la satisfacción de las necesidades de acuerdo a los recursos económicos disponibles. La realidad universal es contundentemente rubricada por Peter Drucker en la frase de que *“buena parte de los gastos del gobierno no tendrían sentido si no son considerados en relación a planes de largo aliento”* (Los próximos veinte años, op. cit.).

#### 58. CONCLUSIONES (VI): LA VARIEDAD DE LAS ALTERNATIVAS

Es posible que de este largo retrospecto se haya desprendido ya una conclusión a la que parece hoy, a esta altura del desarrollo mundial, necesario llegar. Esta es la de que no hay sistema económico perfecto, si por “perfección” se entiende la capacidad de cumplir todos los fines, de satisfacer todos los móviles, de contemplar todos los valores que se puede sentir llamado a realizar una organización racional de la producción de bienes y de su empleo. La postulación de un conjunto de arbitrios —y pensamos en la economía marxista oficial soviética y en las más extremas versiones de la apologética capitalista—, esencialmente, el resultado de una idealización de tipo utopista y de un desembozado escamoteo de todos los factores negativos con vistas al impacto propagandístico.

Porque, recapitúlese, y la lista no sería completa, cuáles pueden ser esos móviles, esos fines, esos valores y las tensiones bipolares que entre ellos pueden darse.

El estímulo a la iniciativa, a la inventiva, a la plena realización humana en la actividad económica, a la innovación, a todas las calidades dinámicas que han empujado hacia adelante la condición material del hombre.

Y, eventualmente, frente a ellas la necesidad de una “estabilidad”, de una “seguridad” que permita las previsiones a largo plazo, evite los ritmos violentos de los ciclos, la inflación descomedida y todo el cotejo de innumerables males (pauperización, hambre, desocupación) que para el hombre común ellos representan.

Que los dos elementos son imprescindibles a una economía sana lo reconoce el mismo *Proyecto de Programa del Partido Comunista*, p. 16 y 107, con su insistencia en las calidades de “tenacidad e inspiración”, con su postulado de estímulo al “entusiasmo” e “iniciativa” obreros, y su afirmación, muy cierta, de que si el capitalismo permite la realización de estos valores ello sólo es efectivo para una ínfima minoría.

La otra gran antítesis de toda normación económica es la que implica la atención al presente y la previsión del futuro. Pero esta dicotomía un poco abstracta puede concretarse: el "presente" significa la atención decisiva a los gustos y tendencias del consumo, a las "microdecisiones" de cada consumidor; el "futuro" se identifica con las "macrodecisiones" del Estado, la sociedad o el Partido decididos a sacrificar aquél en su entidad de necesidades inmediatas satisfechas a los fines del "desarrollo" nacional y social, a los efectos multiplicadores del "crecimiento" logrados a través de un alto porcentaje de "inversión" y "capitalización" obtenido las más de las veces en base a una implacable restricción del consumo.

Otra antítesis, probablemente latente en la primera de las enumeradas es la de "justicia", finalidad social, *versus* eficacia productiva y distributiva, medida por criterio de costos, precios y ganancias medidos incluso en las economías centralizadas y socializadas por sistemas de contabilidad adoptados de la empresa capitalista.

También representaría otro cariz del mismo inevitable contraste los dos términos de "protección al débil" y de "estímulo al riesgo"; también los de una "igualdad" que es aspiración profunda de los hombres y los de "desigualdad de remuneración al más apto" que parece también noción ínsita en nuestro concepto histórico de la justicia.

Y esto todavía no agotaría la lista. El sacrificio del futuro al presente o el de éste a aquél, puede "no trazarse" entre desarrollo y demanda solvente, sino entre desarrollo y exigencias al cumplimiento inmediato [...] (\*) examinados. Lo mismo cabe decir, aunque ellos atañen a un plano más estrictamente económico, de los de "espontaneidad" y "planificación".

(\*) La superposición de tres líneas, debido quizá al deslizamiento del carbónico, torna ilegible el pasaje. Corresponde a la pág. 184 de la fotocopia, *in fine*. (N. del E.)

Instrumental aunque también fundamental es, sin sinonimia, la de "centralización" y "planificación" *versus* "descentralización". La creciente conciencia de que las grandes magnitudes económicas hace imposible su dirección y su control monocéntrico, se ha impuesto, incluso, en la economía soviética bajo el rótulo de lemas como "*administración democrática*", "*independencia operativa*", "*iniciativa de las empresas*" sobre la base del "Plan" "*desconcentración*", etc. (ver *Proyecto de Programa...*, págs. 94-95).

Y agréguese todavía dos finalidades a las que sería difícil, a la altura de nuestra conciencia social y de nuestra situación histórica de países dominados, "inventarles" una antítesis.

Una es la necesidad de dominio nacional, de control de la propia colectividad sobre el uso y explotación de sus riquezas contra toda dependencia y mediatización exteriores (ver capítulo II).

La otra está representada por la exigencia del mismo dominio colectivo frente a grupos minoritarios, a oligarquías económicas o políticas que puedan lograr, por el uso del poder o la pura riqueza, un control desmedido, decisivo, de la sociedad.

Marcadas estas finalidades y estos conflictos, que sin duda son los decisivos, puede decirse simplemente que todo programa económico tiene que realizar con ellas ciertas inexcusables tareas. La de tenerlas en cuenta, es la primera. La de saber que es posible, a cada altura del tiempo y en cada circunstancia, combinarlas, armonizarlas, compaginarlas. Pero la tercera es también inevitable y más dolorosa: es el conocer que toda política económica es libertad de elección, de elección de acuerdo a valores, pero que esos valores no pueden ser "todos", ni mucho menos contemplados a un tiempo, que muchos deben ser sacrificados, que mucho debe ser resignado o abandonado, por lo menos temporalmente, hasta que no haya variado en forma sustancial la faz económica social de una sociedad.

## 59. CONCLUSIONES (VII): LO QUE YA NO ES TOLERABLE

Sin embargo, al margen de todas estas alternativas, hay un puñado de situaciones que el hombre de nuestro tiempo ya, mayoritariamente, no puede tolerar.

Una es la “anchura” del espectro de las diferencias económicas, sus extremos de implacable miseria y descomunal riqueza, que nada tiene que ver con el aspecto técnico-material de la producción.

Otra es el “origen” de esas diferencias –aunque su anchura fuera y pueda ser mucho menor– en la herencia y su creación de una desigualdad sustancial de punto de partida, el juego especulativo, la intermediación parasitaria, la explotación despiadada de los demás a un puñado de seres. Al margen de los argumentos marxistas, puede decirse que la corriente que engrosa más sustancialmente al capitalismo pertenece a la zona de la moral social. (\*)

Para una cantidad creciente de hombres resulta ya inaceptable que la organización de la sociedad permita a un puñado de seres una existencia en la que el querer y el poder se hallan tan cercanos, que nada de lo habitualmente o excéntricamente deseable está lejos de las manos de esos hombres. Y esto, contrastado con los cientos de millones de vidas de hombres que se desarrollan, desde la cuna a la tumba, al borde de la inopia, de la más acuciante necesidad.

Mientras en unos –y son muchos– esta extrema desigualdad desarrolla en ellos el afán frenético de “llegar”, de acceder a los rangos (por más fronterizos que ellos sean) de los privilegiados, otros muchos, y puede afirmarse sin duda que representan una actitud moral más elevada, no sólo por una convicción fundada en la imposibilidad última de esa lucha sino también

(\*) Párrafo reconstruido. Una acotación vertical, margen izquierdo, desapareció en el guillotinado. (N. del E.)

por la minuciosa inmoralidad que ella exige (avidez, disimulo, hipocresía, mecanización de toda relación humana) los lleva a no intentar ese avance “personal” solista: los impulsa en cambio a plegarse a un enfrentamiento comunitario, solidario que logre destruir la estructura que tolera y se sostiene en esa injusticia.

“*La derecha*”, afirma Simone de Beauvoir en uno de los pocos análisis realmente válidos de su conocido libro, desprecia el “*resentimiento*”. Pero es necesario saber lo que califica de “resentimiento” (ver párrafos 47 y ...). No es sin duda esta noción, que analizó magistralmente Max Scheler, nada clara sino por el contrario ambigua, éticamente ambigua. La “muerte de Dios”, para vastos sectores de la población humana, la descreencia en otra vida en la que se compensen las miserias de ésta, moviliza en las masas de nuestra era una exigencia, una urgencia de bienes, de satisfacciones “aquí y ahora” que ya no soporta que esos bienes y esas satisfacciones estén al alcance de los *happy few* mientras las grandes, las inmensas mayorías ven pasar los años y acercarse la muerte sin que los grandes deseos hayan pasado de serlo ni los secretos proyectos, al hacerse realidad, le hayan prestado a la vida esos raros momentos de plenitud que la hacen digna de ser vivida. Lo que esto engendra es justamente el “resentimiento”, ese resentimiento con el que hay que contar, tan anatematizado y a pesar de ello una de las grandes fuerzas impulsoras de la historia. Y si lo es, se debe a que permite al hombre, desde su condición de postergación y agrura, concebir un estado mejor, sin las injusticias y aberraciones del presente. El resentimiento puede ser, indudablemente, una fuente de envenenamiento de la vida ética personal: al hacerse común, compartido, altruista en cierto modo, permite así las grandes irrupciones de la historia que son, paradójicamente, a la vez su obra y su remedio, su efecto y su única negación eficaz.

La aspiración a un reparto equitativo del poder social y a una participación equitativa en los bienes económicos no es así, ni inseparable ni confundible con ningún “resentimiento”. No lo es el rechazo al hecho de que en donde todos trabajan uno solo aproveche infinitamente más que los otros. (Lo que representaría, en alguna manera, la fórmula marxista de la contradicción entre el carácter “social” de la producción y su apropiación individual; [ver párrafo 42.]) No lo es tampoco el rechazo a que el lucro económico sea percibido desmesuradamente por los que no trabajan o por los que sólo lo hacen en funciones rutinarias o aparentes. El rechazo a que un hombre labore en puro y exclusivo beneficio de otro (fórmula extrema que no se da, sin embargo, ni en la propia esclavitud). El rechazo a la propiedad privada en su carácter sagrado e intocable si especialmente es la propiedad privada de los “medios de producción”. El rechazo a que la “rentabilidad” y las preferencias del “consumo”, la “demanda solvente” sean los índices supremos de una salud económica y social. El rechazo a toda la mitología de la riqueza fruto del “ahorro”, de la “previsión”, de la “moralidad” tan inseparable a la versión protestante del capitalismo naciente. Como decía Chesterton, es creciente el número de los que saben que *“en una plutocracia moderna, sólo puede adquirirse la riqueza por el servilismo. No puede ser, ciertamente, el fruto de la economía”* (William Cobbett, pág. 152).

#### 60. CONCLUSIONES (VIII): PRINCIPIOS GENERALES

1. Parece incoercible históricamente, indiscutible éticamente, el advenimiento de una civilización, de una sociedad de trabajadores (ver párrafo 43, *in fine*). El concepto de tal es, con seguridad más amplio, que el de “obrero” o “proletario”: abarca variados sectores de técnicos, intelectuales, gestores empresariales, empleados, campesinos, artesanos. Todos son trabajadores y todos tienden a diferenciarse funcionalmente y a identificarse en la creciente indiferenciación del trabajo

intelectual y del manual, en la progresiva automatización que promete terminar con el obrero manual estrictamente dicho en las tareas más rutinarias, dolorosas o pesadas.

2. Cierta noción de “propiedad” es inseparable en el pleno desarrollo humano, físico, intelectual, social, espiritual. Esta despropiedad inexcusable tendrá probablemente los rasgos de ser, ante todo, de “bienes de consumo”: casas, utilaje, libros, bienes semidurables mecánicos, una extensión de tierra, etc. Tendrá la característica de ser derecho de todos los hombres y no de unos pocos, ni siquiera de una mayoría (un documento tan moderado como la encíclica *Mater et Magistra* ha subrayado inesperadamente esta exigencia de la conciencia moral de nuestro tiempo). Tendrá por ello, e inevitablemente, el trazo de ser “limitada”; por descomunal que el progreso técnico sea no puede lógicamente asegurarse a “todos” bienes sin límite. Será también más que “privada” —y todo lo que el clásico concepto arrastra—, “humana”, “personal”, “familiar”, de gestión directa. Y de todo ello resulta que no será “sagrada”, ni “intangibles”: que no será inseparable de confiscaciones sin indemnización de los lucros excesivos o mal habidos, de expropiaciones agrarias pagas a muy largo plazo y muy flexibles, de una limitación radical de la herencia que respetando los bienes familiares hasta el punto de asegurar una formación y educación sólida a las nuevas generaciones, tienda a poner a los hombres, una vez completada éstas, en una efectiva igualdad de “punto de partida”. Será, en suma, y fundamentalmente, una propiedad concebida no “fundamental”, sino “operacionalmente” (según la eficaz distinción de Celso Furtado), aceptada, en esencia, como forma de descentralización económica y como seguridad de una mínima, respirable, independencia personal. Y no será contradictoria, como es evidente, con todos los avances de una colectivización (estatal, cooperativa) de los “bienes de producción”. En el ya tantas veces citado *Proyecto de Programa del Partido Comunista...*, pág. 90, ha-

blándose de la “*propiedad personal koljosiana*” se afirma que, llegada cierta etapa, habrá perdido su “*razón económica de ser*”. El cauto adjetivo importa un reconocimiento de que no son sólo “razones económicas” sino de estricta afirmación humana las que legitiman una nueva concepción de la propiedad más acorde con la conciencia moral del hombre, pero limitativa también de los excesos posibles de una economía totalmente planificada, centralizada y colectivizada.

3. Al mismo tiempo, no puede confiarse ni esperarse una sociedad en la que las gentes trabajen por puros motivos altruistas de devoción colectiva. Se insiste mucho por el lado capitalista que la restauración de los “móviles individuales” en la U.R.S.S. implican una “restauración del capitalismo”. No es difícil argumentar que éste no es simplemente eso, sino la acumulación del resultado de esos lucros logrados por esos “móviles” para usar y aprovechar el trabajo de otros. Pero es igualmente fácil, también, notar que una economía, pese a toda fraseología y moralización masiva, no puede funcionar sin el espíritu de mejoramiento individual. Si a esto se agrega que puede descartarse por definitivamente inaceptable la despiadada competencia capitalista por el éxito y el dinero, parece evidente la necesidad de llegar a formas que compaginen el espíritu de mejoramiento personal y familiar con el servicio de un gran proyecto, un gran aliciente común.

4. Hay, pues, una exigencia de “mérito personal” en lo que cabría llamar el fundamento de las “desigualdades toleradas” socialmente y económicamente eficaces. En cualquier economía, por centralizada, colectivizada y planificada que sea, resulta inevitable que las tareas más complejas, difíciles, pesadas o responsables, que las capacidades más raras y las aptitudes que exigen más largo entrenamiento, sean mejor retribuidas –e incluso mucho mejor retribuidas– que las más fáciles, comunes, rutinarias o controladas. La argumentación neocapitalista señala el hecho capital de que la gran estratifi-

cación de las organizaciones impone que diferencias de salarios las señalen (con lo que se llega a los enormes sueldos); la argumentación comunista se limita a llamar “pequeño-burgués” al igualitarismo y a señalar su carácter antieconómico. Aun tomando con pinzas estas dos alegaciones, no es fácil negar su común carozo de razón.

Sin embargo, la tendencia a la igualdad social es demasiado fuerte para no admitir que, desde el grado que estas necesarias desigualdades amenacen estratificarse, la acción enérgica de una política impositiva (sobre la herencia, sobre los consumos suntuarios, sobre la renta) no deba actuar para restablecer el equilibrio.

5. La empresa, afirma la argumentación neocapitalista –la unidad económica productiva– es “trascendente”, no “inmanente” a sus miembros. Es decir: que existe para algo más que para ella misma, así se identifique con “ella misma” el beneficio o interés o interés de sus obreros, el “dar trabajo”, el crear “fuentes de trabajo”. Lo que tiene por misión brindar trabajo, sostener niveles de ocupación, proporcionar un producto nacional bruto o neto, es la economía nacional entera y la empresa existe en función de ella, su verdadera “trascendencia”. Por ello la “propiedad obrera” no transa –en esto– la cuestión: queda pendiente (quedaría pendiente) el si la gestión debe gobernar para “la masa” o para algo que está “más allá” de ella.

Pero si este parece el enfoque correcto, también es parte de él en cuanto lo complementa la convicción indestructible de que la empresa contemporánea no puede existir sin la participación obrera, no sólo en sus beneficios sino también en su gestión.

6. Junto con estas exigencias de conexión, beneficio y participación aparecen inexorablemente las de una “humanización” y una “democratización” del trabajo. Es el sueño (dibujado desde principios de la Revolución Industrial) de una participación entera del hombre en la actividad económica entera de la empresa de que forma parte, de una visión del

proceso total del producto en cuya imbricación colabora, de una variedad de labores que lo salve de la rutina y del agotamiento. Se trata, en suma, de devolverle al trabajo, al esfuerzo humano su alegría posible y su estímulo creador, de entregarle una experiencia infinitamente más amplia que la de la tarea fija y preestablecida y un premio, una participación más sustancial y más crecida que la tasa de un salario fijada en el mínimo incompresible. Es también la apetencia a hacer visibles, presentes, precisos, los vínculos humanos de todos los que laboran en la empresa. Es, también, por último, la posibilidad de turnar, dentro de la empresa y en la sociedad entera, las tareas más pesadas e inevitables concebidas en un espíritu de "servicio social" que den a ese cumplimiento un sereno timbre de deber cumplido y repartido entre todos.

Y si bien es cierto que muchos de los males contra los que estas querencias surgen son resultado de los procesos de industrialización, de mecanización, de producción en serie que trascienden a todo sistema económico que los organice; si bien es cierto que muchas de estas carencias pueden sobrevivir a través de una economía centralizada y colectivizada férreamente y si bien es cierto —todavía— que el capitalismo ha realizado algunos esfuerzos loables (alternación de labores, consejos de empresa, participación en las ganancias, premios a las iniciativas, acciones de trabajo) por eliminar lo que siente como inocultables taras, también lo parecen otras conclusiones, otras evidencias. No parece, por ejemplo, que el capitalismo no haya acentuado el impacto deshumanizador de los procesos técnicos mencionados. No parece, tampoco, que su dialéctica permita que estos retoques dejen de ser otra cosa que retoques. Y no parece, tampoco, que aun subsistiendo muchos factores deshumanizadores resultantes del proceso técnico en una economía centralizada y socializada, la noción, la vivencia de participar en una empresa común encarnada en la Nación, en el Estado, en el Régimen, en la Revolución, no aminore grande-

mente muchos de los males del anonimato y la insolidaridad de la empresa capitalista.

7. Más allá de la empresa misma, la aspiración a un reparto equitativo del Poder social nace de la creciente magnitud de las unidades económicas y de la necesidad de un efectivo control sobre sus movimientos. Pero la cuestión es más amplia: en tiempos en que la técnica pone al alcance de los hombres desmesuradas posibilidades, inmensurables fuerzas materiales y espirituales, no hay ya alternativa entre sentirse absoluta, irremisiblemente preso entre las mallas de una red cuyos hilos están en poquísimas manos o querer ser (tal vez el más "humano" de los deseos) dueños de su propio destino. Y como no se elija la estéril salida de la rebeldía anarquista, no hay otra que la participación común en una voluntad social que tome las riendas de esas fuerzas que lo trascienden y lo alienan.

8. Por eso es que la apetencia de una organización más humana de la producción sólo puede ser cumplida, sólo puede ser lograda —está condicionada— por y al control del Poder Político. Por eso decía con razón Celso Furtado que la organización de la producción tiene menos importancia que ese control desde el que se puede dictar la utilización del ingreso social y su distribución entre el consumo público y el privado. Como se observa a menudo la presión de los que no pueden pagarse servicios médicos o enseñanza —y esto no es sólo fenómeno mundial sino aun, y específico, de las llamadas "economías maduras"— presiona más fuertemente en el sentido de un mayor consumo público que en el de una distribución del ingreso entre las clases logrado o reforzado colateralmente por medio del impuesto.

9. Poner la riqueza total al servicio de todos los hombres y lo que Milovan Djilas llamaba "*la ley universal*" del "*aumento de la producción*" parecen ser los dos principios básicos, complementarios, simples y contundentes.

Y dentro de este cuadro tres evidencias resultan difíciles de discutir:

Toda economía es un conjunto de decisiones autónomas y heterónomas, siendo por ello sustancialmente falsa la antítesis entre una economía presuntamente "libre" y una economía instrumentalizada, mecanizada a las decisiones de un Estado centralizador.

La distribución del producto y la renta nacional tiene que moverse entre los dos extremos inexorables de una atención a los movimientos del consumo que son en último extremo inseparables de un cierto mínimo de satisfacción, de felicidad individuales y las necesidades "futuristas" de desarrollo común y sus formas canónicas: capitalización, industrialización, independencia y complementación económica.

Si no existe en una economía, por centralizada y planificada que ella sea, una determinada área de "mercado", un mínimo de propiedad personal de consumo y de derecho –virtualmente automático– a trabajar, al mismo tiempo el hombre, la gente pueden conocer formas de esclavitud más rigurosas que las del pasado (por más elevado que su nivel económico sea) y la economía, como un todo, carecer de la brújula imprescindible de la noción de "eficacia".

10. Pero también es necesario saber que las "soluciones intermedias" (ver párrafo 57) pueden neutralizar las ventajas que posean por sí los ingredientes que las componen. Pero más allá de este margen de peligro –y también más acá– todo es elección e invención histórica. No estamos empujados, en suma, a una solución –a ninguna solución unívoca– que dicten la crisis y "las contradicciones del capitalismo". Si más de una "experiencia" puede llevar a la convicción de que las soluciones intermedias no trabajan y sólo rinden a pleno el centralismo socialista y el capitalismo puro, nada obliga a suponer que "ésos" justamente sean los únicos extremos lógicos, intemporales, imaginables; ninguna experiencia tampoco im-

pone olvidar los factores endógenos y exógenos que los traban y sobre todo, un mal común, la rigidez, si ínsita al socialismo, extrínseca al capitalismo, pero hoy, históricamente, común a ambos.

Hay que optar pues entre los varios sistemas y combinarlos al dictado de lo que mejor se adecue a nuestra situación histórica de países económicamente atrasados, a nuestras exigencias morales y a las presiones sociales, a los fines preferentes que han de ser postulados. La socialización resultará, por esta vía, el sistema reclamado por las condiciones globales de sociedades en atraso, pero también en crecimiento hacia la plenitud industrial.

#### 61. CONCLUSIONES (IX):

##### *UN RELATIVISMO HISTÓRICO Y SU SENTIDO*

Si a criterios relativistas, si atendemos a especificaciones de espacio y tiempo, los dos sistemas extremos de organización económica tienen sus contundentes argumentos. Para Baran la Segunda Guerra Mundial fue, en la Unión Soviética, la prueba contundente de las virtudes de una economía socializada y planificada (op. cit. pág. 26). Para los defensores del neocapitalismo fue esa Segunda Guerra Mundial la rúbrica rotunda de las bondades de la empresa libre. Fue la demostración de qué triunfal flexibilidad poseía un orden económico que pudo, aun con sustancial atraso, adaptarse a las necesidades de una situación nueva; que pudo recuperar el tiempo perdido hasta triunfar.

Hoy, en una coyuntura distinta, el trueque de alegaciones es distinto. Hoy, también, puede aceptarse que el capitalismo "funciona" en los países económicamente desarrollados, con tangibles, positivos efectos sobre el nivel de vida de la mayoría. Dejando al margen toda exageración apologética, puede admitirse que los fenómenos del auge alemán y occidental europeo son demasiado significativos para no tomarse en cuenta (ver

párrafo 51 *in fine*). Esto, claro está, con la supervivencia de los males clásicos o la presencia de otros modernos: el de la desigualdad social; el de la presión y la dominación política por los grupos financieros; el de la masificación y homogeneización social en su nivel más bajo. Con todo, una conclusión es inevitable: en ciertas zonas del mundo el capitalismo “funciona”.

¿Puede ocurrir lo mismo en las vastas y mayoritarias zonas del planeta que pugnan por salir del atraso, del subdesarrollo? Baran dice que los economistas burgueses aunque aceptan que tales países necesitan algo “rápido”, “enérgico”, afirman que Europa Occidental y Norteamérica pueden darse el “lujo” de permanecer bajo el capitalismo (op. cit. 280-281). Adviértase que los economistas “burgueses” dicen otra cosa y no hablan de un “lujo” entendido como una “resta” que la salud económica puede, simplemente “soportar”, sino como una condición de esa misma salud. Pero, en fin, como no es nuestra intención polemizar ni con Baran ni con ellos, recójase sólo la idea, crecientemente difundida, que el capitalismo, viable en Europa, no tiene destino en los países que fueran colonizados o explotados por ella o los Estados Unidos. Existe hoy día una rica jurisprudencia mundial relacionada con los efectos de las famosas “libertades económicas” en los países atrasados y con las imposiciones de línea ortodoxa, clásica, a que condicionan sus auxilios el Fondo Monetario Internacional, el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento o el propio gobierno de los Estados Unidos (ver párrafo 14). El agudo planteo de Baran ronda a menudo lo apriorístico y no conocemos un estudio que, sobre escala universal, compagine el rico material de experiencia de cada país. Pero puede decirse de lo mucho que se conoce que la imposición de la línea económica del capitalismo, que la “libertad de iniciativa” impuesta a los países atrasados se hace inevitablemente correlativa a una serie de fenómenos de signo esencialmente negativo. Puede decirse que acentúa los carac-

teres del subdesarrollo. Que acentúa la concentración de la propiedad. Que deja indemne el monocultivo en cuanto éste es determinado por las exigencias del mercado mundial. Que no fortalecen en nada en cuanto a la vulnerabilidad de las economías nacionales las oscilaciones mundiales de precios. Que aumenta la dependencia al mercado mundial por el aumento de consumo “suntuario” de los sectores solventes. Que da a través de la importación una magnitud desproporcionada a las ganancias del comercio. Que hace de la “inversión extranjera” una forma piratesca de apoderamiento de las empresas nacionales bajo el prestigio mentiroso de aportaciones de capital que no se realizan y se solventan con generosos créditos del propio país colonizado. Es normal, por todo esto, que las consecuencias normales del orden capitalista en los países atrasados se vinculen al auge de la especulación y el capital aventurero, con la inflación incontrolada, con formas usurarias de ganancia logradas sin riesgo y sin trabajo.

La solución capitalista, por todas estas razones y por fundamentos que podrían multiplicarse hasta lo inacabable, no es la vía histórica aceptable del Tercer Mundo: su repudio, allí donde ha podido manifestarse sin cortapisas, un pensamiento nacional y social no obedece en nada a la moda, al contagio. Y si se reflexiona sobre la situación de estas naciones en contraste con las otras se hace más patente todavía que “ya” no pueden equivocarse su vía. Pues el hecho es que mientras las naciones industriales entran en la Tercera Revolución Industrial (atómica, automática, cibernética), las marginales pugnan infructuosamente por acceder a la Primera (la del vapor) o por pasar de ésta a la Segunda (la de la electricidad). Pero esta lejanía de la etapa actual de automatización, o, como la define Norbert Wiener, “*un uso humano de lo humano*”: pensar, decidir, analizar, “*una maquinaria para dirigir maquinaria*” hace que los países marginales puedan estar en condiciones especialísimas

de organizarse que les permita saltar etapas, acceder a las superiores sin pasar por las intermedias.

Los términos rutinarios, sin embargo, empiezan por ser dos.

Por un lado está la lucha de clases y su lógica. La acción sindical. Las pugnas por mayores salarios no vacilan en causar ciertos efectos que pudieran llamarse, con cierta neutralidad, "las injusticias de la justicia". La indisciplina social general. La baja productividad. Las pérdidas de la producción. El sacrificio de usuarios y consumidores (en las huelgas de transporte, por ejemplo). La carrera de salarios y precios. El desequilibrio entre salarios y sueldos respecto a la importancia social, a la jerarquía, al tiempo de entrenamiento de la función. El desarrollo de ciertas oligarquías sindicales de "activistas". Las huelgas ininterrumpidas. El aumento desmesurado de costos. La insolidaridad de los grupos sociales. El encarecimiento y la inflación. La distorsión de los márgenes de ganancia. La imposibilidad de la estabilización. El freno a la capitalización necesario. El atentado a la competencia internacional de costos y las trabas a la exportación (como en el caso de los frigoríficos rioplatenses por todos los factores antedichos).

La crítica conservadora insiste inagotablemente en todos estos efectos, en estos que hemos llamado "las injusticias de la justicia". Algunos tratan de comprender, y respecto al hecho de que los sindicatos busquen siempre, incansablemente, el aumento de los salarios, por más nominal que éste sea, dicen: *"los sindicatos mantienen la presión hacia arriba de los salarios para aumentar la participación de sus miembros en el crecimiento del producto nacional. Teóricamente, la mano de obra puede compartir la producción incrementada de nuestra economía sin obtener salarios más altos, pues si los precios son más bajos, los obreros obtendrán más con los mismos ingresos monetarios. Sin embargo, en términos generales, los sindicatos no confían probablemente en que el proceso sea ese, en primer*

*lugar porque dudan que los precios bajen y, en segundo lugar, porque aunque crean que la reducción de precios aumentará el valor real de sus salarios en moneda, cada sindicato desea mejorar los ingresos de sus propios obreros un poco más; en tercer lugar, porque aquel dirigente de un sindicato que tratara de convencer a sus miembros de las perspectivas de futuras reducciones de precios de las cosas que compran, en lugar de luchar por el aumento de los salarios, perdería rápidamente su puesto"* (Robinson, Morton y Calderwood: *Introducción al razonamiento económico*, págs. 56-57).

Desde un punto de vista ajeno a los intereses del capitalismo, también existe un doble posible enfoque. El optimista ve en estas técnicas, en estos efectos el único medio a mano para contener los márgenes de beneficio capitalista. Las únicas para mantener en espíritu de lucha a la clase trabajadora. Las únicas que, aunque aseguren primariamente beneficios sólo a los llamados gremios "estratégicos", terminan por llevar hacia arriba los demás sectores, menos combativos, menos flexibles, de salarios y sueldos. También hay, claro está, una visión pesimista de todo el cuadro anterior. Esa visión insistirá que esos aumentos muy concentrados no hacen subir a los otros: por lo menos automáticamente (o siquiera con facilidad), por lo menos no en ingresos monetarios sino reales. Señalará en ese sistema de beneficios concentrados y daños diluidos un efecto anestésico sobre todos los males y desequilibrios profundos. Si el pesimista ve la única salida en la Revolución, con mayúscula, los considerará malos porque demora su explosión; si no ve la solución tan unívocamente los considerará también negativos porque impiden frecuentemente el mejoramiento global de la situación en aquellos márgenes en que la situación es "mejorable". Y si aun se inclinara a la primera y radical salida puede ocurrir que se interrogue: ¿es tan fácil pasar de un hábito socializado de insolidaridad, de indisciplina, de laxitud laboral

al otro —de entusiasmo productor, de disciplina, de sobrio sacrificio— que el éxito de la Revolución exige.

La otra solución —antitética— ya ha sido examinada en el curso del presente capítulo. Es la que sostiene la salubridad social de los privilegios, la disciplina laboral, el agrandamiento del producto nacional total (“la torta”) para que pueda agrandarse la parte correspondiente a la clase trabajadora. La que soslaya u olvida los males del capitalismo no puramente económicos. La que olvida exigencias (moral, psicológicas, culturales) que a él enfrentan. La que identifica con la de todos, lo que Chesterton llamaba con paradójico e intencionado pleonasma “*la prosperidad de los prósperos*” (Cobbett, pág. 20). La que propugna para las dificultades unos planes de “austeridad” que importen sacrificios proporcionales, una proporción que a los ricos poco mella su riqueza y lleva a los más débiles a los límites del infraconsumo.

Entre estas dos posiciones, que arrastra cada una su parte de verdad, podría resultar que su síntesis integradora fijara la pauta esencial de lo que nuestro desarrollo de naciones económica y socialmente demoradas debe intentar. Una síntesis que implique esa movilización nacional de trabajo, común y engañoso, que las posturas conservadoras inteligentes, por lo menos de labios afuera, postulan. Pero esa movilización, ese dinamismo nacional no puede engranarse lateralmente a la clase trabajadora y nada que la integre puede dejar de pasar por su centro mismo. La clase trabajadora, obrera, manual o intelectual, empleada o técnica no se dinamizará por nada que represente únicamente mejoras parciales, de tipo paternalista, por acrecimientos que sólo mediatamente lleguen a ella. No se impulsará por nada que no implique, directa o tácitamente, la supresión de la relación patronal como hoy se despliega e instituye, por nada que no la convierta en el eje incontrovertible de una nueva sociedad. Sólo una colectividad basada en la única legitimidad del trabajo podrá nutrirse con la devoción, el

entusiasmo, la comprensión de las grandes multitudes. Sólo una de su tipo puede alcanzar un eficaz nivel de disciplina laboral estricta y alcanzarlo sin compulsiones extremas, sin resentimiento, sin desgano. Sólo una sociedad de trabajadores organizada de acuerdo a formas propias y nacientes puede lograr una limitación del consumo que no sacrifique un mínimo irrenunciable para todos, una inversión dirigida según un criterio racional de utilidad y desarrollo colectivo y no desde el punto de vista de la elección instantánea del consumidor. Sólo en ella la “austeridad” no será una hipocresía, al no ser “proporcional” sino una igualitaria distribución de abstenciones, cortados previamente, y de raíz, todos los lucros excedentarios, mal habidos, no justificados, desmesurados.

La dificultad de capitalizar a los países atrasados es la piedra de toque de todos los planes económicos y la prueba de fuego de toda Revolución. Pero si, al margen de otras posibilidades llenas de peligros, una dinámica nacional de trabajadores tiene que extraer del “consumo postergado” el capital necesario para el utillaje imprescindible, ese consumo postergado no será el esencial del pobre sino el de los ex ricos y la postergación será para todos equitativa. Por eso el aludido argumento de Dean Rusk, aun aplicado a la Unión Soviética, es capcioso y deliberadamente confusionista (ver párrafo 53).

La experiencia de los países infradesarrollados demuestra que para salir de la miseria al “mínimo humano” las economías planificadas, centralizadas y socializadas son las más eficaces. Tampoco es un resultado de la imitación sino de intrínsecas necesidades la realidad universal de los planes (trienales, cuatrienales, quinquenales, decenales) para lograr altas tasas de inversión en bienes de producción y multiplicadores de desarrollo. Piénsese lo que se quiera de la U.R.S.S. y aun teniendo en cuenta el partir de un estadio más atrasado, y el poseer enormes recursos naturales, lo cierto es que su tasa de inversión nunca inferior al 7% y frecuentemente superior al

10% es más alta que la de cualquiera de los países capitalistas. Lo que el mismo Rostow (op. cit. págs. 54 y 63) considera como condiciones del desarrollo: una estructura que permita una alta tasa marginal de ahorro, una capacidad de movilización del ahorro interno, un Estado que por medio del impuesto gaste en forma más productiva que los particulares, parecen medios que el Estado liberal —capitalista— burgués resulta inepto para alcanzar.

Logrado un equipamiento suficiente de la industria pesada, alcanzados niveles aceptables de educación, habitación, salubridad, comunicaciones, las etapas posteriores pueden ser impostadas de modo distinto y es posible prever que se aflojen los lazos de la centralización, se hagan menos compulsivos los planes y la “socialización” se expida a través de unidades económicas dotadas de mayor autonomía.

Pero esto es el futuro y la necesidad presente de altas tasas de inversión en casi todos los países del mundo es inseparable de la exigencia planificadora. Y es de notar que los mismos apologistas del capitalismo aceptan y aun destacan los beneficios sociales, las ventajas de la planificación colectiva. Drucker (op. cit. págs. 255-256) subraya la necesidad de camaradería en el trabajo marcando la primacía del incentivo de grupo sobre el incentivo puramente individual, afirma la belleza del trabajo cuando existe el espoleo de un gran fin, cuando se sabe que la producción es “útil”, que tiene sentido, que representa un gran fin nacional.

Pero las ventajas psicológicas y sociales de la planificación son más amplias. Implica la posibilidad de agitación colectiva argumentable y de sistemas de estímulo: posee la “visión de la meta”, el calor afectivo del aliciente y hasta un elemento trascendentalizador curativo de numerosas formas de angustia personal. Condiciones de claridad, de aspirabilidad, de señuelo pueden acompañarlo, además de traducir la realidad insoslayable de la concentración y densificación de la sociedad

contemporánea y la interrelación del funcionamiento de todas sus partes.

Y sus ventajas y las del sistema de ahorro interno logrado por disciplina social igualitario se hacen más claras si se contrastan con las otras terapéuticas de capitalización y desarrollo.

Está la solución “china”, como arquetipo. La caracterizan el trabajo forzado, el puritanismo igualitario, la mística de la “tasa de crecimiento”, la estricta disciplina y la supresión de toda libertad política y civil, la compresión del consumo hasta niveles casi inverosímiles. Ha logrado un alto ritmo de industrialización y capitalización a un alto costo y su viabilidad y su aceptabilidad se confunde con el tema mismo de la necesidad y de los peligros de la Revolución.

Está la solución preconizada por la política económica de los Estados Unidos y puesta en práctica en todos los lugares en que la “libre empresa” imperialista ha puesto sus plantas. Ya ha sido examinada (ver párrafos 14 y 61 en principio). Importa una generosa corriente de empréstitos y de concesiones recíprocas. En nombre del desarrollo de una hipostasiada realidad nacional identificada prácticamente con los poderosos se abre la vía libre a los monopolios. Crece la clase de gerentes, intermediarios y gestores nativos. Se liberaliza el comercio exterior y se suprimen las trabas cambiarias. Se privatiza el sector estatal empresario, casi siempre deficitario. Se comprime el consumo de las clases pobres y una minuciosa represión sindical trata de coartar toda huelga, toda expresión que atente contra la “economía nacional”. La austeridad es el grito de consigna, pero claro que proporcional a lo que tiene cada uno, así signifique un arañazo o un mandoble por mitad del cráneo. La capitalización del sector agrario, básico, fundamental, el único en condiciones de competir en el mercado exterior, se compagina con el desmantelamiento de los sectores industriales competidores de la importación y sólo se promueve el crecimiento de ciertos

sectorés pesados que interesan a la estrategia mundial o nacional de los monopolios. El hombre de negocios norteamericano y la *American way of life* se erigen en modelos prestigiosos, cortejados e imitados. El equilibrio fiscal se busca a toda costa aun con despidos masivos y siempre que no aumente el peso de los impuestos directos que gravan a la "libre empresa". Por un lado no se le teme a la devaluación (que aumenta la retribución de los exportadores, comprime el consumo y sube las equivalencias en moneda nacional de la inversión extranjera). Tras ella se busca el equilibrio y sobre todo se enfrenta toda inflación que pueda soplar desde el ángulo de aumentos de salarios, sueldos y jubilaciones.

Están, también, como es claro, las soluciones que no se atreven a ir hasta aquí o que no pueden quedarse en la plena literalidad de la anterior. Que buscan, por ejemplo, sus metas pero retroceden ante sus costos sociales y crean poder nominal de compra por aumentos globales de sueldos, salarios y retiros, en espera que la inflación los devore y el equilibrio quede restablecido. Los países del Atlántico sudamericano se mueven entre este tipo de soluciones y la anterior. En el Brasil, Celso Furtado (*Marcha*, del 4 y 11 de junio de 1962, N<sup>os</sup> 1105-1106) registra los siguientes fenómenos: 1) el desmedido costo social de un desarrollo que en nada ha beneficiado a las tres cuartas partes del país y ha aumentado la concentración de los ingresos; 2) la transformación de los obreros urbanos en una especie de nueva clase media, pero compaginado con 3) el hecho de que la clase trabajadora no haya mejorado apreciablemente en términos comparativos con otras clases; 4) la vejez, el anacronismo extremo de la estructura agraria, a la que el desarrollo premia, por el aumento de la renta, a los grupos más parasitarios con ganancias que la "política de subsidios" concentra aún más; 5) la capitalización por parte del Estado y al subsistir la ineficiencia clásica del aparato administrativo ha sido una fuente fundamental de corrupción y de acumulación relampagueante de

grandes fortunas (vgr. por contratos de obras, como los célebres de Brasilia); 6) todo lo anterior ha puesto en descubierto la dependencia de la política a los negocios, la calidad de mandatarios de grupos económicos de la mayor parte de los integrantes de los cuerpos parlamentarios, una dependencia que antes se mantenía oculta.

Este catálogo de síntomas es, punto más, punto menos, el mismo que el que podría elaborarse en el Uruguay desde 1945 a 1958 y caracteriza todas las "soluciones intermedias" allí donde han sido preconizadas y aplicadas.

#### 62. CONCLUSIONES (X): EL DOBLE PROBLEMA: AGRARISMO E INDUSTRIALIZACIÓN

En los países fundamentalmente agrarios –del tipo de los hispanoamericanos– y, sobre todo, desde la gesta de Cuba, la "Reforma Agraria" cifra, por lo menos emocionalmente, las apetencias a una transformación radical de la estructura económica. A su vez, las clases propietarias del campo en todos los continentes marginales han comprendido el desafío; no es fácil desvincular de esa compresión el creciente énfasis de sus portavoces en una mayor productividad del trabajo agrario, la constante prédica de la mecanización, las praderas artificiales, la reforma de la comercialización, el mejor sistema de créditos. Latente está el reconocimiento, por lo demás perfectamente documentable, de la baja productividad del campo en manos de unos pocos, lo que es sin duda compensable para los que lo poseen en grandes magnitudes, pero no para la sociedad que descansa económicamente en su rendimiento.

La tierra, la fuerza animal y vegetal, el trabajo peonal y el sistema económico de un país entero son los que hacen producir a las industrias agropecuarias y no "los estancieros" que hacen vivir al país, según lo dice la prédica conservadora olvidando que el mínimo margen de dirección empresaria visible se ejerce desde lejos por el hacendado ausentista a través de capataces

y técnicos. Y si esto es así no parece tachable la aspiración a que esos factores produzcan mejor sin ese intermediario –últimamente ocioso– que se embolsa una parte de los rendimientos y al que debe estarse sobornando constantemente por una mayor entrada para que asuma la decisión de capitalizarse mejor (ver párrafo 54).

Pero hay también aspiraciones sociales que la prédica prolatifundista no tiene en cuenta: la baja absorción de elementos humanos por parte del latifundio, la soledad sin familia que condena a los que viven en él, el éxodo agrario que estos fenómenos promueven. Una “humanización” de la vida del campo –que no comportan necesariamente su urbanización ni su masificación indeseables– está reclamando unívocamente el fin de la gran propiedad individual agraria.

A todo esto se une el argumento –a la vez ético que político– que consiste en no ver la razón para que la tierra esté en manos de unos pocos. Pues ¿por qué ha de ser así si, por diferentes móviles, todos la desean? Unos pocos, selectos, como ámbito de contemplación y soledad; casi todos con espacio de salud y libertad físicas; todos (probablemente) como elemento de radicación personal y familiar. Políticamente, por otra parte, la posesión del capital-industrial o agrario, por parte de unos pocos, les da a esos pocos un desmesurado poder sobre sus semejantes; en el caso de la tierra, por la menor fluidez de su circulación, este peligro es todavía mayor que en el caso de la propiedad industrial y comercial.

La Reforma Agraria, por supuesto, es sólo un gran lema, un rótulo, que encubre una anárquica multiplicidad de soluciones. Hay recetas ingenuas que no son capaces de disociar los aspectos económicos, sociales y técnicos y sólo conciben la parcelación minifundista de las grandes extensiones y su traspaso a la mera gerencia individual y familiar. Las condiciones de producción, maquinaria, créditos, educación técnica, comercialización adecuada, parecen serle totalmente ajenas

como si ellas no decidieran, irrevocablemente, el éxito o el fracaso de cualquier reforma. Proclives a la creencia en los beneficios providenciales de la agricultura también pasan por alto la condición de las tierras, su adecuación de las distintas producciones, su posible unívoca utilidad para la cría de ganado. Tienen del latifundio un mero concepto “cuantitativo” y unívoco, prescindiendo de la tasa de productividad de cada uno, de la calidad de la propia tierra, de la cercanía o lejanía a los centros urbanos. No disocian, como los aspectos económicos y sociales, y condenan como unidad productiva la que puede ser muy eficaz como tal por razones tan distintas como las sociedades que representan su baja utilización del trabajo humano u otras semejantes.

Hay un tipo, en suma, de reformismo agrario ingenuo que caricaturiza la propaganda de la gran propiedad y frente al cual, es indudable, posee poderosas y contundentes razones.

Como lo ha señalado con eficacia Baran (ob. cit. págs. 191 y ss.) las reformas agrarias propietaristas, burguesas, con reparto a pequeños productores, alinean una larga serie de deficiencias que son capaces de esterilizar todo efecto benéfico. Sin un sistema generoso de créditos, acrecientan la miseria campesina al poner al nuevo propietario en lo que debe comprar en manos de los antiguos terratenientes, de los prestamistas privados o de un Estado escasamente tutelador. No permite la mecanización agraria, que es extremadamente onerosa, y la transitoria elevación del nivel de vida que pueden lograr es devorado por el aumento de la población. El pago de generosas indemnizaciones a los propietarios sólo representa un traslado del poder económico sin efectos sociales y, menos, políticos visibles. En América Latina, en Asia (en suma), la Reforma Agraria lograda a base de mendrugos pagos o cedidos por los terratenientes apunta sin dubitación a que una Reforma Agraria producida en el atraso, retrasa más que adelanta, logrando

sólo, por lo general, disminuir la parte de producción concedida a las ciudades.

Por otra parte, como también lo señala Baran, la subsistencia del régimen agrario de la gran propiedad está caracterizado por el hecho de que al latifundista no le interese mejorar sus tierras o reinvertir sus ingresos y que prefiera, en cambio, adquirir tierras adicionales de pequeños productores o colegas arruinados. Este hecho a su vez se correlaciona con la circunstancia de que, siendo muy barata la mano de obra rural y muy costosa la maquinaria, es peligroso endeudarse en un tipo de producción, como la agrícola o la ganadera, sometida a grandes fluctuaciones de precios. Menos convincente, en cambio, es la alegación de Baran sobre la existencia de un potencial, si no fuera por los gastos improductivos de los terratenientes que tienen que mantener un nivel de vida que no les permite invertir (op. cit. pág. 193). Parece evidente que esta circunstancia, enunciada con fuerza de ley, depende de *quantums* y de niveles sumamente variables irreductibles a todo principio general por más que puedan representar una "tendencia" a darse en la mayoría de los casos.

Baran sostiene, en suma, que si se entra en la vía de la Reforma Agraria debe pasarse inexorablemente y con toda rapidez de una "agricultura de subsistencia" a una agricultura de mercado y que si esta Reforma Agraria se realiza en el marco del capitalismo sólo es eficaz si madura con la misma el capitalismo "industrial" que traslade, prácticamente por la fuerza (así sea la de los hechos), parte de la población del campo a las ciudades, aliviando la vida de los que restan en aquél, aumentando el ingreso per cápita y consiguiendo ofrecer productos industriales a satisfactorio precio.

Pero si se sigue otra vía que la de las "reformas agrarias burguesas", agreguemos nosotros, hay ciertas normas también indisputables. Una de ellas, ya señalada por Engels, es la de

que *"el ahorro de trabajo es precisamente una de las ventajas de la gran producción agrícola"* (y también ganadera).

En términos económicos, pues, la parcelación sin tasa es la solución más enemiga de la productividad: para cada lugar, cada suelo y cada producto hay un óptimo más o menos objetivo y los móviles sociales de gestión y radicación deben apoyarse y no contradecir esta verdad. La solución soviética de la colectivización de la agricultura fue una medida para movilizar el excedente, sacárselo a los campesinos, promover una "agricultura de mercado". Pero pueden existir otros medios de lograr el primero y tercer fin, y razones más que sólidas para poder evitar el segundo o repartir el sacrificio entre los sectores urbanos y rurales. La propiedad cooperativa, la gestión conjunta de cooperativas y Estado, la gestión técnica con función de "testigo" por órganos paraestatales, pueden ser sólo muestras de la gran cantidad de variantes y el ancho margen que a la inducción y a la imaginación ofrecen una reforma del agro.

Existe, con todo, el peligro de que esto sea postergado. Como recuerdan Robinson, Morton, y Calderwood (*Introducción al razonamiento económico*, Buenos Aires, 1958, págs. 129-130), *"en muchos países, el primer paso debiera lógicamente ser el desarrollo de una agricultura más eficiente. Sin embargo, en dichos países se piensa primordialmente el desarrollo en términos de fábricas. Estos países desean industrializarse rápidamente porque sienten que la industrialización les traerá no solamente más bienes sino poderío militar, una sociedad urbana adelantada, tecnología moderna e instituciones sociales a la altura de sus deseos nacionalistas de reconocimiento de estatus en el mundo. La mezcla de consideraciones económicas y extraeconómicas da como resultado programas económicos que no siempre contemplan el mejor interés de una mayor productividad y mayor comercio"*.

Al margen de estas urgencias emocionales, el dilema entre agrarismo e industrialización es teóricamente —tal lo señala

Baran— una cuestión que planteada en general no tiene solución. Como el mismo autor lo admite, hay que conceder un gran margen de razón en el énfasis agrarista en los riesgos de una industrialización artificial y desatentada (op. cit. págs. 304-309). En cualquier país hispanoamericano, señalemos nosotros, son claros, junto a sus beneficios, los males emergentes del inflacionismo incontrolado, el desequilibrio de la balanza de pagos, la corrupción gubernamental, las fortunas rápidas y fabulosas logradas a través (mucho más que del esfuerzo productivo) del favor estatal. Es una falsa disyuntiva, en suma, la de agrarismo e industrialización, identificados el primero a lo que es “natural” y a la vez atraso; consustanciado el segundo con artificialidad y (también) fortalecimiento global de la colectividad. El esfuerzo debe realizarse, simultáneamente, en ambas direcciones y pueden crecer consumo e inversión si hay asignación correcta de fondos a ambos y utilización racional del excedente económico (Baran, op. cit. pág. 315). Y también hay que agregar que si un agrarismo exclusivista e involucionado es “atraso”, no lo es un agro tecnificado que funcione en complementación con áreas industriales dentro de una gran magnitud económica dibujada —políticamente— por afinidades históricas y/o un mismo proyecto de promoción y convivencia. Y si es, si implica fortalecimiento la industrialización, es sólo cuando ella responde a un mercado lo suficientemente amplio para no dejarla irremisiblemente entera y permitirle pasar de la primera y necesaria “artificialidad” a un auténtico arraigo económico.

Y así, con mucho más, podría seguirse.

## INDICE

### TERCERA POSICION, NACIONALISMO REVOLUCIONARIO Y TERCER MUNDO

#### Una teoría de sus supuestos

#### Volumen I

Antecedentes .....	XI
Criterio de la edición .....	XVII
Prólogo .....	XXIII
Estudio preliminar .....	XXXIII
 OBJETO Y METODO DE ESTE TRABAJO .....	 3
 CAPITULO I. UN FENOMENO Y SU EXPRESION: RIQUEZA Y AMBIGÜEDAD DEL TERCERISMO .....	   11
1. Una perspectiva inevitable .....	15
2. El tercerismo como sustantivo: pobreza y equivocidad .....	17
3. Complejidad de un tercerismo “dinámico” .....	22
4. Los móviles del tercerismo .....	31

## CAPITULO II. IMPERIALISMO

Y ANTIMPERIALISMO .....	37
5. Los criterios anteriores .....	38
6. Diagnóstico del imperialismo .....	42
7. El imperialismo económico .....	43
8. El imperialismo político .....	51
9. El imperialismo social .....	53
10. El imperialismo cultural .....	56
11. Un ejemplo de explotación imperialista .....	58
12. Diagnóstico y pronóstico de la interpretación leninista .....	61
13. Las enfermedades infantiles del antimperialismo .....	77

## CAPITULO III. NACIONALISMO CLASICO

Y NACIONALISMO MARGINAL .....	89
14. El nacionalismo clásico .....	89
15. El nacionalismo marginal .....	91
16. Elementos comunes .....	93
17. Distingos y peligros .....	95
18. Las paradojas del nacionalismo .....	105
19. Principios de un nacionalismo vivo .....	108
20. Nacionalismo y marxismo .....	114
Un corolario del nacionalismo: actitud ante la inmigración .....	117
21. Otro corolario: racismo y antirracismo .....	121

## CAPITULO IV. MARXISMO LITERAL

Y MARXISMO DIFUSO .....	127
22. Lo vivo y lo esencial .....	128
23. El núcleo filosófico .....	131
24. Tres conceptos fundamentales: dialéctica, alienación y praxis .....	137
Tres conceptos fundamentales: la praxis y la alienación .....	139

25. Tres conceptos fundamentales: la alienación .....	140
26. Infraestructuras, superestructuras y totalidad .....	145
27. Vida y conciencia: causación y condicionamiento .....	149
28. Ideologías e intereses .....	151
28. El sótano y el altillo: el individuo y la serie .....	155
29. Ambigüedad de los intereses .....	156
30. Conciencia de clase y universalidad .....	167
31. Sin embargo, algo irrenunciable .....	170
32. Valor y desvalor de la noción de clase .....	172
33. Las clases y el carácter arbitral del Estado .....	177
34. La aspiración marxista a la "objetividad" .....	182
35. El mesianismo proletario .....	186
36. Marxismo y economía política .....	188
37. Sin embargo, dos méritos capitales .....	192
38. El peligro de los tipos-ideales .....	194
39. La previsión marxista de la evolución del capitalismo .....	194
40/46. El tercerismo y la doctrina marxista .....	199

## CAPITULO V. LIBRE EMPRESA

O CENTRALIZACION SOCIALISTA .....	205
47. Los males clásicos del capitalismo .....	205
48. Los males nuevos del capitalismo .....	212
49. La apologética del capitalismo y sus flancos .....	225
50. La apologética del capitalismo (II): atenuación de sus males .....	235
51. La apologética del capitalismo (III): los hechos nuevos .....	238
52. La apologética del capitalismo (IV): los males de la economía planificada .....	252
53. Conclusiones (I): problemas comunes de una sociedad industrial .....	255
54. Conclusiones (II): inviabilidad de las soluciones capitalistas puras .....	259

55. Conclusiones (III): irrealidad de las soluciones capitalistas atenuadas .....	265
56. Conclusiones (IV): peligros de la planificación centralista rígida .....	267
57. Conclusiones (V): inestabilidad de las soluciones planificadoras atenuadas .....	270
58. Conclusiones (VI): la variedad de las alternativas ..	279
59. Conclusiones (VII): lo que ya no es tolerable .....	282
60. Conclusiones (VIII): principios generales .....	284
61. Conclusiones (IX): un relativismo histórico y su sentido .....	291
62. Conclusiones (X): el doble problema: agrarismo e industrialización .....	301

Se terminó de imprimir en el mes de agosto de  
1996 en Artes Gráficas, Rivadavia 2045,  
Telefax 28 48 88 - Montevideo - Uruguay  
D.L. 298.434/96



Pensamiento y escritura fueron exactamente lo mismo en Real de Azúa, una unidad inescindible a la que podría agregarse el coruscante chisporroteo de sus exposiciones orales y hasta coloquiales, enriquecidas por un ligero tartamudeo que utilizaba como astuto recurso para hacerse escuchar. Para quien sepa oírlas, la voz y la verba de Real de Azúa se escuchan mudamente en el texto, y hasta se disfrutan.



CAMARA DE REPRESENTANTES